

100 IDAD
ECCIÓN

○✱○✱○✱○

LECCION

APOLOCO

TIGUOS

JANUARIUS 1555

✱○✱○✱○✱○



○✱○✱○✱○

BT1100

G6

V.2

c.1

239

Handwritten text in a cursive script, likely a library or archival stamp, located at the top left of the page.

Handwritten text in a cursive script, likely a library or archival stamp, located at the top right of the page.

Handwritten text in a cursive script, likely a library or archival stamp, located at the bottom right of the page.

Handwritten text in a cursive script, likely a library or archival stamp, located in the center of the page.

Handwritten text in a cursive script, likely a library or archival stamp, located at the bottom left of the page.

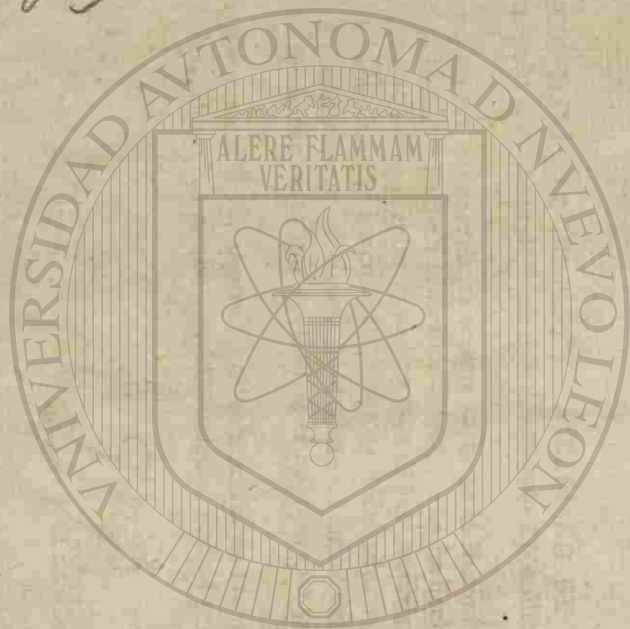




1080046482



239



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E # 46 # 84

COLECCION
DE LOS APOLOGISTAS ANTIGUOS
DE LA RELIGION CHRISTIANA.





COLECCION
DE LOS APOLOGISTAS ANTIGUOS
DE LA RELIGION CHRISTIANA,

SAN JUSTINO, TACIANO DE SIRIA, ATENAGORAS,
TEOFILO DE ANTIOQUIA, TERTULIANO, MINUCIO
FELIX Y ORIGENES.

TRADUCIDOS Ó ANALIZADOS:

Obra escrita en Francés por el Señor Abate de Gourcy, Vicario General de Burdeos y de Cambray, y Miembro de la Academia Real de Nancy:

TRADUCIDA AL CASTELLANO,

Y DEDICADA AL SABIO CLERO DE ESPAÑA

POR DON MANUEL XIMENO Y URIETA,
Doctor en Sagrada Teología y Opositor
á Cátedras.

TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
MDCCXCII.

1792



37944

B71100

G 2

62



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

TRATADO DE ORÍGENES CONTRA CELSO.

LIBRO TERCERO.

N. I. En mi primer libro contra Celso, he refutado, piadoso Ambrosio, con toda la exactitud que me ha sido posible, su Prefacio, el principio de su Obra, y las declamaciones del Judío que disputa contra Jesus. En el segundo, he dado respuesta á todas las objeciones, que Celso, baxo la persona del Judío, propone contra los que creen en Dios por Jesu-Christo. En el tercero responderé ahora á lo que él mismo nos opone.

Segun Celso se explica, „no hay cosa mas frívola ni mas ridícula, que la controversia de los Judíos con los Christianos; la qual se reduce á disputar, como dice el proverbio, *de la sombra del asno*. Unos y otros creen, que el Espíritu Divino predixo la venida del Salvador de los hombres: pero ¿ha venido, ó no ha venido todavía? Sobre esto estriba toda la contención.“

B71100

G 2

62



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

TRATADO DE ORÍGENES CONTRA CELSO.

LIBRO TERCERO.

N. I. En mi primer libro contra Celso, he refutado, piadoso Ambrosio, con toda la exactitud que me ha sido posible, su Prefacio, el principio de su Obra, y las declamaciones del Judío que disputa contra Jesus. En el segundo, he dado respuesta á todas las objeciones, que Celso, baxo la persona del Judío, propone contra los que creen en Dios por Jesu-Christo. En el tercero responderé ahora á lo que él mismo nos opone.

Segun Celso se explica, „no hay cosa mas frívola ni mas ridícula, que la controversia de los Judíos con los Christianos; la qual se reduce á disputar, como dice el proverbio, *de la sombra del asno*. Unos y otros creen, que el Espíritu Divino predixo la venida del Salvador de los hombres: pero ¿ha venido, ó no ha venido todavía? Sobre esto estriba toda la contención.“

En efecto, los Christianos creen, que Jesus ha venido conforme á las Profecías, al paso que la muchedumbre de los Judíos está muy distante de creer en Jesus. Mientras vivió, le armáron lazos; y los Judíos de ahora, aprobando los atentados de sus padres, pretenden que Jesus, mediante la magia, se vendió por *el Christo* de los Judíos, que los Profetas habian anunciado.

N. 2. Pero díganme Celso y sus partidarios: ¿es por ventura cuestión de poca importancia el exáminar, si los Profetas de los Judíos predixéron el lugar en que naceria la cabeza de los hombres de bien que merecerian el nombre de pueblo de Dios; si predixéron, digo, que una Virgen concebiria á *Emmanuel*, que habia de hacer un número considerable de milagros; que su doctrina se esparciria con tanta celeridad; que la voz de sus Apóstoles resonaria en todo el ámbito de la tierra; finalmente, que despues de haber sido condenado á muerte y crucificado por los Judíos, resucitaria? ¿Carecieron acaso de fundamento los Profetas, para anunciar de viva voz todos estos acontecimientos, y dexarlos por escrito? Y los Judíos, antiguos habitantes de la tierra que los Profetas ocupaban, ¿no tuvieron tambien algun motivo, para creer á unos como á verdaderos Profetas, y desechar á otros como á impostores? ¿No tuvieron alguna razon, para poner en la clase de los libros de Moysés, que ellos miran como sagrados, los escritos de estos

Profetas? ¿Y á quién se le hará creible, que los Judíos podian haber pasado sin Profetas? Los Judíos, que se veían rodeados de Naciones, las quales se gloriaban de tener sus Dioses y sus Oráculos; los Judíos, que hacian el mayor desprecio de estos Oráculos, y daban á estos Dioses el nombre de Demonios; era preciso que tuviesen Profetas, que llenasen el vacío de aquellos Oráculos, y aun los obscureciesen. Sin este auxilio, ¿no es creible, que los Judíos hubieran sido arrastrados de los Oráculos de sus comarcas, á causa de aquella inclinacion natural á todos los hombres de querer conocer los secretos futuros?

N. 3. Por otra parte, los Paganos encarecian sobre manera sus prodigios, y aun el mismo Celso refiere un número considerable de ellos: pues ¿cómo era posible que los Judíos, que hacian profesión de ser los únicos que estaban consagrados al culto del Dios supremo del universo, no tuviesen ninguna especie de prodigios para sostener su fe y su esperanza? ¿No es de creer que hubieran abandonado á un Dios, que no hubiese sido poderoso sino en palabras? ¿Hubieran en tal caso mirado su creencia con una adhesion superior á todas las pruebas imaginables? ¿Hubieran sufrido tantos trabajos como padecieron en la Asiria, en la Persia, y baxo Antioco, primero que quisiesen renunciar á sus leyes, ó traspasar una sola de ellas? Confiesese, pues, por

lo menos, que verisimilmente los Profetas, unos hombres de un valor inalterable y de una virtud irreprehensible, fueron divinamente inspirados para predecir lo por venir, y principalmente la venida del Salvador de los hombres.

N. 4. Luego la disputa que hay entre Judíos y Christianos, no es, como acaba de verse, sobre *la sombra del asno*. Ni los Judíos ni los Christianos se engañan, creyendo que los Profetas fueron inspirados de Dios; pero los primeros se engañan, alterando y truncando el sentido de las profecias, que hacen relacion á Jesu-Christo.

N. 5. Sin duda Celso se imagina, que los Judíos eran Egipcios, que se habian visto precisados á desamparar su patria, por haber turbado el Estado y despreciado la Religion, puesto que dice, que los Judíos recibieron de los Christianos el mismo mal trato, que ellos habian dado á los Egipcios, y que un carácter inquieto y sedicioso habia sido el movíl, así de los Judíos como de los Christianos.

Pero el hecho contado con exactitud es como se sigue. Obligados del hambre los Hebréos, se retiraron á Egipto, y fueron malamente tratados por los Egipcios. La Providencia los vengó: sus opresores fueron forzados por las plagas del cielo á dexarlos salir de la esclavitud á que los habian reducido. Desde entonces, no hay calumnia que los Egipcios no hayan inventado contra este pueblo; de manera que no pudiendo negar

absolutamente los singularísimos milagros de Moysés, procuraron con todo esfuerzo hacerlos pasar por operaciones mágicas: no obstante que Moysés, lejos de ser mágico ó charlatan, era un hombre lleno de Religion, inspirado por el Espíritu Divino; que dió á los Judíos las leyes que Dios le habia dictado, y escribió la historia fiel de todo lo que habia sucedido.

N. 6. Yo bien veo, que Celso está muy lejos de mirar á Moysés como á un historiador exacto y puntual; supuesto que no ha dado crédito, sino á los opresores y calumniadores, queriendo luego hacer creer, que los oprimidos habian desamparado el Egipto como sediciosos. Sin duda no ha parado la consideracion en que no era posible, que los Judíos hubieran repentinamente mudado de language en su pretendida sedicion, y hablado el idioma Hebréo en lugar del Egipcio. Si miraban con horror la lengua de su país, ¿por qué no adoptaron el Siríaco ó el Fenicio, tan diferentes del Hebréo? Se ve, pues, que la narracion de Celso no es otra cosa que un tejido de falsedades. El Hebréo era la lengua de los Judíos antes que se estableciesen en Egipto, y los caracteres Hebréos de que se sirvió Moysés para escribir el Pentateuco, no tienen semejanza alguna con los caracteres Egipcios.

N. 7. Es igualmente falso, que el espíritu de sedicion fuese la causa de que una porcion de

Judíos se separase de sus compatriotas y siguiese á Jesus. Pruebenos Celso ó sus partidarios, que los Christianos hayan jamás tenido parte en sedicion alguna. Si los Christianos, por un espíritu de sedicion, se hubieran separado de los Judíos, á quienes era permitido defenderse de mano armada, y dar muerte á sus enemigos; ¿cómo era posible, que el Legislador de los Christianos les hubiera prohibido matar, y usar de la fuerza para rechazar aun al enemigo mas injusto? Quanto mas que no es de creer tampoco, que una turba de sediciosos adoptase unas leyes, que los obligan á dexarse degollar sin resistencia, como débiles ovejas, y á no tomar nunca venganza de sus crueles perseguidores.

N. 8. En prueba tambien de que los Judíos que salieron de Egipto no eran originarios de aquel país, se ve en la Escritura, que sus nombres y los de sus hijos eran Hebréos y no Egipcios.

Por lo que hace á los Christianos, que siguen una ley de paz y de dulzura, que no les permite defenderse contra sus enemigos; el mismo Dios ha peleado en favor de ellos, y frecuentemente ha reprimido el furor de los Príncipes y de los pueblos, que querian exterminarlos. Ha permitido tambien, que hubiese de tiempo en tiempo Mártires, los quales con el exemplo de su valor corroborasen la fe de sus hermanos, y les enseñasen á ser superiores al temor de la muerte: ver-

dad es que su número es corto (a), y que pueden contarse con facilidad. Pero Dios ha velado siempre por la conservacion de la Iglesia Christiana, y quiere que su santa y saludable doctrina se difunda por toda la tierra. Así es, que muchas veces ha disipado las conjuraciones formadas contra sus Discípulos, para de este modo dar firmeza á los débiles contra el temor de la muerte; y ha estorbado, que los Soberanos y los pueblos siguiesen los movimientos de su furor.

N. 9. Pasemos ahora á una manifiesta impostura de Celso. *Si todos los hombres, dice, quisieran hacerse Christianos, los Christianos lo resistirian.*

Para confundir esta impostura, no hay sino atender al zelo con que los Christianos recorren las provincias, las ciudades y las aldeas, deseosos de predicar su Religion y adquirirse Prosélitos. Y no se puede decir que el interés los mueva; porque el mayor número de estos Apóstoles no quiere recibir aun las cosas necesarias á la vida; otros, viendose en una absoluta indigencia, se limitan á lo puramente necesario, á pesar de

(a) Entendemos, como el cleciano, y Maximino Da-
Abate Fleury, que su número ya, fueron despues que Orí-
genes escribió esta obra: por-
de la multitud de los fieles, que quando él la escribia,
Por otra parte, las mas sangrientas persecuciones que
la Iglesia hacia mucho tiempo que estaba en paz, co-
padeció la Iglesia, como por
mo lo dice en este mismo li-
exemplo las de Decio, Dio-
bro, N. 15.

todos los ofrecimientos que puedan hacerles. Más como se ve ya ahora que hay muchas personas ricas, constituidas en dignidad, y mugeres de distincion, que se desviven por agasajar á estos Apóstoles, no será extraño que haya quien piense, que la vanagloria es el principio de su zelo. Por lo menos se ha de confesar, que en los principios del Christianismo, quando los Predicadores estaban sin cesar expuestos á los mayores peligros, no podian tener lugar semejantes sospechas; y aun ahora mismo, es mucho mayor la humillacion que sufren de parte de nuestros enemigos, que los honores que pueden esperar de ellos.

N. 10. Pero ¿cómo prueba Celso, que los Christianos no quisieran, que todos los hombres abrazasen su Religion?

«Al principio, dice, era muy corto el número de los Christianos, y todos seguian una misma doctrina. Luego que se multiplicaron, se dividieron en muchas sectas, y cada uno tomaba ya partido á su antojo. El espíritu sedicioso ha sido siempre el espíritu de esta Religion.»

Es innegable, que los Christianos al principio no formaban ni con mucho un cuerpo tan numeroso como ahora; pero sin embargo no era tan corto como se quiere hacer su número: y así es que el principio de los zelos y del aborrecimiento mortal contra Jesus consistia en que se hacía seguir de la muchedumbre, de quatro, de cinco mil personas, sin contar las mugeres y

los niños. La fuerza y los atractivos de los discursos de Jesus hacian que las primeras olvidasen la delicadeza y circunspeccion propias de su sexô; y hasta los niños, parecia, que eran arrastrados del ascendiente de la Divinidad.

N. 11. *Los Christianos seguian entonces una misma doctrina.* Celso ignora, que ya entonces habia diversidad de opiniones acerca de los libros que nosotros miramos como divinos; y que ya en tiempo de los Apóstoles se suscitó una gran disputa sobre la Ley y observancias de los Judios; porque unos pretendian que los Paganos convertidos debian conformarse á ellas, y otros sostenian todo lo contrario. En las Epístolas de Pablo se ve tambien, que no todos pensaban del mismo modo acerca de diferentes dogmas, y que algunos no tenian una idea cabal de nuestros misterios. (*I. Cor. 15. II. Tes. 2. I. Tim. 6.*)

N. 12. Celso nos quiere formar un crimen por la multitud de sectas del Christianismo; como si esto por el contrario no fuera prueba de una doctrina excelente y util al linage humano. No hay cosa mas util ni mas necesaria para la curacion de los cuerpos, que la ciencia de la Medicina; sin embargo ¿quántas sectas de Médicos se encuentran, así entre los Griegos como entre los Barbaros!

Tambien la Filosofia, que nos promete la verdad y el conocimiento de todo lo que existe, y nos enseña el arte de vivir y ser felices

se ha dividido en una multitud de sectas mas ó menos conocidas. Entre los Judíos, las diversas interpretaciones de los libros de Moysés diéron principio á muchas sectas. Pues del mismo modo, habiendo parecido excelente la Religión Christiana, nó, como Celso dice, á viles esclavos, sino á muchos sabios Griegos; era por consiguiente necesario, que se formasen muchas sectas, no por espíritu de sedición y de disputa, sino porque los esfuerzos de muchos Sabios en profundizar nuestros misterios, han sido causa de que discordasen en la inteligencia de ellos, así como tambien en la de nuestras Escrituras: porque por lo demás, todos convenian en mirarlos como divinos, y admiraban uniformemente los dogmas del Christianismo. ¿Y por eso ha de tenerse en menos precio la Medicina, la Filosofía y la Ley de los Judíos?

N. 13. Discurramos del mismo modo acerca del Christianismo. Las palabras de Pablo sobre estas diferentes sectas, me parecen admirables. »Es preciso, dice, que haya tambien heregias entre vosotros, á fin de que los fieles de una fe acrisolada sean conocidos de todos.“ (I. Cor. 11.)

Así, aquel es consumado en Medicina, que despues de haber estudiado con aplicacion los principios de las diferentes escuelas, se determina por aquellos que le parecen mas ciertos; y aquel es verdaderamente habil y consumado en Filosofía, que adopta una secta, despues de haber exámina-

do y profundizado los dogmas de todas. Del mismo modo, el Christiano mas ilustrado será tambien, á mi parecer, el que conozca perfectamente todas las sectas de los Judíos y de los Christianos.

Por lo demás, no es posible oponer al Christianismo la diversidad de sectas, sin que la objecion recaiga sobre la escuela de Sócrates, que se dividió en tantas escuelas, y sobre Platón tambien, cuyos principios abandonó Aristóteles por otros de que se hizo autor (a). Quizá Cel-

(a) No se puede negar que esta respuesta es convincente para los enemigos con quienes tenia que pelear Orígenes. Yo no sé, cómo los Filósofos podian oponer á los Christianos la diversidad de sectas y de doctrinas, siendo ellos unos hombres divididos en una infinidad de sectas, que se ensangrentaban mutuamente, fluctuaban en la incertidumbre acerca de los puntos fundamentales de las costumbres y de la Religión, y no tenían cosa alguna fija ni cierta. Pero añadamos una respuesta irreplicable, que sirva para todos tiempos y para toda especie de contrarios.

Es constante, que la diversidad y las variaciones en la doctrina, son el carácter distintivo del error, así como la unidad es el carácter de la verdad, y la invariabilidad é indefectibilidad es el sello de la verdad divina. Tal es tambien el carácter divino, que ha distinguido á la Iglesia Católica en todos tiempos. Apenas nació, su fe se halló fundada enteramente y para siempre por la Escritura y por la Tradición. El Símbolo de los Apóstoles comprende en sí á todos los demás Símbolos, los cuales jamás han añadido ó suprimido cosa alguna del prime-

so ha querido hablar de algunas sectas, como por ro, sino que á lo sumo lo han aclarado, segun lo han exigido las circunstancias de los tiempos, y las controversias de los Novadores. Esta prueba, ya concluyente en el siglo de Orígenes, ha adquirido mucha mayor fuerza y vigor con el transcurso de diez y siete siglos. La fe de la Iglesia jamás ha padecido alteracion alguna, porque recibió ya en el principio toda su perfección, lo que únicamente es propio y peculiar de las obras de Dios. Lo que nosotros creemos en el Siglo XVIII. es lo mismo que han creído todos los fieles en todas partes y en todos los siglos. Por el contrario, todas las sectas que se han separado de la Iglesia, entregadas á la inconstancia y á la perpétua movilidad del corazon humano, tienen á la vista el carácter del error y de la mentira. Como salieron de la Iglesia, nada tienen ya de comun con ella; antes bien la Iglesia misma las detesta

y las anatematiza; y se puede decir que en rigor no son Christianas tampoco, segun el oráculo de Jesu-Christo: *Si alguno hay que no quiera escuchar á la Iglesia, tenedlo como á un Etnico ó un Publicano.*

En una palabra, la identidad, la invariabilidad, la indefectibilidad de la enseñanza de la Iglesia, manifiestan claramente la mano de Dios que la ha fundado, que la mantiene y la dirige constantemente hasta la consumacion de los siglos. La contrariedad y las variaciones perdurables de las sectas que se han separado de ella, tienen su principio, así en el orgullo y las pasiones, como en la flaqueza y movilidad natural del corazon humano. Los tiros de Celso y de sus sucesores podrán acaso herir á las sectas eterodoxas; pero si tienen la temeridad de asestarlos contra la Iglesia, lejos de desmoronarla, volverán rechazados contra ellos mismos. Puede

exemplo de las de los Ofitas, y de los Clinitas

consultarse la obra de Bosuét, *acerca de las variaciones de las Iglesias Protestantes*, obra admirable, que será siempre la confusion y desesperacion de los Novadores.

Todavía podemos decir mas. La diversidad, la multitud innumerable de sectas heréticas, lejos de formar una objecion contra la Iglesia Católica, añaden una nueva prueba, tan concluyente como sólida, á esa niebla de pruebas de que está cercada. Despues que la Iglesia triunfó del Paganismo, armado de la espada de los Césares, de la dialéctica de los Filósofos, de la eloquencia de los mayores ingenios, consiguió una victoria no menos gloriosa de las heregias: jamás el error pudo mezclarse con la verdad de su fe, ni la zizania sembrada por el enemigo ha podido jamás alterar el trigo sembrado por el Padre de familias: las mismas sectas heréticas, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, confiesan á su pe-

Tom. II.

sar la autenticidad y la inviolable integridad de los manantiales de la creencia de la Iglesia Católica, la unidad é invariable perpetuidad de su enseñanza, la que ha sido siempre contradicha, pero en vano. Finalmente, todas las sectas heréticas, ó se han desvanecido, ó se han confundido y refutado con sus mismas disputas y sus variaciones sempiternas; al paso que la grande Iglesia, la Iglesia de Jesu-Christo, sola, como un edificio indestructible, fundada sobre la fe de los Profetas y de los Apóstoles, sobre Jesu-Christo mismo, sabiduría y verdad increada, ha subsistido en todos tiempos y en todo el universo, siempre la misma, sin que el furor del Infierno, las prevaricaciones y flaquezas de sus Ministros, los artificios, las sutilezas, las calumnias, las violencias de los sectarios, hayan podido jamás ni debilitarla, ni oscurecerla, ni corromperla, ni seducirla. Luego aquí obra

C

(a), que renegaron de Jesus, y ya nada tienen de comun con nosotros: pero de nada de eso se concluye cosa alguna contra el Christianismo.

N. 14. »Lo admirable es, continúa Celso, que esta secta no tiene mas fundamento que el espíritu de sedición; el qual, se imagina, que debe de serle muy provechoso, juntamente con una desconfianza universal. Por eso los Christianos están tan firmes en su creencia.“

Nuestra creencia y nuestra secta tienen por fundamento el poder y la palabra del mismo Dios, que inspiró á sus Profetas, para que nos anunciáran la venida de Christo, Salvador del género humano. Los esfuerzos de los infieles para destruir nuestra fe, no sirven sino para poner mas en claro su divinidad. Nosotros demostramos, que Jesus, Hijo de Dios antes de su Encarnacion, permanece Hijo de Dios despues de su Encarnacion. No temo decir, que todos los que tengan claros y perspicaces los ojos del alma, juzgarán del mismo modo, y verán que nuestra doctrina no debe su origen ni sus progresos á la sabiduría humana, sino á Dios únicamente, que se ha ma-

manifiestamente la mano de Dios: *Digitus Dei est hic.*

(a) Los Caínitas tributaban culto á Caín. Los Ofitas adoraban á una serpiente; de la qual decian, que era Christo, que baxo la

forma de serpiente habia seducido á Eva, y enseñado al hombre la ciencia del bien y del mal. De aquí tomaron el nombre; porque *serpens* en griego significa serpiente.

nifestado por medio de su sabiduría y de un número considerable de prodigios; que dictó primero la ley de los Judíos, y despues la de los Christianos. Hemos demostrado tambien, que no es posible que el interés ó el espíritu de sedición hayan dado principio á una Religion, que tiene la virtud de convertir á los hombres y hacerlos virtuosos.

N. 15. Ni puede tampoco decirse, que el temor ó la desconfianza tenga parte en ella. Por lo que hace al temor, há ya mucho tiempo que Dios nos ha querido libertar de él; si bien es cierto que esta calma no será durable, segun las apariencias: porque ya la calumnia encarnizada contra nosotros, no cesa de esparcir, que la causa de las turbaciones actuales proviene del excesivo número de Christianos, y de que ya no se les persigue. Nosotros hemos aprendido á no entibiarnos en la paz, á no desanimarnos en la guerra, y á no renunciar jamás del amor de Dios en Jesu Christo.

Procuramos con todo esfuerzo dar á conocer los principios de nuestra sagrada Religion, lejos de ocultarlos, como imagina Celso. A aquellos que se vienen á nuestro partido, les inspiramos ante todas cosas el desprecio de los ídolos; y apenas los consideramos desprendidos del culto de las criaturas, los elevamos hasta el Criador, y les hacemos ver que Jesu-Christo ha venido, así por medio de las Profecías, como de los escritos de los Apóstoles, que tenemos cuidado de

poner en manos de aquellos que son capaces de comprenderlos.

N. 16. Acúsanos Celso, aunque para ello no alega prueba alguna, de que forjamos no sé qué espantajos, para imponer á los sencillos. Yo no sé ciertamente lo que quiere significar con esto, sino es que sea el juicio final, en que Dios pedirá á los hombres cuenta de todas sus acciones, castigará á los malos y recompensará á los buenos. Pero este es un dogma que nosotros probamos sólidamente, ya con nuestras Escrituras, ya con argumentos luminosos. Es preciso hacer justicia á nuestro Contrario. Él asegura, que se ha de ir con mucho tiento en contradecir una verdad tan importante; pero si admite el castigo de los malos, ¿en qué viene á parar ese espantajo con que nos daba en rostro?

Nosotros, según él se explica, hemos recogido y aun alterado mil patrañas, con que atolondramos á nuestros Prosélitos, poco mas ó menos como hacen los Coribantes con los que inician en sus misterios. Pero ¿de dónde, pregunto, hemos tomado estas patrañas? ¿De los Griegos, que creen que hay Tribunales establecidos sobre la tierra; ó de los Judíos que enseñan, que hay otra vida despues de esta? Como quiera que sea, nunca probará, que los Christianos, cuya creencia es enteramente racional, se desvien de la verdad, arreglando su conducta sobre el juicio futuro.

N. 17. Celso trata de cotejar nuestra creencia con la de los Egipcios. »En Egipto, dice, se nos presentan á primera vista templos magníficos, »bosques sagrados, vestíbulos inmensos, ceremonias angustas y llenas de misterios; pero si se »penetra hasta el santuario, se encuentran en »vez de Divinidades, un gato, un mico, un cocodrilo, un macho de cabrio ó un perro.“

Mas yo pregunto: ¿qué hay entre nosotros que se asemeje, ó á la magnificencia de los templos de Egipto, ó á los animales que son adorados en ellos? Celso dirá, á lo que yo pienso, que nuestras Profecías, que el Sér supremo, que el desprecio de los simulacros, todo esto es muy propio para inspirar respeto; pero que Jesu-Christo crucificado se puede comparar muy bien con las Divinidades Egipcias. Ya hemos justificado bastante los misterios de Jesus, cuyos trabajos como hombre han sido la salvacion del mundo entero.

N. 18. Los Egipcios nos cuentan las cosas mas extrañas acerca de sus animales, á quienes consideran como otros tantos simbolos de la Divinidad. Celso por su parte tambien nos asegura, que los que han sido iniciados en sus misterios, están muy distantes de arrepentirse. Pero las objeciones que Celso acaba de hacernos, y las que nos hará en adelante, de que excluimos de nuestras juntas á los Sábios, y no admitimos sino á idiotas y talentos cortos; estas objeciones, digo,

prueban claramente, que él no ha pensado jamás en lo que la gracia y el Espíritu Santo revelan á los que están versados en la ciencia del Cristianismo.

N. 19. «Os reís de los Egipcios, nos dice Celso; pero con todo es preciso confesar, que los «emblemas que ellos proponen, no tienen nada «de ridículos; antes por el contrario son las ideas «eternas, y no de los animales efímeros, que «son objeto de su culto. Por lo que hace á vosotros, bien se ve, que todo lo que decis acerca de vuestro Jesus, está vacío de sentido común; ni todo ello es mas noble que los mas «viles animales del Egipto.»

No se puede negar, ó Filósofo aventajado, que te sobra la razon para encarecer los emblemas de los Egipcios y sus misteriosas alegorias sobre los animales. Pero ¿tienes por ventura igual fundamento para asegurar, que todo quanto nosotros decimos es miserable y extravagante, siendo así que enseñamos á los Christianos perfectos, lo mas profundo de la sabiduría del Cristianismo? «Nosotros predicamos, dice Pablo, la «sabiduría á los perfectos, no la sabiduría del «siglo, ó de los Príncipes del siglo que perecen; «sino la sabiduría escondida en el misterio de «Dios, que fue preparada por él mismo antes «de los siglos para gloria nuestra, y que ningun «Príncipe de este siglo ha conocido.» (1. Cor. 2.)

N. 20. Pregunto, pues, ahora á los partidarios

de Celso: Si Pablo no hubiera conocido la verdadera sabiduría, ¿hubiera prometido predicarla á los perfectos? Si Celso tiene atrevimiento para sostenerlo, le diré, que lea sus Epístolas, en particular á los Efesios, á los Colosenses, á los Tesalonicenses, á los Filipenses y á los Romanos; y que pruebe despues de haberlas penetrado bien, que en ellas se encuentran cosas ridículas y absurdas. Lo cierto es, que el que las haya examinado con atencion, admirará que el Apóstol supiese explicar las cosas mas sublimes en el estilo mas sencillo: de lo contrario daria motivo para que se burláran de él.

N. 21. No hablaré yo de todo lo que es digno de notarse en los Evangelios, los quales encierran en sí sentidos ocultos y profundos, no solamente para los sencillos, sino tambien para los mayores ingenios. Jesus proponia sus misteriosas parábolas á la muchedumbre, y las interpretaba en particular á sus Discípulos. Pero no es este lugar oportuno para quitar la corteza con que están cubiertos unos misterios augustos y divinos, así en el Evangelio, como en los escritos de Pablo. Basta lo que hasta aquí hemos dicho, para confundir á un temerario Filósofo, que no tiene vergüenza de comparar nuestros misterios con el impío y extravagante culto de los gatos, de los micos, de los cocodrilos, de los machos de cabrio y de los perros.

N. 22. *hasta el 38.* Desde el número 22 hasta el

38, para responder á Celso, entra Orígenes en relaciones bastante menudas acerca de los Héroes y Dioses de la idolatría: convenia que así lo hiciese, porque hablaba con Paganos. Nosotros, por la razon contraria, las pasamos en silencio. Mas puesto que Celso oponia estos pretendidos Dioses, su historia, sus oráculos y sus prodigios, á la divinidad, á la historia, á los oráculos y prodigios de Jesus; se hace preciso que presentemos el resultado de la refutacion de Orígenes, con el extracto de las razones que alega, para justificar la fe en Jesu-Christo.

Para completar Celso el insulto y la derision, opone á Jesus los Héroes y Dioses del Paganismo, Cástor, Pólux, Esculápio, Hércules, Baco, Antínoo. Sus excesos y sus infamias son muy sabidas de todos; quando los mortales enemigos de Jesus, ni siquiera han podido hallar jamás en él sombra de vicio. Las fábulas de esos Dioses, sus ridículos prodigios, sus engañosos y equívocos oráculos, ¿podrán, pregunto, sostener el paralelo con la historia de Jesus, escrita por hombres sencillos y religiosos, testigos oculares de todo quanto refieren; cuya buena fe, que está tan de manifiesto en sus escritos, ha sido acrisolada del modo mas fuerte, puesto que padecieron los mas crueles suplicios, y murieron, para de este modo sellar con su propia sangre la verdad de los hechos que nos han trasmitido? Los milagros de Jesus, que ellos víeron y

atestiguáron, ¿no los vemos tambien nosotros probados y justificados por medio de los milagros que tenemos á la vista? Porque entre la muchedumbre de Griegos y Bárbaros, que confiesan la divinidad de Jesus, hay muchísimos, los quales con solo invocar el nombre de Dios y de Jesus, curan toda especie de males, que ni los hombres ni los Demonios han curado.

Por otra parte, los prodigios atribuidos á vuestros Dioses, además de no tener por fiadores sino á unos Autores desacreditados por sus mentiras, se ve que carecen de objeto, y no son de utilidad alguna á los hombres. Pero los milagros de Jesus, independentemente de la curacion de los cuerpos, han sido obrados para persuadir á los hombres, á que recibiesen su doctrina, aquella excelente doctrina, que tiene por objeto el inspirar la piedad y la conversion de las costumbres.

¿Y tendréis valor para comparar vuestros Oráculos con ese prodigioso número de Profecias, que con tanta anticipacion anunciaban á Christo, de suerte que todo el Pueblo Judío estaba en esta expectativa quando nació Jesus? Unos lo reconocieron por el Mesias que los Profetas habian prometido: otros, despreciando su inalterable dulzura y la de sus Discípulos, cometieron contra él atentados, que sus Discípulos no han temido transmitirnos con su acostumbrada ingenuidad; no obstante que veían, que habria quien nos

diese en rostro con ellos, y pretendiese hacerlos pasar por el oprobio del Christianismo. Pero Jesus quiso, y este es tambien el espíritu de sus Discípulos, que los que abrazasen el Christianismo, no se dexasen llevar tanto de su divinidad y de sus milagros, que perdiesen de vista su humanidad y sus abatimientos, que tambien concurrieron con su divinidad á la salvacion del mundo. Nosotros sabemos muy bien, que en Jesus comenzó la union de la naturaleza humana con la naturaleza divina; á fin de que la humanidad fuese en algun modo divinizada, no solamente en Jesus, sino tambien en todos aquellos, que con su Religion abrazan la vida que él mismo ha enseñado, y que hace merecedores de la amistad y union con Dios mismo; á todos aquellos que arreglan sus costumbres á las máximas de Jesus.

Dios, que envió á su Hijo, hizo que su Evangelio fuese recibido en todo el universo, para de este modo obrar por todas partes aquella admirable mutacion de costumbres. Casi todos los hombres, excepto los Christianos, ¿no se ve que son supersticiosos ó corrompidos? Las Iglesias de Dios, instruidas por Christo, comparadas con los Pueblos donde están establecidas, resplandecen como los astros en el mundo. ¿Y quién no confesará, que aun los últimos Christianos, los mas imperfectos, son superiores al prodigioso número de los que vemos en las asambleas populares?

La Iglesia de Atenas, por exemplo, es apa-

cible y está bien arreglada, sin que tenga otra ambicion que la de agradar á Dios; pero la asamblea de los Atenienses no respira sino turbacion y sedicion, y no tiene asomos de conformidad con la Iglesia. Lo propio podemos decir de las Iglesias de Corinto y Alexandría, comparadas con las asambleas populares de estas dos Ciudades. Comparad tambien el Senado de la Iglesia de Dios con el Senado de cada Ciudad; y veréis que los miembros de nuestro Senado son verdaderamente dignos de gobernar la ciudad de Dios, pero que nada hay en las costumbres de vuestros Senadores, que corresponda á la eminencia de sus puestos. Y si oponéis los Prelados de cada Iglesia á los primeros Magistrados de las ciudades, os convenceréis de que los primeros (y entiendase esto aún de los que entre nosotros son tenidos por menos virtuosos) llevan considerables ventajas á todos los que os gobiernan. ¿Y todavía no reconocéis por estas señas la divinidad de Jesus?

N. 38. «Vuestra adhesion al Christianismo, nos dice Celso, tiene precisamente su principio en una fe ciega.» Mas valia que la llamase una fe dichosa, porque tal es en efecto la fe de la muchedumbre de los Christianos, así como una fe desgraciada es el patrimonio de los adoradores de los Dioses.

Por lo que hace á una fe racional é ilustrada, es cierto que no se encuentra sino en un corto

número de nosotros. Pero ¿por ventura negarán los Griegos la influencia de la felicidad y de la desgracia sobre las opiniones y sobre la sabiduría? Sus mas acreditados Filósofos, ni tendrían la celebridad que tienen, ni aun quizá serían Filósofos, si no hubieran tenido la fortuna de recibir una buena educacion, y de ser instruidos por excelentes Maestros. ¡Y cuántos son tambien los que, teniendo una alma del mismo temple, jamás han podido remontarse, porque desde la infancia viviéron en la esclavitud, y estuviéron sujetos á las pasiones de unos Maestros disolutos! Esta felicidad ó esta desgracia provienen indubitablemente de la Providencia; la qual nada dispone ó permite sin razones dignas de su sabiduría; pero no es facil que el hombre las penetre.

N. 39. Es constante, y nosotros mismos lo confesamos, que nuestra fe es un efecto de nuestra felicidad, esto es, de la bondad de Dios, y que ella es la causa de nuestra adhesión á Jesu-Christo. ¿No debia tambien pareceros á vosotros legítima y digna de alabanza? Nosotros creemos en el Dios del universo, y tributandole gracias por el dón de la fe, confesamos que sin él no hubiera Jesus podido emprender ni consumir esta grande obra. Damos crédito á los Autores de nuestros Evangelios; somos arrastrados de sus sentimientos de Religion, de su sinceridad, de su candor, calidades que se manifiestan por todas partes, y que no permiten que se sospeche arti-

ficio, ficción ó impostura de parte de ellos. Unos hombres que ni siquiera tenían una superficial noticia de las ciencias Griegas, ni de aquella sutil y astuta sabiduría, que sabe aplicar tan diestramente los colores de la verdad, ni de aquel arte de hablar tan poderoso; unos hombres, repito, de esta especie no eran capaces de inventar el Christianismo, de hacerlo creer, ni de hacer que fuese practicado. Yo por mi parte estoy persuadido, de que Jesus eligió para Heraldos de su Religion á unos hombres de esta especie, á fin de que no pudiera sospecharse que estaba fundada sobre la razon y sabiduría humana; sino que se viese por el contrario, que su candor y sencillez, auxiliada del cielo, habia executado lo que la ciencia, el arte y la eloquencia de los Griegos hubieran intentado en vano.

N. 40. Así es como nuestra fe, que nada tiene que no sea conforme á la luz natural, desengaña á los que la reciben con docilidad. Pues aunque una falsa y perversa doctrina haya podido persuadir á un número considerable de hombres, á que adoren simulacros como si fueran verdaderos Dioses, y tributen culto religioso á unas obras de oro, plata, marfil y piedra; con todo eso el sentido comun se opone, y nos dicta á todos, que una materia corruptible no es posible que sea un Dios; que Dios no podría ser honrado como corresponde en aquellas figuras inanimadas, baxo las quales pretenden los hombres

representarlo; y finalmente que todo lo que sale de la mano del hombre no puede tener afinidad ni proporcion con el Dios que ha criado, mantiene y rige al universo. Quando el alma racional se pone á reflexionar que ha sido criada á imagen y semejanza de Dios, abjura todos esos falsos Dioses, y siguiendo la inclinacion de su naturaleza, adhiere al Criador de todos los seres, que es el que nos ha enseñado estas verdades por medio de sus Discípulos, á quienes comunicó su poder, y les encargó que predicasen el Evangelio de Dios y del reyno de los cielos.

N. 41. y 42. Celso repite el cargo, que tantas veces nos ha hecho, de que adoramos á un Dios que tiene un cuerpo mortal. Ya le hemos respondido en otra parte; sepan ahora solamente nuestros calumniadores, que ese mismo Jesus, á quien creemos Dios desde el principio, é Hijo de Dios, es la misma razon, la misma sabiduría, la misma verdad; que el cuerpo mortal y el alma humana que tomó, se le unieron tan perfectamente, que se hicieron participantes de la divinidad; y que su cuerpo, por haberlo querido así la divina Providencia, se despojó de todas las calidades imperfectas y mortales, y se revistió de celestiales y divinas.

Si hay alguno, á quien se le haga increíble lo que decimos del cuerpo de Jesus, consulte á los Griegos que le enseñarán, que la materia por sí carece de calidades, es indiferente para todas,

susceptible de las que Dios tenga por conveniente darle, y siempre dispuesta á mudar de ellas. Por lo demás, bien se ve que Celso no habla como Filósofo, quando dice que la carne de Jesus es mas corruptible que otras muchas materias, como por exemplo, el oro y la plata; porque en esta parte no puede haber mas ni menos, sino que ó bien las cosas han de ser absolutamente incorruptibles, ó no lo han de ser de ningún modo. En quanto al cuerpo, debemos decir que no es impuro, porque el que dice impuro, dice alguna cosa viciosa, y el cuerpo nada de eso tiene (a).

N. 43. «Vosotros, dice Celso, os burláis de los adoradores de Júpiter, porque se manifiesta su sepulcro en Creta; y adoráis á Jesus, que tambien fue encerrado en un sepulcro,» Celso cree por nuestras Escrituras, que Jesus murió y fue puesto en un sepulcro; por consiguiente debia tambien creer en ellas, quando refieren, que Jesus salió del sepulcro, lleno de vida; lo que los Cretenses jamás han dicho de su Júpiter. ¿Será posible que mire como fabula una resurreccion, predicha por tantos Profetas, y manifestada por el mismo Jesus, que despues

(a) Celso repite aquí ob- lo menos á nuestros Lectores el número considerable de repeticiones y superfluidades, que parecen justas excusar, por

de su muerte se dexó ver de un considerable número de personas?

N. 44. Nuestro sistema, segun Celso, es no recibir entre nosotros sino á los ignorantes y apocados; porque miramos la sabiduría, la prudencia y la erudicion como si fueran otros tantos vicios: con lo que venimos á confesar, que nuestro Dios no es digno sino de los hombres mas despreciables, y que ni queremos ni podemos tampoco seducir sino á mugercillas, niños, esclavos é insensatos.

Es preciso responderle ante todas cosas, que la doctrina de Jesus es tan sábia y tan sublime, que proscribe el mero deseo del crimen como el crimen mismo; y si se hallasen algunos Christianos de una vida poco arreglada, sería sin duda muy justo, que se les condenase: mas no por eso dexaria de ser una injusticia acusar al Evangelio, que reprueba severamente todos los vicios.

N. 45. Confundamos esta impostura, y demostremos que la sabiduría ha sido mirada siempre con honor entre nosotros, y que jamás hemos dexado de recomendar su estudio. Sacarémos la prueba de los libros de los Judíos, de que nos servimos como ellos, y de los libros que se han escrito despues de la venida de Jesu-Christo, que nuestras Iglesias miran como divinos.

David le dice á Dios en el Salmo cincuenta: *Vos me habeis manifestado los secretos de vuestra sabiduría.* Efectivamente, no se puede negar,

que los Salmos encierran una multitud de máximas muy sábias. Salomón le pidió á Dios la sabiduría, y la obtuvo. En sus escritos vemos señales de aquella sabiduría divina, y hallamos las mas sublimes sentencias explicadas en pocas palabras. Salomón escribió tratados sobre todas las plantas desde el cedro del Libano hasta el hisopo, y sobre todos los animales terrestres, páxaros y pezes: excedió á todos los hombres en sabiduría; venian de las extremidades de la tierra á testificarse, y volvian con admiracion; porque se veía, como dice la Reyna de Sabá, que su sabiduría era infinitamente superior á su fama.

Tambien nuestra doctrina supone Sábios entre los fieles, puesto que se oculta baxo el velo de los enigmas, alegorias y parábolas. »El sábio, el inteligente, dice el Profeta Oséas, comprehenderá y penetrará las maravillas que acaba de anunciar.« (Osé. 14.) Daniél y sus compañeros en el cautiverio hicieron tales progresos en las ciencias de los Caldéos, que eran diez veces mas sábios que todos los demás. (Dan. 1.)

N. 46. Si recurrimos á los libros del Nuevo Testamento, veremos que Jesus propone solamente parábolas á la muchedumbre, y que las explica en particular á sus Discípulos, como á herederos de su sabiduría. Por otra parte, promete que enviará Sábios y Doctores, á los que creyeren en él. (Matt. 23.)

Quando Pablo hace numeracion de los dones
Tom. II. E

de Dios, pone á la frente de todos el dón de sabiduría, luego el dón de ciencia, y en tercer lugar la fe: despues nombra el dón de los milagros y de las curaciones, como inferior á los dones espirituales. (I. Cor. 12.)

El Martir Estevan, que sin duda lo habría leído en algunos libros antiguos, nos asegura que Moysés fue instruido en todas las ciencias Egipcias: por lo que el Rey Faraón, en vez de aplicar á Dios los prodigios de Moysés, los atribuía á aquellas ocultas ciencias. Así es que mandó venir á sus Encantadores y sus Mágicos: pero luego se hizo patente, que la sabiduría de los Egipcios no era sombra siquiera de la de Moysés.

N. 47. Es muy verisímil, que lo que Pablo dice (I. Cor. 1.) acerca de los Griegos, engreídos con su saber, ha dado motivo á que se creyera, que los Sábios estaban excluidos de nuestra Religión. Pero si se atiende al texto del Apóstol, se verá claramente, que su censura no recae sino sobre los que desprecian el estudio de las cosas espirituales, invisibles y eternas, y no se emplean sino en objetos terrenos y materiales, colocando en ellos la suma felicidad. Por este motivo los llama *Sábios de este mundo*; y llama tambien *Sabiduría de este mundo*, sabiduría vana é insensata, á la que se limita al cuerpo y á los sentidos, y nada ve ni admite que exceda las facultades de estos. Por el contrario, da el nombre de *Sabiduría de Dios*, á la que eleva al

alma hasta el reyno de los cielos, y le enseña á despreciar como caduco y perecedero todo aquello á donde alcanzan los sentidos, á no estimar sino lo que es superior á ellos, y á no contemplar sino lo que es invisible.

Pablo, amante de la verdad, dice hablando de algunos Sábios Griegos, que »Dios se les ha »dado á conocer, y que las perfecciones invisibles de Dios, su eterno poder y su divinidad, »se han hecho sensibles y manifestas por medio »de sus obras; de suerte que estos Sábios son inexcusables, porque habiendo conocido á Dios, no »lo han glorificado como á Dios, ni le han tributado gracias.« (Rom. I.)

N. 48. La mala inteligencia del pasage siguiente de Pablo, ha quizá contribuido tambien á que se creyera, que nosotros no admitiamos jamás á Doctos ó Sábios. »Considerad, hermanos míos, »dice Pablo, cuál es vuestra vocacion. No hay »entre vosotros ni muchos sábios segun la carne, »ni muchos ricos, ni muchos poderosos; sino que »Dios ha escogido los necios segun el mundo, »para confundir á los sábios; ha escogido los »débiles segun el mundo, para confundir á los »fuertes: ha escogido lo que era vil y despreciable segun el mundo, y lo que no era, para »destruir á lo que es; á fin de que de este modo ninguna carne se glorifique en su presencia.« (I. Cor. 1.)

Notese, que Pablo no dice: *no hay ningún*

sábio segun la carne, sino, no hay muchos. Entre las calidades que debe tener un Obispo, cuenta la ciencia, porque un Obispo debe estar en estado de convencer á los que se oponen á la sana doctrina, y de tapar la boca, así á los frívolos sofistas, como á los seductores. (I. Tit. 1.)

Luego Celso no tiene fundamento para decir, que *ningun docto, ningun sábio, ningun hombre racional se arrima á nuestra creencia*: antes por el contrario todos los doctos, todos los sábios, todo hombre racional en una palabra viene á nosotros con confianza; verdad es que el ignorante, el niño y el insensato se atreven á venir del mismo modo: porque nuestra Religion promete curarlos á todos, y hacerlos á todos dignos de Dios.

N. 49. Tambien es falso que los Predicadores del Evangelio no quieren persuadir sino á insensatos, á hombres de las hezes del pueblo, á simples, esclavos, niños y mürgerillas. Es cierto que el Evangelio llama á todas estas personas para corregirlas; mas no las llama con exclusion de las demás. *Christo es el Salvador de todos los hombres, y principalmente de los fieles.* (I. Tim. 4.): nada importa que sean sábios ó dexen de serlo. Esto supuesto, es en vano que nos detengamos á responder á Celso, que nos dice: «El que tiene instruccion, el que ha cultivado sus talentos por medio de los mejores estudios, en una palabra el que es sábio y lo parece, ¿qué tie-

«ne por eso de malo? ¿Le servirá su instruccion «de impedimento para conocer á Dios? ¿No será «este por el contrario un socorro para hallar la «verdad?»

No hay duda, que la ciencia no es ningun mal; pero ni aun los Sábios Griegos honraban con el nombre de ciencia á unos dogmas falsos y perversos. ¿Quién puede negar que es un bien el cultivar los talentos por medio de los mejores estudios? Pero ¿puede por ventura haber excelentes estudios, sin que tengan la verdad y la virtud por objeto? Es ciertamente muy bueno ser sábio, pero no lo es el parecerlo, por mas que diga Celso. En una palabra, la ciencia, la sabiduría, los mejores estudios no sirven de obstáculo al conocimiento de Dios; antes bien allanan el camino para llegar á él: por lo demás, mucho mas propio de nosotros es este language, que no de un Epicuréo como Celso.

N. 50. «Jamás vemos, continúa, que estos truhánes que andan divirtiendo al pueblo por las «plazas públicas, se introduzcan en concurrencias «de personas circunspectas, á usar de sus truhanerías; mas en viendo en qualquiera parte algun «corrillo de muchachos, esclavos y hombres sin sentido comun, corren allá precipitadamente, confiados de que van á atraerse los «aplausos de todos ellos.»
«¿Qué comparacion tan de mala fe! ¿Y cuán «fuera de tiempo! ¿Hay por ventura entre noso-

tros nada, que se parezca á la truhanería ó al charlatanismo? ¿Se puede graduar de tal la lectura y explicacion que hacemos de nuestras Escrituras, para persuadir á los hombres el amor al Dios del universo, y las demás virtudes, que de consuno con esta deben reynar en nuestros corazones, ó para apartarlos del desprecio de la Divinidad, y generalmente de todo lo que es opuesto á la recta razon? ¿No vemos que los Filósofos desean tambien como nosotros tener oyentes, quando disertan sobre la beneficencia? ¿No es tambien costumbre de los Cínicos hablar en público, y buscar oyentes entre la muchedumbre del pueblo? Bien podrá Celso comparar á todos estos con los truhánes de nuestras plazas; pero lo cierto es, que no se les puede formar un crimen por el zelo que manifiestan en instruir á un populacho ignorante.

N. 51. Mucho menos por consiguiente se nos puede acusar á nosotros. Quando los Filósofos hablan en público, no escogen sus oyentes, sino que todos tienen libertad para venir á escucharlos; mas no así los Christianos, los cuales sondean, quanto es posible, los corazones de aquellos que se presentan deseosos de oírlos. Los preparan primero en particular, y antes de darles entrada en sus asambleas, se aseguran de que están suficientemente radicados en la resolucion de vivir bien. Luego ya los admiten, pero los distinguen en dos clases; una de los principiantes que todavía

no han recibido el símbolo de la purificacion; y otra de los que ya han dado pruebas inconcusas de que nada harán que no sea digno de un Christiano. Entre estos últimos se eligen personas que observen la conducta de los que son recibidos, aparten de la asamblea comun á los que son culpables de algun crimen, y admitan y traten con dulzura á los que llevan una vida irreprehensible; en una palabra, que de cada dia los vayan haciendo mas perfectos. Estos son los hombres que Celso compara con los truhánes, cuya única profesion es hacer reir al pueblo.

Los Pitagóricos erigian Cenotáfios á los desertores de su respetable escuela, y los contaban ya en el número de los muertos. Los Christianos lloran tambien como muertos á Dios, á aquellos Christianos, á quienes la impureza ó alguna otra pasion ha vencido; y si bien es cierto que miran su vuelta á la virtud como una verdadera resurreccion, sin embargo los reciben con mayor dificultad que la vez primera, y no los elevan á honores algunos; ni jamás confían cargo alguno de la Iglesia de Dios, al que se ha dexado vencer despues de haber hecho la profesion de Christiano.

N. 52. Ya ves claramente, cuán calumniosa es la imputacion de Celso, y cuán absurda su comparacion. Él á la verdad no tiene otro objeto, que propasarse en invectivas, y vomitar injurias, á semejanza de aquellas mugeres de las heces del

pueblo que oímos en las plazas públicas. Nosotros por nuestra parte hacemos lo posible, para que nuestras asambleas no se compongan sino de personas prudentes, y no tenemos reparo en revelar lo mas sublime, lo mas divino de nuestra creencia, siempre que nos hallamos entre oyentes capaces de entenderlo. Por el contrario, sabemos guardar un profundo silencio acerca de nuestros misterios, quando los que nos escuchan carecen de comprehension, y tienen todavía necesidad de ser alimentados con leche.

N. 53. Pablo escribiendo á los Corintios, les dice: «Yo os he dado leche en vez de un alimento sólido, porque no podiais digerirlo; ni aun ahora podeis tampoco, puesto que todavía sois carnales.» (I. Cor. 3.) En otra parte tambien hace distincion entre el perfecto alimento del alma, y el de los nuevos Christianos, que compara á la leche. «Vosotros, dice, necesitais de leche, y no de un alimento sólido. El que se alimenta de leche, no se alimenta del discurso de la justicia, porque todavía es niño, y un alimento sólido no conviene sino á los perfectos, que han aprendido por experiencia á discernir el bien del mal.» (Hebr. 5.) Supuestos estos pasages que citamos con tanto elogio, ¿se podrá creer, que nosotros no queremos hablar de lo mas sublime que hay en nuestras Escrituras, en presencia de personas sábias, y que las divulgamos con empeño delante de niños, esclavos

¿idiotas? El que esté un poco versado en nuestras Escrituras, no hallará en las acusaciones de Celso, sino mala fe y un ciego aborrecimiento á los Christianos, semejante al del mas ruin populacho.

N. 54. Por lo demás, nosotros confesamos sin dificultad, que quisiéramos, por mas que diga Celso, instruir á todos los hombres en nuestra divina doctrina. Nosotros damos á los niños, aquellos preceptos que son proporcionados á su edad; y enseñamos á los esclavos á que se hagan libres, por medio de los nobles sentimientos que derramamos en sus corazones. Así es que los Apóstoles del Christianismo declaran altamente, que á todos son deudores, á los Griegos y á los Bárbaros, á los sábios y á los necios, y que ponen todo cuidado en sanar la comprehension de estos últimos, y en disipar su ignorancia.

Salomón exclama así en los Proverbios: «Insensatos, entrad dentro de vosotros mismos; lléguese á mí el mas insensato de vosotros.» (Prov. 8.) Y la Sabiduría misma: «Venid, comed de mi pan, bebed [de mi vino, renunciad á la locura, á fin de que vivaís, y corrijais vuestra alma por medio de la ciencia.» (Prov. 9.) Con que los Griegos y los Bárbaros han de poder exhortar á bien vivir á los niños, á los esclavos y á los insensatos, é incitarlos al estudio de la Filosofía; y en nosotros será un crimen convidarlos á que se instruyan en nuestra

Religion! Y eso que nosotros no llevamos otro designio, sino el de sanar á todos los seres racionales, y grangearles la benevolencia del Dios del universo.

N. 55. Celso continúa sus invectivas. Veamos ahora á quien agravian mas, si á él ó á nosotros. «Se ve, dice, que los cardadores, los zapateros, los bataneros, los hombres mas zafios né ignorantes, que no se atreverian á desplegar sus labios en presencia de personas sábias y padres de familia; se ve, digo, que quando encuentran muchachos ó mugercillas solas, les hacen discursos ridículos, y les sugieren que no den jamás oídos á sus padres ni á sus maestros, porque son imbéciles y mentecatos. Nosotros, añaden, sabemos solamente cómo se ha de vivir; nosotros solos podemos enseñaros el medio de ser felices: pero si quereis aprender alguna cosa, es preciso que abandoneis á vuestros maestros y á vuestros padres, y concurrais con las mugeres y los niños, á la habitacion de las mugeres, á la tienda de un zapatero ó de un batanero, donde os enseñarán lo que hay de mas perfecto. De este modo persuaden los Christianos.»

N. 56. Vease de qué suerte insulta Celso á nuestros Doctores; á unos hombres, que emplean todos los medios posibles para elevar las almas al Criador del mundo; que enseñan á despreciar todas las cosas sensibles y caducas, á hacerlo

todo, á sacrificarlo por ser admitido en la sociedad de Dios mismo y de los amantes de Dios: sociedad incomparable, en la qual no llamarán nuestra atencion sino objetos sublimes y espirituales, y en ella disfrutaremos la verdadera felicidad.

A estos llama Celso viles artesanos, hombres ignorantes y de baxa ralea; y de ellos dice, que seducen á las mugeres y á los niños, y les hacen sacudir el yugo de sus padres y maestros. Pero nómbrenos un padre sabio, ó algunos maestros virtuosos, á cuyos hijos y discípulos hayamos seducido: coteje lo que nosotros enseñamos á las mugeres y á los niños con lo que se les habia enseñado antes, y manifieste que nosotros hemos substituido lecciones del vicio y del libertinage á los principios del honor y de la virtud. No tememos hacerle este desafio. Se sabe por el contrario, que nosotros apartamos á las mugeres de toda especie de desórdenes, del divorcio, del furor de los espectáculos, de la passion del bayle, de la supersticion; y que ponemos freno á la licencia y al arrojio de la juventud, no solamente haciendole sentir la infamia del libertinage, sino tambien haciendole temer los juicios de Dios, y los castigos que tiene reservados para el crimen.

N. 57. Pero ¿quiénes son esos maestros tan celebrados por Celso, que nosotros tratamos de mentecatos? ¿Son por ventura aquellos, que ar-

rastran á las mugeres á las prácticas supersticiosas y á los espectáculos disolutos, y á los jóvenes, á aquellos desórdenes que por desgracia se han hecho ya muy comunes? Pues por lo que hace á los Filósofos y á los Maestros que enseñan alguna cosa útil, no es posible que pruebe Celso, que nosotros hayamos jamás seducido á sus discípulos: antes bien llamamos igualmente á los Filósofos al Christianismo, por mas que Celso pretenda, que no buscamos sino á los insensatos. Nosotros prometemos atrevida y abiertamente la suma felicidad á todos los que vivan conforme á la Ley de Dios, refieran á él todas sus acciones, y en todo obren como que están en presencia de Dios, testigo y juez de todas sus obras. ¿Son estas máximas de cardadores, bataneros, zapateros, en una palabra, de los hombres mas ignorantes?

N. 58. Pero estos mismos hombres, segun Celso, están muy distantes de decir cosa alguna aun á los niños, en presencia de sus padres y maestros. ¿De qué padres habla? ¿De qué maestros? Porque si habla de los partidarios de la virtud y enemigos del vicio, es cosa bien sabida que nosotros en presencia de estos no tememos instruir á los niños; antes estamos seguros de la aprobacion de tales jueces. Mas si habla por el contrario de los calumniadores de la virtud y apóstoles del vicio, tiene razon en lo que dice, y nó por eso se nos puede censurar con

justicia. Y sino decidme: ¿revelaríais vosotros los misterios de la Filosofía á los jóvenes, en presencia de unos padres, que mirasen á la Filosofía como una ciencia vana y de ningun provecho? Nada menos que eso; sino que procuraríais hablarles en particular, y buscaríais una ocasion favorable para grabar las máximas de la sabiduría en sus tiernos corazones.

Lo mismo, pues, debe decirse acerca de los maestros. Es indubitable, que nosotros huirémos, quanto nos sea posible, de unos maestros corrompidos y corruptores, que no hablan á sus discípulos sino de versos amorosos, comedias obscenas y otras cosas semejantes: pero si se trata de aquellos maestros que enseñan la virtud, tan lejos estamos de quitarles sus discípulos, que antes bien si los hallamos preparados por el estudio de la Filosofía, procuraremos servirnos de aquellos mismos elementos, para elevar sus espíritus á las nociones esenciales y sublimes del Christianismo, á aquella Filosofía por excelencia, Filosofía misteriosa, que es la Filosofía del mismo Dios, de los Profetas y de los Apóstoles de Jesus, como á cada paso lo estamos demostrando.

N. 59. «Nada he exágerado, prosigue Celso; »porque los que estimulan á los demás misterios, suelen decir: lleguense aquellos cuyas manos son puras y su lengua circumspecta; que están exentos de todo crimen, han vivido siempre bien, y tienen una conciencia sin remor-

dimientos. Así se explican los que prometen la expiación de todas las culpas. ¿Y cómo se explican los Christianos? *Todos los pecadores, dicen, todos los insensatos, todos los niños, todos los desgraciados serán recibidos en el reyno de Dios.* ¿Y á quiénes llamais pecadores, sino á los hombres injustos, á los ladrones, á los atosigadores, á los sacrílegos? Luego vosotros quereis formar una sociedad de salteadores y malvados."

Debemos responder, que el presentar á los enfermos remedios oportunos para su curación, es muy distinto de convidar á los sanos á que se instruyan en las ciencias divinas. Nosotros procuramos no confundir estos dos objetos. Primero exhortamos á los hombres á que procuren su curación; convidamos á los pecadores á que escuchen á nuestros Doctores, que les enseñarán á no pecar; á los insensatos, á que reciban la sabiduría, y á los niños, á que piensen como racionales. Prometemos también á los desgraciados, que les mostraremos el camino de la felicidad. Quando finalmente vemos, que todas estas gentes se han corregido en la realidad, por medio de nuestra doctrina, pensamos en iniciarlos en nuestros misterios; porque á los perfectos les hablamos el lenguaje de la sabiduría. (I. Cor. 2.)

N. 60. Como nosotros enseñamos, que la sabiduría no tendrá entrada en una alma perversa, ni habitará en un cuerpo sujeto al pecado (Sap. 1.), decimos consiguientemente, que se llegue á nosotros

el que levante sus manos puras á Dios; que aquel cuya lengua sea circumspecta, porque medita día y noche la Ley Divina, y que ha aprendido á discernir el bien del mal, no repare tomar los alimentos sólidos y espirituales que convienen á los atletas de la piedad y de todas las virtudes; y finalmente que aquel que está limpio, no solo de todo crimen, sino aun de las culpas mas leves, se acerque con seguridad á ser iniciado en los misterios de la Religion de Jesus, que no han sido instituidos sino para los justos y santos.

El Hierofante ó Sumo Sacerdote de Celso, exclama: *Iléguese aquel á quien de nada acuse la conciencia:* y el Sacerdote que inicia en los misterios de Jesus, dice á aquellos cuya alma ha sido ya purificada: *Aquel que de mucho tiempo acá no tiene de qué acusarse, y sobre todo desde que fue curado por medio de nuestra doctrina, escuche ahora lo que Jesus explicaba en particular á sus Discipulos.* Luego Celso, que opone los Ministros de las ceremonias de los Griegos á los Sacerdotes de la Religion de Jesus, no ha comprendido la diferencia que hay entre exhortar á los malos á que tomen remedios saludables, y convidar á las almas puras á la participacion de los misterios.

N. 61. Nosotros, pues, exhortamos á aquellos, cuyos crímenes exagera Celso, los exhortamos, digo, á que se conviertan; pero no los hacemos participantes de nuestros misterios, ni les comunicamos aquella sabiduría oculta, que Dios habia

preparado antes de los siglos para gloria de los justos. (I. Cor. 2.) Porque nuestra Religion ofrece á los enfermos socorros particulares dispuestos para ellos, segun aquellas palabras de Jesu-Christo: los sanos no tienen necesidad de Médico, sino los enfermos (Mat. 9.): y al mismo tiempo promete á los que tienen el cuerpo y el corazon puros, la revelacion del misterio oculto en los siglos eternos, y manifestado por los oráculos de los Profetas, y por la venida de nuestro Señor Jesu Christo. (Rom. 16. II. Tim. 1.) Esta venida, manifiesta á todos los perfectos, les comunica luces superiores acerca de aquellas cosas, cuya ciencia es de la mayor importancia.

Un ladron, nos dice Celso, ¿recurriría á otras personas que á esas mismas, á quienes convidais vosotros? Para proceder con exáctitud, era preciso que añadiese, que el objeto de un ladron es servirse de aquellas personas para robar y asesinar; siendo así que el nuestro no es otro, sino el de sacarlos del abismo de sus desórdenes, vendar las llagas de sus almas, y extinguir el fuego de las pasiones que los abrasan.

N. 62. Celso, que siempre anda fraguando crímenes contra nosotros, nos acusa tambien de que decimos, que Dios ha sido enviado á los pecadores: que es como si condenase á un Príncipe compasivo, que enviase un Médico para que curára á sus vasallos enfermos. El Verbo Dios, pues, ha sido enviado á los pecadores como

Médico; y como Doctor de los divinos misterios, á los que se han purificado y ya no pecan.

Celso, que todo lo confunde por costumbre, exclama luego: ¡ah! ¿Por qué no ha sido enviado á los que están libres de pecados? ¿Por ventura es algun mal el no haber pecado?

Si habla de los que ya no pecan, considere lo que acabamos de decir, conviene á saber, que el Salvador ha sido enviado tambien por ellos, y con qué calidad: pero si habla de los que jamás han pecado, yo no sé que sea posible hallar hombres de esta especie, si se exceptua la humanidad siempre santa de Jesus.

Es una impostura de Celso, que nos haga decir, que el injusto hallará perdon en Dios, si se humilla á la vista de sus pecados; mas no el justo, si las virtudes de que está dotado desde el principio, le hacen levantar los ojos á Dios. Porque nosotros no creemos, que ningun hombre pueda estar dotado de virtudes desde el principio, puesto que es preciso que el pecado preceda. Ni decimos tampoco, que sea suficiente la humillacion de parte del injusto para ponerse en gracia de Dios; sino que además del pesar de sus culpas pasadas, es necesario que proceda con mucha precaucion y sabiduría.

N. 63. "Era preciso, dice Celso, llamar á todos los hombres, puesto que todos los hombres son pecadores." Eso es cabalmente lo que hizo

Jesús: *Venid á mí, dice, todos los que trabajais y estais cargados, y yo os aliviaré. (Mat. 11.)*

N. 64. "¿Por qué, continúa, los pecadores son "preferidos á los demás?"

Los pecadores no son preferidos como pecadores; pero sucede alguna vez que un pecador, vivamente compungido de sus desórdenes, sinceramente humilde y penitente, es en la realidad preferido á otro que no sea tan gran pecador, pero que se lisonjee de no serlo absolutamente, y se envanezca con sus pretendidas virtudes. Esto es puntualmente lo que nos enseña la parábola del Fariseo y del Publicano. Este decía: *Dios mío, tened piedad de mí, que soy un gran pecador.* El Fariseo por el contrario, lleno de engreimiento, *Yo os doy gracias, decía, Señor, porque no me parezco al resto de los hombres, que son injustos, ladrones, adúlteros, ni tampoco á ese Publicano.* Veamos ahora el juicio que pronunció Jesús acerca de estos dos hombres: *El Publicano volvió justificado á su casa, mas no el Fariseo, porque todo aquel que se exalte será humillado, y todo aquel que se humille será exaltado. (Luc. 18.)*

Nada exágeramos tampoco, ni decimos cosa que sea injuriosa á la Divinidad, quando enseñamos, que todos los hombres desaparecen delante de la magestad suprema de Dios, y que deben incesantemente suplicarle, que les dé lo que les falta, y lo que él solamente puede darles.

N. 65. Celso piensa, que nosotros llamamos á

los pecadores, porque no pudiendo atraer á los justos, nos vemos precisados á abrir las puertas de nuestra creencia á los hombres mas infames y corrompidos: pero ponganse los ojos en nuestras asambleas, y se verá todo lo contrario. Es una cosa muy natural, que los que siempre han llevado una vida sabia y arreglada, deseen de todo corazon que nuestros dogmas acerca de las recompensas reservadas para los justos, sean ciertos, y que estén por consiguiente mas bien dispuestos á creerlos, que no los que han vivido en el desorden; los cuales deben por el contrario tener repugnancia en admitir un Juez supremo, que los condene á los castigos de que se han hecho merecedores.

Sucede tambien algunas veces, que por mas que la esperanza del perdon haya dispuesto á los pecadores, á reconocer lo que nosotros enseñamos acerca del juicio de Dios; los detiene sin embargo en sus antiguos desórdenes la cadena del hábito, y con dificultad consiguen romperla. Celso pasa todavia mas adelante, porque afirma que los pecadores de hábito no pueden jamás enmendarse enteramente, aun por el temor de las penas que los amenazan.

N. 66. Se engaña en esta parte: porque si bien es cierto que todos los hombres son por naturaleza propensos al mal, y la mayor parte contraen el hábito de ser malos; no por eso dexa de ser cierto, que estos últimos puedan mudarse en-

teramente. ¿No hemos visto en las varias sectas de los Filósofos, así como tambien entre nosotros, que muchas personas viciosas se han corregido de todo punto, hasta ser citadas por modelos de virtud? Dígalo sino un Hércules, un Ulises, un Sócrates, un Musonio. Los Filósofos mas afamados están contra Celso en esta parte, y piensan de conformidad con nosotros, que el tránsito á la virtud jamás es imposible á los hombres.

N. 67. Puede ser que Celso, quando dice que los hombres viciosos no pueden corregirse, hable solamente de los que se han abandonado á los mayores excesos; pero aún en este sentido es falsa su proposicion, segun nos lo manifiesta la historia de los Filósofos. Porque ¿puede haber en el mundo mayores excesos que los de un Fedón, el qual se deshonró obedeciendo á las órdenes infames de su Maestro? ¿Puede la impudencia de un vicioso pasar mas adelante que la de Polemón, el qual juntamente con los compañeros de sus desórdenes entró en la escuela de Xênócrates, á insultar á un Filósofo que era escuchado con admiracion de todos? Sin embargo, únicamente vencidos de la razon estos dos hombres, hicieron despues tales progresos en la Filosofia, que Platón escogió al primero para que recitara el sublime y nervioso discurso que acerca de la inmortalidad del alma compuso Sócrates, condenado á beber la cicuta; y Polemón, convertido en el hombre mas sobrio del mundo, mere-

ció succeder á su Maestro el sábio Xênócrates.

N. 68. Por lo demás, no es extraño que unos discursos filosóficos, compuestos con todos los primores del arte, y pronunciados con tantas bellezas como energía, hayan causado tan favorables efectos: pero es sin dificultad el mayor y mas extraño prodigio, que las predicaciones de esos hombres zafios, á quienes Celso trata con sumo desprecio, hayan podido, como por arte de encantamento, convertir á la muchedumbre; hacer que los hombres mas viciosos amen y practiquen la templanza, y los mas injustos la justicia; armar de un valor invencible á los corazones mas tímidos; y hacer finalmente que todos provoquen la muerte y los tormentos en defensa de nuestra Religion. Los discursos de los Apóstoles, fundadores de la Iglesia de Dios, persuadiéron á los espíritus; pero persuadiéron de un modo muy distinto que la sabiduria de Platón y demás Filósofos, los quales en nada eran superiores al hombre. Dios mismo dictaba á los Apóstoles los discursos que ellos empleaban; su espíritu les comunicaba el don de persuadir. Por eso su predicacion se esparció por todo el universo con una rapidez inaudita, y venciendo todos aquellos obstáculos que oponia una naturaleza perversa acompañada de hábitos criminales, convirtió y reformó á su arbitrio un considerable número de hombres, á quienes hasta entonces, ni aun el temor habia podido contener en sus desórdenes.

N. 69. *Es cosa muy difícil, dice Celso, mudar enteramente la naturaleza.*

Nosotros que sabemos que la naturaleza de todas las almas es una misma, y que nada malo ha salido de las manos del Criador; sino que la educacion, el exemplo, los malos consejos pervertien de tal forma, que el mal en ciertas personas llega á hacerse segunda naturaleza (a); nosotros, digo, estamos persuadidos, no solamente de que la divina palabra puede triunfar de esta corrupcion, sino que puede hacerlo con la mayor facilidad; con tal que se crea en aquel Dios supremo, que ha de juzgar á todos los hombres, pedirles cuenta de todo lo que han hecho en esta vida, y dar al justo y al injusto la recompensa de sus obras.

La voluntad, ayudada del estudio y del trabajo, es tan poderosa, que executa las cosas mas difíciles, y aun las que parecen imposibles. El hombre, no obstante su pesadez natural, y aun cargado de muchos pesos extraños, logra quando quiere la facilidad de voltear sobre una cuerda: ¿y no podrá vencer el peso de su corrupcion, y practicar la virtud, quando lo quiera con sinceridad? ¿No habria motivo para recon-

(a) Es cierto que Origenes y aun en esta misma, lo nes no habla aquí del pecado formalmente. Véase el original, pero tampoco el n.º 40. del lib. 4.º y el n.º lo niega; y en muchas obras, 28. del lib. 7.

venir al Autor del hombre, y no á su obra, si este tuviera facultades para las cosas mas difíciles y mas inútiles, y nada pudiera hacer de lo que es esencial á su felicidad? (a)

N. 70. Celso nos hace decir despues, acerca del mismo asunto, que *Dios todo lo puede*, á lo que responde él, que *Dios no querrá lo que es injusto*; como si Dios pudiera lo que es injusto. Habrémos, pues, de explicarle el sentido en que decimos que Dios lo puede todo. Es innegable que nosotros creemos que Dios lo puede todo; pero entendamonos, todo lo que no es contrario á su naturaleza divina, á su sabiduría, ni á su bondad; y por eso no tiene poder para lo que es injusto. Una cosa dulce por su naturaleza no puede causar amargura; una cosa luminosa por su naturaleza no puede sembrar tinieblas: con que tampoco Dios, que es esencialmente justo, podrá hacer nada que sea injusto. Si hay seres criados que pueden naturalmente hacer lo que es injusto, esto dimana de que en su naturaleza no hay, como en la naturaleza divina, cosa alguna que sea opuesta á la injusticia.

N. 71. Si hemos de dar crédito á Celso, «nuestro Dios, semejante á los hombres que se dexan llevar de la compasion, socorre á los malos que tienen maña para enternecerlo; y arroja de sí

(a) Lo que sigue en esta otra parte, y se repetirá de número, se ha dicho ya en nuevo.

»á los buenos, que se avergüenzan de usar de »la baxeza de semejantes medios.“ Es de saber que Dios jamás favorece al malo, sino es que haya vuelto á tomar el camino de la virtud; jamás arroja de sí á un hombre de bien, ni menos se dexa vencer de la compasion; sino que recibe con bondad á aquellos que condenan sus propios desórdenes, los lloran amargamente, y han reformado de todo punto su conducta. La virtud, que empieza á reynar en sus almas, arranca de ellas el vicio, y obtiene el perdon de todo lo que ha pasado....

N. 72. Celso hace hablar de esta manera á uno de nuestros Doctores: *Los Sábios se oponen á nuestra doctrina; su sabiduría los ciega y los engaña.* Se le debe responder, que si la sabiduría es la ciencia de las cosas divinas y humanas, y de sus causas; si es, como afirman nuestras Escrituras, una emanacion de la misma Divinidad, no habrá sábio que se oponga á nuestra doctrina, ni su sabiduría será capaz de cegarle ó engañarle, porque solamente la ignorancia induce al error. Nada hay sólido en la tierra sino la ciencia y la verdad, que son hijas de la sabiduría. Pero si en desprecio de la verdadera definicion de la sabiduría, se da el renombre de sábio á qualquier sofista, que se pone á dogmatizar; es indubitable que un sábio de esta laya impugnará nuestra doctrina, y engañado de sus sutilezas y conjeturas, incurrirá en toda especie de errores. Mas

una sabiduría semejante, que solamente abraza lo malo y lo falso, ¿merece el nombre de sabiduría? Llamemosla ignorancia, que es como debe llamarse.

N. 73. Celso, siempre encarnizado contra los Christianos, los acusa de que enseñan cosas ridículas; pero no trata de probarlo, sino que continúa luego sus invectivas. *Ningun hombre sensato, dice, es capaz que abraze el Christianismo; basta la muchedumbre que lo profesa, para retraerlo.*

Esto es como si dixera, que ningun hombre sensato seguirá las Leyes de Solón, Licurgo, Saleuco y otros Legisladores, porque hay pueblos enteros que están sometidos á ellas. Pero sepa nuestro contrario, que así como esos Legisladores han establecido sus Leyes para dirigir y gobernar á la muchedumbre; del mismo modo Dios ha dado su Ley por el ministerio de Jesus, para todos los hombres, aun para los simples, á quienes ha querido encaminar al bien, en quanto su capacidad permita....

Por eso dixo Pablo (*I. Cor. 1.*): *Dios escogió á los necios segun el mundo, para que confundieran á los sábios.* Entiende por sábios, con el vulgo, á los que han hecho, al parecer, algunos progresos en las ciencias, pero que han incurrido en el politeismo, que es un verdadero ateismo: »por- »que diciendo que eran sábios se han hecho in- »sensatos, y han convertido la gloria del Dios »incorruptible, en la imagen corruptible del hom-

bre, de las aves, de los cuadrúpedos y de las serpientes." (Rom. I.)

N. 74. Celso pretende, que nuestros Doctores se dirigen siempre á los insensatos: pero díganos ¿á quiénes llama insensatos? Hablando con exactitud, los insensatos son los viciosos. Siendo esto así, pregunto: ¿á quiénes llamais vosotros al estudio de la Filosofía? ¿A los virtuosos ó á los viciosos? ¿A los primeros? No puede ser, porque ya son Filósofos. ¿A los últimos? Luego tambien vosotros llamais á los insensatos; y por consiguiente no hay porque acusarnos á nosotros. Además de que nosotros buscamos á los insensatos, á la manera que un Médico, amante de la humanidad, busca los enfermos para curarlos.

Aunque entiendas por insensatos á unos ingenios rudos y groseros, sabe que nosotros no despreciamos á esta especie de gentes; si bien es cierto que no quisiéramos que la sociedad de los Christianos se compusiera de solos ellos. A este fin buscamos tambien ingenios profundos y perspicaces, que puedan levantar la corteza de las parábolas, y penetrar aquello mas misterioso que hay en la Ley, en los Profetas y en los Evangelios. Pero ¡ah! vosotros despreciais todas estas Escrituras, porque no las comprehendéis, ni jamás las habeis estudiado.

N. 75. "Los Doctores del Christianismo, continúa Celso, se parecen á aquellos charlatanes, que dan mil seguridades de las curaciones, y

echan fuera á los Médicos mas sábios, porque no se vea su ignorancia al descubierto."

Díganos Celso: ¿quiénes son esos sábios Médicos? Dirá sin duda que son los Filósofos, puesto que pretende que nosotros jamás nos dirigimos á los que estudian la Filosofía. Pero sepa que esos tales no son sábios Médicos, sino ignorantes de las heces del pueblo, que enseñan el mas grosero y extravagante politeísmo. Y aun quando nosotros retrajésemos á las gentes de la Filosofía de Epicuro, y echásemos fuera á los Médicos Epicuréos, ¿debíamos ser acusados? ¿No son esos pretendidos Médicos los que han infectado las almas, seduciendolas, negando la Providencia, y fixando el sumo bien en el deleyte? ¿Háiriamos mal en desviar tambien á nuestros prosélitos de esos otros Médicos, conocidos baxo el nombre de *Peripatéticos*, que destruyen igualmente la Providencia, y rompen todos los vínculos entre el Criador y las criaturas? Quando nosotros desengañamos á los hombres, quando les persuadimos que se consagren únicamente al Dios del universo, entonces cumplimos con las obligaciones de la piedad, y cerramos las profundas llagas, que esos Doctores de la mentira habian abierto.

Y aun quando nosotros estorbasemos que se consultara á los Médicos de la secta de Zenón, que enseñan que todo debe perecer excepto Dios únicamente, y han imaginado un Dios material,

sujeto á corrupcion, variable y susceptible de toda especie de formas; ¿no era digno de alabanza, que precaviesemos por este medio el peligro de todos esos dogmas abominables, é hiciésemos amar y adorar al Criador, al Dios de los Christianos, que para iluminar y convertir á todos los hombres, envió á sus Discípulos á que esparcieran por todas las Naciones la saludable semilla de su doctrina? También nosotros curamos á los que se han dexado infatuar de los delirios de la metempsicosis. Y pregunto: ¿no es una cosa de la mayor importancia para la perfeccion de las almas, que sepan que no transmigrarán á los cuerpos de las bestias, y que los malos no son castigados con la privacion de la razon y del sentimiento, sino que Dios los castiga con penas y trabajos que los purifican, y los obligan á volver á él? Estas, estas son las instrucciones que nuestros Sábios dan á los simples, á quienes miran como á sus propios hijos. Nosotros, pues, no limitamos nuestro zelo á los niños, á los simples, ó á los insensatos: no les decimos tampoco, *buid de los Médicos, guardaos de la ciencia*, ni nos ocurre que la ciencia pueda ser un mal; porque no damos en la extravagancia de imaginar que la ciencia sea perjudicial á los entendimientos, ni que la sabiduría pueda perder á nadie. Los que entre nosotros están encargados de la enseñanza, no dicen á sus discípulos: *mantenéos adictos á nosotros*; sino que dicen, adherid únicamente al Dios su-

premo, y á Jesus, Apóstol de su doctrina. Ninguno de nosotros ha tenido la loca pretension, que Celso nos atribuye, de decir: *Yo solo os salvaré*: ninguno tampoco ha dicho, que los verdaderos Médicos matan á aquellos á quienes prometen la curacion. Vease cuántas imposturas ha hacinado Celso contra nosotros.

N. 76. Ni aquí para: sino que parangona además á nuestros Doctores con aquellos borrachos que se hallan entre otros borrachos, y quieren hacer pasar por borrachos á los hombres mas sobrios.

¿Por qué no prueba con los escritos de Pablo, por exemplo, ó de Jesus, que el vino, ó á lo menos la embriaguez del vicio les habia perturbado la razon? Pero nosotros podemos afirmar sin temor de que nos desmientan, que ningun Doctor Christiano ha dado motivo á una acusacion semejante: tales injurias y calumnias son indignas de un Filósofo. Díganos ahora Celso: ¿quáles son esos hombres tan arreglados contra quienes se ensangrientan nuestros Doctores? No lo niego; nosotros llamamos borrachos á todos aquellos que invocan cosas inanimadas, como si fueran Dioses: yo los llamo borrachos, mejor dixe-
ra insensatos, quando los veo correr á los tem-
plos, para postrarse ante animales, ante estatuas, que por lo comun son obra de los hombres mas despreciables y corrompidos.

N. 77. Compara tambien Celso los Doctores de

los Christianos y sus oyentes, con los que padecen mal de ojos, y quieren hacer pasar por ciegos á los que tienen la vista muy perspicáz. Pero sépase, que nosotros tratamos de ciegos á aquellos hombres, á quienes la grandeza y hermosura del universo no bastan para que levanten los ojos hácia su divino Autor; y no alcanzan á ver, que él solo merece nuestra admiracion, nuestros homenajes y nuestro culto, y que no podemos prostituirlos á las obras de los hombres, sin hacernos reos. A la verdad, es preciso estar ciego, para comparar qualquiera cosa que sea, con el Sér supremo, que es infinitamente superior á todos los objetos criados. Nosotros, pues, no decimos que los que tienen la vista perspicáz son ciegos, sino los que desconocen al único verdadero Dios, y asisten puntualmente á los templos en los dias de fiesta, para adorar estatuas; y decimos que lo son principalmente, quando unido el libertinage á la impiedad, atropellan con el pudor y la decencia.

N. 78. Despues de tantas invectivas y acusaciones, viene Celso aparentando que nos perdona y suprime muchas mas que pudiera intentar contra nosotros. »Yo podia, dice, continuar todavía; pero por no extenderme demasiado, me contentaré con decir, que son culpables ante Dios »y los hombres, supuesto que para atraer á los »malos á su partido, les ofuscan la imaginacion »con esperanzas quiméricas, y les hacen sacrifi-

»car los bienes presentes, con la promesa de otros »que ellos representan como muy superiores.“

En primer lugar es falso, que atraygamos con mas facilidad á los malos. Aquellos que por temor á los suplicios con que nuestra Religion amenaza, se abstienen de lo que ella prohíbe; los que provocan todos los tormentos que los hombres pueden inventar, todos los trabajos, y aun la muerte; estos, estos son los que se abrasan en deseos de profesar el Christianismo; estos son los que se exercitan en la práctica de todas las virtudes, de la sabiduría, de la templanza, de la beneficencia. Dígame, pues, qualquier hombre sensato: ¿son conocidos los malos por estas señas? Los malos, que no son susceptibles del temor de Dios, al que nosotros exhortamos á todos los hombres, como á un sentimiento util al mayor número, que no es capaz de conocer y apreciar el sumo bien, el único bien apetecible por sí mismo, y muy superior á las mayores promesas. ¿Y quiénes son menos capaces de todo esto que los malos?

N. 79. A lo menos, nos dirán acaso, no podeis negar, que vuestro culto está lleno de supersticiones.

Preguntáronle á un Legislador (a), si habia da-

(a) Solón, Legislador de Atenas. La respuesta que al sentido, que la que Plutarco refiere en la vida de

do á sus conciudadanos las mejores Leyes posibles; y *yo les he dado*, respondió él, *las mejores que podian recibir*. El Legislador de los Christianos puede decir lo mismo con corta diferencia: yo les he dado á los hombres las Leyes mas útiles para su conversion; yo les he enseñado la doctrina mas preciosa; finalmente los he amenazado con castigos, que no tienen nada de quiméricos, y son necesarios para domar los caracteres indóciles y obstinados.

Por mas que la mayor parte no apure la intencion del Legislador, ni el fin de sus amenazas; con todo, su doctrina acerca de los castigos futuros, á pesar de las nieblas que la cubren, es tan saludable á los hombres como cierta.

En quanto á lo demás, ni es cierto que atraemos en mayor número á los malos, ni menos que enseñamos cosa alguna injuriosa á Dios. Nosotros no enseñamos sino la verdad y cosas acomodadas á la capacidad del pueblo; si bien aquellos que han hecho un estudio particular del Christianismo, las profundizan mucho mas que el resto de los Christianos.

N. 80. Celso llama quimeras á las esperanzas que nosotros damos de una vida futura, en la que

Solón, aunque en las palabras hay alguna corta diferencia. Por tanto nos ha parecido conservar inalterable el texto de nuestro Apologista.

gozaremos de la sociedad del mismo Dios.

Luego tú, digo yo, miras tambien como quimérica la opinion de Pitágoras y Platón que sostienen, que el alma ha de remontarse hasta el mas elevado de todos los cielos, para contemplar desde allí el grande espectáculo, que llama la atencion de los bienaventurados: luego contemplas engañados con vanas esperanzas á los que creen la inmortalidad del alma, y á los que viven con la esperanza de hacerse héroes despues de la muerte, y de revivir con los Dioses: luego consideras como juguetes de sus propias esperanzas á los que piensan que el alma tiene otro origen que el cuerpo, y que no perecerá con él.

No tema Celso empeñar el combate, quítese la máscara y confiese que es Epicuréo; refute las pruebas convincentes que los Griegos y Bárbaros nos dan acerca de la inmortalidad del alma; haga ver que nuestras esperanzas en esta parte carecen de fundamento, y que su secta es la única que no entretiene con esperanzas engañosas, porque las quita todas, y segun sus principios el alma muere juntamente con el cuerpo: á no ser que Celso y sus Epicuréos quieran hacer pasar por muy sólidas las esperanzas que ponen en las palabras de Epicuro, en la salud del cuerpo, y en su sumo bien que es el deleyte.

N. 81. Mas no se crea, que yo me desvío de mis principios, porque para refutar á Celso, me apoyo en el testimonio de los Filósofos que en-

señan la inmortalidad del alma: pues por mas que unos y otros convengamos en algunos puntos, no por eso dexa de ser igualmente cierto, que la vida futura es privativa de los que hubieren abrazado la Religion de Jesus en toda su pureza, y no reconocen otra que la del Criador del universo, sin mezcla de culto á criatura ninguna.

Yo espero ahora que se me demuestre la superioridad de esos bienes que nosotros locamente desdenamos. Póngase en paralelo este fin dicho que Dios reserva por Christo, esto es, su Verbo, su sabiduría, su omnipotencia, á los que hayan llevado una vida pura é irreprehensible, y hayan constantemente amado al Señor del universo; compárese, digo, con el que los Filósofos Griegos ó Bárbaros prometen, y los diferentes misterios. Hágase ver que este último es real, y digno de la beneficencia de Dios y de los méritos de los justos, y que el que nosotros predicamos no tiene nada de eso: muéstrese que el Espíritu Santo no inspiró á los Profetas: pruébese que unos preceptos, que por confesion de todo el mundo son puramente humanos, deben ser preferidos á los que han sido dados por el mismo Dios, como lo hemos demostrado: pónganse finalmente en una misma balanza esos bienes tan celebrados que nosotros abandonamos, y juntamente los otros invisibles, por los cuales sacrificamos con gusto los primeros.

Por lo menos es constante que no hay exá-

geracion en sostener, que lo mejor de todo es consagrarse enteramente al Dios supremo, y abrazar una doctrina, que nos separa de todo lo criado, y nos eleva hasta Dios, por medio de su Verbo, su sabiduría y su Hijo.

Ya es tiempo de finalizar este tercer libro. En los siguientes proseguiremos la refutacion de la obra de Celso.

Fin del tercer libro de Origenes.

LIBRO CUARTO

DE ORÍGENES CONTRA CELSO.

N. 1. He procurado, piadoso Ambrosio; refutar en mis tres primeros libros la obra de Celso: comenzaré ahora el cuarto, invocando primero á Dios en nombre de Jesu-Christo.

Pluguiese á Dios, que el Señor se dignase decirme como á Jeremías: »Yo he puesto mis palabras en tu boca; yo te he establecido hoy sobre las Naciones y sobre los Reynos, para que arranques y destruyas, desperdicies y disipes, edifiques y plantes.“ (Jerem. 1.) Porque nosotros necesitamos de palabras que arranquen las falsas y peligrosas impresiones, que los escritos de Celso y de otros semejantes han hecho en los corazones: necesitamos de discursos que destruyan el edificio de la mentira, que Celso ha fabricado sobre el modelo de aquella famosa torre, que los hombres pretendieron en otro tiempo levantar hasta el cielo: necesitamos en una palabra de aquella sabiduría, que nó solamente confunde la altivez que se levanta contra la ciencia de Dios (II. Cor. 10.), sino tambien el soberbio orgullo con que Celso nos insulta.

Mas no basta tampoco arrancar y destruir: es preciso además sembrar plantas propias del

campo del Señor, en el lugar en que se haya arrancado; y edificar la casa del Señor y el templo de su gloria, en el lugar en que se haya destruido. Por tanto debemos rogar á Dios, que confíe este augusto ministerio á Jeremías, para que nos conceda hablar de tal suerte, que edifiquemos su templo, y sembremos su Ley y los oráculos de sus Profetas.

Celso arguye á un mismo tiempo, á los Judíos, que porque no reconocen la venida de Christo, lo están esperando todavía; y á los Christianos que confiesan, que Jesus es el Christo anunciado por los Profetas.

N. 2. »Los Judíos, dice Celso, no están conformes con algunos Christianos; porque los primeros sostienen que Dios ó el Hijo de Dios ha de venir sobre la tierra á justificar á sus habitantes; y los segundos aseguran que ya ha venido; Miserable disputa! No merece por cierto que perdamos el tiempo en refutar á unos ni á otros.“

No le falta fundamento á Celso para decir, *los Judíos con algunos Christianos*; porque todos los Judíos siguen la opinion que él les atribuye; pero entre los Christianos, unos prueban con las mismas Escrituras de los Judíos, que Christo ya ha venido, y algunas sectas niegan que este fuese el Christo anunciado por los Profetas.

Ya hemos demostrado mas arriba, que las Profecías hablan incontestablemente de Jesus; por

lo que nada diremos aquí acerca de esto: solamente observaremos, que si nuestro Adversario se habia propuesto refutar seriamente á los Judíos ó á los Christianos, debia haber referido las Profecías, haberlas analizado, y demostrado que no debia darseles crédito, y que Jesus no es el Christo verdadero. Pero Celso, ó ya porque no podia eludir la fuerza de las Profecías, ó porque quizá no tenia noticia de ellas, calla su número considerable, y se contenta con decir que son especiosas. El sin duda se imagina, que basta haber dicho que los Judíos pretenden que vendrá Christo, y algunos Christianos, que ya ha venido, para concluir rotundamente, que todos estos son unos absurdos, que no merecen una refutación formal.

N. 3. Pregunta Celso, con qué designio vino Dios sobre la tierra. Luego ignora las razones que nosotros damos. Dios, pues, vino particularmente á reunir las ovejas de Israel que se habian descarriado; á quitar á los Judíos incrédulos el Reyno de Dios, para darlo á otros mejores cultivadores, conviene á saber, á los Christianos, que cuidarán de ofrecer á Dios sus frutos.

Celso se forja otras causas, que ni los Judíos ni los Christianos reconocen. «¿Vino, dice, para saber lo que pasaba entre los hombres? ¿Pues Dios no lo sabe todo? Y si lo sabe todo, ¿por qué no ha corregido á todos los hombres? ¿Excede esto al poder de Dios?»

¿Qué objeciones tan frívolas! Dios en todos tiempos ha corregido á todos aquellos, que se han mostrado dóciles á su voz, y se les ha manifestado, ya por sí mismo, ya por el ministerio de sus amigos y Profetas. Despues de la venida de Christo, se sirve de la Doctrina Christiana, para corregir, no á aquellos que se obstinan en permanecer en sus desórdenes, sino á los que resuelven llevar una vida arreglada que pueda serle agradable.

Yo no sé ciertamente, qué idea se forma Celso de la corrección divina. ¿No podia Dios, dice, corregir á los hombres, sin que hubiera necesidad de enviar á uno expresamente para esto? ¿Quiere decir que Dios mude repentinamente las ideas de los hombres, y arranque de su corazón el vicio, para plantar la virtud en su lugar? Examine otro, si esto es posible, ó por lo menos si es ó no contrario á nuestra naturaleza: yo por mi parte me contento con preguntar, ¿qué sería entonces de la libertad humana? ¿Merecería elogios en tal caso el amor á lo verdadero, y el aborrecimiento á lo falso?

Pero yo doy de barato, que todo esto sea posible y aún conveniente: ¿dexáramos por eso de encontrar alguno, que á exemplo de Celso preguntase, si el Dios Omnipotente podía haber criado al hombre virtuoso y perfecto, de suerte que no tuviera necesidad de ser corregido?

Estas sutilezas son muy del caso para emba-

razar á los simples é ignorantes; mas no á los que han estudiado la naturaleza de las cosas; los quales saben que la libertad es de tal manera esencial á la virtud, que no se la puede despojar de ella, sin destruirla. Mas para profundizar esta cuestión, era preciso escribir una obra expresamente. Los Griegos que la han tratado muy á la larga en sus escritos sobre la Providencia, no se paran á decir como Celso: *Dios conocia estos desórdenes y no los corregia; luego su poder no llegaba á tanto*. Muchas veces se me ha proporcionado ocasion para hablar acerca de este asunto; además de que qualquiera que entienda nuestras divinas Escrituras, hallará en ellas quanto pueda desear para su instruccion en esta materia.

N. 4. Por otra parte, yo veo que se puede redargüir á Celso con lo mismo que él objeta á los Judíos y á nosotros. Preguntemosle sino: ¿Es Dios sabedor de lo que pasa entre los hombres? Esto no lo puede negar Celso, si es que admite un Dios y una Providencia, como da á entender en su escrito. Pues si esto confiesa, hé aquí que podemos hacerle la misma pregunta que él nos hace: ¿por qué Dios no impide todos los desórdenes? ¿Cómo es que usando de su poder, no desarraigayga todos los vicios de la humanidad?

Nosotros respondemos, que Dios envía siempre á sus Ministros, para que corrijan á los hombres y los inclinen á la virtud: pero entre los

Ministros de quienes se sirve, hay mucha diferencia; porque son pocos los que enseñan la verdad sin mezcla alguna, y se consagran de todo punto á la conversion de los hombres. De este número fueron Moysés y los Profetas; pero Jesus les es infinitamente superior; porque Jesus no tomó á su cargo la curacion de una comarca particular, sino que quiso en quanto estuvo de su parte, curar á los habitantes de todo el universo. En una palabra, vino para ser el Salvador de todos los hombres.

N. 5. Nuestro Adversario nos viene, no sé por qué, con sus acostumbradas tranquilas, como si dixeramos que Dios descenderá en medio de nosotros; de donde concluye, que será preciso que dexe su trono. Celso no conoce el poder divino; no sabe que *el Espíritu del Señor llena todo el ámbito de la tierra, y que aquel que todo lo contiene, oye tambien todo lo que se dice* (Sap. 1.): ni comprehende tampoco el pasage siguiente: *¿Por ventura no lleno yo el cielo y la tierra, dijo el Señor?* (Jer. 23.) Ignora tambien que segun la doctrina christiana, *nosotros tenemos en Dios la vida, el movimiento y el ser*, como se explica Pablo en la asamblea de los Atenienses. (Act. Ap. 17.)

Y así, aunque el Verbo, que estaba en Dios desde el principio, y que es Dios, descienda entre nosotros, no sale de su trono, ni abandona un lugar por ocupar otro en que antes no es-

tuviera; sino que Dios anda por todas partes, sin pasar de un lugar á otro. Y así quando decimos, que este hombre, por exemplo, está abandonado de Dios, y que aquel otro está poseído de él, no hablamos sino del alma del malo, á la que Dios ha abandonado efectivamente, y de la del justo que está poseída de los dones del Espíritu Divino. La presencia de Dios, la venida del Verbo, no producen mutacion alguna sino en el hombre, el qual, de malo, de vicioso, de supersticioso que era, se hace bueno, templado y religioso.

N. 6. Ahora siguen unas objeciones enteramente risibles. «Quizá Dios, dice Celso, quando no era conocido de los hombres, pensando que faltaba alguna cosa á su felicidad, procuró darse á conocer, y distinguir á los creyentes de los incrédulos. Los mismos Christianos atestiguan contra su Dios, representandolo muy ambicioso de una gloria mortal; poco mas ó menos, como un recién llegado, deseoso de hacer ostension de su opulencia.»

Confieso que Dios quiso darse á conocer á los malos, no porque pensase, que faltaba cosa alguna á su felicidad, sino para libertarlos de todos sus males, manifestandoseles. Ni quando descien- de á las almas de un modo secreto y divino, ó envía á su Christo, lo hace por deseo de distinguir á los creyentes de los incrédulos; sino porque quiere poner término á las desgracias de

los que creen en él, y quitar á los demás el pre- texto para decir, que no han tenido ocasion de instruirse en su santa Ley.

Pues ¿cómo concluye Celso de nuestra creen- cia, que Dios se parece á aquellos ricos de nuevo cuño, deseosos de hacer ostension de sus riquezas? Dios quiere hacernos conocer sus perfecciones infinitas; mas no porque esté zeloso de una gloria frívola y mortal, sino porque quiere hacernos felices, y nuestra felicidad consiste en conocerlo. Por eso su Verbo, su Christo ha estado siempre entre los hombres, y los ha admitido siempre á su familiaridad mas íntima. Bien se vé, que la fe de los Christianos está muy le- jos de atribuir á Dios el deseo de una gloria pe- recedera.

N. 7. Despues de todas estas ridículas tranqui- llas, concluye Celso, no sé cómo, «que Dios sin duda no necesita ser conocido, pero que se interesa en nuestra salvacion, quando se nos da á conocer; á fin de que los que reciben con do- cilidad este conocimiento, se hagan mejores y se salven, y los que lo desprecian, sean con- vencidos de endurecimiento, y castigados.»

«¿Cómo es, prosigue, que Dios no se ha acor- dado hasta despues de muchos siglos, de enca- minar á los hombres á la justicia, y hasta su venida lo ha mirado esto con indiferencia?»

Siempre ha querido Dios, que los hombres fuesen justos, y en todos tiempos les ha procu-

rado medios de convertirse y practicar la virtud: en todos tiempos ha descendido la sabiduría divina sobre las almas de los justos, y de ellos ha formado los Profetas y amigos de Dios. Nuestros libros sagrados nos hacen ver, que en todos los siglos ha habido Santos que han recibido el Espíritu divino, y han puesto todo su cuidado en convertir á los demás.

N. 8. En algunos siglos ha habido Profetas, á quienes la Divinidad ha distinguido sobre todos los demás, favoreciéndolos con sus mayores confianzas. Ha habido tambien un suceso tan feliz y tan honroso para la humanidad, que ni habia tenido exemplo, ni lo tendrá tampoco en lo sucesivo.

Las razones, que nosotros pudiéramos dar acerca de todo esto, son tan misteriosas y sublimes, que no es posible acomodarlas á la capacidad del comun de los lectores. Porque para responder á la pregunta de Celso, *¿por qué Dios no trabajó en la justificacion del género humano, hasta despues de tantos siglos?* era menester que nos extendiéramos acerca de la dispersion de las gentes, y que expusiéramos, por qué *«al paso que el Altísimo «separaba á las Naciones, y señalaba á cada una «sus límites, adoptó á Jacób por su pueblo, y «escogió á Israel por patrimonio suyo.»* (Deut. 3.) Era preciso explicar, por qué estos y aquellos nacen en ciertos Estados y baxo cierta dominacion; por qué finalmente el Señor dixo á su

Hijo: *«pídeme y yo te daré las Naciones por «patrimonio, y toda la tierra por imperio tuyo.»* (Sal. 2.) En todo esto hay resortes secretos é impenetrables, de que Dios se sirve para regir y mover á los hombres.

N. 9. Por mas que diga Celso, Jesus para corregir al mundo entero, vino despues de infinitos Profetas, cuya mision no habia tenido por objeto sino la conversion de Israel. Para cumplir con su ministerio, no necesitó, como en la Ley antigua, de azotes, prisiones ni suplicios; porque le bastó anunciar su doctrina, y esparcir aquella divina semilla por toda la tierra: el mundo que ha tenido principio, debe por consiguiente tener un fin, y el juicio universal debe seguir al fin del mundo. Un Christiano instruido á fondo en su Religion, probará estos dogmas con argumentos sacados de las Sagradas Escrituras y de la razon: pero una alma simple, un hombre vulgar que no puede remontarse tanto, debe poner únicamente su confianza en Dios Salvador del mundo, y contentarse con responder: *El mismo Dios lo ha dicho.*

N. 10. Quiere Celso hacernos pasar tambien por hombres que tienen sentimientos poco religiosos acerca de la Divinidad; pero se contenta, como es costumbre suya, con acusarnos sin dar prueba alguna. Pretende que esos dogmas, que nosotros consideramos necesarios para contener al crimen, no son sino vanas ficciones imaginadas pa-

ra confundir á los sencillos; y nos compara con los que hacen aparecer espectros y fantasmas en los misterios de Baco. Pero que vayan Celso y sus partidarios á que les digan los Griegos el caso que debe hacerse de estos misterios. A nosotros nos basta responder, que no proponemos sino la conversion de los hombres, y para esto les ponemos á la vista, ya los castigos reservados al crimen, y sin los cuales no puede mantenerse el orden sobre la tierra; ya las recompensas afianzadas en el Reyno de Dios, para los que hubieren merecido por sus virtudes tener á Dios por Rey.

N. 11. Celso intenta con la mayor eficacia persuadir, que lo que nosotros enseñamos acerca del diluvio, y del futuro incendio del mundo, lo hemos tomado de los Griegos ó de los Barbaros, aunque no hemos comprehendido bien su doctrina; que en sus escritos hemos leído, que despues de un largo período de siglos, y de muchas revoluciones de los astros, habrá incendios y diluvios; y que por este motivo enseñamos que el último diluvio, sucedido en tiempo de Deucalión, será seguido del incendio de la tierra, y Dios descenderá como un verdugo, armado de fuego.

Es de extrañar, que un hombre que ha leído tanto, y está tan versado en la historia, no tenga noticia de la antigüedad de Moysés, de quien aseguran algunos Escritores, que fue con-

temporaneo de Inaco, padre de Foronéo, el mas antiguo Rey de la Grecia, segun afirman los Egipcios y Fenicios. Consulte, pues, los dos libros de las antigüedades de los Judíos que escribió Josefo, y alli verá cuánto es mas antiguo Moysés que los que, segun el mismo, *predixéron la inundacion y el incendio del mundo, y á quienes ni los Judíos ni los Christianos han jamás oido.*

N. 12. No nos pondremos á exáminar aquí, si estos grandes y terribles acontecimientos deben atribuirse á las revoluciones del cielo, y si acontecen en periodos fixos. Solamente haremos observar, que Moysés y nuestros Profetas son tan antiguos, que no han podido tomar nada de los Escritores profanos; y que antes hay demasiado fundamento para creer que estos, como mas modernos, han tomado de nuestros Escritores, y los han desfigurado al tiempo de copiarlos. En quanto á la causa de estas calamidades, nosotros la encontramos en la corrupcion de los hombres, que una vez que llega al colmo, necesita de ser purificada por el fuego ó por el agua. Si el mismo Dios que dice, *yo lleno el cielo y la tierra* (Jer. 23.), es representado por los Profetas descendiendo sobre la tierra; este es un modo de hablar figurado, que no debe tomarse á la letra. Dios descende de su grandeza y de su magestad, quando se digna atender á los hombres, y en particular á los malos: y á la manera que ha prevalecido la costumbre de decir que los Maestros

y los Filósofos descienden sobre los talentos de sus discípulos, así tambien se halla en nuestras Escrituras que Dios *desciende*. Esta palabra, así como la de *ascender*, se emplea en un sentido metafórico y espiritual.

N. 13. Trata Celso de ridiculizarnos porque decimos que Dios *desciende* armado de fuego. Él quisiera obligarnos á entrar sin razon en disputas demasiado profundas; pero no le responderemos mas de lo preciso para contener sus risadas. La divina Escritura llama á Dios *un fuego consumidor*; y dice tambien, *que de su rostro salen rios de fuego, y que él viene como el fuego que funde los metales, como la yerba de que se sirven los bataneros.* (Deut. 4. Dan. 4. Mala. 3.)

Dios es *un fuego consumidor*. ¿Y qué es lo que ha de consumir? Nosotros decimos, que el vicio, y todo lo que el vicio produce, que es lo que en el language figurado de la Escritura se llama madera, heno y paja. Así es que en una Epístola de Pablo se lee, que el vicioso levanta un edificio de madera, heno y paja sobre cimientos sólidos, esto es, sobre Jesu-Christo mismo. (I. Cor. 3.) Si esta madera, este heno, esta paja se hubieran de tomar á la letra, tambien el fuego sería material y sensible; pero como todo esto debe entenderse de las obras del vicioso, no puede haber duda acerca de la calidad del fuego de que aquí se trata.

«El fuego, dice el Apóstol, hará ver la ca-

lidad de las obras de cada uno. El que sobre este cimiento hubiere edificado alguna cosa que resista al fuego, recibirá su recompensa; aquel cuyo edificio sea abrasado, padecerá.»

Estos edificios abrasados, ¿son otra cosa que las obras del vicio? Hé aquí, pues, el sentido en que se dice que nuestro Dios es un fuego consumidor. Parece tambien al fuego que derrite los metales, porque purifica al alma, de todos los defectos, de toda liga que altere la pureza y excelencia de su sér. Por eso se dice, que de su rostro salen rios de fuego, para consumir toda partícula de vicio que haya podido introducirse en el alma. Y esto es mas que suficiente para destruir la acusacion de Celso.

N. 14. Pasemos á otra, en que se extiende con mucha confianza. «No propondré, dice, cosa alguna, en que nuestros contrarios no se hayan convenido hace mucho tiempo. Dios es bueno, hermoso, feliz: encierra en sí lo mas hermoso, lo mejor que hay en el mundo. Para descender entre los hombres, es preciso que mude enteramente, y que se vuelva malo, horrible, desagraciado, y corrompido hasta lo sumo. Además, los seres mortales están por su naturaleza sujetos á mutacion; el sér inmortal por su naturaleza permanece siempre lo mismo: luego Dios no es susceptible de mutacion.»

Me parece, que he respondido anticipadamente á esta nueva tranquilla, quando expliqué el

sentido en que se debe entender, que Dios descendiendo sobre la tierra, segun nuestras Escrituras; lo que se dice por su Providencia, y por el cuidado que se digna tomar en lo que pertenece al hombre. Nada de esto supone mutacion alguna en Dios; ni de aquí se sigue tampoco, que Dios se vuelva malo, horrible y desgraciado. Dios es inmutable; esto no admite contextacion; y como tal nos lo representan sus Escrituras: *Siempre sois el mismo*, le dice el Profeta; y el Señor dice tambien: *To no me mudo*. (Sal. 101.)

No les sucede así á los Dioses de Epicuro. Porque como se componen de átomos, estarían expuestos á ser destruidos por otros átomos, si no tuvieran gran cuidado de alejarlos. En quanto al Dios de los Estóycos, se sabe que es corporal, y como tal está sujeto á mutacion, quando el mundo sea abrasado, y quando despues del incendio se renueve. Estos Filósofos no han podido nunca formar de Dios, aquella idea que la naturaleza nos presenta á todos, la idea, digo, de un Sér perfectamente simple, indivisible é incorruptible.

N. 15. El que descendió entre los hombres, tenía la forma de Dios; pero su amor á los hombres fue causa de que se anonadase, para que ellos pudieran comprehenderlo. Nótese sin embargo, que él descendió, se anonadó, pero sin padecer mutacion alguna; por tanto no cometió pecado, ni lo conoció; no dexó de ser feliz, aun-

que se humilló excesivamente por la salvacion del género humano; en una palabra, ninguna de sus perfecciones padeció menoscabo. Un Médico, que para curar á los enfermos, exerce funciones que irritan á la naturaleza, está expuesto á ser sin cesar testigo de los espectáculos mas tristes: pero él no muda por eso; su salud se conserva sin alteracion: aunque es preciso confesar que no está absolutamente libre de todo peligro. Mas el Verbo Dios, que se digna venir á curar las llagas de nuestras almas, no puede ser herido. Si piensa Celso, que el Verbo Dios inmortal padeció mutacion, porque tomó un cuerpo mortal y una alma humana; sepa, que la naturaleza del Verbo permanece siempre la misma, sin que le haga efecto nada de lo que el cuerpo y el alma padecen. Mas para proporcionarse á los que no hubieran podido sostener la gloria y el resplandor de su divinidad, se hizo carne, tomó una voz sensible; hasta que habiendo elevado á los que lo recibieron baxo esta forma, los puso en estado de poder contemplar su divina y eterna esencia.

N. 16. El Verbo tomó diferentes formas, baxo las quales se manifestó á los que siguieron su doctrina; acomodandose á la capacidad de todos, ya de los que habían hecho grandes progresos en el camino de la virtud, ya de los que acababan de entrar en él, ya tambien de aquellos cuya virtud era consumada. A los Discípulos que le acom-

pañaron al Tabór, les pareció muy distinto de lo que había parecido á los demás; porque estos últimos no hubieran podido sostener los rayos de su gloria. Los que eran incapaces de distinguir la grandeza de Jesus, decian de él: »No tenía hermosura ni resplandor; su exterior era despreciable; nos ha parecido el último de todos los hombres.“ (Isa. 53.) Por lo que hace á Celso, bien se ve, que nada ha comprendido en las mutaciones y transfiguracion de Jesus, ni ha sabido tampoco distinguir lo que en él había de mortal y de inmortal.

N. 17. Finalmente: ¿no hay mas razon y mas decencia en las cosas que nosotros decimos de Jesus, que en las fábulas paganas de un Baco, por exemplo, ó de un Júpiter? Pues sin embargo, á los Griegos les es permitido recurrir á interpretaciones alegóricas, para salvar todas esas extravagancias, y no se nos quiere dar oídos á nosotros, quando proponemos una explicacion natural, plausible y consiguiente de nuestras Escrituras, segun la inspiracion del Espíritu Divino, que habita en las almas puras.

Como Celso no entiende absolutamente nuestras Escrituras, no se puede decir que impugna el verdadero sentido de ellas, sino el que á él le ocurre darles. Si él supiera qual debe ser el destino del alma en la vida futura, que no tendrá fin, y lo que se debe pensar acerca de la naturaleza y principio del alma; no se le haria

extraño, que el inmortal haya tomado un cuerpo mortal, no por medio de una metempsicosis, como Platón enseña, sino de un modo mas sublime: antes bien convendria por el contrario en que Jesus dió la prueba mas relevante de su amor á los hombres, quando descendió entre ellos, para reunir las ovejas perdidas de la casa de Israel....

N. 18. La pesadez de Celso en várias questões que no entiende, me precisa á repetirme con frecuencia; porque no quiero dexar pasar ninguna de sus tranquilas sin respuesta. O vuestro Dios, dice, se ha mudado en un cuerpo mortal, lo que es imposible como ya he probado; ó por lo menos parece tal á los que lo ven, y por consiguiente engaña, miente. Todos saben, que el engaño y la mentira son siempre un mal, á no ser que se empleen para consolar á un amigo enfermo de cuerpo ó espíritu, ó para escapar de algun peligro con que nos amenaza un enemigo. Pero Dios no tiene ningun amigo enfermo; Dios no teme á nadie, ni necesita de recurrir á la mentira para huir del peligro.

Dos respuestas le puedo dar á Celso; la una, tomada de la naturaleza del Verbo, y la otra, del alma de Jesus. Digo en primer lugar: así como los alimentos que toma una nodriza, se convierten en leche, para que pueda mantener al niño como conviene; así como un Médico prescribe un régimen distinto á los enfermos y á las

personas sanas y robustas: del mismo modo el Verbo que alimenta nuestras almas, toma toda especie de formas y se hace todo de todos. Para unos es como una leche espiritual, segun la expresion de la Escritura; (I. Pet. 2.) para los débiles, es un alimento ligero al modo de las legumbres; para los perfectos, es una vianda sólida; mas no porque el Verbo se acomode de este modo á la disposicion de cada uno, engaña ó miente.

En quanto al alma de Jesus, si se pretende que mudó porque vino á animar á un cuerpo mortal; pregunto: ¿de qué especie de mutacion se habla? Porque si se quiere decir que hubo una verdadera mutacion en su esencia misma; no solamente lo negarémos, sino que negarémos tambien que pueda acontecer una mutacion semejante en ninguna alma racional. Ahora, si se quiere significar, que el alma de Jesus padeció por causa de su union con el cuerpo á que descendió; ¿qué tiene de extraño, que el Verbo amase en extremo á los hombres y les diese un Salvador? Quanto mas que para curar á los hombres, nadie hubiera podido hacer lo que hizo esta alma, ofreciendose voluntariamente por ellos.

Entre muchos pasages de nuestras Divinas Escrituras, que podría citar en comprobacion de esto, me contentaré con trasladar el siguiente, que es del Apóstol: «Imitad, dice, los sentimientos de Jesus, que siendo Dios, y pudiendo sin usur-

»pacion decirse igual á Dios, se anonadó tomando la forma de esclavo, y se hizo hombre como nosotros. Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente á la muerte, y á la muerte de la cruz. Por eso Dios lo llenó de gloria, y le dió un nombre sobre todo nombre.» (Philip. 2.)

N. 19. Lo que Celso dice contra el artificio y la mentira no habla con nosotros, porque creemos que Jesus vino real y manifestamente sobre la tierra, y no en apariencia.... Nadie hasta ahora ha acusado al Salvador de que recurrió á la mentira, para libertarse de algun peligro: con que no tenemos que responder tampoco á esta otra tranquilla. En quanto á lo que Celso añade, esto es, que un enfermo y un insensato no pueden ser amigos de Dios; es cierto, que Jesus no se propuso salvar á sus amigos, salvando á los enfermos é insensatos; sino volver á su amistad á los que por sus flaquezas espirituales y sus desbarros se habian hecho enemigos suyos: porque las Escrituras dicen expresamente, que Jesus vino á justificar y salvar á los pecadores.

N. 20. Celso hace decir á los Judíos y á los Christianos, que estando la tierra inundada de crímenes, se hace preciso que Dios envíe alguno que la purifique y castigue á los malos, como sucedió quando el diluvio. ¿Y qué hay en esto que sea contrario á la razon y á la idea que debemos formar de la justicia divina? Doctrina es tambien de los Griegos, que la tierra, en cier-

tas revoluciones, debe ser purificada por el fuego ó el agua. Pues qué; ¿esta doctrina en boca de los Griegos ha de tener peso y verisimilitud, y no en la nuestra? Facilmente pudiéramos hacer ver que es tan sólida como antigua....

N. 21. Celso pretende, que lo que Moysés refiere acerca de la torre de Babel y de la confusión de lenguas, no es otra cosa que la historia de los Aloides, alterada y corrompida. Él no repara en que nadie antes de Homero hace mencion de esta historia, y la de la torre de Babel está escrita por Moysés, anterior, no solamente á Homero, sino aún á los caracteres Griegos. Esto supuesto, júzguese ahora quién es el plagiario, quién es el copiante infiel, ¿Moysés ú Homero?

Con el mismo discernimiento afirma, que la historia de Sodoma y Gomorra, reducidas á cenizas á causa de sus abominaciones, se ha de referir á la aventura de Faetonte. El origen de su error es el mismo: no fixa la atencion en la antigüedad de Moysés, ni en el tiempo en que florecieron los Autores de la fábula de Faetonte, los cuales son todavía mas modernos que Homero. Nosotros, pues, afirmamos, que vendrá día en que el fuego consumirá á la tierra, juntamente con todos los crímenes que la desfiguran: tenemos en nuestro apoyo á los Profetas, cuyas predicciones, verificadas hasta aquí, aseguran la verificación de las que están todavía por cumplir.

se, y prueban que el Espíritu Divino ha hablado por boca de ellos....

N. 22. *Si se ha de dar crédito á los Christianos, añade Celso, los Judíos concitáron contra si mismos la cólera del cielo, dando muerte á Jesus. Convénzanos, si es que puede, de impostura en esta parte.* Bien sabido es, que á los quarenta y dos años de la muerte de Jesus, fue Jerusalén enteramente destruida, y toda la Nacion arrojada de su propio país. Jamás los Judíos habian estado tanto tiempo esclavizados y privados del exercicio de su Religion. Es cierto que Dios los habia, al parecer, abandonado algunas veces, á causa de sus pecados; pero á poco tiempo volvía á visitarlos, y los reunia de nuevo en su país, donde cumplian las obligaciones de su Religion, con la misma libertad que antes. Y así, uno de los argumentos de la Divinidad de Jesus se funda en el terrible castigo que merecieron los Judíos por su atentado. En efecto ¿puede haber un atentado mas enorme, que el dar la muerte, por medio de una negra traicion, al Salvador del mundo, y en una Ciudad, donde los mismos Judíos celebraban sacrificios y solemnidades, que eran otros tantos símbolos de los misterios de Jesus?

La justicia de Dios exigía, que fuese destruida la Ciudad de Jerusalén, donde se habia cometido el deicidio; que la Nacion anduviese errante sobre la haz de la tierra, sin esperanza de recuperar su primitivo estado; y que otros pue-

blos ocupasen su lugar. Hablo ahora de los Christianos, á quienes fue transmitido el puro y verdadero culto de Dios, y se les dictaron nuevas leyes, formadas para una República, que no debe tener otros límites que el mundo. Las leyes particulares de los Judíos no podían convenir á todas las Naciones.

N. 23. Celso, que tiene su mayor gusto en ridiculizar á los Judíos y Christianos, los compara con los murciégalos, con las hormigas, con las ranas, y con los gusanos que meten mucho ruido y disputan vivamente entre sí. »Dios, dicen ellos, desprecia á los demás hombres, por atender á nosotros solamente: á nosotros solos nos envia y no cesa de enviar Heraldos y Apóstoles; tanto es lo que interesa en que nos le mantengamos unidos por toda la eternidad.«

»Él solamente es Dios; pero despues de él, somos nosotros los primeros, y nos le asemejamos enteramente. Todo nos está sometido, la tierra, las aguas, el ayre, el cielo; todo está destinado á nuestros usos. Como entre nosotros no dexa de haber algunos que están contaminados del pecado, vendrá Dios, ó enviará á su Hijo, para arrojar á los malos á las llamas, y asociarnos á la vida eterna de que él goza.« Luego concluye Celso diciendo: »con menos impaciencia se puede oír disputar acerca de todas estas cosas, á las ranas y á los gusanos de la tierra, que á los Judíos y Christianos.«

N. 24. Para refutar á Celso, pregunto ante todas cosas, si considera á todos los hombres como á murciégalos, ranas y gusanos, ó solamente á los Judíos y Christianos. Responda lo que quiera; que yo procuraré probarle, que esta injuriosa denominacion, ni conviene á todos los hombres en general, ni en particular tampoco á los Judíos y Christianos. Y en primer lugar: ¿por qué razon se podria llamar así á todos los hombres? ¿Por su pequeñez? ¿Y de qué pequeñez se habla? ¿De la del cuerpo? ¿Quién ignora que el cuerpo no influye nada en el aprecio que se debe hacer del hombre? Porque si influyera, el elefante le sería muy superior. El hombre está dotado de razon, y esta sola calidad lo encumbra prodigiosamente sobre todos los seres que carecen de ella: los Angeles mismos, por la perfeccion de esta razon, son tan superiores al resto de las criaturas, y aun á los hombres.

N. 25. ¿Y habrá motivo para tratar de viles insectos á los hombres, porque su razon es muy inferior á la de los Angeles, ó porque sus almas son muchas veces contaminadas de los vicios y de las pasiones? Nada de eso. Un sér racional, criado para amar y practicar la virtud, no puede ser colocado en la clase de los gusanos. Por vicioso que sea, siempre conserva en el fondo de su alma las semillas de las virtudes, y no está en su mano sofocarlas enteramente: por desviado que esté del sendero del honor,

siempre está en disposicion de ser á él encaminado. La razon, que es una emanacion de la razon eterna del Verbo, no permite que así se ultraje á aquellos en quienes habita. A lo menos, los viciosos que se hallen entre los Judíos y Christianos, que por solo el hecho de ser viciosos ya no son, hablando con exáctitud, Judíos ni Christianos, no debían ser tratados de gusanos y de hormigas, antes que los demás viciosos.

N. 26. Pero si es que se dan estos injuriosos nombres á los Judíos y Christianos, por motivo de sus dogmas, que Celso detesta sin entenderlos; comparemoslos con los dogmas de las demás sectas. Los que tratan de insectos á los hombres, pondrán sin dificultad en este número á los que son tan ciegos, que tributan culto religioso á los animales, á los ídolos, y aun á aquellos seres, que se han distinguido ciertamente entre los demás, pero cuya excelencia y perfeccion no debían de haber producido otro efecto, sino el de inspirar respeto y veneracion hácia el Autor del universo; y mirarán por el contrario como hombres, ó por mejor decir, como seres superiores á los hombres, á los que dóciles á las luces de la razon, se han servido de lo mas admirable y prodigioso que la tierra ofrece, para elevarse hasta el Criador; han puesto en él toda su confianza; y sabiendo que es Omnipotente, que lee en todos nuestros corazones, que oye todas nuestras palabras, le dirigen to-

dos sus ruegos, obran en todo como que están incesantemente en su presencia, y no hablan jamás sin cuidar que no se les escape palabra alguna, de que se pueda dar por ofendido.

Su acrisolada piedad, inalterable aún á vista de la muerte, ¿no será motivo suficiente para que se les mire con indulgencia? ¿Colocarás en la clase de gusanos, de hormigas y de ranas á unos hombres, que han hollado á sus pies los mayores encantos del deleyte, porque están persuadidos que únicamente la templanza puede facilitarles que se les admita en la familiaridad de Dios? La justicia, aquella virtud incomparable, que llena todas las obligaciones de la sociedad, ¿no será poderosa á impedir que aquellos en quienes resplandece, sean comparados á los murciélagos? Por el contrario, los que sin pudor y sin circunspeccion se abisman en los placeres mas infames, sostienen que no son crímenes y tienen la desvergüenza de hacer su apologia; ¿no son en la realidad gusanos que se revolcan en el cieno? En especial si se comparan con los Christianos, que se cubrirían de horror si se entregasen á la intemperancia, profanasen sus miembros, que son los miembros de Christo, ó manchasen sus cuerpos, templo del Verbo, templo de Dios....

N. 27. Aquí me paro: quiero pasar en silencio los desórdenes de que nosotros pudiéramos acusar á los demás. Acaso halláramos tambien com-

prehendidos á los Filósofos, porque hay muchos que no tienen mas que el nombre. No sucede así entre los Christianos, entre aquellos, digo, que son admitidos en nuestras asambleas y oraciones, á no ser que se entrometa furtivamente algun extranjero.

Pues ¿qué fundamento tiene Celso para tratar de insectos á unos hombres, que convencen á los Judíos con sus propias Escrituras; que les demuestran que Jesus vino segun las predicciones de los Profetas, y finalmente que los abandonó, porque colmáron la medida de sus pecados?

Todos los que hemos reconocido al Verbo de Dios, tenemos las mayores esperanzas, fundadas no solamente en su palabra, sino tambien en nuestra santa é irreprehensible vida, de que nos hará merecedores de ser á él unidos. Sin embargo, ningun Christiano, ni aun Judío es tan mentecato que diga, que Dios ha criado el mundo y los cielos principalmente para nosotros: mas el que tiene el corazon puro, el Christiano apacible, pacífico, sufrido por espíritu de Religion, tiene derecho para poner su confianza en Dios y decir: Dios nos lo ha revelado y enseñado todo á nosotros que tenemos fe.

N. 28. En quanto á lo que Celso nos hace decir, que Dios abandoná el cuidado del cielo y del resto de la tierra, por atender á nosotros únicamente, respondo que nos imputa una cosa que jamás hemos pensado: antes por el contrario

sabemos y leemos en nuestros libros, que Dios ama todo lo que existe, y nada aborrece de todo quanto ha criado, porque para aborrecerlo no lo hubiera criado: »Vos, Señor, sois indulgente con todos, porque todos son vuestros. Señor, »que amais á las almas, ¡quánta es la bondad »de vuestro corazon para con todos! Vos corregis »por grados á los que pecan, y les advertís que »se corrijan.... La misericordia del Señor llena toda »la tierra; la misericordia del Señor es sobre toda »carne. El Señor es bueno, pues hace que salga »su sol sobre los buenos y los malos, y que llueva sobre los justos y los injustos.« (*Sap. II. Sal. 32. Ezeq. 18. Mat. 5.*)

Él nos exhorta á que como hijos suyos imitemos los exemplos que nos ha dexado, y hagamos quanto bien pudiéremos á todos los hombres. »Él es el Salvador de todos los hombres, »y principalmente de los fieles. (*I. Tim. 4*) Él »se hizo víctima por nuestros pecados, y no »solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo.« (*I. Joan. 2.*) Pero ya basta lo dicho para confundir á Celso en esta parte...

N. 29. Por lo que hace á aquellas palabras: *nosotros somos los primeros despues de Dios*; puede ser que Celso las haya oído á alguno de los que llama gusanos; pero en este caso procede, como el que condena á toda una secta de Filósofos, porque uno de los que la profesan, se ha manifestado orgulloso é insolente.... No ignora-

mos nosotros, que los Angeles son superiores á los hombres, y tan superiores, que los hombres no les igualan, sino quando ya son enteramente perfectos. *Despues de la resurreccion*, dice Jesus, *los justos serán como los Angeles.* (Mat. 22.)

N. 30. Celso nos acusa de que sostenemos, que Dios nos ha hecho enteramente semejantes á él: no es posible sino que haya entendido mal aquel pasage del Génesis: *hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.* ¿No sabe que es cosa muy diferente hacer al hombre enteramente semejante á sí, ó hacerlo á su imagen y semejanza?

Tambien nos gloriamos, segun Celso, de que todo está sujeto á nuestro servicio. ¿A que no ha oido decir una cosa semejante á ninguno de nuestros Sábios? ¿A que ignora, que al que es primero entre nosotros, se le encarga que sea siervo de todos? Eurípides (*in Phenis.*) dice, que *el sol y la noche sirven á los mortales*: todos alaban este pasage, todos lo comentan; y si nosotros decimos lo mismo, ó una cosa semejante, nos levantan un caramillo.

Celso hace decir á los que él llama gusanos, que Dios vendrá, ó enviará á su Hijo, á consumir á los malos en las llamas, y que entre tanto nosotros, las ranas, gozaremos eternamente de su bienaventuranza. Todo esto no es mas que una bufonada, con que Celso pretende ridiculizar el juicio de Dios, el suplicio de los impíos, y el galardón de los justos. Aquí, aquí

se ve la gravedad de nuestro Filósofo.

Huyamos de imitarle: no tomemos venganza en los Filósofos que se jactan de haber profundizado todos los secretos de la naturaleza, y sin embargo se eternizan en disputas interminables sobre la formacion del mundo, sobre su origen, su duracion y el destino de las almas; sobre si Dios las ha criado, si son eternas, si pasan á distintos cuerpos, si permanecen siempre en el mismo, si son mortales ó inmortales. Sería cosa muy facil ridiculizar á unos hombres, que olvidando los estrechos límites de sus talentos, pretenden decidir las mas sublimes questões, pronunciar acerca de la naturaleza de la Divinidad, que nadie comprehende, sino es que sea aquellos, á quienes el Espíritu de Dios ha iluminado; y compararlos con los gusarapos, que desde el lodazal en que están metidos pretenden elevarse hasta el cielo. Pero nosotros respetamos la capacidad humana, en especial quando desprecia todas las cosas vulgares, por dedicarse únicamente á la investigacion de la verdad: confesamos en honor de algunos Filósofos con el Apóstol, que conocieron á Dios: »Porque Dios se les ha manifestado; aunque ni lo han glorificado como á Dios, ni le han tributado gracias; sino que se han desvanecido en sus pensamientos; y jactandose de sábios, se han vuelto insensatos: porque han cambiado la gloria del Dios inmortal, por el simulacro del hom-

«bre mortal, de los páxaros, de los quadrúpedos y de los reptiles.» (*Rom. 1.*)

N. 31. Celso ultraja de nuevo á los Judíos, y repite las mismas imposturas que hemos ya destruido. Pero en vano pretende representarnos á esta Nacion como digna de sumo desprecio, solo porque los Escritores Griegos no han hecho jamás mencion de ella. Pues si subimos al origen de su República, y exáminamos sus leyes; verémos por lo claro, que los Judíos adoraban al Dios supremo, y habia entre ellos hombres que llevaban en la tierra una vida celestial. Desterraron á todos los pintores y escultores, por no exponerse á tener ídolos y figuras capaces de seducirlos, y de hacer que olvidasen al verdadero Dios.... Tambien se leia en sus libros aquella sabia máxima: «No levanteis los ojos al cielo para admirar el sol, la luna y las estrellas, y tributarles culto religioso.» (*Deut. 4.*)

¡O! ¡Qué disciplina tan vigorosa, que ni sufría viciosos ni mugeres de mala vida! No eran admitidos por Jueces sino unos hombres de integridad muy acrisolada; y porque su probidad era superior al hombre, se les llamaba Dioses en el estilo de los Hebreos. El pueblo entero de los Judíos era como un pueblo de Filósofos: tenían dias particularmente consagrados al estudio de la Ley, por exemplo, los sábados y las fiestas; y pudiera decir muchas cosas mas acerca de sus ritos y sacrificios, que están llenos de misterios.

N. 32. Pero como nada hay sólido ni permanente sobre la tierra, fue preciso que la República de los Judíos se alterase y corrompiese insensiblemente. Por eso, en lugar de los Judíos, substituyó la Providencia á los habitantes de todas las Naciones del mundo, llamandolos á la Religion de Jesus. Jesus, que no era un sábio vulgar, sino que era Dios, abolió la Religion de los Demonios, que se pagaban del humo y de la sangre de las víctimas, é impedían que los hombres conociesen al verdadero Dios; y sin temer los lazos de que siempre está sembrado el camino de la virtud, les dió á los hombres unas leyes, que harán felices á todos los que las observen.

Desde esta época, ya no han tenido los hombres necesidad de aplacar con sacrificios á los Demonios; antes por el contrario los desprecian, confiados en el auxilio del Verbo Divino. Y como era la voluntad de Dios, que la Religion de Jesus se extendiese por todo el universo, han sido inútiles todos los esfuerzos, todas las invenciones de los Demonios para destruir á los Christianos: pues por mas que han sublevado contra ellos á los Reyes, á los Magistrados, á los Grandes y á los Pueblos, que ignoraban su criminal designio; la palabra de Dios ha triunfado siempre de todos los obstáculos, ó por mejor decir, los mismos obstáculos la han hecho mas poderosa, y la mies de las almas ha sido

mas abundante. Dios lo ha querido así. Esta es mi respuesta á Celso.

En quanto á que los Judíos no han tenido jamás reputacion ni nombre; respondo, que los Judíos, *como una raza escogida de Reyes y Sacerdotes* (Ex. 19.), huían del comercio con las demás Naciones, por no contaminarse; y contentos con estar á cubierto baxo la salvaguardia del mismo Dios, no tenian ambicion por nuevas conquistas, quando se consideraban ya sobradamente numerosos para defenderse. Tales fueron los Judíos, mientras merecieron la proteccion del cielo.

Quando era necesario, que fuesen llamados á Dios y á la virtud, por medio del infortunio, el mismo Dios los abandonaba, bien que por cierto tiempo solamente, mas ó menos largo; hasta que finalmente, habiendose hecho reos del mas enorme atentado, habiendo dado muerte á Jesus, fueron abandonados de Dios para siempre.

N. 33. 34. y 35. Dice Orígenes, que Celso pretende impugnar la historia y origen de los Judíos, y que á falta de razones sólidas, usa expresamente y con toda malicia de las palabras mas obscuras: que por lo demás, los mismos Paganos reconocen la virtud, no solamente del nombre del Dios de los Judíos, sino también de los nombres de Abrahám, Isaác y Jacób, que los Mágicos emplean en sus encantamientos.

N. 36. Pasa Celso despues á la historia de aque-

llos Pueblos que disputan entre sí acerca de la mayor antigüedad; como por exemplo, los Atenienses, los Egipcios, los Arcádios, los Frigios, y los que pretenden haber brotado originariamente de la tierra de su país. Cita con este motivo á los Historiadores profanos, y nos dice, que los Judíos, *mas ignorantes que todos, arrinconados allá en un extremo de la Palestina, refieren las cosas mas absurdas é inverisimiles acerca del origen del mundo, de que han hablado Hesíodo y otros célebres Escritores, por modo de inspiracion: que segun los Judíos, Dios formó con sus propias manos al primer hombre, sopló sobre él, bizo á la muger de una costilla suya, y les dió preceptos, á cuya observancia faltaron engañados por la serpiente, la qual se sigue que venció á Dios. ¿No es una patraña, añade luego, imaginar un Dios sin poder para persuadir á un hombre, y á un hombre que es obra suya?*

El docto Celso, que á cada paso da en rostro á los Judíos y Christianos con su grosera ignorancia, está tan poco instruido del tiempo en que florecieron Hesíodo y una infinidad de otros Escritores divinamente inspirados, que es como se explica; está, digo, tan poco instruido, que los hace anteriores á Moysés; siendo así que generalmente se le reconoce á Moysés por anterior á la guerra de Troya. Y si va á decir verdad, no son los Judíos los que nos han transmitido las fábulas mas extravagantes acerca de las antigüedades del

mundo, del nacimiento y aventuras de los Dioses; sino esos mismos Historiadores que Celso alaba con tanto énfasis; los cuales no tenían noticia alguna de esos hechos antiguos y memorables, tan sabidos de todo el pueblo de la Palestina.

Con justo motivo desterraba Platón de su República á todos esos Poetas, y á Homero á la frente de ellos, como á otros tantos corrompedores de la juventud. Bien se ve que estaba muy distante de creerlos inspirados; aunque quizá tampoco los considerará Celso como tales, sino que su empeño en impugnarnos le dictó aquellos elogios. ¿Si pretenderá este Epicuréo, que su autoridad sea preferida á la de Platón?

N. 37. Nos acusa Celso de que decimos, que Dios hizo al hombre con sus manos. En el Génesis, donde se refiere la creación del hombre, no se hace mención de las manos de Dios; pero es constante, que Jób y David dicen: *Vuesttras manos, Señor, me han hecho y me han formado*. Los que tomen á la letra estas expresiones podrán creer, que nosotros atribuimos manos á Dios; y creerán igualmente que le atribuimos alas, puesto que la Escritura hace tambien mención de las alas de Dios. No corresponde, que nosotros expliquemos en este lugar unas metáforas, que ya hemos explicado en nuestros comentarios sobre el Génesis.

Celso pretende tambien hacer burla de aquel lugar del Génesis, donde se dice, que *Dios ins-*

piró sobre el rostro del hombre un soplo de vida, y quedó el hombre vivo y animado (Gen. 2.), como si Dios hubiera soplado para hinchar odres. Esta es otra figura que tambien pide explicacion. Ese soplo divino no significa otra cosa, sino que Dios comunicó al hombre una alma espiritual é inmortal.

N. 38. 39. y 40. En quanto á la historia de la formacion de la muger, como se refiere en el Génesis, pretende Orígenes que es una alegoría, y que los Christianos tienen el mismo derecho que los Griegos y Bárbaros para explicar todo aquello que pueda sorprehender, ó causar extrañeza en sus libros, y para manifestar los sentidos figurados y místicos ocultos baxo la corteza de la letra. Lo mismo dice con corta diferencia acerca de la caída de Adán, y de la serpiente: refiere la fábula de Pandóra, y el nacimiento del Amor, del modo que Platón se lo ha imaginado; y los compara con la historia de Adán y Eva (a).

(a) Estas respuestas, que inspiracion de los libros de ningún Christiano instruido admitiria, eran por lo menos enteramente adaptadas á los enemigos á quienes Orígenes refutaba: pero tenemos otras mas sólidas y decisivas contra los impíos de nuestros dias. Supuesta la verdad é

inspiracion de los libros de Moysés, de que se han dado pruebas tan relevantes, que los incrédulos no han podido hasta ahora oponer á ellas cosa alguna de peso; supuesta, digo, la verdad é inspiracion de los libros de Moysés, resulta con eviden-

N. 41. y 42. Afirma Celso, que nuestro diluvio es una copia alterada de el de Deucalión; y llama ridícula esta historia, y en particular el Arca, pero sin alegar prueba alguna para ello. Unicamente demuestra un ciego aborrecimiento, indigno de un Filósofo, contra el libro mas antiguo de todos. Mas le valia admirar la Providencia, que libertó en el Arca, así á los animales destinados á volver á poblar la tierra, como al hombre justo que debía ser padre de todos los que habian de nacer despues del diluvio.

N. 43. Con la misma ligereza se burla tambien de otras muchas historias del Génesis. Pero ¿qué tiene de absurdo, que Dios presidiese á estos

cia, que no se pueden poner en duda los hechos que se refieren en ellos; y que las graciosidades y frias bufonadas no son del caso, para destruir la certidumbre de los monumentos históricos mas respetables, no solamente para todos los fieles, sino tambien para qualquiera crítico ilustrado é imparcial.

Por lo demás, aunque Orígenes es digno de reprehension, porque se dexa llevar de su inclinacion y fa-

cilidad para convertir en alegoría el sentido literal de la Escritura, no por eso niega los hechos de que se trata. En esta misma obra, y todavía con mas claridad en otras, reconoce expresamente el pecado de Adán, que ha pasado á todos sus descendientes, los cuales murieron en Adán, y nacen en el pecado, porque Adán les comunicó el borrón de la injusticia y del pecado. *Vease lib. 7. n. 28. 29. y 50. hom. 14. in Luc. hom. 8. in Levit. et alibi.*

acontecimientos, y cuidase particularmente de sus amigos y de los justos? Réputa tambien por digno de censura el hecho de haber dado Dios asnos, ovejas y camellos á sus siervos. Luego ignora que *todo esto sucedia en figura á los Israélitas, para instruccion de los Christianos que debían venir en lo sucesivo* (I. Cor. 10.); que las ovejas de diversos colores que cupieron á Jacób en patrimonio, representaban á todos aquellos pueblos diversos que habian de someterse al que Jacób representaba, esto es, los Gentiles que abrazarian la fe de Jesu-Christo.

N. 44. Dios da tambien pozos á los justos, dice Celso. Todavía se manifiestan en Ascalón aquellos pozos que los Patriarcas abrieron, y que son muy diferentes de los demás. Nuestras Escrituras refieren muy de ordinario historias verdaderas, con el fin de elevar nuestro espíritu á objetos mas importantes y sublimes (a). Por tanto, esos pozos y los matrimonios de los Patriarcas se han de tomar en un sentido espiritual; y porque no se crea que esta respuesta es de invencion mia, oigamos á uno de nuestros Sábios.

«Decidme, vosotros que leéis la ley: ¿la habeis entendido? Porque en ella está escrito, que

(a) Este principio que es conviene á saber, que no incontestable, puesto que es porque Orígenes busque en la Escritura sentidos alegóricos, excluye la verdad del firma lo que hemos dicho, sentido literal é histórico.

»Abrahám tuvo dos hijos, uno de la esclava,
 »y otro de la muger libre. El hijo de la esclava nació según la carne; el hijo de la muger libre nació según la promesa; pero todo esto es una alegoría, que representa los dos Testamentos. El uno, que fue dado sobre el monte Sínai, engendra para la servidumbre, que es Agar... Pero la Jerusalén de arriba es libre, y es nuestra madre." (*Galat. 4.*)

Qualquiera que se tome el trabajo de poner los ojos en la epístola á los Gálatas, verá cómo se ha de entender lo que nos dice la Escritura acerca de las mugeres libres y esclavas; y que para penetrar su espíritu, debemos atender en las acciones de los Patriarcas, no á lo que es carnal, sino únicamente á lo que es espiritual.

N. 45. 46. y 47. Celso censura varios lugares del Génesis acerca de los Patriarcas, pero no especifica lo que halla digno de ser censurado. Como quiera que sea, todos esos pasajes, aunque se tomen en el sentido literal, no merecen crítica; quanto mas que son susceptibles de una explicacion alegórica.

El incesto de las hijas de Lót tiene excusa, según los principios de los Filósofos; porque ellas creyeron que eran las únicas que con su padre se habian libertado del incendio universal: pero la Escritura no lo aprueba.

Celso, que todo lo quiere censurar, no camina con buena fe, puesto que no alaba lo que

es digno de alabanza. En su crítica de la historia de Joséph, no pára la consideracion en la castidad del mismo Joséph, y en la paciencia con que sufrió el mas injusto castigo sin quejarse, poniendo en manos de Dios el cuidado de sus intereses y de su reputacion.

Dice Celso, que para que los Judíos se establecieran en Egipto, se les señaló la parte mas despreciable, como si la tierra de Gessén fuera un país digno de desprecio. Habla tambien de la salida de Egipto como de una huida, sin hacer mencion de los prodigios, que entonces obró el cielo.

N. 48. *Los mas juiciosos entre los Judíos y Christianos, dice Celso, se ven precisados á recurrir á la alegoría, para ocultar la indecencia y absurdo de unas ficciones, de que ellos mismos se avergüenzan.* Nosotros, sí, que podíamos aplicar á los Griegos lo que Celso dice sin fundamento de los Judíos y Christianos. Porque, pregunto; ¿hay cosa mas absurda, mas licenciosa ni mas escandalosa, que las aventuras de los Dioses y Diosas de los Griegos? Por eso nosotros no les daremos el nombre de Divinidades. El respeto con que miramos el nombre de Dios, no nos permite cosa alguna que pueda ofenderle: y así no referimos fábulas, aun alegóricas, que sean capaces de corromper á la juventud.

N. 49. Si Celso hubiera leído nuestras Escrituras con imparcialidad, no diria que no encierran

alegorías: porque hay muchas historias, que manifestamente incluyen un segundo sentido mucho mas sublime para los que son capaces de comprehenderlo, al paso que los simples se detienen en el sentido literal. Si este fuera un sistema de los Judíos y Christianos de nuestros días, podría Celso impugnarlo con ventaja; pero es la doctrina de los mismos Autores de nuestros Libros Sagrados; y es preciso convenir que el sentido alegórico es el sentido principal en que han parado la consideracion.

Oigamos, por exemplo, lo que dice Pablo, Apóstol de Jesus. «La Ley dice: no atarás la boca al buey que trilla en la era. Pues qué? Dios cuida de los bueyes? ;O es que lo dice con referencia á nosotros? Porque para nosotros está escrito. El que ara y el que trilla, ara y trilla con la esperanza de percibir el fruto.» (I. Cor. 9.)

En otra parte dice: «El hombre abandonará á su padre y á su madre y se unirá á su muger, y serán dos en una carne. Este misterio es grande con referencia á Christo y á la Iglesia.» (Ephes. 5.)

«No quiero que ignoreis, hermanos, dice tambien, que todos nuestros padres estuvieron baxo la nube, y pasaron el mar; y todos fueron bautizados baxo el ministerio de Moysés, en la nube y en el mar» (I. Cor. 10.) Así interpreta Pablo alegóricamente la historia del maná y del agua que brotó de la roca.

Asáf, en los Salmos, dispuesto á referir los acontecimientos consignados en los libros del Exódo y de los Números, comienza de esta manera: «Pueblo mio, escucha mi ley, presta oídos á mis palabras; yo abriré mi boca para referir parábolas.» (Sal. 77.)

N. 50. Si la Ley de Moysés no tuviera sentidos ocultos y profundos, no diria tampoco el Profeta: «Abrid, Señor, mis ojos, y contemplaré las maravillas de vuestra ley.» (Sal. 118.) Él sabia que el velo de la ignorancia, impide á los corazones que descubran los misterios: por eso le suplica á Dios que lo corra: *Abrid, Señor, mis ojos.*

Infinitos lugares hay en la Escritura, que manifestamente son alegóricos; por exemplo, lo que Ezequiel dice del dragón del rio y de Faraón. Por lo demás, nuestras alegorías, además de no ser impías ó extravagantes, como las de los Griegos, son mucho mas acomodadas á la capacidad del pueblo.

N. 51. Muchos Escritores célebres han dado muestras de la estimacion que hacian de nuestras Escrituras, comentandolas, y dedicandose á desentrañar el sentido figurado, oculto baxo la letra. De este número son Filón, los Filósofos Aristóbulo y Numenio...

N. 52. y 53. Celso critica amargamente una obra, en que un Judío disputa con un Christiano acerca del Mesías. *A un mismo tiempo*, dice

de ella, *mueve á indignation y á compasion*: lo que no se concilia facilmente.

Yo suplico á mis lectores, que sin detenerse en las acusaciones de Celso, siempre desnudas de pruebas, se tomen el trabajo de estudiar nuestras Escrituras, y procuren averiguar, cuáles han sido el objeto, el espíritu y los sentimientos de sus Autores. Allí verán, que estos Escritores sostienen con la mayor firmeza cosas de que están intimamente persuadidos; y que algunos de ellos no afirman sino unos hechos de que han sido testigos, y que son en extremo interesantes al linage humano. En efecto, nadie puede negar, que el punto capital para todos es la creencia en el Dios supremo, y el propósito de agradar, ya en las acciones, ya en los pensamientos, al que ha de juzgar, no solo nuestros discursos y acciones, sino tambien nuestros pensamientos.

¿Puede haber una doctrina mas capaz de inclinar á los hombres al bien vivir, que la que les enseña, que Dios conoce todas nuestras acciones, todas nuestras palabras y todos nuestros pensamientos? Que nombren una sola nuestros Contrarios.

N. 54. Celso nos asegura, con el Timéo de Platón, que «Dios no ha hecho cosa alguna mortal; que todas sus obras son inmortales, y que estas han producido á las otras; que Dios es autor del alma; mas el cuerpo, que es de otra

„naturaleza, no se diferencia del de los murciélagos, gusanos y ranas.“

Mas ¿por qué no lo prueba? ¿No ve que lo que afirma es contrario, no solamente á nuestra doctrina, sino tambien á la de muchos Filósofos, como por exemplo, los Estóycos? ¿Por qué no prueba, como correspondia que lo hiciese, que los cuerpos de los animales no son obra de Dios; que el arte admirable con que están formados, no es privativo de una inteligencia suprema; y que esta no ha multiplicado y diversificado infinitamente las especies de plantas y animales, de donde saca el hombre tantas ventajas y servicios?

Habiendo únicamente atribuido á Dios la produccion del alma, estaba obligado á dar razon del repartimiento que hacia de los cuerpos entre los Dioses inferiores; porque entre estos Dioses, unos, era regular, que tuviesen á su cargo los cuerpos humanos; otros, los de los animales domésticos ó bestias feroces; estos, los dragones y las serpientes; aquellos finalmente las plantas. Pero si Celso hubiera profundizado esta cuestión, una de dos, ó bien se hubiese convencido de la unidad del primer principio que todo lo ha criado para el fin que se propuso; ó por lo menos hubiera respondido á los que sostienen, que todas las partes de este universo, tan inmenso y tan variado, reconocen por autor al mismo Dios, que supo disponerlas de modo que concurriesen á la perfeccion de su obra. Y al cabo, si Celso

carecía absolutamente de pruebas, ¿no hubiera sido mas prudente callar, que exigir de nosotros una fe ciega á sus decisiones? ¿No le hubiera estado mejor no levantarse con tanta vehemencia contra nuestra credulidad, prometiendo-nos que no solamente decidiria, sino que enseñaria la verdad?

N. 55. *hasta el 62.* Omitimos los números siguientes, porque hablan precisamente con los Filósofos antiguos, y no nos interesan á nosotros. Todos ellos hasta el 62 son extraños al objeto que nos hemos propuesto, y no contienen sino discusiones filosóficas, demasiado sutiles por lo general, acerca de la naturaleza de los cuerpos, de la materia y del mundo.

N. 62. Celso pretende resolver en pocas palabras la cuestión famosa de la naturaleza de los males, que ha ocupado tanto á los Filósofos, y dado motivo á tantos sistemas diferentes. „Jamás „ha habido, dice, ni habrá tampoco mayor ni „menor número de males de los que hay al presente. La naturaleza del universo es siempre la „misma; por consiguiente la produccion de los „males es tambien siempre la misma.“

Acaso Celso habrá tomado esta sentencia de Platón, el qual hace decir á Sócrates, en su Theetetes, que *es imposible que dexé de haber males entre los hombres, y que los haya entre los Dioses.* Pero nuestro Autor, que dió á su obra el título pomposo de *Discurso verdadero*, parece que no

comprehendió el sentido de Platón; porque en el Timéo de este Filósofo leemos, que *los Dioses purifican la tierra por medio de las aguas.* Luego habrá menos males quando la tierra este purificada....

N. 63. De varios modos se puede refutar la paradoxa de Celso, y en primer lugar con la historia, que nos manifiesta, que no siempre han reynado los mismos vicios y los mismos desórdenes sobre la tierra. En los tiempos primitivos, por exemplo, no podían las ramerías entrar en las ciudades, ni presentarse á cara descubierta: luego ya se quitáron la máscara, y al fin se introduxéron en las ciudades; como lo nota Crisipo en su Tratado *de los bienes y los males.* Además de esto; ¿de quantos desarreglos hemos sido testigos nosotros, de cuántas infamias, que nuestros primeros padres no conocieron!...

N. 64. Es cosa ridícula sostener, que los males no se aumentan jamás, ni se disminuyen: pues aunque la naturaleza del universo sea siempre la misma, no por eso lo debe ser tambien la medida de los males. La naturaleza del hombre permanece siempre invariable, y sin embargo de eso su razon, sus discursos, sus acciones, no siempre se parecen. En sus primeros años, por exemplo, carece del uso de la razon; luego ya la corrompe el vicio, y este hace mas ó menos rápidos progresos. Aun quando el hombre practica y cultiva la virtud, no siempre la practica y cultiva

con el mismo ardor; muchas veces se eleva, por decirlo así, hasta la cumbre.

Lo mismo debemos decir, y con mayor motivo, acerca del universo, cuya naturaleza no se muda; mas á pesar de todo no dexa de estar sujeto á toda especie de vicisitudes: la fertilidad sucede á la esterilidad, la lluvia á la sequedad: la cosecha de almas virtuosas no siempre es igualmente abundante; ni tampoco el imperio del vicio es siempre igualmente extenso. Estas cosas no las debian ignorar los que estánpreciados de que todo lo profundizan.

N. 65. »El que no fuere Filósofo, continúa Celso, difícilmente podrá descubrir el origen del mal; pero al vulgo le basta saber, que el mal no proviene de Dios, sino que está inherente á la materia y á todo lo que es mortal: y ya sabemos, que todas las cosas mortales giran en un círculo absolutamente uniforme, de manera que lo pasado, lo presente y lo por venir se asemejan necesariamente.“

Quando Celso dice, que el que no sea Filósofo difícilmente podrá conocer el origen del mal, da á entender claramente que este conocimiento es facil para un Filósofo.... Pero yo opino muy al contrario, que esto es difícil, y aun quizá imposible para un Filósofo; sino es que Dios le revele, qué cosa es el mal, de dónde trae su origen, y cuál es el medio de extirparlo.

No hay duda que es un mal el no conocer

á Dios, ni saber el culto que se le debe tributar: sin embargo no puede negar Celso, que los Filósofos han ignorado este punto capital, como lo prueba suficientemente la contrariedad de sus sectas. Pero qualquiera que no sabe, que es un mal el creer, que la piedad puede conformarse con las leyes de la mayor parte de las sociedades, no puede conocer el origen del mal; como ni tampoco el que no sabe la historia del Diablo y de sus Angeles; los quales no se puede negar que son obra de Dios, pero como inteligencias solamente, y no como demonios. En una palabra, si hay alguna cuestión difícil y embarazosa, lo es mas que todas la que recae sobre el origen del mal.

N. 66. Dice bien Celso, que los males no dimanar de Dios; pero se engaña si pretende que la materia y las cosas mortales son el principio del mal. El principio del mal es la voluntad de cada uno de nosotros, que lo inclina á hacer malas acciones; y hablando con exáctitud, no hay otro mal. Pero es preciso confesar, que esta es una cuestión delicada, que pide ser tratada con mucha circunspeccion y luces, y ni aun así se podrá llegar á resolverla, sin una gracia particular de Dios.

N. 67. En quanto á lo que Celso da por sentado, esto es, que la vuelta de los diferentes períodos acarrea necesariamente los mismos acontecimientos; una asercion semejante debia estar

apoyada sobre algunas pruebas. Pero si eso fuera, ¿qué sería de nuestro libre albedrío? Porque si de necesidad absoluta hubiera de volver á suceder todo lo que ha sucedido, sería indispensable, por exemplo, que Sócrates viniese de nuevo á filosofar; que fuese acusado de que habia introducido Dioses extrangeros y corrompido á la juventud; que Anyto y Melito se declarasen por acusadores suyos, y finalmente que sus jueces lo condenasen otra vez á beber la cicuta. Sería indispensable que Falaris ejerciese de nuevo su barbarie; que hiciese mugir á los hombres en su toro, y que Alexandro Tirano de Feres lo imitase. Sería indispensable que Moysés saliese de nuevo del Egipto con su pueblo; que Jesus volviese á la tierra para hacer lo mismo que ya habria hecho en una infinidad de períodos; y que Celso volviese á escribir el mismo libro que habria escrito una infinidad de veces. Vuelvo por fin á decir, que nuestro libre alvedrío quedaba destruido, y nosotros en tal caso no mereceríamos alabanzas ni vituperios.

N. 68. Los Estóycos añaden todavía á lo que Celso dice, porque sostienen, que estas revoluciones no solamente abrazan á las cosas mortales, sino tambien á los seres inmortales y aun á los Dioses. Verdad es que para suavizar lo que hay de mas repugnante en este dogma, dicen, que no volverán á la tierra los mismos personajes, sino otros enteramente semejantes; que no

vendrá el mismo Sócrates, sino otro hombre muy semejante á Sócrates en todo, que se casará con una muger absolutamente parecida á Xântipe, y que será acusado por hombres absolutamente semejantes á Anyto y á Melito. Yo ciertamente no acabo de comprehender, cómo puede ser, que el mundo sea, no semejante, sino el mismo, y no lo sean igualmente los que han de volver á parecer sobre él. Pero este no es lugar oportuno, para exáminar estas opiniones.

N. 69. Celso nos opondrá, que Dios no necesita corregir sus obras. No hay duda, que quando Dios castiga á la tierra, y la purifica por medio del agua ó el fuego, no imita al artesano que retoca su obra porque la halla defectuosa en algo; sino que pone un freno á la maldad: porque si bien es cierto, que nada ha salido de sus manos que no sea bueno y acabado, ha sido con todo necesario que remediase lo que la maldad habia infectado; porque ni desprecia ni olvida ninguna de sus obras. Así como el cultivador inteligente é infatigable varía sus trabajos, segun lo exigen las estaciones del año y las producciones de la tierra; del mismo modo, en el curso de los siglos, que Dios dirige como el de los años, hace todo lo que pide el bien del universo: él solo lo conoce perfectamente, y él solo es el que puede procurarlo.

N. 70. «Pero porque una cosa te parezca mal, continúa Celso, ¿se sigue que sea mala efecti-

»vamente? Quizá te será útil á tí mismo, ó á
»algún otro, ó al universo.“

Eso es hablar con mucha reserva; pero sin embargo, parece, que Celso quiere concluir que el mal dexa de ser mal, quando puede ser útil de algún modo. Para que ninguno, pues, tome de aquí motivo y se autorice para obrar mal, advertiremos de paso, que aunque Dios, sin ofender nuestro libre albedrio, sepa sacar un bien general de los pecados y crímenes de los particulares, no por eso el pecador es menos culpable. Quando un criminal es condenado á los trabajos públicos, hace ciertamente una cosa útil; pero ¿dexará por eso de ser mirado con horror? ¿Habrá hombre juicioso que quiera ser útil á este precio? Pablo, Apóstol de Jesus, nos enseña, que los hombres viciosos, aun quando contribuyen al bien general, son dignos de horror y de desprecio; pero que los hombres virtuosos son por el contrario útiles al mundo, y merecen ser colocados en los primeros puestos. »En una casa grande, dice, no solamente hay vasos de oro y plata, sino tambien de madera y barro; vasos de honor, y vasos de ignominia. El que estuviere purificado, será un vaso santo, un vaso de honor, útil al Señor y dispuesto para toda buena obra...“ (II. Tim. 2.)

N. 71. Celso se burla de algunos pasages de nuestras Escrituras, que él no entiende. Por eso censura, que le atribuyan á Dios pasiones hu-

manas, y que Dios hable á los impíos en términos que denotan cólera, y que amenace á los pecadores.

Es cosa fácil responderle, que quando nosotros hablamos con niños, nos acomodamos á su capacidad, y nos servimos de su propio lenguaje para hacernos entender de ellos, instruirlos y corregirlos: pues así tambien el Verbo Divino supo de tal manera disponer las expresiones de sus Escrituras, que las ha hecho inteligibles y útiles para todos... La Escritura, en una palabra, habla el lenguaje de los hombres, para hacerse entender de los hombres con fruto. Si Dios hablase siempre como Dios, ¿cómo era posible que lo entendiese la muchedumbre? El que estuviere penetrado de la inteligencia de las Escrituras, hallará que el sentido alegórico conviene á los doctos, así como el sentido literal es acomodado á los sencillos; y cotejando el sentido literal con el alegórico, verá que uno y otro van conformes en unos mismos lugares.

N. 72. Nosotros, es verdad, nos servimos de esta expresion, *la cólera de Dios*; pero no decimos que la cólera sea una pasión en Dios; sino una conducta severa de parte de Dios, para castigar y hacer entrar dentro de sí mismos á los grandes pecadores, como lo manifiestan los pasages siguientes del Salmista y de Jeremias: »Señor, no me reprehendas en tu furor, ni me castigues en tu ira: Señor: no me castigues en tu

»furor, no sea que me reduzcas á un corto número.“ (*Sal. 6. Jerem. 10.*)

Las Escrituras nos recomiendan en muchos lugares, que no nos dexemos llevar de la cólera; con que no es creible que atribuyan á la Divinidad una pasión que prohíben á los hombres. No se debe, pues, tomar á la letra lo que la Escritura dice de la cólera de Dios, como ni tampoco lo que dice de su sueño. *Levántate, Señor, exclama el Salmista, ¿por qué duermes? El Señor se despertó como de un profundo sueño. (Salm. 43. y 77.)*

En quanto á las amenazas divinas, sabida cosa es que son predicciones de los castigos que padecerán los malos, si no se corrigen: á la manera que un Médico le dice á su enfermo: *Yo emplearé el hierro y el fuego, si no te sujetas puntualmente á mis disposiciones.* Parece, sino me engaño, que quedan bastante justificadas nuestras Escrituras.

N. 73. »¿No es cosa singular, dice Celso, que la cólera de un hombre haya exterminado á toda la nacion Judia y hecho cenizas sus ciudades; y que la cólera del que los Christianos llaman Dios supremo, su venganza, sus amenazas hayan parado en enviar á su Hijo, el qual padeció lo que no otros sabemos?“

Luego Celso ignora, que el extirminio de los Judíos y la destruccion de sus ciudades, fue un efecto de la cólera divina, de la que habian amon-

tonado un tesoro, que es como se explican nuestros libros; es decir, una consecuencia del juicio de Dios. En quanto á lo que padeció el Hijo del Dios supremo; ¿no lo padeció porque quiso? ¿No lo padeció por la salvacion del linage humano? Así lo hemos probado.

»Ni debo limitarme á los Judíos, prosigue Celso; voy pues, á dar ilustraciones, como he prometido, sobre toda la naturaleza.“

¿Habrá hombre modesto, que tenga algunas nociones de la flaqueza humana, á quien no conmueva un tono tan arrogante? Pero veamos cómo desempeña nuestro contrario tan pomposas promesas.

N. 74. Celso nos hace cargo de que enseñamos, que Dios lo ha criado todo para el hombre; siendo así que la historia de los animales, y las pruebas de sagacidad que dan continuamente, nos manifiestan, que igualmente el mundo está destinado para su uso, que para el del hombre.

Así como los que arrastrados del aborrecimiento, vituperan en sus enemigos lo que alaban en sus amigos, porque la pasión no les dexa ver que lo que dicen contra los primeros recae sobre los segundos; no de otra manera Celso se ciega contra nosotros de tal suerte, que hace tambien la guerra á los Estóycos, los quales piensan, no sin fundamento, que el hombre y todos los seres dotados de razon, son muy superiores á los que

están privados de ella, y que la Providencia ha formado principalmente para aquellos el universo.

Los Magistrados que tienen la intendencia de los mercados, se emplean privativamente en las necesidades de los hombres: sin embargo á várias especies de animales aprovecha la abundancia de los víveres. Pues á este modo, la Providencia provee especialmente á las necesidades de los seres racionales; de donde resulta que las bestias hacen tambien uso de las cosas destinadas para el hombre. Seria un agravio hecho á los Magistrados, que los representásemos tan interesados por las bestias como por los hombres: pero Celso y sus sectarios son todavía mas culpables respecto de Dios, de quien afirman, que tan presentes tuvo á las plantas y á los animales, como á los hombres.

N. 75. Celso, como buen Epicuréo, no cree que el trueno, los relámpagos ni la lluvia dimanen de Dios. *Y aun quando lo concediera, dice, siempre es cierto, que el mundo no es mas para los hombres, que para los árboles, las yerbas y las espinas.*

Aquí se ve claramente, que Celso niega la Providencia, ó á lo sumo admite una, que no mira con mayor cuidado al hombre, que á los árboles, á las yerbas y á las espinas. Ambos á dos sistemas son manifiestamente impíos; y sería locura mia ponerme á responder á un hombre, que no puede acusarnos de impiedad, sino es que

sea sentando tales principios. Facilmente se puede ver quién de nosotros dos es impío.

„¿Quereis, insiste, que los árboles, las yerbas y las espinas sean para el hombre? ¡Ah! ¿Por qué, decidme, no han de poder ser igualmente para los animales, y aún para los animales mas feroces?“

Dexemos que Celso atribuya al concurso fortuito de los átomos, esta variedad infinita de frutos de la tierra y de plantas de todas especies: dexemos que niegue, que esto anuncia cierto arte, cierto designio y una inteligencia muy superior á nuestra admiracion. Nosotros, fieles adoradores del Dios criador del mundo, tributemosle gracias, porque ha preparado una mansion semejante, no solamente para nosotros, sino tambien para los animales que nos sirven. „El Señor hace que la tierra produzca yerba para alimento de los animales que sirven al hombre; pan, para alimentar al hombre mismo; vino, para regocijarlo, y aceyte para perfumarlo.“ (Sal. 103.)

No es de extrañar que la Providencia haya tambien tenido cuenta del alimento de los animales, aun de los mas feroces. Muchos Filósofos convienen en que estos animales son para el hombre, supuesto que están destinados para exercitar al hombre. Uno de nuestros Sábios se explica así: „no digas, ¿qué es esto, y por qué existe? A su tiempo se sabrá la razon de todo.“ (Ezeq. 39.)

N. 76. Celso, que siempre insiste en que la Providencia tiene igual cuidado de los animales que del hombre, continúa de este modo: «No-
«sotros no podemos procurarnos el alimento, si-
«no es que sea á fuerza de trabajos y sudores;
«siendo así que la tierra, sin que haya necesidad
«de sembrarla y cultivarla, ofrece por sí misma
«á los animales todo lo que necesitan.»

Dios quiso exercitar la industria y actividad del hombre, y lo crió con muchas necesidades, para forzarlo de este modo á que inventase las artes, que lo alimentan, lo visten y lo albergan: porque sin duda era mas útil al hombre trabajar para socorrer á sus necesidades, que vivir ocioso y lleno de desidia en el seno de la abundancia. Así es que nuestras necesidades han producido todas esas artes tan preciosas: el arte de labrar, el arte de cultivar las viñas y los jardines, el arte del carpintero y del herrero, que nos procuran todos los instrumentos necesarios para la vida; el arte de hilar, cardar, y fabricar telas; la arquitectura; finalmente la navegacion, que transporta las producciones de un país á otro que carece de ellas. Por tanto es digna de admiracion la Providencia, que entre tantos animales faltos de razon, solamente hizo nacer en la necesidad al animal racional; y todos los demás encuentran sin trabajo su alimento, porque no son del caso para las artes. Por la misma razon, la naturaleza los ha cubierto á todos;

á unos, de pelo; á otros, de pluma; á estos, de conchas ó de escamas.

N. 77. «Quizá me opondréis, continúa Celso, «aquel verso de Eurípides: *El día y la noche sirven á los mortales.* ¿Y por qué no se ha de decir lo propio de las moscas y de las hormigas, «que así como el hombre, descansan por la noche, ven y trabajan por el día?»

Ya no son los Judíos y Christianos los únicos, á quienes debe impugnar Celso, porque tambien está de parte de ellos aquel Poeta, llamado por antonomasia *el Filósofo Dramático*, que aprendió de Anaxágoras la Filosofía... El día y la noche son, pues, para uso del hombre; y no porque las moscas y las hormigas descansan por la noche y trabajen por el día, se sigue que el día y la noche se hayan hecho para ellas, ni menos que la Providencia las haya mirado, como á fin de sus obras.

N. 78. «Si hay quien pretenda, continúa Celso, que nosotros somos los reyes de los animales, porque los cazamos, y cubrimos con ellos «nuestras mesas, se le puede responder: ¿por qué «no se ha de decir tambien que nosotros hemos «sido hechos para los animales, puesto que igualmente nos agarran y nos devoran? Y con esta diferencia, que ellos sin socorro ninguno, sin «otras armas que las que han recibido de la naturaleza, triunfan de nosotros con facilidad; y «nosotros necesitamos de armas, de socorros ex-

»traños, de redes, perros, y una turba infinita de cazadores, para vencerlos.“

Bien conoces, que la inteligencia que naturaleza dió al hombre en patrimonio, es superior á las armas que las bestias recibieron de ella; y aunque es cierto que hay muchas mas fuertes que nosotros, y de un tamaño prodigioso, como por exemplo, los elefantes, con todo sabemos someterlas á nuestro imperio; y á fuerza de alhagos amansamos á las que pueden ser amansadas: y en quanto á las demás, ó las que de nada serviría que las domesticásemos, procuramos ponernos á cubierto de su violencia, las encerramos con seguridad, y quando queremos alimentarnos de ellas, las matamos con la misma facilidad que á los animales domésticos. Vease cómo el Criador lo ha sometido todo al hombre. Nosotros nos servimos de los perros, para que guarden nuestros ganados y nuestras casas; nos servimos de los bueyes para cultivar la tierra, y de las bestias de carga para conducir toda especie de fardos. Por lo que hace á los leones, osos, leopardos, jabalíes y demás bestias feroces, la naturaleza las ha destinado para que despierten y mantengan aquel sentimiento de valor que ha derramado en nuestros corazones.

»Por lo menos, dice Celso, antes que hubiese ciudades, antes de la invencion de las artes, y de la formacion de las sociedades, antes que hubiera armas y redes, los hombres no cogian

»á las bestias feroces, sino que estas los cogian á ellos y los devoraban.“ (a).

Notese ante todas cosas, que el hombre es superior á la bestia por la inteligencia y la razon, y que la bestia debe su superioridad á la fiereza: lo que basta para que haya una notable diferencia entre el hombre y los demás animales. Además de esto ¿no ve Celso que se contradice á sí mismo? Porque si sostiene que el mundo es eterno, ¿cómo es posible que señale un tiempo, en que las artes y las ciudades no existian? Pero si ha hablado de este modo, por acomodarse á nuestra opinion, sepa que nosotros reconocemos una Providencia, un Dios que preside á todo, y que por consiguiente habrá guardado y preservado siempre al hombre....

N. 8o. Nosotros sabemos efectivamente, por los escritos de Moysés, que los primeros hombres conversaban familiarmente con Dios, y que él les enviaba frecuentemente sus Angeles. Correspondía que la bondad y justicia de Dios velasen

(a) Ha habido por ventura tiempo, en que los hombres hayan estado á discrecion de las bestias feroces, abandonados de Dios, cuya Providencia no se desdenó de poner en salvo la vida del fratricida Cain? Orígenes lo podia negar con fundamento, y sostener que los primeros hombres, desprovistos de ciencias, de experiencia, y de toda especie de medios, no pudieron, sin el auxilio divino, inventar las artes, para libertarse del furor de las bestias y domarlas.

especialmente por la seguridad del hombre, hasta que la invencion de las artes y los progresos de las ciencias lo pusieron en estado de defenderse á sí mismo, y de no necesitar del socorro de los Ministros del cielo.

N. 81. Nuestro sabio Adversario no repara, que impugnando nuestra doctrina, no menos impugna la de un número considerable de Filósofos, que de acuerdo con nosotros reconocen la Providencia: ni repara tampoco la grande impiedad que hay en decir, que Dios no distingue al hombre, de la abeja ni de la hormiga.

»Si se pretende, dice, que el hombre se diferencia de la abeja y de la hormiga, porque
 »habita en ciudades, tiene leyes, y obedece á
 »cabezas y Magistrados; ¿qué prueba puede darse mas insubsistente? Porque lo mismo se nota
 »con la mayor exáctitud entre las abejas y las
 »hormigas. Las abejas tienen un rey á quien hacen la corte; en sus estados se dan batallas,
 »se consiguen victorias, y se pasa á degüello á
 »los vencidos: las abejas tienen ciudades, arrabales, trabajos en que se ayudan unas á otras;
 »hay castigos contra los ociosos y los malos; finalmente destierran y dan muerte á los zánganos....“

Quando así habla Celso, bien se conoce que ignora la diferencia que hay entre las obras de la razon y de la sabiduría, y lo que se hace ciega y maquinalmente. No hay que buscar

razon en las obras de las bestias que carecen de ella. El Hijo de Dios, que es antes de todos los tiempos Rey del universo, crió á los animales privados de razon, para que sirvieran á los que están dorados de ella. Los hombres construyeron ciudades en que florecen las artes, y reynan las leyes; están sometidos á Xefes y Magistrados; se ven entre ellos acciones virtuosas. ¿Se halla algo de esto entre las hormigas y las abejas? No por cierto; y es un abuso, que Celso hablando de ellas, emplee los nombres de gobierno, ciudades, y magistraturas, que no convienen sino á seres inteligentes. Las abejas y las hormigas no merecen elogios; pero es digna de admiracion la Divinidad, que ha puesto en ellas una imagen de la razon, y por medio de ellas ha querido instruir ó confundir á los hombres. El exemplo de la hormiga les enseña la economía y el amor al trabajo; el de la abeja los convida á la subordinacion, y á repartir los trabajos necesarios para el mantenimiento de la sociedad.

N. 82. Acaso la imagen de las guerras que se advierten entre las abejas, suministra también á los hombres lecciones acerca del modo de hacer la guerra, si es que hay necesidad de que haya guerras. Por lo que hace á las ciudades y arrabales, no hay que temer que se encuentren entre las abejas; pero es constante que ellas trabajan sucesivamente, con mucha industria, en sus celditas hexágonas, donde encierran la miel, que

es tan provechosa á los hombres, ya como remedio, ya como alimento. Ni se debe comparar el mal trato que ellas dan á los zánganos, con los juicios de los hombres, y con los castigos de los malos y de los ociosos: pero es preciso, como ya una vez he dicho, admirar á la Divinidad en estas bestiezuelas; y al mismo tiempo colmar de alabanzas al hombre, que ha podido abrazar el conocimiento y dirección de tantas cosas; y que no solamente es ministro de los designios de la Providencia, sino que también él tiene sus miras, y por decirlo así, su providencia.

N. 83. Despues que Celso ha hecho todos sus esfuerzos por degradar al hombre, y lo que hay mas digno entre los hombres, comparandolo con la abeja; pasa al elogio y paralelo de la hormiga.

Intenta rebaxar nuestra prevención, nuestra economía, y los servicios que nos hacemos reciprocamente, manifestando que todo esto se halla en la hormiga: mas ¿no debia contenerlo á lo menos el temor de menoscabar este comercio de socorros y servicios tan necesario en la sociedad? Qualquiera lector que vea las observaciones de Celso acerca de este asunto, no podrá menos de decir: ¿de qué sirve socorrer á los demás y aliviarlos, para que luego nos comparen con la hormiga, que alivia también á su compañera, quando la ve fatigada ó muy cargada?

Celso no reflexiona, que queriendo retraer á los hombres de la profesion del Christianismo, los retrae de aquellos oficios de beneficencia que deben exercer con sus semejantes. Un Filósofo que conoce las necesidades y obligaciones de la sociedad, en vez de destruir el Christianismo, y con él lo que hay de mas ventajoso para la humanidad, debia por el contrario inspirar el amor y la práctica del bien obrar, ya sea entre los Christianos, ya entre los Gentiles.

La precaucion con que las hormigas separan los granos que fructifican, para que no corrompan á los otros, no prueba que estos animalejos tengan discurso; pero sí manifiesta al Autor de la naturaleza, que hasta en los insectos mas despreciables ha dexado rastro de su sabiduría infinita.

Quizá Celso, que se nos quiere vender por Discípulo de Platón, pretende insinuar con estos paralelos, que todas las almas son semejantes, y que no hay diferencia alguna entre la del hombre y las de la abeja y hormiga; que las almas, en una palabra, descenden de los cielos para animar indistintamente, así los cuerpos de las bestias, como los de los hombres. Pero los Christianos están muy lejos de deslizarse en una opinion tan absurda: porque como saben que nuestra alma ha sido hecha á imagen de Dios, no pretenden borrar aquellos rasgos augustos (empresa que sería imposible), para en su lugar subs-

tituir los de los animales privados de razon, y formados segun yo no sé qué modelo.

N. 84. Por lo demás, quanto Celso prodiga mas sus elogios á las bestias, tanto mas, mal que le pese, engrandece la obra del Verbo, autor de todo, y aún los recursos del espíritu humano, que sabe añadir un nuevo realce á los dones de la naturaleza.

Ni aquí para tampoco; porque quisiera además persuadirnos, que las bestias han recibido la razon en patrimonio, ni mas ni menos que nosotros. Las hormigas, en su opinion, tienen conversaciones tiradas unas con otras; y los principios de las ciencias no les son absolutamente desconocidos. ¿Hay cosa mas ridícula que un sistema semejante en un Filósofo, que pretende ilustrarnos acerca de toda la naturaleza, y que está obligado á no enseñar sino la verdad, segun anuncia el título de su obra?

N. 85. Pero Celso no se avergüenza de insistir de esta manera: «Si alguien mirase á la tierra desde lo alto del cielo, ¿notaria alguna diferencia entre lo que hacen los hombres, y lo que hacen las abejas ó las hormigas?»

Yo supongo que este espectador no se contentaría precisamente con mirar los cuerpos, sino que tendría su principal curiosidad en descubrir el principio de las acciones de los hombres, y el de las hormigas: en cuyo caso no tardaría á reconocer, que el primero es la razon, y el se-

gundo no es sino un instinto ciego, un efecto de la misma organizacion. Por consiguiente quedaria convencido de la preheminiencia del hombre sobre toda especie de animales, así sobre los elefantes, como sobre las hormigas: porque la magnitud ó mole de los animales nada hace para el caso; por desmesurados que sean, no dexan de estar privados de razon; la qual es comun al hombre con los seres celestiales y divinos, y acaso con el mismo Dios (a); pues por eso se dice que el hombre fue hecho á imágen de Dios. Y así la razon de Dios ó su Verbo es tambien su imágen.

N. 86. y 87. Celso, siempre deseoso de envilecernos, asegura que las serpientes y las águilas penetran mucho mas que nosotros, y son mas sábias en la magia, puesto que conocen muchos remedios contra el veneno y las enfermedades: mas esto ¿qué conexi6n tiene con la magia? Ni la razon ni la inteligencia de estos animales han descubierto algunos secretos para su propia con-

(a) Hablando con exáctitud, ¿puede haber nada comun entre el Sér supremo, eterno, necesario, único Sér por excelencia, y la criatura, esencialmente limitada, defectuosa, dependiente, criada de la nada, y siempre próxima á volver á la nada? El carácter augusto de semejanza, que Dios se dignó imprimir á nuestra alma, es la facultad de conocer y de amar. Pero ¿quán imperfecta es esta semejanza entre dos órdenes de conocimiento y de amor separados por medio de un intervalo inmenso!

servacion: todo ello es una consecuencia de su naturaleza y organizacion, de que es autor el Divino Verbo. Si hubieran hallado esos secretos por medio de la razon, no se limitarían á dos ó tres que nos citan; sino que tendrían conocimientos tan multiplicados y tan variados como el hombre, á quien la experiencia, la razon y la reflexion han enseñado todo lo que sabe.

N. 88. y 89. «Hay, continúa Celso, en el alma de las bestias algo de divino, que las hace superiores á los hombres. En efecto, ¿puede haber cosa mas divina que el conocimiento y prediccion de lo por venir? Pues ve aquí, que el arte de la divinacion está fundado precisamente sobre los conocimientos y pronósticos de las bestias, y en particular de los páxaros: por consiguiente las bestias conocen á Dios mejor que nosotros».

Segun habla Celso en este lugar, podía creerse que todo el mundo estaba conforme en lo que él dice: pero todo lo contrario; no hay cosa mas opuesta á las opiniones de los Filósofos Griegos y Bárbaros sobre esta materia. Todavía se disputa si existe realmente un *arte de la divinacion*, y en caso de que exista, qual puede ser su principio.

Celso, pues, debía probar lo que afirma con tanta ligereza; debía responder á los argumentos de los que impugnan su sistema; y nó que al paso que nos reprehende, porque creemos con

demasiada facilidad en el Dios supremo, quiere que creamos sobre su palabra, que los páxaros tienen nociones mas ciertas y mas luminosas que nosotros acerca de la Divinidad. También convendrá (esto es consiguiente) en que los páxaros están mas ilustrados que él, y mas que los Teólogos de los Griegos, Ferécides, Pitágoras, Sócrates y Platón. Segun sus principios, ¿qué va que nos quiere enviar á la escuela de los páxaros, primero que á la de los Filósofos, para formarnos sanas ideas de la Divinidad?

N. 90. hasta 95. Mas no puedo menos de hacer una observacion, que por sí sola bastaria para destruir este sistema, y negar á los páxaros todas esas sublimes nociones. La observacion se reduce á que si los páxaros predixesen verdaderamente lo por venir, no era regular que cayesen de continuo en los lazos que los hombres ú otras bestias les arman. Y si es que en el arte de los Augures y Arúspices hay algo maravilloso, todo eso lo atribuimos nosotros á los Demonios, que de continuo se emplean en seducir á los hombres y apartarlos del culto del verdadero Dios. Y así se puede ver que la mayor parte de los animales que Moysés coloca en la clase de inmundos, son cabalmente los que los Egipcios y otros pueblos supersticiosos consultaban en su divinacion (a).

(a) Pasamos en silencio ciertas particularidades acer-

N. 95. Pero el verdadero Dios, para revelar lo por venir, no se sirve de bestias, ni aún de hombres así como quiera; sino que escoge las almas mas santas y mas puras, les infunde su espíritu y de ellas hace los Profetas. Por tanto leemos en la ley de Moysés: *No tendréis augures ni arúspices entre vosotros, como aquellas naciones que el Señor vuestro Dios exterminará delante de vuestros ojos. El Señor os dará un Profeta de vuestra nacion. (Lev. 19. Deut. 18.)*

N. 96. 97. y 98. Por lo demás, ¿quién ignora que hay un conocimiento de lo por venir que no tiene nada de divino? Porque tal es el que resulta de la experiencia ó de los principios de ciertas artes: y así es que los Médicos anuncian los accidentes y el éxito de las enfermedades, y los pilotos preven las mutaciones del tiempo....

No contento Celso con elevar á las bestias á la clase de profetas, pretende además, que son mas amadas y mas fieles á Dios que nosotros; que lo conocen; que mantienen con él un comercio mas íntimo que el hombre; que sus conversaciones son mas santas, y que observan religiosamente los juramentos: tales son, nos dice, los elefantes. ¿Puede llegar á mas el absurdo? De aquí se sigue,

ca de la divinacion, porque ellos estaban infatuados, á los que la antorcha de la suma servirian para hacernos verdadera Religion disipar las quimeras, de que así las tinieblas que cubrian á los Filósofos como los Puc- haz de la tierra.

ségun Celso, que las bestias son mas amadas de Dios que todos aquellos grandes Filósofos, á quienes elevaba no há mucho tiempo hasta los cielos; y que sus conversaciones son muy superiores á los diálogos de aquellos mismos Filósofos, de un Ferécides, de un Pitágoras, de un Sócrates, de un Platón. No es posible sino que Celso envidie la suerte de las bestias, de un dragón, por exemplo, de un lobo, de una zorra, de una águila, de un gavilán: y nos debe por cierto agradecer el que deseemos que se les parezca.

No hay para qué detenernos á ponderar unas extravagancias semejantes: notarémos solamente, que aún los hombres mas sabios no pueden lisonjearse de que tienen comercio alguno con la Divinidad, mientras el vicio los domina. Una sabiduría verdadera y una piedad sincera pueden únicamente grangear al hombre esta ventaja inestimable. Moysés y los Profetas así la consiguieron.

Los rasgos de piedad filial y de reconocimiento, que se notan en algunas bestias, como por exemplo, en las cigüeñas, no son efecto de la razon y del conocimiento de la obligacion; sino que el Autor de la naturaleza ha formado y organizado sus cuerpos de manera, que sin saber lo que hacen, puedan dar á los hombres exemplos de virtud (a).

(a) Aquí sigue la fábula del Fénix, que Celso refiere.
Tom. II.

N. 99. »Luego no todo (así concluye Celso) »ha sido hecho para el hombre, como ni para »el leon, para el águila y para el delfin. Para »que el mundo fuese perfecto, los diferentes se- »ñores no debieron referirse á ninguna parte, á »lo menos en primer lugar, sino solamente al »todo: y de este todo es del que Dios tiene »cuidado, al que nunca abandona, el que jamás »se corrompe, y el que no tiene que reconciliarse al cabo de cierto tiempo. Dios no se irrita mas contra los hombres, que contra los micos ó las moscas; así no hace amenazas, y cada sér guarda el puesto, en que ha sido colocado.“

No responderé mas que una palabra. Ya hemos probado en otra parte, que el mundo ha sido hecho para el hombre, para las criaturas racionales, y no para el leon, el águila y el delfin; de lo contrario el mundo, que es obra de Dios, no sería perfecto, como Celso pretende que lo es, y con razon. Es constante que Dios cuida del mundo; pero cuida principalmente de las criaturas racionales: su providencia jamás abandona al mundo; hace que desaparezca el mal que el pecado de la criatura racional ha introducido, y se reconcilia el mundo con toda seriedad; pero aún quando fuese una historia, nada probaria en fa-

vor suyo, ni por eso admirariamos al Fénix, sino á su Autor.

do en el tiempo que ha señalado. Nunca se enoja contra los micos ni contra las moscas; pero ha encargado á sus Profetas y al Salvador que vino sobre la tierra, que amenazasen á los hombres que violan la ley natural, á fin de que entren dentro de sí mismos y se corrijan. Los que desprecian sus advertencias y amenazas, padecerán los tormentos justamente decretados contra ellos por el Dios, que debe mantener el orden en el universo.

Harto me he dilatado en este quarto libro; ya es preciso finalizarlo aquí. Dios me ilumine, por medio de su Hijo, que es el Verbo Dios, la sabiduría, la verdad, la justicia, y todo lo que la Teología de las Sagradas Escrituras enseña; Dios, digo, me ilumine, para comenzar y finalizar mi quinto libro felizmente, y en bien de mis lectores.

Fin del libro quarto de Orígenes contra Celso.

LIBRO QUINTO

DE ORÍGENES CONTRA CELSO.

N. 1. No es la comezon de hablar tan poderosa conmigo, que me obligue á emprender este quinto libro contra Celso. Yo sé, que *no es posible hablar mucho sin pecar* (Prov. 10.); pero quisiera, en quanto está de mi parte, no dexar sin respuesta, ni siquiera una de las objeciones que Celso propone contra los Judíos y contra los Christianos.

¡Así pudiera hacer que todas mis respuestas penetráran hasta el fondo del corazon de aquellos, que han leído la obra de nuestro Contrario! ¡Ojalá pudiese arrancarles el dardo que ha herido á los que *no están cubiertos con una armadura divina* (Ephes. 6.), y cerrar la llaga que ha podido hacer en la fe de cada uno de ellos! ¡Quán colmados serían mis deseos! Pero Dios solo puede penetrar invisiblemente los corazones, juntamente con su Christo y con su espíritu: y nuestra ambicion se limita únicamente á merecer el título de Ministros irreprehensibles, que distribuyen fielmente la palabra de la verdad. Solo por obedecerte, piadoso Ambrosio, me pruebo á destruir todos los argumentos de Celso, que tienen, al parecer, algun fundamento: véase con

imparcialidad mi desempeño. No permita Dios, que yo emplee aquí ningún discurso puramente profano; ni que ponga tampoco la sabiduría humana por apoyo de la fe de aquellos, á quienes deseo ser útil: sino que al contrario, el Espíritu Santo se digne inspirarme, y el Verbo Divino me ayude á abatir *toda altivez que se levanta contra la ciencia de Dios* (I. Cor. 10.), y á confundir el orgullo de Celso, que tiene la osadía de insultar á Jesus, á Moysés y á los Profetas.

N. 2. Celso niega formalmente, que Dios ó el Hijo de Dios haya descendido sobre la tierra, y que deba descender en lo sucesivo; pero en esto se contradice á sí mismo, é impugna abiertamente la opinion de los Paganos, que refieren, que muchos Dioses suyos, entre otros Apolo y Esculápio, viniéron á habitar entre los hombres. Segun la opinion de Celso, ó no es cierto que habitáron la tierra, ó si es esto verdad, no eran Dioses: por consiguiente son Demonios muy inferiores á aquellos hombres, á quienes su sabiduría ha immortalizado, y su virtud ha elevado al cielo.

N. 3. Ya ves que Celso se quita el disfráz, y se manifiesta Epicuréo. Qualquiera que ha leído su obra, si se dexa arrastrar de su autoridad, niega como él la Providencia: pero aquí Celso se contradice á sí mismo, porque en otra parte reconoce Dioses y una Providencia. Mas si á pe-

sar de lo que dice nuestro Adversario, confesais que la Divinidad tiene cuidado de los hombres, y que no se desdén de venir en medio de ellos; ¿qué dificultad teneis para no creer, que Jesus, Dios é Hijo de Dios, que hizo tantos prodigios, descendió sobre la tierra? ¿Creeriais mejor en los que, lejos de corregir las costumbres de sus adoradores, por medio de sus oráculos y divinaciones, han apartado á los hombres del culto puro y legítimo del único verdadero Dios Criador del universo?

N. 4. Suponiendo Celso, que nosotros le hemos respondido, que los Angeles han descendido sobre la tierra, nos quiere estrechar para que le digamos, quiénes son esos Angeles, si son Dioses, ó si es que son Demonios.

Debemos responderle, que los Angeles son los ministros, que Dios envía á los hombres que han de poseer el patrimonio de la salvacion; que unas veces, se remontan al cielo, para llevar á los pies del trono de Dios los ruegos de los mortales; otras descienden sobre la tierra, para distribuir los dones de Dios entre los hombres. Nuestras Escrituras les dan á veces el nombre de Dioses, por la parte de divinidad que hay en ellos; pero en ningun lugar ordenan, que se tribute á los Angeles, á los mensageros de Dios, el mismo culto que á Dios; sino que antes por el contrario, todos los votos, todas las acciones de gracias, todas las súplicas, todas las acciones, de-

ben entre los Christianos referirse únicamente á Dios, por la mediacion del Pontífice por excelencia, superior á todos los Angeles, esto es, el Verbo de vida, que es Dios: por cuyo motivo dirigimos también al Verbo nuestras oraciones, nuestros votos y nuestras acciones de gracias.

N. 5. Para grangearnos el favor de los Angeles, no se necesita sino tener hácia Dios, en quanto lo permite nuestra naturaleza, los mismos sentimientos que ellos tienen. Es preciso imitarlos, así como ellos imitan á Dios: es preciso que procuremos perfeccionar de dia en dia el conocimiento que tenemos del Verbo Hijo de Dios, y que hagamos todo lo posible por igualarnos á los Angeles en el conocimiento que tienen de él.

Quando Celso afirma, que los Angeles de quienes hablamos, son verisimilmente Demonios, manifiesta claramente que no ha leído nuestras Escrituras; porque en ellas hubiera visto que no se da el nombre de *Demonios* sino á aquellos espíritus maléficos, que únicamente se emplean en seducir á los hombres, y apartarlos de Dios y de las cosas celestiales, con el fin de envilecerlos.

N. 6. Celso dice, que los Judíos no adoran lo mas augusto y poderoso que hay en el cielo, esto es, las estrellas, el sol, la luna y los demas Planetas, y que adoran al cielo y los Angeles del cielo; pero Celso habla de cosas que ignora. Todo el mundo puede ver con la mayor fa-

cilidad, que los Judíos, así como también los Christianos, no adoran sino á Dios únicamente, criador del cielo y de todo el universo.

Así habla la ley de los Judíos: «No tendréis otro Dios que á mí: no haréis imágen alguna, ni de lo que está en el cielo, ni de lo que está sobre la tierra ó en las aguas, con el fin de adorarla. Si levantaís los ojos al cielo, no os dexéis deslumbrar del resplandor del sol, de la luna y de las estrellas, ni adoreis lo que el Señor vuestro Dios ha criado para servicio de todas las naciones que están debaxo del cielo.» (*Exod. 20. Deut. 4.*)

N. 7. El número 7. es una repetición del antecedente, con una digresión acerca de los Griegos, que creen que el mundo es Dios, sin que por eso adoren todas las partes del mundo.

N. 8. Tan lejos está la Religion de los Judíos, de mandarles que adoren al cielo y á los Angeles, como Celso imagina, que antes Dios, por boca de Jeremías (*Cap. 7.*), reprehende á los Judíos, porque adoraban á la Reyna y á la milicia del cielo. Y Pablo, suficientemente instruido en las leyes y usos de su Religion, advirtió á los Colosenses, que se precabiéran contra los discursos de los que quisieran persuadirles el culto de los Angeles. (*Colos. 2.*)

N. 9. Celso ha creído, que los Mágicos y los Adivinos habian inclinado á los Judíos al culto de los Angeles; sin duda ignoraba la prohibición

formal que tenían los Judíos de consultar á esa especie de gentes. «No recurrais á los Mágicos, ni consultéis á los Adivinos, para que no os contamineis. Yo soy el Señor vuestro Dios.» (*Levit. 19.*)

N. 10. hasta el 14. ¿Cómo era posible que unos hombres que habían aprendido á hollar á todas las criaturas, á no esperar sino de Dios solamente la recompensa magnífica de sus obras, de una vida virtuosa; unos hombres, á quienes se les habia dicho: «Vosotros sois la luz del mundo.... Haced que vuestra luz resplandezca delante de los hombres, para que glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos.» (*Matt. 5.*) unos hombres que caminaban con ardor hácia aquella sabiduría resplandeciente y sin mancha, que es una emanación de la luz eterna; unos hombres, que ya la poseían; ¿cómo era posible, vuelvo á decir, que se dexasen arrebatar de esa luz grosera del sol y de las estrellas, desconociesen el precio de la verdadera luz, de la luz del mundo, luz de los hombres, que tenían dentro de sí mismos, y diesén la preferencia á esa luz tan inferior de los astros, tributandoles un culto religioso? Aun quando los astros fueran inteligentes y animados, no debia darseles adoración, sino solo á su divino Autor, de quien reciben todo lo que son, y cuya inteligencia y perfecciones son infinitamente superiores á las de todas sus obras.

Dios descende entre los hombres por medio de su providencia, sin que por eso mude de lugar. Su Verbo está siempre en medio de nosotros segun su promesa: *Yo estoy todos los dias con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* (Matt. 28.) Así como el sarmiento no puede producir fruto, si lo cortan de la cepa; del mismo modo, los Christianos, Discípulos del Verbo, estas ramas espirituales de la verdadera cepa, que es el Verbo de Dios y Christo, no podrian producir los frutos de la virtud, si estuvieran separados de él: pero si está siempre en medio de ellos el mismo Dios, si permanecen siempre unidos á su Verbo; ¿cómo es posible que prostituyan sus votos y sus oraciones á los astros, de quienes están tan apartados?

No por esto despreciamos los cielos y los astros, como Celso nos acusa; sino que miramos con mucho respeto esas obras maravillosas, que alaban á Dios tan eloqüentemente; pero esas mismas obras, lejos de exigir de nosotros adoraciones y votos, nos dirian si las adorásemos: ¿por qué nos adorais á nosotros, que así como vosotros, adoramos y glorificamos á Dios solo, nuestro criador y vuestro?

N. 14. «Tambien es otra opinion extravagante de los Christianos, dice Celso, que Dios, semejante á un cocinero, encenderá un fuego que todo lo consumirá, excepto á ellos, ya vivan entonces todavía, ya estén muertos de mu-

«cho tiempo; y que ellos saldrán del seno de la tierra con los mismos cuerpos que habian tenido en vida; esperanza digna de gusanos. ¡Ah! ¿Cuál será el alma que esté ambiciosa de volver á animar á un cuerpo reducido á podredumbre? ¿Y cómo puede ser que un cuerpo de esta especie vuelva á ser el mismo que era? No tienen que responder á esto los Christianos, sino que Dios es omnipotente; como si Dios pudiera lo que es indecente é injusto. Nó, no es creíble, que Dios atienda á los votos injustos de insensatos de los malos: no es moderador del universo para eso, sino para hacer todo lo que es justo y conveniente. Yo no niego que pueda conceder la inmortalidad á las almas humanas; pero ni puede ni quiere concederla á cadáveres infectos: esto es evidentemente contra toda razon: siendo, pues, Dios la razon suprema de todo lo que existe, se sigue que no podría obrar contra la razon, sin obrar contra sí mismo.»

N. 15. 16. y 17. Nótese primero, cómo Celso calumnia y ridiculiza la doctrina del incendio del mundo, no obstante que muchos Filósofos Griegos, y de los mas celebres, la han enseñado. Habrá un fuego que castigará, un fuego que purificará. Aquellos cuyas acciones, palabras y pensamientos, hubieren sido semejantes al heno y á la paja, serán consumidos por este fuego. El Señor es tambien representado como un fuego, que

purificará necesariamente á los que no estuvieren sin mezcla de imperfeccion.

Orígenes hace aquí algunas explicaciones alegóricas, y luego dice, que el fuego de la cólera de Dios no atormentará á aquellos, cuya doctrina y costumbres se hubiesen mantenido sin mezcla alguna de vicio é imperfeccion; pero que todos los demás, que habiendo sido formados á imagen de Dios, no se hubieren propuesto esta imagen augusta por modelo de su vida, padecerán justos castigos proporcionados á sus desórdenes.

N. 18. Celso dice, que los muertos de mucho tiempo saldrán de la tierra con sus cadáveres sin mutacion alguna. Esta es una calumnia que nos levanta; porque lo que nuestras Escrituras dicen es muy distinto, y es muy digno de Dios.

Copiarémos aquí solamente el pasage de Pablo en su primera Epístola á los Corintios: »Mas no faltará quien diga: ¿cómo resucitarán los muertos? ¿En qué cuerpo parecerán? Necio, ¿no ves que lo que tú siembras, no puede ser vivificado sin que primero muera? Y aún quando siembras, no siembras el cuerpo que ha de nacer, sino puramente el grano de trigo, por exemplo, ó de otra cosa; pero Dios le da el cuerpo como quiere, y da á cada semilla el cuerpo que le es propio.“ (I. Cor. 15.)

Ya ves la diferencia que Pablo establece entre la semilla arrojada en tierra, y el cuerpo de

la planta que sale de ella; y que en fuerza de la fecundidad que Dios da á las semillas, se hace una especie de resurreccion, de suerte que unas producen espigas, y otras árboles elevados.

N. 19. Lo mismo, pues, que Dios ha hecho respecto de las semillas, hace respecto de los cuerpos que están, digámoslo así, sembrados en la tierra, á los cuales transformará á su tiempo en cuerpos variados segun sus méritos. La Escritura nos aclara por extenso la diferencia que hay entre el cuerpo, tal qual está sembrado, y el cuerpo tal qual renace. »El cuerpo, dice Pablo, está sembrado en la corrupcion, y resucitará incorruptible; está sembrado en la humillacion, y resucitará glorioso; está sembrado en la flaqueza, y resucitará lleno de vigor; está sembrado cuerpo animal, y resucitará espiritual.“ (I. Cor. 15.)

Luego nuestra esperanza no es una esperanza propia de gusanos: luego nuestra alma no desea reunirse á un cuerpo corrompido; y como la naturaleza del cuerpo es corruptible, se hace preciso que obtenga la incorruptibilidad; como está sujeto á la muerte, compañera inseparable del pecado, es necesario que se revista de la inmortalidad; para que de este modo, segun el oráculo de los Profetas, triunfemos de la muerte que nos habia sujetado á su imperio, y rompamos para siempre el aguijon con que habia herido á nuestra alma.

N. 20. Esto basta acerca del misterio de la resurreccion, de que hemos dado ya pruebas suficientes en otra parte. Bien pudiéramos hacer ver ahora, que los Filósofos mas célebres y mas respetados, han sostenido sobre este asunto opiniones, que debian parecer á nuestros Contrarios mas extrañas y mas infundadas que nuestros dogmas. Los Estóycos enseñan, que llegará tiempo en que el mundo será consumido por un incendio general, despues del qual volverán á suceder sobre la tierra los mismos acontecimientos, ó á lo menos unos acontecimientos enteramente semejantes. Sócrates volverá á nacer de Sofronisco y Fenarete, será educado y filosofará en Aténas. Anyto y Melito, que resucitarán con él, se declararán acusadores suyos ante el tribunal del Areopágo, que lo condenará de nuevo; y para que la cosa tenga toda la ridiculéz y verisimilitud posible, Sócrates llevará los mismos vestidos y vivirá tan miserable en una nueva Aténas, absolutamente parecida á la primera. Asimismo tambien Fálaris, y Alexandro de Feres harán crueldades igualmente inauditas sobre las mismas personas. Esta es no mas que una muestra de los delirios estóycos; pero ¡qué poco se rie Celso de ellos! Antes para él, Zenón es un Sábio muy superior á Jesus.

N. 21. Los Pitagóricos y Platónicos, aunque opinan que el mundo es inalterable, sostienen sin embargo los mismos dogmas, puesto que pretenden, que despues de la grande revolucion de los

astros, quando vuelvan á comenzar el mismo curso, volverán tambien á verse sobre la tierra los mismos acontecimientos. Tambien los Sábios de Egipto sostienen las mismas extravagancias, y Celso sin embargo habla de ellos con mucho respeto. Y quando nosotros decimos, que Dios rigé el universo; que hace concurrir al bien general todos los acontecimientos; de suerte que el libre alvedrío conserve todos sus derechos, y ninguno de estos acontecimientos sea necesario; quando nosotros, digo, explicamos la naturaleza de nuestro libre alvedrío, y decimos que no es capaz de la inmutabilidad divina, y que obra de tal manera que podria no obrar; todos son absurdos, que ni siquiera merecen escucharse.

N. 22. Nosotros creemos firmemente el dogma de la resurreccion, que se halla establecido en nuestras Escrituras, y es doctrina de la Iglesia de Jesu-Christo; tenemos una firme confianza en las promesas de Christo; estamos ciertos de que el cielo y la tierra, y todo quanto en sí contienen, tendrá fin; pero que las palabras del Verbo Dios, que es Dios desde el principio, no pueden tener fin, sin que sean cumplidas.

N. 23. Ni se debe decir que recurrimos á un miserable efugio, quando decimos, que Dios todo lo puede. Sabemos que en esta proposicion no se comprehenden aquellas cosas que repugnan y son absurdas: confesamos que Dios no puede el mal; de otra suerte, no sería Dios.

En quanto á lo que se añade, esto es, que Dios no quiere lo que es contra la naturaleza, es preciso hacer una distincion. Si por estas palabras, *contra la naturaleza*, se entiende lo que es opuesto á la virtud y á la razon; es indubitable que Dios no querrá jamás lo que sea contra la naturaleza; ni todo lo que la voluntad y sabiduría de Dios han prescrito, podria ser contra la naturaleza, por mas increíble que sea ó parezca á ciertas personas. Pero si se habla con una rigurosa exáctitud, sostendremos que hay cosas superiores á la naturaleza, que Dios puede hacer: y así vemos, que eleva al hombre sobre su propia naturaleza, para asociarlo en algun modo á la naturaleza divina.

N. 24. Una vez que hemos reconocido, que Dios no quiere cosa alguna que sea contraria á su naturaleza, no tendremos dificultad en sostener, que no puede realizar los deseos depravados del hombre. El amor solo de la verdad nos anima en la discusion de la obra de Celso; por eso le concedemos sin dificultad, que Dios, que es autor de la naturaleza inocente y virtuosa, y principio de todo bien, no puede ser fautor de los vicios y de las pasiones.

En quanto á la inmortalidad, no solamente afirmamos que Dios puede darla al alma, sino que la ha dado en efecto. La objecion que Celso ha tomado de Heráclito, *que el cuerpo humano es mas despreciable que el bumo*, nos da muy po-

co cuidado. Solo se debe notar, que esta injuria recae sobre el alma que animaba al cuerpo; porque por respetos al alma, y en especial al alma virtuosa, han sido establecidas por las leyes, las exéquias y honores fúnebres, que se tributan á los cuerpos humanos.

N. 25. *hasta el 29.* Orígenes se pone de intento á probar, y lo prueba con mucha solidéz, que Celso se contradice groseramente, que se envuelve en mil dificultades, y se empeña en sostener los mayores absurdos, quando dice que todos los pueblos, así los Judíos como los demás, sería mejor que observasen exáctamente sus leyes, sus usos, su Religion y sus ritos, qualesquiera que sean.

De aquí, pues, se sigue, que esos mismos Judíos, contra quienes acaba de hablar Celso, no merecen sino elogios por su adhesion á sus leyes y á su Religion, que sobre todo les prohíben reconocer á otro Dios que al criador del universo.

Pero ¿cómo es posible que Celso alabe al mismo tiempo unas leyes y unos cultos opuestos á los de los Judíos? ¿Cómo probará, que pueden observarse sin crimen unas leyes contrarias á la ley natural; por exemplo, las de la Escitia, que permiten matar al padre; las de la Persia, que autorizan los matrimonios de las madres con sus hijos, de los padres con sus hijas; las del Chérsoneso Táurico, que sacrifican los extrangeros á

Diana; las de la Libia, que sacrifican los hijos á Saturno? Aquí será un acto de Religion adorar á los cocodrilos, en otra parte será permitido comerlos: unos pueblos mirarán esto ó aquello como justo y piadoso; otros por las mismas razones, lo tendrán por impío: de suerte que nadie sabrá á qué atenerse acerca de lo que es justo, santo y piadoso, ni habrá mas regla de lo justo y de lo injusto, que las opiniones y usos variables y arbitrarios. Y lo mismo por consiguiente deberá decirse de las demás virtudes, de la templanza, del valor y de la prudencia. ¿Puede haber mayor absurdo!

Celso había dicho tan obscura como vagamente, que las diversas comarcas de la tierra habían sido repartidas desde el principio entre diversas Potestades, que las regian; y que lo mejor era seguir las leyes y usos establecidos desde el principio en cada país por aquellas Potestades.

N. 29. hasta el 33. Con este motivo habla Orígenes de la distribucion de los diferentes países de la tierra entre los hombres; y en ella encuentra razones místicas, que no aclara, no sea, dice, que por derramar esta doctrina en oídos profanos, dé las cosas santas á los perros, y eche margaritas á puercos.

Moysés, Profeta y fiel adorador de Dios, refiere en el Deuteronomio y en el Génesis este grande acontecimiento, de la manera siguiente.

»Quando el Altísimo separó las naciones y distribuyó los hijos de Adán en las diferentes partes de la tierra, puso los límites de los pueblos, segun el número de los hijos de Israel (a); »adoptó á Jacób por su pueblo, y á Israel por »su patrimonio.

»En el principio toda la tierra hablaba la misma lengua: los hombres se alejaron del oriente, por ir á establecerse en las llanuras de Sennaar. Viendo el Señor que se habían puesto á edificar una ciudad y levantar una torre hasta el cielo, dixo: todos hablan una misma lengua, »y no forman mas que un pueblo: ellos no abandonarán su proyecto; confundamos, pues, su »lenguage, para que no se entiendan unos á otros. »Por este medio los obligó el Señor á que renunciaran á su empresa, y los dispersó sobre toda la haz de la tierra. De donde le vino á »aquel lugar el nombre de Babel, *confusion*.“ (Gen. 11.)

El Señor entregó estos pueblos á Potestades mas ó menos severas, que los han gobernado en las diferentes regiones de la tierra. Solamente el Pueblo Hebreo conservó la lengua primitiva, y

(a) Orígenes, que sigue Angeles de Dios debemos la Version de los Setenta, entender los hijos de Israel, lee, segun el número de los enviados por Dios á la tierra Angeles de Dios; lo que no ra de Canaán. La palabra muda el sentido literal, dice griega *Angel* significa enviado. Este, porque por los do.

Dios se lo reservó para sí mismo. El pueblo de Dios se hizo culpable y pecador, pero por grados: sus infidelidades fueron al principio leves y dignas de perdon, por lo que no los abandonó Dios al instante: mas habiendose multiplicado sus transgresiones en lo sucesivo, lo castigó Dios, y lo hizo volver en sí, por medio de saludables trabajos. Finalmente el Señor, movido de las nuevas prevaricaciones de su pueblo, lo entregó á arbitrio de otros pueblos; y por último de los Asirios y Babilonios, mas crueles que todos. Como ni todos estos castigos pudieron contener á un pueblo, cuyos desórdenes iban siempre en aumento, tomó Dios una terrible venganza; dispersó á Israel por toda la tierra, se escogió otro pueblo entre todas las naciones, le dictó una nueva ley, y le aseguró las mismas recompensas que habia prometido á los Hebréos.

Ya ves, quán superior es nuestro Dios á las pretendidas Divinidades de las demás naciones. Nuestro Dios escogió hombres justos é inocentes para su pueblo; los corrigió quando los vió corrompidos, y los desechó quando vió que sus desarreglos habian llegado á colmo, por causa de la obstinacion é impenitencia. Entonces se formó un pueblo de todas las naciones, á las quales impuso leyes; y estas leyes verdaderamente divinas, son muy superiores á las que Celso acaba de encarecernos: de suerte, que no solamente es permitido, sino tambien necesario despreciar y

violar estas últimas, por observar las leyes de Jesus.

Jesus nos ha sacado de este siglo de corrupcion, (Galat. 1.) y de la esclavitud de los Principes del siglo. Sería un crimen de lesa Magestad Divina, que rehusásemos someternos al imperio del que, así en poder como en santidad, excede á todas las Potestades del siglo, y á quien Dios dixo, hace ya tantos siglos: »pide, y yo te daré las naciones por patrimonio y toda la tierra »por dominio tuyo.« (Sal. 2.) En efecto, él es la esperanza de todos aquellos, que como nosotros hacen profesion de creer en él y en Dios su Padre.

N. 33. Con lo que acabamos de decir, hemos ya en algun modo refutado anticipadamente las nuevas dificultades, que Celso va á proponer contra nosotros. »Respondanme, dice, los segundos »(esto es los Christianos) de dónde provienen, »y quién es su Legislador. ¿Tienen alguno que »sea suyo propio? No por cierto: no pueden »nombrar otro que el mismo de los Judíos, de »quienes descenden, y sin embargo de esto se »han separado de ellos.«

Nosotros hemos venido *en aquellos últimos días,* quando Jesus ha venido á nosotros; hemos venido *á la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y base de la verdad. (Tim. 3.)* Vemos que esta casa está edificada sobre *una elevada montaña (Is. 2.),* esto es, sobre los oráculos de los

Profetas, que le sirven de cimiento; y que excede en elevacion á todas las colinas, esto es, á todos aquellos que son reputados por mas célebres entre los hombres, á causa del estudio de la sabiduría y de la verdad. Corremos, pues, atropelladamente á esa montaña; y nos exhortamos reciprocamente á abrazar la Religion que Jesu-Christo ha fundado en estos últimos tiempos. «Venid, subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; él nos anunciará el camino, y andaremos por él; porque la ley ha salido de Sión, y la palabra del Señor ha salido de Jerusalén, para esparcirse por todas partes, iluminar á los espíritus dóciles, reprimir y confundir á los indóciles, que componen el mayor número.» (Is. 2.)

Quando se nos pregunta, de dónde venimos, y quién es nuestro Xefe, respondemos, que venimos por orden de Jesus á mudar en rejas de arado, las espadas que antes sacábamos contra nuestros semejantes. Ya no sabemos servirnos de ellas para hacer la guerra; porque Jesu-Christo, á quien seguimos como á nuestro Xefe, habiendo primero abandonado á los que nuestros padres obedecian, nos ha hecho hijos de la paz. De Jesu-Christo hemos recibido la ley, que empezó á abrirnos los ojos: por eso le tributamos gracias, y le decimos; nuestros padres adoraban ídolos vanos y faltos de poder. De este modo, nuestro Xefe y nuestro Señor, aunque descendien-

te de los Judíos, alimenta á todo el universo con la palabra de su doctrina.

N. 34. y 35. Celso cita á Heródoto y á Píndaro, y se apoya en el oráculo de Júpiter Amón, para probar que la ley es la reyna de todos los hombres; que estos deben conformarse á las leyes de su país, y que jamás hay motivo para vituperarlas. Su fin es aplicar este principio á los Christianos, y concluir que supuesto no forman un pueblo particular, son culpables de haberse separado de los Judíos, por abrazar la doctrina de Jesus.

Respóndanos, pues, Celso: los Filósofos que han sacudido el yugo de la supersticion, y comen manjares prohibidos por las leyes de su patria, ¿son criminales, ó no? Porque si la Filosofía da este derecho, ¿qué razon hay para que no lo dé igualmente el Christianismo? Y mas que nos prohíbe tributar culto á las estatuas y á seres criados, y nos manda que nos elevemos hasta el Criador del universo.

Si Celso y sus partidarios, por no faltar á sus principios, sostienen que aun los Filósofos no pueden en esta parte eximirse de las leyes de su país; será preciso por consiguiente, que los Filósofos que se hallen entre los Egipcios, se abstengan puerilmente de las cebollas, y de algunas partes de los animales, como por exemplo, la cabeza y la espalda. Y no digo nada de ciertos pueblos del Egipto, que tienen usos mucho mas

extravagantes. Pero esto mismo le da nueva fuerza á mi argumento.

El que hubiere aprendido de los Christianos á adorar á un solo Dios, autor de todos los seres, y sin embargo, por deferencia á las leyes de su país, se postrase ante vanos simulacros, y no supiera elevarse hasta el Criador, se asemejaría á esos Filósofos, que temen lo que no es de temer, y tienen por una impiedad el hacer uso de ciertos alimentos.

N. 36. ¿Y cuál puede ser la autoridad de aquel oráculo de Amón, que prohíbe á los pueblos de los confines de la Libia, que coman bacca, una cosa tan indiferente? Si motivase su prohibicion diciendo, que el buey es necesario para la agricultura, y que solo por medio de las baccas puede multiplicarse la especie, tendria en la apariencia algun fundamento; pero el oráculo no da otra razon, sino que aquellos pueblos beben las aguas del Nilo.

En quanto á la crítica que se hace de la Escritura, porque recomienda ciertos animales, se ve claro que Celso no ha comprehendido lo que Pablo dice, conviene á saber, que Dios no tiene cuidado alguno de los bueyes, y si es que nos habla de las bestias, lo hace en beneficio y para instruccion de los hombres. (I. Cor. 9.)

Puesto que Celso se obstina en sostener, que nunca será reprehensible el que observe las leyes y usos de su país; se sigue evidentemente

de este principio, que los Escitas hacen muy bien en comerse á sus semejantes, y los Indios á sus propios padres.

N. 37. Hay en general dos especies de leyes, la *ley natural*, que Dios ha grabado en el corazon de cada hombre, y la *ley civil*, ó *ley escrita*. Quando la ley civil no es contraria á la ley divina, es indubitable que todos los ciudadanos están obligados á seguirla, y aun á preferirla á todas las leyes extrañas; pero dado caso que mande alguna cosa opuesta á la ley divina, la misma razon nos dice, que entonces se deben despreciar las leyes y los Legisladores humanos, y no se ha de obedecer sino al Legislador supremo, que es Dios, cuyos preceptos deberán ser la única norma de nuestra vida, por mas que para esto sea necesario exponernos á los mayores trabajos y peligros. Porque si en este caso es absolutamente imposible agradar á un mismo tiempo á Dios y á los hombres, ¿no sería un absurdo, que prefiriésemos el agradar á estos últimos, y conformarnos con sus impías leyes? Si es justo, pues, y racional por el contrario, el preferir en todas ocasiones la ley natural, que es la ley de Dios; ¿no lo debe ser principalmente, quando se trata de unas leyes, que tienen á la Divinidad por objeto? (a)

(a) En la Version latina lee, *in Dei legibus*, en lugar de los PP. Benedictinos se de *in legibus de Deo*. El ar-
Tom. II.

Nosotros nos guardaremos muy bien de imitar á los Etiópes, á los Arabes y á los Egipcios, que prostituyen su culto á las mas despreciables Divinidades, á Dioses machos y hembras, á Dioses enteramente nuevos, como por exemplo Sérapis, conocido de poco acá; pues aunque el Hijo de Dios hace poco tiempo que se hizo hombre, no por eso es algun Dios nuevo; sino que es antes de todos los seres criados; es el *primogénito de todas las criaturas* (Colos. 1.); es á quien Dios decia al tiempo de la creacion del universo, *hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza.* (Gen. 1.)

N. 38. 39. y 40. Celso sin embargo se obstina en sostener, que cada uno debe guardar las leyes y costumbres de su país: de donde se sigue, que es preciso ser fiel al culto recibido en el propio país, por extravagante y absurdo que sea. Se sigue tambien, que un Etiope, por exemplo, que no reconoce otras Divinidades, sino á Júpiter y á Baco, trasplantado que sea á Arabia, debe sufrir la muerte, primero que adorar á Urania, Divinidad de los Arabes. Lo mismo debemos decir de un Arabe, á quien se le qui-

gumento de Orígenes, y la continuacion del texto todavia mas que la gramática, prueban que esta interpretacion es defectuosa. Orígenes, despues de haber opuesto en general la ley divina á las le-

yeshumanas, las opone en particular con relacion al culto divino. Si la ley divina debe siempre ser preferida á la ley humana, con mayor razon quando se trata de leyes pertenecientes al culto de Dios. *τὸ θεῖον νόμον ἐστὶν ὑπὲρ τοῦ ἀνθρώπου.*

siera precisar á que adorase los Dioses de los Etiópes. Pero ¿qué cosa podria obligarlos á un sacrificio semejante, sino la creencia de la inmortalidad, y la seguridad de una recompensa eterna por tan religioso obsequio? (a)

¡Oh! ¡Cuán injustos son Celso y todos nuestros enemigos! Celso aprueba el culto de aquellos pueblos, que en el número de sus Divinidades colocan á los animales enemigos y destructores de la especie humana, como por exemplo, al cocodrilo; y vitupera y calumnia á los Christianos, que hacen profesion de abstenerse del vicio, de mirar con horror al crimen, de invocar y adorar á la virtud, á la sabiduría, á la justicia divina y esencial, que no es otra que el Hijo de Dios. La virtud, que es el manantial de toda virtud, la suprema inteligencia, que encierra en sí toda la inteligencia que hay entre las criaturas, se unió al alma de Jesus.

El pomposo elogio, que Celso hace de la ley que nos opone, diciendo que es *la reyna de todos*, no puede convenir de ningun modo á unas

(a) De los principios de *los Christianos por su firmeza en sufrirlo todo, primero que renunciar á su ley y á su Religion, que en quanto al fondo es la misma que la de los Judíos, pero que ha recibido su perfeccion de Jesus, verdadero Mesias y término de la ley.*

leyes locales y limitadas, y todavía menos á unas leyes impías. Solo puede aplicarse este elogio á la ley divina, á la qual todos deben obedecer. Esta es la ley que nosotros nos proponemos por regla de nuestra conducta; y por sumision á ella detestamos las leyes impías.

N. 41. y 42. Celso hace todos sus esfuerzos por envilecer á la nacion de los Judíos. »¿Qué motivos, dice, pueden tener para preferirse á los demás pueblos? Su necio y vano orgullo les hace creer, que tienen exclusivamente el conocimiento de Dios; pero ni lo conocen siquiera, sino que se han dexado engañar de las imposturas de Moysés. Por otra parte, ¿qué importa que se adore á ese gran Dios baxo el nombre de Júpiter, ó de Amón, ó de Adonai, ó de Sabaóth, ó finalmente de Papéo, como los Escitas?»

Me parece, que he indicado suficientemente en otro lugar los caracteres que distinguen al pueblo Judío entre todos los demás. Sin hablar de su famoso Templo, ni de la magestad de sus ceremonias, si ponemos la vista en su legislacion y policía, no hallaremos nacion alguna que se le pueda comparar. El pueblo Judío habia desterrado, quanto es posible, todas las artes, todas las profesiones inútiles ó peligrosas; y habia recogido todo lo que puede ser ventajoso á un Estado. No tenia teatro, carecia de circo, no sufría mugeres que hiciesen un comercio infame,

que ultraja á la naturaleza, y se opone á la multiplicacion de la especie humana.

¿Y de qué ventaja no era para los Judíos, el que desde la edad mas tierna les enseñasen á elevarse sobre la naturaleza sensible, para buscar y descubrir á la Divinidad? ¿Qué provecho no les resultaria de haber aprendido, al salir ya de la cuna, la doctrina de la inmortalidad del alma, del juicio despues de esta vida, y de las recompensas para los que hayan vivido bien? Verdad es, que todos estos dogmas eran propuestos á los simples y á los niños baxo el velo de la alegoría y de la parábola; pero todos los que podían y querían profundizarlos, corrian aquel velo con facilidad. Tambien es cierto, que el pueblo de Dios detestaba toda especie de adivinaciones, que no sirven sino para seducir á los hombres; pero tomaba el conocimiento de lo por venir en los escritos de los Profetas, cuya consumada santidad les habia merecido la gracia de estar poseídos del Espíritu Divino.

¿Hay cosa mas racional ni mas justa, que la prohibicion de dexar á un Judío mas de seis años en la esclavitud? Los Judíos deben ser mas zelosos que ninguna otra Nacion, de la conservacion de sus leyes: serian inexcusables si no conocieran la excelencia y superioridad de ellas, é ignorasen, que tienen un origen muy diferente de el de las demás leyes.

Así es que el pueblo Judío, por mas que di-

ga Celso, excede en sabiduría, no solamente á los demás pueblos, sino tambien á aquellos que son ponderados como Filósofos. Los Filósofos, con todos sus grandes discursos, se dexan arrastrar del culto de los ídolos y de los Demonios, al paso que el mas infimo Judío no reconoce ni adora sino al Dios supremo. Baxo este supuesto, ¿no tienen motivo los Judíos, para tenerse en mas que todos ellos, para mirarlos como á niños é impíos, y huir de su comercio?

¿Plugüiese á Dios, que los Judíos hubieran sido siempre fieles á su ley, y que no hubieran manchado sus manos con la sangre de los Profetas, y finalmente con la sangre del mismo Jesus! Entonces veriamos sobre la tierra aquella República celestial, que Platón estableció solo con el pensamiento. Mas ¿qué digo? Lo que hizo Moysés, lo que hicieron sus sucesores, es muy superior á las ideas de Platón. Ellos formaron y gobernaron á un pueblo escogido entre todos los pueblos; y le enseñaron una doctrina pura, y muy apartada de toda especie de supersticiones.

N. 43. y 44. Celso pretende que lo que los Judíos tienen mas digno de veneracion, se halla del mismo modo en otros pueblos. *No hay diferencia, dice, entre el culto del cielo y el de Dios, entre los sacrificios de los Persas y los de los Judíos.*

Celso no repara, que así como entre los Judíos no hay mas que un Dios, así tampoco hay

mas que un Templo, un altar para los holocaustos, un altar para los perfumes, y un solo Gran Sacerdote. ¿Qué relacion hay, pues, entre los Persas, que ofrecen sacrificios á Júpiter sobre las montañas mas elevadas, y los Judíos que los ofrecen enteramente distintos en su Templo? Y bien entendido, que estos últimos sacrificios no eran sino la sombra, la figura de las cosas celestiales: por lo que se tenia gran cuidado de explicar cuál era su espíritu y lo que significaban. Que los Persas llamen, si quieren, Júpiter al cielo, no por eso adoraremos nosotros al cielo ni á Júpiter. En nuestras oraciones decimos solamente: *cielos de los cielos, alabad al Señor; y las aguas que están sobre los cielos alaben tambien el nombre del Señor.* (Sal. 148.)

N. 45. y 46. Quiere tambien Celso que sea todo uno, llamar á Dios *Júpiter*, ó *el Altísimo*, ó *Amón*, ó *Adonai*. Orígenes lo refuta sosteniendo, que los nombres no son enteramente indiferentes ni arbitrarios; sino que á parte de su significacion, tienen una virtud propia, que se manifiesta principalmente en los encantamientos y conjuraciones en que se emplean. Nosotros, continúa con razon, estamos muy distantes de llamar á Dios, *Júpiter* ó *Amón*, que no son sino Demonios; y primero sufriríamos mil muertes, que prostituir de esa suerte el nombre de Dios.

Por lo demás, el nombre que significa Dios en la lengua de los Escitas, de los Egipcios, ó

en qualquiera otra lengua , puede muy bien atribuirse á Dios sin pecado (a).

N. 47. En quanto á la circuncision , aunque es comun á los Judíos con los Egipcios y los pueblos de la Cólchida , no pueden sin embargo ser comparados entre sí en esta parte , porque todos ellos la practican por razones muy diferentes. Así es que los que ofrecen unos mismos sacrificios y unas mismas oraciones , no se parecen de ningun modo , si las dirigen á Divinidades diferentes : y así es tambien que las sectas de los Filósofos Griegos , de los Epicuréos , de los Estóycos y de los Platónicos , no porque empleen los mismos términos de justicia y valor , están conformes entre sí , quando se trata de explicar la naturaleza y funciones de estas virtudes. Por lo que respeta á lo demás , harto me he extendido acerca de la circuncision , en mi comentario sobre la Epístola á los Romanos.

N. 48. En el número 48. hay ideas muy singulares acerca de la circuncision ; y sería tan enfadoso como inútil que las examinásemos.

N. 49. Por lo que hace á la abstinencia , bien

(a) Esta confesion lo fixa á Orígenes en el verdadero principio acerca de la Divinidad. No se debe atender sino á la idea de Dios , á la significacion del nombre , por medio del qual lo ha-

ce conocer el language humano ; y de ningun modo al sonido ó al conjunto de las sílabas , que es absolutamente arbitrario , y muy diferente en las diferentes lenguas.

seguro es , que los Judíos no se vanaglorian de que se prohiben la carne del puerco , como si este fuera un punto de la mayor importancia. Es verdad que ellos distinguen dos clases de animales , *puros é impuros* , y colocan al puerco entre estos últimos ; pero dan razones de esta distincion , que Jesus abolió últimamente. Uno de sus Discípulos que lo ignoraba y decia : *Yo no he comido jamás cosa inmunda* , oyó una voz que le respondió : *No llames inmundo lo que Dios ha purificado.* (Ac. Ap. 10.)

Poco nos importa á nosotros , como ni tampoco á los Judíos , lo que Celso añade de los Sacerdotes Egipcios , que no solamente se abstienen de la carne de puerco , sino tambien de la de cabra , oveja , buey y pescado. Nosotros que sabemos , que *lo que entra por la boca no mancha al hombre* (Mat. 15.) , y que *el alimento no constituye en manera alguna nuestro mérito á los ojos de Dios* (I. Cor. 8.) , no hacemos vanidad de que nos abstenemos de él ; pero tampoco comemos por sensualidad. Dexamos que los Pitagóricos se vanaglorien de que se abstienen de la carne de todos los animales , sin embargo de que hay una notable diferencia entre su abstinencia y la de nuestros Ascétas ; porque la de ellos no tiene otro fundamento que su absurda metempsicosis , pero nosotros nos proponemos *castigar nuestro cuerpo , reducirlo á servidumbre , reprimir la fornicacion , la impureza , la concupiscencia y todos los deseos des-*
Tom. II. Y

arreglados. (I. Cor. 9. Colos. 3.)

N. 50. »No es creible, continúa Celso, que los Judíos sean mas agradables á Dios que ninguna otra nacion; ni tampoco que á ellos solos envié Dios Angeles.“

Es cosa muy facil probar contra Celso, que los Judíos fueron singularmente favorecidos de Dios. Los mismos infieles llaman al Dios de los Hebréos, *el gran Dios*. La proteccion divina ha resplandecido manifestamente, conservando los tristes restos de esta nacion, preservandola de las consecuencias del resentimiento de Alexandro de Macedonia, con quien los Judíos no quisieron unirse contra Darío, su aliado. Tambien se lee, que este conquistador se postró ante el Gran Sacerdote de los Judíos, y dixo que habia visto en sueños á aquel Pontífice, el qual le anunció que conquistaria toda el Asia.

Nosotros, pues, afirmamos que los Judíos fueron protegidos de Dios sobre todos los demás pueblos, y que este favor y esta proteccion pasó de ellos á los que han creido en Jesus. Y así es que los Romanos han apurado en vano su poder, para exterminar á los Christianos. El brazo de Dios peleaba en favor de los Christianos, y Dios quiso que su palabra desde un extremo de la tierra se esparciese por todo el universo.

N. 51. Esto basta para responder á las calumnias de Celso contra los Judíos. Pasemos á examinar las demás objeciones, y hagamos ver que

tenemos sobrado fundamento para gloriarnos de que conocemos al Dios supremo; que ni Moysés ni Jesus pudieron seducirnos por medio de prestigios; y que antes por el contrario nuestra suma felicidad es haber oido á Dios por boca de Moysés, y haber reconocido por Hijo de Dios á Jesus, cuya Divinidad se halla certificada por el mismo Dios. En una palabra, estamos seguros de que seremos grandiosamente recompensados, si conformamos nuestra vida á la doctrina de Jesu-Christo.

Acúsanos Celso de que nos parecemos á los Egipcios, que no tienen vergüenza de adorar á los insectos mas despreciables. ¿Qué podemos responder á una acusacion semejante? ¿No hemos ya justificado suficientemente el culto que tributamos á Jesus? Ni quando decimos, que en la doctrina de Jesus se halla la verdad pura y sin mezcla alguna, pretendemos vanagloriarnos; sino que lo decimos en gloria de nuestro Divino Maestro, por quien testifican el Dios del universo, los oráculos de los Profetas Judíos, y la evidencia misma; porque es evidente que Jesus no podia haber hecho tantos y tan grandes prodigios sin el auxilio de Dios.

N. 52. Veamos ahora la continuacion de las objeciones de Celso. »Dexemos á un lado, dice, todo lo que podríamos decir contra su Maestro, »y aún demos que fuese un Angel. Pero ¿ha sido »él el primer Angel? ¿Ha sido el único? Porque

»si responden, que ha sido el único, se contradicen á sí mismos; puesto que nos refieren, »que á un mismo tiempo viniéron sesenta ó setenta Angeles, que por haberse despues pervertido fuéron finalmente precipitados en lugares subterráneos, donde expian sus crímenes. También aseguran, que habia un Angel en el sepulcro de Jesus, otros dicen que dos, los quales anunciaron á las mugeres la resurreccion de »Jesu-Christo: sin duda el Hijo de Dios no pudo por sí mismo abrir su sepulcro, y necesitó de un Angel, para que levantára la piedra. Un Angel fue tambien el que advirtió á »aquel artesano, que Maria estaba embarazada; »y otro les advirtió que huyesen con el niño. »¿A qué fin todo esto, y tantos Angeles que »fuéron tambien enviados, ya á Moysés, ya á otros? Jesus, pues, es sin duda un Angel que »Dios ha enviado. Los Christianos pretenden que »fue enviado para cosas de la mayor importancia. ¿Qué cosas son esas? ¿Los pecados de los »Judíos, las falsas interpretaciones que estos daban á su ley, y la depravacion de las costumbres?»

N. 53. Bien pudiéramos contentarnos con observar, que lo que hemos ya dicho de Jesus, refuta anticipadamente lo que Celso acaba de oponernos; mas porque no se crea que dexamos alguna cosa sin respuesta, añadiremos algunas reflexiones. Celso pretende alabarse de que nos

disimula muchas objeciones; pero si va á decir verdad, él ha apurado todo quanto tenia que decir, y ha usado al último de esa figura de retórica. A él le parece que nos hace una gracia muy particular, concediendonos, que Jesus es un Angel, ó un enviado de Dios. Jesus vino á enseñar y salvar á todos los hombres; este es un hecho, que nuestros ojos atestiguan. Pregunto, pues, ahora: ¿bastaba un Angel ordinario para esta empresa? No por cierto; sino que era preciso, que viniera, como dice el Profeta, *el Angel del gran consejo.* (Is. 9.) Él anunció á los hombres el gran designio del Dios del universo sobre ellos; esto es, que todos los que viviesen en la verdadera Religion, y conformes á sus preceptos, merecerían tener parte en la felicidad del mismo Dios; al paso que los incrédulos y rebeldes serian apartados de la presencia de Dios, y perecerian sin recurso....

N. 54. y 55. Lo demás que Celso dice, de esos sesenta ó setenta Angeles, lo ha tomado de los libros de Enóch, que no ha comprendido; quanto mas que la Iglesia no los recibe como divinos.

— Siguen ahora algunas tranquilas que Celso propone acerca de los Angeles, pero que en la realidad son propias de algunos hereges, como por exemplo, Apéles, que no admitia los libros de los Judíos, y negaba por consiguiente las apariciones de los Angeles que se refieren en ellos.

N. 56. Deseoso Celso de hallar alguna contradicción en los Evangelistas, nota que unos hablan de dos Angeles que aparecieron en el sepulcro de Jesus, y otros de uno solo. La contradicción se desvanece, si se atiende á que los primeros, esto es, Matéo y Marcos, hablan del Angel que levantó la piedra del sepulcro; y los segundos, Lucas y Juan, de los dos Angeles vestidos de blanco, que se aparecieron á las mugeres junto al sepulcro, ó en el interior mismo del sepulcro. No es este lugar oportuno para probar la verdad de la relacion de los Evangelistas, ó investigar el sentido alegórico de que es susceptible....

N. 57. Entre los Griegos hallamos también nosotros muchos exemplos de apariciones, que no solamente sus autores fabulosos, sino los mismos Filósofos nos han transmitido. ¿No teneis por muy auténtico todo lo que os refieren los Griegos? ¿Hallais en ellos alguna cosa, que os parezca ridícula? Pues ¿por qué motivo no habeis de creer, sino que habeis de dar el título de impostores, á unos hombres consagrados al Dios del universo, que sufrirían toda especie de tormentos y aun la muerte, primero que pronunciasen una mentira acerca de la Divinidad? ¿Por qué, digo, no los habeis de creer, quando afirman que vieron con sus propios ojos á los Angeles? Los que aman y buscan la verdad, hacen un escrupuloso exámen antes de pronunciar

que un historiador es verídico ó mentiroso.

Por lo demás, nada tiene de extraño que los Angeles anunciaran la resurrección de Jesus; y aun se puede asegurar, á mi parecer, sin faltar á la verisimilitud, que los que creyeron en esta Religion, y cuya admirable y consumada virtud fue fruto de su fe, tuvieron Angeles en su compañía, los quales contribuyeron á su conversion.

N. 58. Celso declama vivamente contra lo que refieren los Evangelistas, del Angel que levantó la piedra que cubria el sepulcro de Jesus, *como si el Hijo de Dios, dice, no pudiera quitarla por sí mismo*. Pero sin recurrir al sentido figurado, hágase únicamente la reflexión tan natural, de que la dignidad y autoridad de Jesus resplandecen mucho mas, haciendo que sus ministros los Angeles le hagan este servicio.

No quiero detenerme á decir, que los Judíos, reos de la muerte del Verbo, interesados en que se creyese que habia muerto para siempre, no querian que su sepulcro se abriese; pero que un Angel, mas poderoso que todos sus enemigos, levantó la piedra que lo cubria, á fin de que los Discípulos de Jesus, que lo creían muerto, se convenciesen de que estaba lleno de vida, y que se les habia adelantado en concurrir á los lugares, donde habia de explicarles el sentido fundamental de las verdades sublimes, que ya les habia enseñado, pero que ellos todavía no comprendían del todo.

¿Y qué ventaja puede sacar Celso, de esos Angeles que Dios envió á Maria, á Joseph y á Moysés? ¿Acaso el ministerio de Jesús, tan superior y tan importante, se debe confundir con el ministerio de esos Angeles? Nada menos que eso. Jesús, pervertida la fe no menos que las costumbres de los Judíos, vino para trasladar el reino de Dios á otros pueblos, que con el exemplo de sus virtudes, formadas sobre su creencia, procuran en todas nuestras Iglesias atraer los infieles al verdadero Dios.

N. 59. y 60. Celso dice muchas cosas inútiles ó muy poco exáctas acerca de nuestras Escrituras. Él asegura que *la grande Iglesia (a) sigue la misma creencia sobre este punto.*

(a) Esto es, *la Iglesia Católica.* Nótese de paso el respeto que imprimía á sus mayores enemigos. En todos los escritos de los Paganos y de los Hereges puede verse, que las sectas heréticas, por mas que han disfamado y calumniado á la verdadera Iglesia de Jesu-Christo, jamás se han confundido con ella, ni han podido participar de su autoridad, ó de la veneracion que inspiraba aún á los infieles. Así es que la rabia de los perseguidores la ha distingui-

do siempre de los hereges, á quienes no perseguía sino que los despreciaba; porque conocian, que únicamente la Iglesia Católica era temible para ellos, á causa de la divinidad de su doctrina, de la santidad de sus costumbres, de la firmeza invencible de su valor, y de las continuas victorias que conseguía de ellos; y porque inundando la tierra con la sangre de sus hijos, parece que derramaba sin cesar una semilla de nuevos Christianos.

Es cierto que los Christianos y Judíos creen igualmente, que las Escrituras han sido divinamente inspiradas, pero no están de acuerdo en quanto á la explicacion de ellas: porque nosotros no nos paramos, como los Judíos, en el sentido que presenta la corteza de la letra: y aun decimos que *quando los Judíos leen á Moysés, tienen los ojos cubiertos con un velo (II. Cor. 3.)*; porque el espíritu de la ley de Moysés es desconocido á los que no quieren entrar en el camino señalado por Jesu-Christo; y sabemos que quando alguno de ellos se convierte al Señor, que es espíritu, se rasga el velo, y ve claramente como en un espejo, la gloria del Señor, que la letra de la ley le habia ocultado hasta entonces.

N. 61. 62. y 63. «Téngase entendido, continúa Celso, que yo no ignoro, que entre los Christianos, unos reconocen el mismo Dios que los Judíos, y otros admiten uno contrario á este, que envió su Hijo á los hombres.»

Si Celso acusa á los Christianos, porque están divididos en diferentes sectas, será preciso que acuse tambien á los Filósofos y á los Médicos, que tienen esto mismo de comun con los Christianos. Pero porque haya entre nosotros algunos que niegan que el Dios de los Judíos sea el de los Christianos, ¿han de ser por eso acusados los que prueban lo contrario con las Escrituras? Así Pablo, que de los Judíos se habia pasado á los Christianos, *doy gracias á Dios, di-*

ce, á quien sirvo desde mi infancia. (II. Tim. 1.)

Celso nos atribuye tambien varios errores que los hereges sostienen: mas así como los que no admiten la Providencia, no son verdaderos Filósofos; del mismo modo, los que han imaginado sistemas absurdos y proscritos por los Discípulos de Jesus, no son tampoco merecedores del nombre de Christianos. Luego es en vano que Celso cite un número considerable de estas sectas, y exágere sus desarreglos y extravagancias, quando de todo eso nada puede concluir contra la verdadera Iglesia de los Christianos, que las desconoce, y las arroja de su seno con horror. (a)

»Los Christianos, continúa Celso, se ensangrientan unos contra otros; se tienen un odio mortal; y el amor de la paz ó deseo de la reunion no será bastante para que cedan en cosa ninguna.“

Sin embargo de eso, es cosa bien sabida, que los que profesamos la doctrina de Jesus, y la hemos tomado por regla de nuestra conducta, no solamente no nos permitimos injurias é invectivas contra los que piensan de distinto modo que nosotros, sino que *quando nos maldicen, bendecimos; y si nos persiguen, sufrimos sin quejarnos* (I. Cor. 4.). Ni hay cosa alguna que nosotros no haga-

(a) Orígenes ha respondido 13. Puede verse lo que no- do ya á la mi ma objecion, sotros hemos hecho notar en el libro tercero, n. 12. y acerca del mismo asunto.

mos con el mayor gusto por convertir á los que se han extraviado, atraerlos al único Criador, y hacer que vivan siempre, como que ha de llegar el dia del juicio. Finalmente, quando todas nuestras tentativas no han producido efecto alguno, entonces seguimos el precepto del Apóstol: *Huye del herege, despues que lo hayas corregido hasta dos veces, porque entonces es ya pervertido sin recurso, y su propio juicio lo condena.* (Tit. 3.) Unos hombres que dicen, *bienaventurados los pacíficos*, estan muy lejos de aborrecer y de encarnizarse contra sus hermanos poseidos del error.

N. 64. y 65. En los últimos números, ni se halla ninguna verdadera dificultad de Celso, ni tampoco discurso alguno interesante de Orígenes: todo se reduce á cosas vagas, repeticiones, y observaciones acerca de algunas heregias, que se extinguieron y olvidaron hace ya muchos siglos.

Fin del libro quinto de Orígenes contra Celso.



LIBRO SEXTO

DE ORÍGENES CONTRA CELSO.

N. 1. **P**rosigo en este sexto libro, piadoso Ambrosio, la refutación de las calumnias de Celso, sin detenerme en lo que él toma de la Filosofía: porque cita diferentes pasages de Platón, para probar que todo lo que en nuestras Escrituras se halla capaz de hacer alguna impresion á los entendimientos ilustrados, nos es comun con los Filósofos. Pretende además, que los Griegos han aclarado mucho mejor que nosotros estas verdades, sin que hayan tenido necesidad de recurrir á las amenazas ni á las promesas de Dios ó de su Hijo.

A esto respondemos, que si los Doctores de la verdad se proponen ser útiles al mayor número de hombres que sea posible, é instruir igualmente á los ingenios limitados y á los penetrativos, á los Griegos y á los Bárbaros, es evidente que deben hablar de un modo popular, acomodado á la capacidad de todos. Pero aquellos Maestros, que desechan á los simples é ignorantes, porque no son capaces de comprehender sus discursos, y únicamente ponen su cuidado y su atencion en los que han sido alimentados en el estudio y en las letras, reducen su zelo por el

bien público, á limites muy estrechos.

N. 2. Yo he querido defender contra Celso y contra sus partidarios, la sencillez de nuestras Escrituras, las cuales pierden, al parecer, todo su esplendor, al lado de otras obras sobresalientes y trabajadas con arte. Nuestros Profetas, Jesus y sus Apóstoles, se propusieron atraer á la muchedumbre, y empeñarla á que se dedicase con todo esfuerzo, á descubrir los sublimes misterios, ocultos baxo el velo del estilo mas sencillo en la apariencia. Pero si va á decir verdad, ¿qué comparacion puede haber, ni en quanto al efecto, ni en quanto á sus ventajas, entre esos discursos tan floridos y tan limados de Platón y otros Escritores semejantes, y aquel modo de hablar sencillo y popular de nuestros Autores, que así de palabra como por escrito, supieron acomodarse tan diestramente á la capacidad de la muchedumbre?

No es mi ánimo menoscabar el mérito de Platón, cuyas bellezas no se puede decir que carezcan absolutamente de utilidad: solamente quiero hacer entender el espíritu de nuestros Autores, quando dicen: «nuestros discursos y nuestra predicacion no consisten en las palabras persuasivas de la sabiduría humana, sino en la manifestacion del espíritu y de la virtud; á fin de que nuestra fe no vaya apoyada en la sabiduría de los hombres, sino en la virtud de Dios.» (I. Cor. 2.)

La Sagrada Escritura nos enseña, que para mover los corazones de los hombres, no basta decir la verdad, aunque se diga del modo mas propio para persuadir; sino que además es preciso, que Dios fecunde, digamoslo así, nuestros discursos, mediante su gracia omnipotente, como el Profeta lo promete en el Salmo sesenta y siete: *El Señor comunicará una virtud poderosa á los que anuncian su palabra.* Y así, aún quando diéramos de barato que los Griegos tienen algunos dogmas comunes con nosotros, no por eso les concederíamos la misma fuerza para persuadir y convertir, que tuvieron los Discípulos de Jesús: los cuales sin la menor tintura de Filosofía, recorrieron diferentes comarcas de la tierra, y lograron que los pueblos abrazasen la Religión y la virtud que les predicaban, según las disposiciones de cada uno.

N. 3. Si aquellos Sábios antiguos dan sus lecciones á los que son capaces de sacar provecho de ellas; si el hijo de Aristón nos dice en una de sus Epístolas „que el lenguaje humano carece de palabras „propias para explicar el sumo bien, pero que á „fuerza de meditar sobre él, se enciende en el „alma repentinamente, á la manera que la luz „dimana del fuego:“ son ciertamente muy acreedores á nuestras sinceras alabanzas; y no podemos menos de confesar, que Dios les ha comunicado nociones muy preciosas: por tanto, los que conociendo al verdadero Dios, no le tribu-

tan el debido culto, son muy culpables y muy dignos de castigo.

Veamos cómo se explica Pablo acerca de estos Filósofos. „La cólera, dice, de Dios hiende „sobre la impiedad é injusticia de los hombres, „que tienen cautiva la verdad de Dios; porque „conocen todo lo que puede ser conocido en Dios, „puesto que se les ha manifestado. Desde la creación del mundo, las perfecciones invisibles de „Dios resplandecen en sus obras, su providencia „eterna, su divinidad: de manera que aquellos „son inexcusables, porque habiendo conocido á „Dios, no lo han glorificado como á Dios, no „le han tributado acciones de gracias; sino que „se han desvanecido en sus pensamientos, y su „corazon insensato ha cegado. Atribuyendose el „nombre de Sábios, se han hecho necios; y han „mudado la gloria del Dios incorruptible en la „imagen corruptible del hombre, de los páxaros, de los quadrúpedos y de las serpientes.“ (Rom. 1.)

N. 4. Lo particular es, que esos mismos Sábios, que hablaron del sumo bien con tanta elevación, descendían al Píreo, para dirigir sus votos á Diana como si fuera Dios, y celebrar las fiestas de una imbecil muchedumbre. Componían excelentes disertaciones acerca del alma, y de la felicidad que le está reservada para en caso de haber vivido bien, y al mismo tiempo no se avergonzaban de degradarse sacrificando un ga-

llo á Esculapio (a). Entonces, pues, se verificó el pasage del Apóstol que acabo de citar: porque habiendo conocido las perfecciones del Criador por medio de sus criaturas, se perdiéron ellos en sus pensamientos, y su insensato corazon quedó sepultado en la mas profunda ignorancia acerca del culto legítimo de la Divinidad. De manera, que estos hombres tan engreidos de su saber y de su Teologia, se han visto postrados á los pies de un ídolo que representa á un hombre mortal, y adorando con los Egipcios á los páxaros, á los quadrúpedos y á los reptiles. Y aun los que no se han prostituido hasta este extremo, son convencidos de que *mudaron la verdad de Dios en mentira, y sirviéron á la criatura mas bien que al Criador.* (Rom. 1.)

Habiendo los mas ilustrados y sábios Griegos incurrido en tan groseros errores, »Dios escogió á los necios segun el mundo para confundir á »los sábios; escogió lo mas vil y mas debil para confundir á los fuertes; escogió lo que no »es para confundir á lo que es; á fin de que ninguna carne se glorifique en su presencia.“ (I. Cor. 1.)

Nuestros mayores Sábios, Moysés, el mas antiguo de todos, y despues de él los Profetas, que sabian que el sumo bien es superior á nuestras

(a) Aquí se ve claro que cursos antes de beber la cisterna se nota á Sócrates y sus discipulos.

expresiones, nos han transmitido que Dios se apareció á Abrahám, á Isaác y á Jacób. Pero ¿cómo se apareció? ¿Se apareció baxo una figura semejante á la nuestra? De esto nada dicen, sino que lo han dexado al exámen de los que tienen alguna conformidad con los Patriarcas, á quienes permitió Dios que lo vieran, mas no con los ojos del cuerpo; porque segun las palabras de Jesus, *bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.* (Matt. 5.)

N. 5. Fácil cosa sería oponer al pasage de Platón muchos lugares de nuestras Escrituras, como por exemplo, los siguientes: »El Verbo era la »vida; la vida era la luz de los hombres, luz »verdadera que ilumina á todo hombre quando »viene al mundo: esta luz ardió en nuestros corrazones... (Joan. 1.) El Señor es mi luz y mi »salvacion, ¿á quién temeré?... (Ps. 26.) Jerusalén, tu luz ha llegado, y la gloria del Señor »ha amanecido sobre tí: la luz ha amanecido »sobre los que estaban sentados en la region y »en la sombra de la muerte... (Is. 60.) El pueblo que caminaba en las tinieblas, vió una gran »luz.“ (Is. 9.)

Es digno de notarse principalmente, que la máxima de Platón acerca del sumo bien, no le pudo inspirar á él ni á sus lectores, la verdadera piedad; siendo así que el estilo sencillo de nuestros libros abrasa con un santo ardor á los que los leen con intenciones rectas; los quales

adquieren tambien en ellos una luz celestial que mantienen con el aceyte, con que las Vírgenes sábias, segun la parábola, han tenido cuidado de llenar sus lámparas.

N. 6. Celso nos objeta tambien el pasage siguiente de Platón: »Si yo creyera que todas estas cosas podian manifestarse al pueblo, ¿en qué podía emplearme mas noblemente, que en esparcir por todas partes unas ilustraciones tan útiles á los hombres, aclarar la naturaleza y exponerla á los ojos de todos?»

Dexo que otros investiguen como puedan, si verdaderamente Platón llegó á descubrir cosas mas sublimes y divinas que lo que escribió: yo me contento con poder demostrar, que nuestros Profetas tuvieron nociones sublimes, que no dexaron por escrito. De Ezequiel se sabe que recibió un libro escrito por adentro y por afuera, lleno de gemidos, de quejas y maldiciones, y una voz del cielo le mandó que se lo comiera, porque no hiciese participante de él á un pueblo indigno. (*Ezech. 2. 3.*) Tambien San Juan hizo una cosa semejante. (*Ac. Ap. 10.*) Pablo oyó ciertos arcanos que el hombre no puede revelar: (*II. Cor. 12.*) y Jesus, infinitamente superior á todos, instruía en particular á sus Discípulos, despues que la muchedumbre se habia retirado; pero en ninguna parte se halla lo que decia entonces, porque le parecia que estas cosas no debian manifestarse al pueblo.

No temo asegurar, sin que en esto falte al respeto debido á esos grandes personajes, que los Discípulos de Jesus, iluminados por la gracia de Dios, supieron mucho mejor que Platón, así lo que debia escribirse y de qué modo, como lo que por el contrario debia no presentarse al pueblo; en una palabra, lo que debia decirse y lo que debia callarse: como lo dió bien á entender Juan quando dixo, que habia oido siete truenos, que le prohibian comunicar cosa alguna acerca de ciertos asuntos.

N. 7. Moysés y los Profetas están llenos de rasgos sublimes y dignos de Dios, que les inspiraba. Ni se puede decir con Celso, que los habian tomado de Platón, sin entenderlo; porque estos Autores son mucho mas antiguos, no solamente que Platón y Homero, sino tambien que las Letras Griegas. Si lo que Celso dice acerca de Moysés y de los Profetas, hubiera alguno que lo entendiese de los Apóstoles de Jesus, menos antiguos que Platón; pudieramos preguntarle, si un tendero como Pablo, ó unos pescadores como Pedro y Juan, era verisimil que hubiesen tomado de Platón, y de Platón mal entendido, las admirables nociones que nos han transmitido acerca de la Divinidad.

Celso encarece sobre manera el método y la dialéctica de Platón, como si nuestros libros no nos recomendasen frecuentemente el estudio, el exámen y la verdadera Filosofia. Demos de barato, que entre nosotros haya gentes que despre-

cian la lectura de nuestros libros, no se dedican á profundizarlos, á penetrar su sentido, á pedir á Dios la inteligencia de ellos, como Jesus nos lo recomienda, á llamar á la puerta para que se les abra; qué: ¿por eso nuestros libros serán menos dignos de estimacion?

N. 8. Refiere Celso un pasage de Platón, que dice: »que el bien es conocido de pocas personas, porque el mayor número, llenos de presumpcion y de desprecio hácia los demás, publican atrevidamente opiniones singulares, como si fueran cosas maravillosas.“ Platón, añade Celso, *no trata de referirnos prodigios, no cierra la boca al que quiera preguntarle la razon de lo que afirma, ni nos manda que creamos, que su Dios es el verdadero Dios, y que el Hijo de este Dios descendió sobre la tierra y se lo enseñó todo.*

Bien podría responderle, que se cuentan diferentes prodigios de Platón, así como tambien de Pitágoras y de Sócrates, el nacimiento milagroso del primero, las metamórfosis y el muslo de marfil del segundo, el cisne y el demonio del tercero; absurdos capaces de mover á risa á todas las personas de juicio. Nunca se ha visto que los Discípulos de Jesus contasen unos prodigios tan fabulosos y ridículos de su Maestro.

Pero Celso, que nos cita tantos pasages de Platón, debia citarnos tambien aquel que contiene un testimonio formal de la divinidad del Hijo de Dios. Así habla el Filósofo en su Epístola

la á Herméo y á Corisco: »Oraréis al Dios del universo, Autor de todo lo que es y de todo lo que será: oraréis á su Padre y su Señor, á quien todos conocemos, en quanto la humana flaqueza permite, si nos dedicamos, como corresponde, á la Filosofía.“ (Plat. Ep. 6.) (a).

N. 10. Celso nos opone, que no basta creer puramente, sino que es preciso dar razon de la creencia que se tiene. En esto está de acuerdo con Pablo, que vitupera á los que creen temerariamente.

Vuelve Celso á insistir en que Platón no se jacta como nosotros, sino que dice exáctamente la verdad, y jamás anuncia sus opiniones como cosa nueva, ó venida del cielo. ¿Qué motivo tiene para reconvenirnos de esta suerte? Nosotros probamos el origen celestial de nuestros dogmas, con los Profetas, que son nuestros fiadores. La Profecía es el carácter distintivo de la Divinidad; el conocimiento de las cosas futuras es superior á los alcances humanos: luego el complemento de la profecía es una prueba incontestable de que Dios es autor de ella.

Nosotros no revelamos indiscretamente nuestros misterios á qualquiera que se nos presenta, no le decimos inmediatamente: es preciso creer

(a) Omitimos el número tante ingeniosa, pero muy nueve que contiene una sutil, de un pasage de Platón explicacion alegórica bas- tón.

ante todas cosas que el que os proponemos es el verdadero Hijo de Dios: en una palabra, no comunicamos nuestra doctrina hasta tanto que hemos examinado bien las costumbres, y sondeado las disposiciones de cada uno; porque sabemos *cómo se ha de hablar á todos.* (Colos. 4.) Hay ciertamente personas, á quienes no hacemos mas que exhortarlas á que crean, porque no son capaces de otra cosa; pero á las demás procuramos demostrarles lo que les proponemos. Jamás decimos, como Celso nos acusa, *creed que el que os anunciamos es el Hijo de Dios, aunque se vió cargado de hierros, y condenado á un suplicio ignominioso que padeció públicamente: creed en él por esta misma razon:* sino que primero damos de cada uno de nuestros dogmas, pruebas mas convincentes que las que hemos dado hasta aquí.

N. 11. «Aunque entre los Christianos, dice Celso, hay unos que se proponen un Mesías, y otros otro, todos sin embargo se reunen para decirnos: creed si quereis salvaros, sino apartaos. ¿Qué es pues, lo que deben hacer aquellos que apetecen sincéramente su salvacion? ¿Han de echar dados para saber el partido que deben tomar?»

La respuesta es muy facil. Si hubieran venido sobre la tierra muchas personas, y todas ellas se hubiesen vendido por el Hijo de Dios, de suerte que fuera dificultoso distinguir, cuál de ellos habia sido el verdadero Hijo de Dios; no-

rabuena que Celso hiciese su pregunta. Pero es el caso, que solamente Jesus ha parecido sobre la tierra en calidad de Hijo de Dios. Todos los demás que han pretendido hacer prodigios como Jesus, para conciliarse la misma veneracion que él, se han manifestado dignos de desprecio: véase sino Simón el Mago, y Dositéo; de los cuales el primero no tiene ya ningun partidario, y apenas el segundo conserva treinta. Tambien Judas Galileo, y antes de él Teudas, se quisieron vender por personas de mucha consideracion; pero como su doctrina no dimanaba de Dios, desaparecieron al punto, y todos sus sectarios se disiparon inmediatamente. ¿Qué fundamento, pues, tiene la bufonada de Celso, de que tendríamos necesidad de dados, para determinarnos acerca de la eleccion de un Mesías?

N. 12. Pasemos á otro cargo. Como Celso no entiende nuestras Escrituras, y está acostumbrado á darles sentidos violentos, nos acusa de que decimos que la sabiduría de los hombres es necedad delante de Dios. Pablo afirma que *la sabiduría de este mundo es necedad delante de Dios.* (1. Cor. 3.) y de aquí concluye nuestro impugnador, que nosotros no admitimos en nuestra sociedad, sino á los ignorantes é insensatos; pretendiendo con tan poco fundamento, que nosotros hemos tomado de los Griegos esta distincion de *sabiduría divina y sabiduría humana.* En efecto estas dos especies de sabiduría se hallan en He-

ráclito y en Platón. (*Plat. ap. Soc. Ep. 6.*)

N. 13. La sabiduría humana es la que nosotros llamamos sabiduría de este mundo, y de la que decimos que es una necedad delante de Dios. La divina es la que Dios concede á los que se preparan á recibirla, y conociendo la diferencia de estas dos sabidurías, dicen á Dios en sus oraciones: *el mas consumado entre los hijos de los hombres, si carece de vuestra sabiduría, será tenido en nada.* (*Sap. 9.*) Nosotros reputamos la sabiduría humana como un ejercicio para el alma, y la divina como su fin: y esta última es también llamada el alimento sólido del alma, según aquellas palabras: *los perfectos, que están acostumbrados á discernir el bien del mal, se alimentan de alimentos sólidos.* (*Hebr. 5.*)

Por lo demás, ni Heráclito ni Platón, como Celso se imagina, son autores de esta distinción; porque la hallamos establecida en nuestros Profetas, que son mucho mas antiguos que uno y otro.

La sabiduría divina es el primero de los dones de Dios, la ciencia el segundo, y la fe el tercero. Es muy justo, que los simples, que practican la piedad según sus fuerzas, tengan un medio seguro de salvación: por eso dice Pablo: «A unos da el Espíritu el don de hablar con sabiduría, á otros el don de hablar con ciencia, á otros la fe en el mismo Espíritu.» (*I. Cor. 12.*) Por este motivo son muy raros los hombres do-

tados de la sabiduría divina; los cuales no se hallan sino entre los que se distinguen del común de los Christianos, y no se revelan los secretos de la sabiduría, á ignorantes, esclavos y hombres zafios.

N. 14. Así llama Celso á los que no están iniciados en las ciencias de los Griegos: pero nosotros damos estos nombres á los que no se avergüenzan de invocar cosas inanimadas, de pedir la salud á la flaqueza misma, la vida á los muertos, y auxilio á lo que carece de todo poder. Y aunque algunos de ellos aseguran, que aquellas cosas no son Dioses, sino simulacros é imágenes de los Dioses; merecen sin embargo el nombre de ignorantes y de estúpidos, puesto que se imaginan, que los artesanos pueden representar la Divinidad. Ningun Christiano ha sido jamás ignorante y estúpido hasta este extremo.

En quanto á lo demás, aunque nosotros digamos, que quanto uno es mas ilustrado, tanto es mas capaz de elevarse hasta las esperanzas del Christianismo; no por eso pretendemos, que nadie pueda poseer la sabiduría divina, sin ser consumado en la sabiduría humana; la qual decimos resueltamente, que por sí sola, comparada con la sabiduría divina, no es sino necedad.

Celso, en vez de impugnarnos con razones, recurre á las injurias, y nos objeta que buscamos á los hombres mas zafios, á quienes podamos hacer creer todo lo que queremos. Luego

Celso ignora, que ya en los tiempos mas remotos teniamos Sábios, que sobresalian aun en las ciencias extrangeras. De Moysés consta que estaba instruido en todas las ciencias de los Egipcios: Daniél, Ananías, Azarías y Misaél llevaban muchas ventajas á todos los Sábios de Asiria, aun en las ciencias de su país; y aún ahora mismo vemos en nuestras Iglesias hombres aventajados en lo que llamamos *ciencia de la carne*; si bien es cierto que su número es corto, con respeto al resto de la muchedumbre. Ni faltan algunos tampoco, que de esta sabiduría carnal se han elevado hasta la ciencia divina.

N. 15. Celso, que no ha comprehendido lo que nosotros decimos acerca de la humildad, nos refuta tambien en esta parte, y pretende que hemos copiado á Platón sin entenderlo. Véase el pasage de Platón, sacado de su Tratado de las Leyes. „Dios, como nos lo han enseñado los Antiguos, encierra en sí el principio, el fin y el „medio de todo lo que existe. Siempre va acompañado de la justicia, que castiga todos los „atentados contra la ley divina. La justicia acompaña siempre al hombre humilde, que debe ser „feliz en algun día.“

Celso, pues, ignora lo que un Autor nuestro, mucho mas antiguo que Platón, dixo acerca de la humildad. „Señor, mi corazon no se „ha exáltado, ni mis ojos se han alzado con orgullo; y no he dexado de ser humilde, aunque

„haya tenido pensamientos y sentimientos nobles „y superiores á mí. (a).“ (Sal. 130.)

De aquí inferimos, que la humildad no consiste en abatirse de un modo baxo é indecente, en ponerse de rodillas, postrarse en tierra, llevar vestidos sucios, ó cubrirse la cabeza con ceniza. El hombre humilde de quien habla el Profeta, no porque desee meditar las cosas mas sublimes y admirables, esto es, los dogmas de nuestra fe, dexa de humillarse *baxo la mano poderosa de Dios.* (I. Pet. 5.) Si hay ingenios tan limitados que no pueden formarse una idea cabal de la humildad, y la hacen consistir precisamente en aquel exterior de que hablábamos; nada de esto se debe imputar á nuestra doctrina, sino que se le debe perdonar á la simplicidad de tales gentes. El Christiano humilde,

(a) Se puede muy bien im- capaz de dexarse ensoberber-
pugnar la interpretacion de cer con un loco orgullo, ni
Orígenes; mas no por eso de hacer vanidad de los bie-
dexa de ser cierto lo que nes frívolos y fugitivos de
dice, ni de estar fundado la tierra, sino porque apar-
en la doctrina de nues- ta la vista de Dios, único
tros Libros Sagrados: los grande, único poderoso, úni-
quales recomendándonos que co inmutable, y porque de-
elevemos nuestro espíritu á xa que se extinga en su co-
Dios y á las cosas celestia- razon la fe y la esperanza de
les, nos hacen encontrar en los bienes invisibles, que son
esto mismo el fundamento los únicos bienes dignos de
mas sólido de la humildad la ambicion de una alma in-
christiana. El hombre no es mortal.

aunque lleno de grandes y nobles pensamientos, se humilla, no baxo la mano del hombre, sino *baxo la mano poderosa de Dios*, á exemplo de Jesus, „que no creyó que fuese una usurpacion „el igualarse á Dios, pero que se anonadó tomando la forma de esclavo, y haciendose semejante al hombre; y se humilló á sí mismo, „haciendose obediente aun á la muerte, y á la „muerte de cruz.“ (*Philip. 2.*)

Este precepto de la humildad es de la mayor importancia, porque no lo hemos recibido de un Doctor qualquiera, sino que nuestro Salvador mismo nos dixo: *aprended de mí, que soy apacible y humilde de corazón, y de este modo hallaréis descanso para vuestras almas.* (*Mat. 11.*)

N. 16. En quanto á aquella máxima de Jesus, que *es mas facil que un camello pase por el ojo de una aguja, que no que un rico entre en el reyno de los cielos* (*Mat. 19.*), dice Celso, que es una sentencia de Platón alterada de este modo por Jesus. Pero ¿hay cosa mas ridícula, que imaginarse, que Jesus, nacido y educado entre los Judíos como hijo de un pobre artesano, sin haber jamás estudiado, segun nos lo testifican sus Discípulos, haya leído y se haya apropiado los pensamientos de Platón?

Si el amor de la verdad, y no el aborrecimiento del Christianismo, fuera el norte de la pluma de Celso, debia este Filósofo, en vez de hacer críticas tan destituidas de fundamento, in-

vestigar las razones secretas de esta comparacion; por qué Jesus escogió el camello y la aguja. De este modo hubiera examinado, si quando Jesus declara felices á los pobres, y desgraciados á los ricos, habla de los ricos y pobres como nosotros los vemos. Ello es constante, que no son dignos de alabanzas todos los pobres indistintamente, porque los hay muy corrompidos.

N. 17. Celso pretende destruir lo que nuestras Escrituras dicen acerca del Reyno de Dios; y para esto cita varios pasages de Platón, que á su modo de pensar, son verdaderamente divinos y muy superiores á nuestros libros: mas yo trasladaré de estos algunos pasages, para que se comparen con los de Platón. Por especiosos que sean los de este Filósofo, no han sido sin embargo poderosos á persuadir á su Autor, que sirviera al Criador con aquella piedad de que un Filósofo debia dar exemplo; ni han podido tampoco preservarlo del crimen de la idolatría y de la supersticion.

En el Salmo 17. se dice, que *Dios se retiró á las tinieblas*: lo qual quiere decir, que los atributos divinos, que nosotros debemos conocer en quanto está de nuestra parte, están envueltos en profundas tinieblas. Dios en algun modo se oculta en las tinieblas, respecto de aquellos que no podrian contemplarlo, ni sostener el resplandor de su gloria, así á causa de la torpeza que el alma contrae mediante su union con un cuerpo

grosero, como porque es muy limitada para poder abrazar la inmensidad del Sér supremo. Y así, para manifestar tambien que hay pocos hombres, á quienes sea dado conocer los secretos de Dios, se halla escrito, que Moysés únicamente penetraba las tinieblas que separaban á Dios del pueblo, y que el pueblo no podía penetrarlas.

Nuestro Salvadór y Señor, el Verbo de Dios, nos enseña que él solo es digno de conocer á su Padre, y que lo da tambien á conocer á aquellos cuyo espíritu ilumina. »Nadie, nos dice, »conoce al Hijo, sino el Padre; nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquellos á quienes el »Hijo lo ha revelado.« (Mat. II.) Porque nadie puede conocer al increado y al primogénito de todas las criaturas, como el Padre que lo ha engendrado; nadie puede conocer al Padre, como el Verbo de vida, que es su sabiduría y su verdad. Él es quien disipa las tinieblas en que el Padre se ha ocultado, y descubre el abismo con que está cubierto como con un vestido. En una palabra, solo por el Hijo conoce al Padre el que debe conocerlo.

N. 18. hasta el 22. Orígenes refiere varios pasajes de la Escritura y de Platón, para hacer ver, que nada hay en este Filósofo que pueda compararse con la grandeza y magestad de los Autores Sagrados. Advierte luego, que los Autores Judíos, mas antiguos que Platón, no han podi-

do tomar nada de él; y que antes es verisímil que Platón tomase muchas cosas de los libros Hebreos, en particular acerca del cielo.

Pablo, de acuerdo con los oráculos de los Profetas, habla de este modo acerca de la felicidad que nos está reservada en el cielo. »Las »tribulaciones ligeras y momentaneas de esta vida, producen en el cielo un peso inmenso y »eterno de gloria, para nosotros que no »contemplamos las cosas visibles, sino las cosas invisibles. Las primeras son temporales, las segundas son eternas.« (II. Cor. 4.)

Por cosas visibles y temporales, es claro que el Apóstol entiende todo lo que los sentidos perciben, y por cosas invisibles y eternas, las que son privativas del alma. El ardor con que apetece estas últimas, es causa de que le parezcan ligeros y despreciables todos los trabajos de la vida; y así aun en medio de las mayores penas y aflicciones, lejos de descaecer, está lleno de esperanza y de valor, porque tenemos un gran Pontífice, Jesus, Hijo de Dios, que se abrió la entrada de los cielos, á donde ha prometido que conducirá á todos los que hubieren recibido con docilidad su ley, y conformado á ella su vida. Esta es, pues, la esperanza que nos mantiene; conviene á saber, que despues de unos trabajos y combates pasajeros, seremos transportados al cielo, y allí contemplaremos las perfecciones invisibles de Dios. Entonces ya no juzgarémos por

las criaturas; *verémos facha á facha*, como habla el muy amado Discípulo de Jesus.

N. 22. *hasta el 34.* Orígenes convierte con mucho fundamento contra Celso sus calumnias, sus largas y frecuentes digresiones, particularmente acerca de los extravagantes misterios de Mitras, los cuales no tienen relacion alguna con los de los Christianos; acerca de las extravagancias de la secta mas vil de todas, la de los Ofitas, ó adoradores de la serpiente. Así como los Platónicos no tienen interés alguno en defender á Epicuro y sus impíos dogmas; del mismo modo los Christianos no deben tampoco responder á los cargos que Celso hace á unas sectas, que son absolutamente extrañas al Christianismo. Sin embargo, no por eso dexa Orígenes de entrar en algunas particularidades acerca de las extravagantes opiniones de los Ofitas; para manifestar, segun dice, que nosotros las conocemos tan bien como Celso, aunque las miramos con horror, y están proscritas por la verdadera Religion de los Christianos.

Celso acusaba tambien á los Christianos, de que blasfeman contra el Criador, contra el Dios de los Judíos, y lo llaman Dios maldito, á lo menos quando Jesus se hallaba en oposicion con Moysés. Aquí hay, responde Orígenes, una manifiesta calumnia de nuestro ilustre Filósofo. Nosotros no reconocemos, ni hemos jamás tampoco reconocido otro Dios que el Dios de los Judíos,

Autor del universo. Pero Celso imita á los Judíos, que esparcieron las mas atroces calumnias contra el Christianismo que acababa de nacer; y acusaban á los Christianos de que degollaban niños en sus asambleas, bebian su sangre, y se abandonaban á toda especie de infamias bajo el amparo de las tinieblas. Por absurdas que fuesen estas imposturas, no dexaron de hacer impresion, y de inspirar á muchos aversion y horror hácia nosotros (a).

N. 34. *hasta el 40.* Celso acina las opiniones extravagantes de algunas sectas, que él confunde con los dogmas de los Católicos, con el objeto de imputarselas á estos. Orígenes establece la distincion de ellas (b).

N. 40. Continúa Celso en calumniarnos con el mismo encarnizamiento. »En manos de los Sacerdotes de vuestra Religion, dice, he visto yo libros bárbaros, atestados de nombres de Demonios y de prestigios. En efecto, vuestros Sa-

(a) Excusamos á nuestros lectores muchas sutilezas, y una gran profusion de erudicion sagrada y profana, absolutamente extraña á la defensa de la Religion: si bien Orígenes impugna siempre con ventaja á su Contrario, á quien se propone seguir en todos sus descarrios.

Tom. II.

(b) No hay en este lugar objecion alguna que merezca ser refutada; porque en ningun Autor consagrado por la Iglesia se hallarán semejantes extravagancias. Nos ha parecido excusar al lector el fastidio de recorrerlas y examinarlas.

Cc

»cedotes no son capaces de nada bueno, ni pueden tampoco sino hacer daño á los hombres.“

¡Pluguiese á Dios que todas las acusaciones intentadas contra los Christianos, fuesen como esta! Porque así se veria claramente que eran unas puras calumnias; pues todos quantos conocen á los Christianos, saben muy bien que jamás han oido decir una cosa semejante.

N. 41. Celso pretende que la magia no tiene ningun poder sobre los Filósofos. Sin embargo Merágenes, que no era Christiano, sino Filósofo, y que escribió las acciones memorables de Apolonio de Tiane, Mágico á un tiempo y Filósofo, refiere que muchos Filósofos célebres habian ido á visitar á Apolonio, por la reputacion que tenia de que era un gran Mágico. Mas los Christianos pueden asegurar por experiencia, que no tienen que temer á los Demonios ni á la Magia, mientras adoren por Jesus al Dios del universo, vivan segun el Evangelio, y oren dia y noche con el debido respeto. Porque *el Angel del Señor acampa junto á los que temen á Dios, y los libertará de todo mal. (Sal. 33.)*

N. 42. 43. y 44. »Otros hay entre los Christianos, continúa Celso, que enseñan errores enteramente impíos, por una consecuencia necesaria de su profunda ignorancia en los secretos de la Divinidad. Ellos han imaginado, que había un enemigo de Dios, al qual le han dado el nombre de *Diablo*, y en Hebreo de *Satanás*. Pe-

»ro el suponer que hay un enemigo que impide que Dios haga á los hombres el bien que quisiera hacerles, es reducir á Dios á la condicion de los mortales. Luego el Diablo vence al Hijo de Dios, que nos enseña á despreciar, á exemplo suyo, lo que nos haga sufrir el Diablo; y nos advierte, que Satanás vendrá, usurpará los honores divinos y hará grandes prodigios; pero que nosotros debemos despreciarlos, y no creer sino en él solo. Todos estos son discursos de un impostor que hace los mayores esfuerzos para alejar á todos aquellos que pudieran quitarle la máscara y confundirlo.“

Despues cita Celso varios pasages de Heráclito y de Ferécides, acerca de la guerra de los Gigantes y de los Titanes con los Dioses, y muchos versos de Homéro, en que se describe con la mayor energía, el castigo que Júpiter dió á los Dioses amotinados, y aun á la misma Juno. Celso convierte todos estos cuentos en alegorias, los pondera mucho, al mismo tiempo que habla con el mayor desprecio de nuestra doctrina. Sin embargo, todo quanto hay cierto en la rebelion de los Genios ó de los Demonios, se halla en los libros de Jób y de Moysés, mucho mas antiguos que Homéro, Ferécides, Heráclito y los de más Filósofos.

Resulta de la rebelion del Diablo, segun la refieren nuestros libros, que el mal trae su origen de él y de los imitadores de su crimen: por-

que no podía ser, que el bien accidental y comunicado, fuese inalterable como el bien esencial. Con todo, por accidental que sea ese bien, permanece siempre en los que quieren conservarlo, y con esta mira se alimentan del pan de vida y del vino por excelencia.

Por lo demás, como Dios quiere precisar á que concurren al bien, aún aquellos que lo han abandonado por un efecto de su perversidad; por eso ha permitido que esos seres degradados tienen á los hombres, para que haya siempre una especie de arena, en que los atletas valerosos puedan combatir y conseguir el premio de la virtud. Y así, acrisolados y purificados por medio de los males, como el oro en el fuego, se hacen dignos de elevarse hasta las cosas divinas, y llegan á la suma felicidad.

Qualquiera que es vicioso, y vive de un modo opuesto á la virtud, es *Satanás*, que significa *enemigo*; puesto que es enemigo del Hijo de Dios, que es la justicia, la verdad, y la sabiduría esencial. Pero el nombre de *Satanás* se ha dado y conviene especialmente al que era el primero de todos los bienaventurados, imagen de Dios, y por su culpa perdió todas las ventajas de que se veía colmado.

N. 45. *Or.* Celso habla del Ante-Christo; pero no se conoce que haya leído lo que de él dicen Daniel, Pablo, y aún el mismo Salvador en el Evangelio. Dirémos, pues, una palabra.

No hay menos diferencia entre los corazones de los hombres, que entre los rostros. Los que practican la virtud, lo hacen con mas ó menos ardor; y los que se han abandonado al vicio, no son perversos tampoco en igual grado. Los hombres ordinarios se hallan colocados entre los dos extremos del bien y del mal: únicamente Jesus, Salvador y reformador del linage humano, llegó al colmo de la perfeccion; el Ante-Christo está abismado en el centro de la perversidad. Dios, cuya ciencia abraza todos los tiempos, hizo anunciar la venida de entrambos, á fin de que los hombres adhiriesen con esta advertencia al uno, y se precautasen contra el otro. El primero es el Hijo de Dios: el segundo, que es su contrario, ha merecido el nombre de hijo del Diablo y de Satanás. Y como el mayor atentado del crimen consiste en tomar el exterior de la virtud, el Ante-Christo, auxiliado del Diablo, su padre, hará grandes prodigios, y ostentará virtudes engañosas. Veanse en Pablo y en Daniel las predicciones horribles y circunstanciadas acerca del Ante-Christo.

N. 47. *Or.* «Lo que sin duda, añade Celso, les habrá dado la idea de llamar á Jesus Hijo de Dios, es que los antiguos dieron este mismo nombre al mundo, como si Dios lo hubiese verdaderamente engendrado, y el mundo fuese Dios. Confesemos sencillamente, que hay una semejanza muy grande entre el mundo y Jesus.»

Jamás se hace cargo Celso de que siendo los Profetas que han hablado del Hijo de Dios, mas antiguos que los que él llama antiguos, no es posible que hayan tomado nada de ellos. Pero no puede ser que Celso ignore, sino que ha hecho estudio de pasar en silencio el pasage de Platón, el qual reconoce en sus Epístolas, que el autor del mundo es el Hijo del Dios supremo. El alma de Jesus está unida del modo mas estrecho y mas inseparable al Verbo, al primogénito de las criaturas, que es la verdad, la sabiduría y la justicia por esencia. En una palabra, el alma de Jesus y el Verbo son una misma cosa.

Tambien se infiere de nuestras Escrituras, que toda la Iglesia es el cuerpo de Christo, del Hijo de Dios, que la anima, y que todos los fieles son miembros suyos. Así como el alma da al cuerpo la vida y el movimiento, que él no puede comunicarse á sí mismo; no de otra manera el Verbo vivifica y mueve la Iglesia y todos sus miembros, que nada hacen sin él.

N. 49. *Or.* Celso pronuncia decisivamente, que no hay cosa mas extravagante que la creacion del mundo, segun la refiere Moysés. Si él fundase su decision, procuraríamos destruir sus fundamentos. Nos atribuye tambien sin razon las opiniones de algunos hereges, que nosotros condenamos tan vigorosamente como él, y en particular dice que distinguimos al Criador de Dios, y suponemos un Dios malo juntamente con el Dios

supremo. Si qualquiera tuviese algunas dificultades acerca de las particularidades de la creacion, puede consultar nuestro Comentario sobre la obra de los seis dias.

N. 53. *Ec.* Despues de expuestos nuestros argumentos contra Marción, aunque sin hacer memoria de nosotros, ni de Marción tampoco, vuelve Celso á impugnarnos directamente. *Si el mundo, dice, es obra de Dios, es consiguiente que los males serán tambien obra suya.*

Él no se para á explicar la naturaleza de los males de que habla. El bien propiamente dicho, el bien por excelencia, es la virtud, y son todas las acciones virtuosas; y el mal es todo lo que se opone á este bien. Las palabras de *bien* y de *mal*, se toman frecuentemente en este sentido en la Escritura, por exemplo, en el Salmo 33: *apártate del mal y haz el bien*. El contexto mismo demuestra, que no se trata allí de los bienes y males corporales y exteriores.

Con todo es constante, que tambien se da abusivamente el nombre de *bienes* y *males*, á las cosas exteriores que contribuyen á la conservacion de la vida natural, ó que le son dañosas. En este sentido decia Jób: *Si hemos recibido de mano de Dios los bienes, ¿por qué no recibiremos tambien los males?* (Job. 2. 10.) En este sentido dixo Dios: *Yo hago la paz y crío los males*; y el Profeta Michêo: *El mal descendió del Señor sobre Jerusalén*. (Mich. 1.) Estos pasages han ocasiona-

do algunas dificultades á muchas personas, que no comprendian el sentido de nuestros libros. Lo cierto es, que no es posible entenderlos de los males propiamente dichos, esto es, de las acciones malas y viciosas. Las mismas Escrituras nos enseñan, que Dios juzgará y castigará á los malos, esto es, á todos aquellos que sean culpables de acciones viciosas é injustas, y que recompensará por el contrario á los justos y buenos, por todas sus acciones loables y virtuosas.

En quanto á los males impropia y abusivamente dichos, esto es, las cosas dañosas y perjudiciales al hombre, no hay inconveniente en decir que Dios es autor de ellos: porque este es un medio que Dios emplea para la conversion del hombre. ¿Qué tiene, pregunto, de repugnante esta doctrina (a)?

(a) La doctrina y discursos de Orígenes nada tienen de reprehensible. Es ciertamente un abuso, que á las cosas dañosas y perjudiciales para el hombre, se dé el nombre de *males*; puesto que han sido ordenadas por la justicia, la sabiduría y la bondad de Dios, para purificar y glorificar al justo, para castigar el mal propiamente dicho, esto es, el

crimen y el pecado, para hacer entrar al pecador dentro de sí mismo, y encaminarlo eficazmente al bien esencial y por excelencia, esto es, la virtud y la observancia de la ley divina. No hay, pues, inconveniente, para que á Dios, autor de todo bien, se le considere como autor de los males físicos, que hablando con exactitud, son verdaderos bienes segun las miras de

Nosotros solemos decir, que los padres, las madres y los maestros hacen mal á sus hijos y á sus discípulos, quando los castigan con el fin de corregirlos; y lo propio decimos de los Médicos, quando emplean el hierro y el fuego para la curacion de los enfermos; mas no por eso los vituperamos. ¿Qué extraño es, pues, que Dios se sirva de los males sensibles, para curar á los que han menester esta especie de remedios? Así que, quando el Profeta habla de los males que Dios envia á Jerusalén, se ha de entender de los que sus enemigos le hacian padecer, y que eran necesarios, para que aquella Ciudad infiel entrase dentro de sí misma. Del mismo modo, quando Dios dice: *Yo hago la paz y crío los males*, se trata de los males corporales, de que Dios se sirve para purificar é instruir á los que se resisten á la predicacion y á la sana doctrina....

Dios y baxo la direccion de su providencia. Solo el mal moral no puede provenir sino de la criatura, que abusa del don precioso de la libertad que habia recibido de Dios, para elegir el bien, y tener el mérito de eleccion semejante. Dios envia y cria, segun el language de la Escritura, todos los males físicos; pero no pue-

de, sino á lo sumo permitir el mal moral; y lo permite por las miras profundas de su sabiduría, porque de allí saca un mayor bien, y sirve para que resplandezcan sus perfecciones, como lo manifestará delante de los Angeles y de los hombres, en el gran día de sus juicios, y de la justificacion de su providencia.

N. 57. ¿Acaso Dios no puede exhortar y persuadir? continúa Celso.

Dios exhorta continuamente en nuestras Escrituras, y tambien por el órgano de sus Ministros: mas la persuasion depende de dos personas, así del que es persuadido, como del que persuade. Por tanto, si no todos son persuadidos, no por eso se ha de decir que Dios no puede ni quiere persuadir, sino que hay muchos que desprecian sus exhortaciones, por persuasivas que sean. Los Maestros mas consumados en el arte de persuadir, no persuaden siempre, porque no podrían forzar la voluntad de los que se niegan á su persuasion. Dios, pues, inspira los discursos mas capaces de persuadir; pero no por eso es autor de la persuasion, segun aquella máxima de Pablo: *La persuasion no proviene del que os llama.* (Galat. 5.) (a)

(a) Es preciso entender á conmigo.

Orígenes en el sentido que presenta el contexto: esto es, que la voluntad del hombre es libre de ceder ó resistir al llamamiento de Dios, quien no es por consiguiente único autor de la persuasion, independientemente del consentimiento del hombre. *Non ego autem, sed gratia Dei mecum.* No yo, dice el Apóstol, sino la gracia de Dios

La aplicacion que Orígenes hace del pasage de San Pablo no es ventajosa; porque no dice en la Epístola á los Gálatas, *la persuasion en general no proviene de Dios; sino esta persuasion*, la opinion de que las observancias legales y la práctica de la circuncision son necesarias. Algunas veces se podían censurar en Orígenes escas

La misma verdad resulta de los pasages siguientes. «Si quisierais y me escucháreis, comed los bienes de la tierra; pero si no quisierais, la espada os devorará.» (Is. 1.) Para participar de las promesas de Dios, es preciso que la voluntad se rinda á su palabra y á sus preceptos. «Israel, dice el Deuteronomio, ¿qué te pide tu Dios y Señor, sino que le temas, camines por sus vias, le ames y guardes sus mandamientos?» (Deut. 10.)

N. 58. ¿Por qué Dios, dice Celso, amenaza á los hombres con el diluvio, y da efectivamente la muerte á sus hijos?»

Ni los hombres perecen, porque su alma es inmortal, ni las amenazas de Dios tienen otro objeto, que obligarlos á que se conviertan. La tierra manchada con sus crímenes, no podia ser purificada sino por medio de su muerte (a).

especies de inexactitudes; parecer unas Obras, que han ro basta que las advirtamos: merecido los elogios, así nuestro plan no se extiende de la antigüedad eclesiástica, como de los siglos siguientes.

(a) Aquí suprimimos, como en otros lugares, la repetición de algunas objeciones, á que Orígenes ha ya respondido, acerca del arrepentimiento de Dios, y de su aborrecimiento á sus mismas obras.

N. 59. »Si Dios, continúa, no da la muerte á sus hijos, ¿á qué lugar fuera del mundo que ha criado, los destierra?»

No se ha de entender fuera del mundo que comprehende todo lo que ha sido criado; sino solamente fuera de la tierra, que de ordinario se llama el mundo en la Escritura. En este sentido decía Jesus á sus Discípulos: *Vosotros seréis perseguidos en el mundo, pero tened confianza en mí, que he vencido al mundo.* (Joan. 16.)

N. 60. *Or.* En quanto á las dificultades de Celso acerca de la creacion del mundo, véase mi Comentario sobre el Génesis. Celso no tiene razon para inferir que el Criador se fatiga, porque descansó al séptimo dia de la creacion. Ni Dios Padre ni el Verbo pueden fatigarse. Si la Escritura atribuye á Dios miembros, boca, manos, todo esto se ha de entender metafóricamente, y sería un absurdo tomarlo á la letra.

»Ninguna cosa de las que conocemos, añade Celso, tiene cabida en Dios.»

Esta proposición así en general es falsa, porque conocemos muchas cosas que realmente se hallan en Dios, como por exemplo, la santidad, la felicidad y la divinidad. Sin embargo se puede decir, que nada de quanto conocemos se halla en Dios, porque todas sus perfecciones exceden infinitamente, no solo á nuestros conocimientos, sino aún á los de los seres superiores al hombre.

Si Celso hubiera leído aquellos pasages de

David y de Malachías, *Vos sois siempre el mismo: yo soy el Señor y no me mudo* (Sal. 101. Mal. 3.); hubiera visto que nosotros no atribuimos á Dios ninguna mutacion de conducta ó de disignio; sino que permaneciendo siempre el mismo, rige á unos seres mudables, segun lo pide su naturaleza.

N. 63. Celso no conoce la diferencia que hay entre estas dos expresiones, *ser imagen de Dios y ser hecho á su imagen*. La primera no puede convenir sino al Verbo mismo, al primogénito de todas las criaturas, que es la verdad misma, la sabiduría humana, la imagen de la bondad de Dios: pero del hombre no puede decirse sino que es hecho á imagen de Dios.

Tampoco sabe Celso, en qué consiste la semejanza del hombre con Dios. »Dios, dice él, no ha hecho al hombre á su imagen: Dios no es semejante al hombre, ni á ninguna otra figura; ni es tampoco susceptible de ninguna especie de figura:» Como si nosotros dixéramos, que el hombre se asemeja á Dios por el cuerpo, por la parte mas despreciable, ¿Quién ha jamás pensado en eso?

Ni decimos tampoco que el hombre se asemeja á Dios por el cuerpo y por el alma á un tiempo; porque para eso era menester que Dios se compusiese de cuerpo y alma. Así pues, el carácter de semejanza con Dios, está impreso en el hombre interior, que se renueva, habiendo des-

pojado al hombre antiguo (Colos. 3.): lo que sucede quando se hace perfecto como el Padre celestial, segun aquel precepto: *sed sancti, porque yo vuestro Dios y Señor soy santo.* (Levit. 19.) Ento es el hombre, á quien se le dixo, imita á Dios, graba en su alma adornada de todas las virtudes, los caracteres mismos de la Divinidad, que recibe en alguna manera en su alma: y por eso se dice, que su cuerpo se hace templo de Dios.

N. 64. Celso nos atribuye muchas opiniones, en que ningún hombre racional es posible que convenga. Ningun Christiano ha dicho jamás, que el color, la figura, el movimiento puedan convenir á Dios. Y si es que se encuentran algunos pasages que al parecer indican movimiento de parte de Dios, como este, por exemplo, *Adán y Eva oyeron la voz de Dios, que se paseaba por el Paraiso* (Gen. 3.); todo esto no significa otra cosa, sino que esos dos criminales, despues de su pecado, se imagináron que percibían aquel movimiento. Este lugar debe explicarse alegóricamente, como aquellos en que se habla del sueño, de la cólera de Dios, y otros semejantes...

N. 65. Reconociendo Celso que todo proviene de Dios, destruye con una palabra todos los principios de su secta. *De Dios*, dice Pablo, *proviene todo, por él y para él existe.* (Rom. 11.) *De Dios*, porque es principio de todo; *por él*, porque todo lo conserva; *para él*, porque es fin de todo. Dios no puede deber nada á nadie.

Celso añade, que Dios es incomprehensible, aun al Verbo. Distingamos. Si habla del Verbo que está en nosotros, ó que nosotros pronunciamos, de nuestros conocimientos ó de nuestros discursos; es muy cierto que Dios es incomprehensible al Verbo, tomado en este sentido: pero si se trata del *Verbo que existía desde el principio, que estaba en Dios, y que era Dios*: ¿cómo puede sostenerse la proposicion de Celso? El Verbo Divino, no solamente comprehende á Dios, sino que hace que lo conozcan tambien aquellos, á quienes les ha manifestado el Padre.

En quanto á lo que dice Celso, que nosotros no podemos nombrar á Dios, tambien es preciso distinguir. Si él entiende, que nos faltan voces para explicar las perfecciones de Dios, quales son en sí, es muy cierto lo que dice. Pero tambien nos faltan voces para explicar con exactitud las calidades naturales y propiedades constitutivas de los diferentes seres. Y sino; quién podrá explicar la diferencia que hay entre la dulzura del datil y del higo? No es, pues, extraño que nos falten voces para explicar exactamente la naturaleza de Dios.

Pero si Celso pretende, que no se puede hablar de las perfecciones divinas, de modo que se dé una idea de ellas á los hombres, en quanto lo permite la flaqueza de su comprehension, se engaña torpemente. »Dios, añade, carece de pasiones.« Se lo concedemos sin dificultad.

N. 66. Celso hace hablar á un Christiano, que le responde de esta manera: «¿Cómo conoceré yo á Dios, ó aprenderé el camino que conduce á él? ¿Cómo me lo mostrarás? Porque no haces sino envolverme entre las tinieblas, y nada veo con claridad.

«Eso consiste, responde Celso, en que los que pasan de las tinieblas á la luz, no pueden sostener el resplandor; y se quejan de que tienen la vista torpe, y están ciegos.»

Nosotros le respondemos, que aquellos están verdaderamente cercados de tinieblas, que seducidos por las obras de los Pintores y Escultores, no quieren alzar sus ojos, ni tienen valor para despreciar todo aquello que afecta sus sentidos, y fixar sus miradas en el Criador del universo. Aquellos, por el contrario, están en medio de la luz, que tienen por guía y por antorcha al Verbo mismo; se han convencido de la ignorancia, impiedad y estupidez de los que adoran á las criaturas en desprecio del Criador; quieren sinceramente salvarse, y Jesus los ha conducido al Dios supremo y eterno. Porque *el pueblo de los Gentiles, que estaba sentado en las tinieblas, vió una gran luz. La luz salió sobre los que estaban sentados en la region de la sombra de la muerte. (Mat. 4.)* Y esta luz es Jesus Dios. Por lo que ningun Christiano le dirá á Celso, ni á otro calumniador nuestro: ¿cómo conoceré yo á Dios? porque todos ellos conocen á Dios, en

quanto es permitido conocerlo. Ninguno dirá tampoco: ¿cómo aprenderé el camino que conduce á Dios? pues todos saben que Jesus dixo: *yo soy el camino, la verdad y la vida*, como lo han visto por experiencia, siempre que lo han seguido. Finalmente, ninguno nos dice: ¿cómo me mostraréis á Dios?

N. 67. Dice bien Celso, que habiendole oído hablar con tanta confusion, le respondió un Christiano: no haces sino envolverme entre tinieblas, y nada veo con claridad y distincion en tus discursos. Lo cierto es, que Celso y sus partidarios no se proponen por objeto, sino sembrar tinieblas que nos ofusquen (a). Pero nosotros,

(a) Este es puntualmente do á los pueblos los dogmas saludables de la Religion, les roban la riqueza del pobre, y el único consuelo del desgraciado. También se venden por Apóstoles de la verdad. La verdad resplandece con una luz pura y sin nieblas: las sombras y las tinieblas son la obra y el asilo de la mentira y del error. Y como dice Orígenes, la luz del Evangelio del Verbo ha disipado las tinieblas de esos dogmas igualmente absurdos, impíos y sin esperanzas.

mediante la luz del Verbo, disipamos todas las tinieblas de los demás impíos.

Luego Celso no nos hace pasar de las tinieblas á una luz resplandeciente: todo lo contrario; del seno de la luz en que nos hallamos, quisiera él precipitarnos en las tinieblas mas profundas. Por eso merece el anatema de Isaías, que dice: *¡Ay del que da á la luz el nombre de tinieblas, y á las tinieblas el nombre de luz! (Is. 5.)*

Nosotros, á quienes el Verbo nos ha abierto los ojos del alma, no confundimos la luz con las tinieblas. Queremos permanecer en la luz, y no tenemos comercio alguno con las tinieblas. La luz eterna conoce á aquellos á quienes debe mostrarse: hay ojos débiles que no podrian sostenerla. Por ojos mal sanos y enfermos entendemos los de aquellos hombres, que no conocen á Dios, y cuyas pasiones sirven de impedimento á la contemplacion de la verdad. Estos deben pedir al Verbo, que los ilumine, así como los ciegos, que siguiendo las huellas de una insensata muchedumbre, prostituyesen su culto á los Demonios. Y si, á exemplo del ciego que clamaba, *Jesus, Hijo de David, tén misericordia de mí (Luc. 18.)*, y á quien Jesus curó: si á exemplo suyo, vuelvo á decir, imploran la misericordia del Verbo, recibirán de él unos ojos nuevos y perspicaces, quales corresponde que los conceda el Verbo.

N. 68. Por tanto, si Celso nos pregunta, có-

mo creemos que conocemos á Dios, y que recibimos de él la salvacion; le responderémos, que el Verbo que está en todos los que lo buscan, basta para hacer conocer y revelar al Padre, el qual no era conocido antes de la venida del Verbo.

¡Ah! ¿Y quién podria salvar al hombre, y conducirlo al Dios supremo, sino el Verbo Dios? El qual, desde el principio en Dios, se hizo carne en el tiempo, en favor de los que eran carne, para hacerse semejante á los que no podian verle como Verbo Dios. Hecho una vez carne, y tomando una voz corporal, llama á sí á los que son carne, para hacerlos primeramente conformes al Verbo que fue hecho carne; y despues para elevarlos hasta contemplar al Verbo, antes que fuese carne: de manera que hechos ya perfectos dicen: *Aunque hemos conocido á Christo segun la carne, no lo conocemos ya ahora. (II. Cor. 5.)* Hecho carne, habitó entre nosotros: se transformó una vez sobre el Tabór, en donde no solamente pareció en todo su resplandor, sino que tambien hizo ver la ley espiritual y las profecias representadas por Moysés y por Elias: de suerte que entonces pudo decirse: *nosotros hemos visto su gloria, la gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. (Joan. 1.)*

N. 69. Celso nos atribuye que decimos, que por ser Dios grande, y difícil que lo contemplemos, envió su Espíritu á un cuerpo semejante al nuestro,

para hacerse entender de nosotros é instruirnos; como si el único Hijo de Dios, el Verbo Dios, primogénito de todas las criaturas, imagen perfecta del Dios invisible, su sabiduría, por quien todo lo ha hecho, no fuera tan grande, tan difícil de ser contemplado como el Padre. Por grande y por invisible que Dios sea, supuesto que carece de cuerpo, podrá sin embargo ser contemplado, pero solamente por los corazones puros. Un corazon manchado no podrá seguramente contemplar al que es la misma pureza....

N. 70. Supone Celso que nosotros decimos, que Dios envió su Espíritu revestido de un cuerpo. Jamás hemos dicho, que el Espíritu, ni que Dios fuese un cuerpo. Dios comunica su Espíritu á los que lo merecen; y este Espíritu habita en ellos sin separarse ni dividirse.

A Dios se le llama en nuestras Escrituras *un fuego consumidor*; y no por eso es corporal. Los pecados son tambien llamados *madera, heno, paja*, y no por eso son cuerpos; ni tampoco las buenas obras, indicadas baxo el nombre de *oro, plata y piedras preciosas*. Por consiguiente, Dios que es llamado un fuego que consume esa madera, ese heno, esa paja, no es tampoco corporal. Todas estas son figuras que se emplean, para hacernos sensibles los Seres espirituales y puramente inteligibles.

Para distinguir á estos últimos, la Escritura acostumbra llamarlos *espíritus y espirituales*.

»Dios, dice Pablo, nos ha hecho Ministros idoneos del nuevo Testamento, no por la letra, sino por el espíritu. Porque la letra mata, y el espíritu vivifica.“ (II. Cor. 3.) Llama *la letra*, al sentido de las divinas Escrituras, que no tiene relacion sino con los objetos sensibles; y *el espíritu*, al que se eleva hasta las cosas inteligentes.

»Dios es espíritu, le dixo Jesus á la Samaritana, y conviene adorarlo en espíritu y en verdad.“ (Joan. 4.) Esto es, que conviene tributarle un culto espiritual, y no un culto carnal, sacrificandole animales. No se ha de adorar al Padre en figura, sino en verdad. *La verdad ha sido hecha por Jesu-Christo.* (II. Cor. 3.) Y quando nosotros nos convertimos al Señor, que es espíritu, nos quita el velo que cubre nuestros corazones quando leemos á Moysés.

N. 71. Porque Celso no comprehende lo que se ha dicho acerca del espíritu de Dios (*pues el hombre animal no percibe aquellas cosas, que son propias del Espíritu de Dios, y las tiene por necedad*) (I. Cor. 2.), y ve que sostenemos que Dios es espíritu; saca por consecuencia, que nosotros pensamos como los Estóycos, que Dios es un espíritu difundido por todas partes, que encierra en sí á todos los seres. Es innegable, que la Providencia abraza á todos los seres, de los quales cuida, no al modo que los cuerpos, sino como una virtud divina. Los Estóycos afirman, que

los principios del mundo son corporales, por consiguiente corruptibles; y ni siquiera exceptuarían al Dios supremo, si este dogma no fuese tan repugnante como es. El Verbo Dios, según los Estóycos, no es otra cosa que un espíritu corporal. Pero nosotros, que pretendemos demostrar que el alma racional es superior á todos los cuerpos, y que es una substancia invisible é incorporea, estamos muy distantes de creer corporal al Verbo, por quien todo ha sido hecho, y que presidió no solamente á la formación del hombre, sino también á la de los seres mas despreciables. Así que, digan los Estóycos hasta que se cansen, que todo será consumido por el fuego; nosotros sin embargo jamás creeremos, que una substancia espiritual pueda ser pábulo de las llamas, ni que el alma del hombre, los Angeles, las Dominaciones, los Principados y las Potestades puedan ser convertidas en fuego.

N. 72. Celso niega, aunque no da prueba alguna, que un espíritu pueda ser inmortal; después continúa en atribuirnos una doctrina que jamás hemos sostenido. Perderíamos inútilmente el tiempo, si nos detuviésemos á justificar unos sentimientos que nos son absolutamente extraños...

N. 73. Celso quisiera que Dios hubiese formado por sí mismo un cuerpo á su Hijo, y lo hubiese hecho descender del cielo: en tal caso, dice él, no habría incrédulos. Le parece vergonzoso é indecente, que el Hijo de Dios naciera de

una muger. Él no sabe, según se ve, cuán puro y santo es el nacimiento de Jesus, que venia al mundo para salvar á los hombres: su madre es una Virgen. Celso piensa que la naturaleza divina pierde y se mancha, permaneciendo en el seno de una muger; poco mas ó menos como los que dicen, que los rayos del sol pierden y se inficionan, quando vienen á dar sobre el lodo, ó sobre algun cuerpo infecto.

En quanto á lo que Celso dice, de que en tal caso no hubiera habido mas incrédulos, tambien se engaña. Porque ¿quién hubiese visto aquel milagro? Además de que ¿no vemos los diferentes cuerpos del universo, y sin embargo no conocemos su origen, ni el modo de que han sido formados?

N. 74. Celso incurre de nuevo en los errores de Marción, excusando una parte de ellos y condenando otra: y luego se dexa llevar de su inclinacion á la chocarrería y bufonada. De suerte que en una materia tan grave, en una obra intitulada, *El Discurso verdadero*, habla con el mismo tono que el autor de una comedia ó de una farsa. Él no comprehende la distancia que hay de esto al designio que se había propuesto de persuadirnos sus dogmas: ninguna cosa prueba mejor, que él no tiene razon alguna sólida en que fundarlos.

N. 75. 76. y 77. «Supuesto que un espíritu divino, continúa Celso, animaba al cuerpo de Je-

«sus, Jesus debió necesariamente aventajarse á todos los hombres en el talle, en la hermosura, en las fuerzas, en la voz, en la eloquencia; porque entre la Divinidad y la naturaleza humana hay una distancia infinita. Jesus sin embargo nada tenia que lo distinguiese de los demás hombres; antes era de una estatura baxa, y muy feo.”

Los Evangelistas no hablan palabra del exterior de Jesus: únicamente los Profetas, como por exemplo, Isaías, han entrado en estas particularidades. Luego Celso, segun la objecion que nos hace, reconoce que Jesus fue objeto de las profecias, y que es por consiguiente Hijo de Dios. Con esta confesion destruye todas sus calumniosas declamaciones contra Jesus.

Es constante que Isaías dice, que Jesus carecerá de hermosura y de resplandor, y aparecerá como el hombre mas despreciable (*Is. 53.*). El Salmista por el contrario, encarece su hermosura y sus atractivos divinos, que le aseguran el imperio de la tierra (*Sal. 44.*). Los Evangelistas refieren, que Jesus sobre la montaña se manifestó lleno de gloria y de magestad. Todo esto prueba muy bien, que Jesus era superior á todos los hijos de los hombres. Su exterior variaba á su voluntad, segun las diferentes circunstancias: tal es el poder de Dios sobre la materia que ha criado, y que modifica á su arbitrio.

N. 78. «Si Dios, prosigue Celso, como el Júpiter

«piter de la comedia, al despertar repentinamente de un profundo sueño, quiso por fin libertar á los hombres de todos los males; ¿por qué se ha contentado con enviar su Espíritu á un rincon de la tierra? Mas valia que lo hubiese enviado á todos los hombres, y que le hubiese hecho animar á muchos cuerpos. El Poeta cómico, para hacer reir, dice que habiendose despertado Júpiter, envió á Mercurio á los Atenienses y á los Lacedemonios. ¿Y no moveis á vosotros tambien á risa, quando asegurais que el Hijo de Dios fue enviado á los Judíos?”

«¿Hay cosa mas indecente é indigna de un Filósofo, que citarnos aquí á un cómico, y comparar al Dios criador del universo con Júpiter y con Mercurio? ¿Acaso nuestro Dios envió su Hijo á los hombres, al despertar de un sueño? Razones fueron muy poderosas las que obligaron á Jesus á que se encarnara; pero en todos tiempos ha colmado de beneficios á los hombres. El Verbo es para los hombres el principio de todos los bienes: él desciende á las almas, que pueden, aunque no sea sino por un instante, experimentar la energía de su gracia.

Ni carece tampoco de razon la venida de Jesus á un rincon de la tierra. Era preciso que viniese á un pueblo instruido en el dogma de la unidad de Dios, que leyese sus Profetas, supiera que el Christo le habia sido prometido, y lo esperase: y era preciso que viniese en el tiempo.

Tom. II.

Ef

po mas propio para hacerlo conocer despues del resto de la tierra.

N. 79. Para que el Verbo iluminase á toda la tierra, no era necesario que hubiese muchos Jesuses: bastaba que el Verbo, Sol de justicia, saliese en Judea, y difundiese desde allí sus rayos hasta el fondo de las almas de todos los que quisieran recibirle. Sin embargo, si alguno quiere ver muchas personas poseidas del Espiritu Santo, y ocupadas, á exemplo de Jesus, en la salvacion de los hombres; no tiene sino parar la consideracion en que la Escritura llama *Christos* á todos aquellos que profesan la pura doctrina de Jesus, y viven conformes á ella. *No toqueis á mis Christos, ni hagais mal á mis Profetas.* (Sal. 104.) Así como no obstante que nos han enseñado que vendrá el Ante-Christo, sabemos que hay ya muchos Ante-Christos en el mundo; del mismo modo tenemos seguridad de que Christo ha venido, y ha formado muchos Christos, á quienes el Dios de Christo *ha ungido* igualmente, *porque amaron la justicia, y aborrecieron la iniquidad.* (Sal. 44.) Ahora, como Jesus amó la justicia y aborreció la iniquidad mas que nadie, recibió las primicias de esta unción; ó por mejor decir, la recibió toda entera, y ha hecho participantes de ella á los demás Christos, proporcionadamente á las disposiciones de cada uno de ellos.

El Poeta cómico, para mover á risa, fingió

que Júpiter se habia dormido, y que habiendo despertado envió á Mercurio á los Lacedemonios y á los Atenienses: mas la razon que nos enseña á nosotros, que Dios no está sujeto al sueño, nos enseña tambien que rige al mundo, como corresponde á la sabiduría y circunstancias del tiempo. Pero ¿qué extraño es, que unos hombres tan poco instruidos como Celso, se engañen torpemente, quando se ponen á sondear los secretos y consejos profundos de Dios? Parece, que ya lo hemos justificado nosotros suficientemente, en quanto al hecho de haber enviado su Hijo á los Judíos, á quienes anteriormente habia ya dado Profetas.

N. 80. Antojasele á Celso llamar á los Caldeos *un pueblo muy divino desde los primeros tiempos.* Los Caldeos sin embargo son los inventores del arte faláz de los horóscopos. En la misma clase pone á los Magos, que diéron su nombre á la magia, ciencia funesta á los hombres. Tambien á los Egipcios, á quienes insultaba poco hace, los llama *un pueblo muy divino*, sin duda porque persiguiéron á Jesus. Honra del mismo modo á los Persas, no obstante la infamia que les resulta de sus incestos con sus madres y con sus hijas: finalmente á los Indios, aunque reconoce que muchos de ellos se alimentaban de carne humana.

Mas por lo que hace á los Judíos (á quienes no se les pueden imputar semejantes horrores), no solamente les niega Celso el nombre de di-

vinos, sino que pronuncia como si estuviera sobre el trípode, que van á ser destruidos; sin atender, ni al cuidado particular que Dios tuvo de ellos, ni á las primeras leyes que les dictó. En una palabra, Celso ignora, que *la reprobacion de los Judíos fue la salvacion de los Gentiles; su crimen fue la riqueza del mundo; su miseria la riqueza de los Gentiles, hasta que la plenitud de los Gentiles haya entrado en la Iglesia. Entonces será salvo todo Israël.* (Rom. 11.)

N. 81. Yo me admiro, que se le haya escapado á Celso el decir, que Dios, que todo lo sabe, no supo que enviaba su Hijo á unos hombres perversos, que le habian de dar la muerte. Pero ¿cómo es posible que Celso haya olvidado, que los Profetas de Dios habian previsto y predicho todo quanto Jesus padecería? Así es, que poco despues confiesa, que nosotros sostenemos que todos estos acontecimientos habian sido predichos. Ya es tiempo de dar fin á este sexto libro.

Fin del libro sexto de Orígenes contra Celso.



LIBRO SEPTIMO

DE ORÍGENES CONTRA CELSO.

N. 1. 2. 3. y 4. Voy á continuar, piadoso Ambrosio, en la impugnacion de Celso, que se propone probar ahora contra nosotros, que los Profetas de los Judíos no predixeron lo que le sucedió á Jesus. Pero comencemos este séptimo libro rogando á Dios, por medio de Jesus, á quien Celso calumnia, para que ilumine nuestro corazon, puesto que es la misma verdad, y nos enseñe á disipar los prestigios de la mentira.

Para debilitar ante todas cosas la autoridad de los oráculos de los Profetas, los compara Celso con los oráculos del Paganismo; siendo así que estos han sido desacreditados, aún por los mismos Paganos. Epicuro y sus sectarios se burlan de ellos; Aristóteles y los Peripatéticos han demostrado, que no se les debia dar crédito alguno. En fin, quando todos ellos no sean obra de la impostura, se deben á lo menos atribuir á los Demonios, que quieren servir á las almas de impedimento para que se eleven hasta el cielo, y vuelvan á Dios.

Y sin que nos detengamos á referir la indecencia y obscuridad, con que los Paganos aseguran que la Píria era inspirada, es cosa sabida,

vinos, sino que pronuncia como si estuviera sobre el trípode, que van á ser destruidos; sin atender, ni al cuidado particular que Dios tuvo de ellos, ni á las primeras leyes que les dictó. En una palabra, Celso ignora, que *la reprobacion de los Judíos fue la salvacion de los Gentiles; su crimen fue la riqueza del mundo; su miseria la riqueza de los Gentiles, hasta que la plenitud de los Gentiles haya entrado en la Iglesia. Entonces será salvo todo Israël. (Rom. 11.)*

N. 81. Yo me admiro, que se le haya escapado á Celso el decir, que Dios, que todo lo sabe, no supo que enviaba su Hijo á unos hombres perversos, que le habian de dar la muerte. Pero ¿cómo es posible que Celso haya olvidado, que los Profetas de Dios habian previsto y predicho todo quanto Jesus padecería? Así es, que poco despues confiesa, que nosotros sostenemos que todos estos acontecimientos habian sido predichos. Ya es tiempo de dar fin á este sexto libro.

Fin del libro sexto de Orígenes contra Celso.



LIBRO SEPTIMO

DE ORÍGENES CONTRA CELSO.

N. 1. 2. 3. y 4. Voy á continuar, piadoso Ambrosio, en la impugnacion de Celso, que se propone probar ahora contra nosotros, que los Profetas de los Judíos no predixeron lo que le sucedió á Jesus. Pero comencemos este séptimo libro rogando á Dios, por medio de Jesus, á quien Celso calumnia, para que ilumine nuestro corazon, puesto que es la misma verdad, y nos enseñe á disipar los prestigios de la mentira.

Para debilitar ante todas cosas la autoridad de los oráculos de los Profetas, los compara Celso con los oráculos del Paganismo; siendo así que estos han sido desacreditados, aún por los mismos Paganos. Epicuro y sus sectarios se burlan de ellos; Aristóteles y los Peripatéticos han demostrado, que no se les debia dar crédito alguno. En fin, quando todos ellos no sean obra de la impostura, se deben á lo menos atribuir á los Demonios, que quieren servir á las almas de impedimento para que se eleven hasta el cielo, y vuelvan á Dios.

Y sin que nos detengamos á referir la indecencia y obscuridad, con que los Paganos aseguran que la Píria era inspirada, es cosa sabida,

que quando va á pronunciar sus oráculos, sale fuera de sí y se enfurece extraordinariamente. Solamente los Demonios son capaces de privar así del uso de la razon: los Demonios, digo, cuya flaqueza se ve todos los dias demostrada por los mas ínfimos Christianos, que los arrojan de los cuerpos que poseen, sin recurrir para ello á la magia, sino solo en fuerza de la oracion. Los verdaderos Profetas de Dios, muy diferentes de esas falsas Profetisas, estaban mas ilustrados y eran mas sábios que los demás hombres, y no perdian el juicio quando les revelaban los secretos de la Divinidad.

N. 5. y 6. Las almas sobreviven á los cuerpos: este es un dogma consagrado, no solamente por los Christianos y Judios, sino tambien por un número considerable de Griegos y Bárbaros. Tambien nos dice la razon, que apenas las almas inocentes, que no se han dexado oprimir del peso de la iniquidad, se desprenden de los cuerpos groseros que animaban aquí baxo, se remontan al cielo; al paso que las almas impuras y corrompidas, son detenidas sobre la tierra (a); donde esos espíritus malignos se emplean en engañar á

(a) En este número 5. y al parecer, de los Filósofos tambien en otros lugares, se antiguos, y particularmente advierten algunas opiniones de los Platónicos. Mas no singulares acerca del estado por eso dexa de ser enteramente de las almas despues de la te ortodoxa su doctrina sobre muerte, que Origenes tomó, la espiritualidad del alma.

á los hombres, apartarlos de Dios y de la verdadera piedad. Si los que pronuncian oráculos entre los Gentiles, fueran verdaderamente Dioses, encaminarian por el contratio á los hombres á la virtud y á la correccion de las costumbres; escogerian tambien para órganos suyos á hombres recomendables por su sabiduría y por su virtud, y no á mugeres; y caso que las escogieran, procurarian á lo menos que fuesen vírgenes, y de una sabiduría acreditada.

Si esos oráculos declararon á Sócrates por el mas sabio de todos los hombres, tambien sabemos que pusieron igualmente en la clase de sábios á los Escritores que trabajaban para el teatro, á un Sófocles, á un Eurípides; los quales despues de haber introducido el dolor y la compasion en el alma de los espectadores, procuran excitar la risa mas indecente, por medio de sátiras obscenas. Y ¿qué sabemos? Quizá esos oráculos le dieron un testimonio tan honroso á Sócrates, solo porque ofrecia víctimas á los Demonios.

N. 7. En quanto á los Profetas de los Judios, ó ellos eran ya sábios antes de ser Profetas, ó se hicieron tales quando recibieron el don de la Profecía. Como quiera que sea, ellos se consagraron á la virtud, y abrazaron un género de vida penoso y casi inimitable, sin temor á los peligros, ni aun á la muerte. Tales fueron los hombres que el Espíritu Divino escogió para comunicarse con

ellos, y hacerlos sus intérpretes: tales debieron ser los Profetas del Dios supremo. Los Antistenes, los Crates, los Diógenes, con toda su pretendida sabiduría, no pueden entrar en comparacion con ellos.

Su valerosa libertad en reprehender á los pecadores, fue causa de que los persiguiesen, los apedreasen, los despedazasen, les diesen muerte; por ella se vieron cubiertos de pieles de cabras, enteramente desnudos, abrumados de aflicciones, y errantes por los desiertos, por los montes, y por las cabernas, siendo así que el mundo no era digno de ellos." (Hebr. 11.) No se empleaban sino en Dios, y en los bienes invisibles que son eternos. Veanse sino las vidas de todos aquellos Profetas, entre otros de Moisés, de Jeremías, de Elías, de Daniel y de sus compañeros; y si se quiere subir mas arriba, veanse las de Noé, de Isaac y de Jacób, que tambien predixeron todo quanto le sucedió á Jesus. Nosotros, pues, despreciamos todos esos falsos oráculos de Claros, de Dódona, de Amón y de Delfos; y admiramos por el contrario á los Profetas de Jesus; porque su vida austera, virtuosa é irrepreensible mereció las confianzas del Espíritu Divino, que se valió de ellos para anunciar los acontecimientos futuros, de un modo enteramente opuesto al de los pretendidos Profetas de los Gentiles.

N. 8. Celso quisiera poner en duda nuestras

profecías; pero la duda no tiene aquí cabida, porque los mismos Profetas, que predixeron lo que le sucedería á Jesu-Christo, predixeron tambien con mucha anticipacion un número infinito de acontecimientos. Ellos predixeron, segun Celso, como lo hacen ahora todavía los habitantes de la Fenicia y de la Palestina. No se explica mas; pero lo cierto es, que en esas regiones jamás se han encontrado Profetas entre los infieles, y que aún entre los Judíos cesaron las profecías con la venida de Jesu-Christo; porque el Espíritu Santo los abandonó en pena de su rebelion contra Dios y contra su Christo; al paso que se ha manifestado por medio de un considerable número de prodigios, despues de comenzada la predicacion de Jesus, y todavía mas despues de su Ascension. Es verdad, que estos prodigios han venido á menos en lo sucesivo; pero con todo, todavía permanecen algunos restos entre aquellos Christianos, que se han santificado por medio de la fe en el Evangelio, y de su vida conforme á esta ley divina.

N. 9. 10. y 11. Celso declama alramente contra las profecías, pero sin especificar ni decir cosa alguna en particular; acaso porque no podia hacerlo así. "Ellos, dice, juntan al pueblo en los templos, fuera de los templos, en los exércitos. "Yo soy Dios, les dicen, ó el Hijo de Dios, ó el Espíritu Santo: yo he venido porque el mundo va á perecer: vosotros pereceréis tambien, á

«causa de vuestras iniquidades; pero yo quiero
«salvaros, y para eso me veréis volver con un
«poder divino. ¡Dichoso el que crea en mí! Yo
«recipitaré á los demás en un fuego eterno, jun-
«tamente con las ciudades y con todas las re-
«giones de la tierra (a). A estas amenazas y pro-
«mesas añaden otras cosas tan ridículas y extra-
«vagantes, que ningún hombre racional puede ha-
«llar sentido en ellas: pero son muy acomodadas
«al gusto de los simples y de los impostores,
«que pueden aplicárlas á lo que les diere la gana.»

En nuestros Comentarios sobre los Profetas, he-
mos procurado justificar y probar la divinidad de
las profecías. Si Celso procede con buena fe, ¿por
qué no refiere las profecías, de que nosotros de-
cimos que fue autor el Hijo de Dios ó el Espí-
ritu Divino; y se detiene á demostrar, que los
discursos de los Profetas, así los que tienen por
objeto la corrección de costumbres, como los que
encierran sus predicciones, no fueron divinamen-
te inspirados? Los contemporáneos de los Profe-
tas escribieron y conservaron cuidadosamente sus
oráculos, para que sus descendientes los respeta-
sen como á la palabra del mismo Dios; y para
que movidos de sus exhortaciones y amonestacio-

(a) Este es propiamente el Menandro. Véase á San Ire-
tón, no de los Profetas, *neo de heres.* á Eusebio lib. 3.
sino de los impostores; como *Hist. Eccles.* y á Tertuliano,
Simón el Mago, Dositéo y *de Præscript.*

nes, y convencidos por el acontecimiento, de que
sus predicciones habian sido dictadas por el Es-
píritu Divino, practicasen la virtud, y se exer-
citasen en la piedad, conformemente á su doctri-
na y á sus advertencias.

Nótese que la Providencia quiso, en benefi-
cio de la salvacion del género humano, que to-
do lo que pertenece á la conversion y á las cos-
tumbres, fuese claro y comprehensible á todos.
Es constante, que en las profecías se hallan mu-
chas obscuridades, parábolas y alegorías, que de-
ben estudiarse mucho, y solamente unos hombres
instruidos y penetrativos podrian profundizarlas,
y facilitar la inteligencia de ellas al comun de
los fieles: pero es absolutamente falso, que estas
profecías no tengan ningún sentido racional, y
que los simples y los impostores puedan aplicar-
las á todo indiferentemente. Todas esas artificio-
sas calumnias van encaminadas á retraernos de la
lectura de los Profetas; no es otro el fin que
lleva Celso, semejante en esto á aquellos impíos,
que decian de un Profeta: *¿Qué os ha venido á
decir ese loco? (IV. Reg. 9.)* Solo un hombre ver-
daderamente sabio en Jesu-Christo, es capaz de
explicar la serie de las profecías, y de disipar
las tinieblas que las envuelven, mediante un es-
tudio continuo de las Escrituras, y confirmando
todo lo que diga con otros pasages de los mis-
mos libros.

Asegura Celso, que ha oído á muchos Profe-

tas de estos, y dice de ellos que quando se veían apretados, confesaban que sus tenebrosos oráculos eran otras tantas ficciones. Esta es una mani-
fiesta impostura, porque en el tiempo de Celso ya no había Profetas; pues si los hubiera habido, con el mismo cuidado se hubieran recogido sus profecías, que las de los antiguos. ¿Por qué, pues, Celso no nombra esos Profetas, para que pudiéramos verificar lo que él dice sin fundamento? Mas no porque se niegue á una prueba de esta especie, dexa de ser palpable su impostura.

N. 12. Celso pretende, que nosotros no tenemos que replicar cosa ninguna, quando nos hacen ver, que los Profetas atribuyen á Dios acciones vergonzosas y criminales. De aquí pasa á hacer varios argumentos contra los Christianos; pero siempre de mala fe. *Nosotros estamos siempre prontos, como dice Pedro, á satisfacer á qualquiera que nos pregunte la razon de nuestra fe* (I. Pet. 3.): estamos en disposicion de manifestar que nuestra creencia nada tiene que sea contrario á la recta razon, y que nuestras Escrituras en ninguna parte atribuyen á Dios nada vergonzoso ó criminal. ¿Por qué no refiere Celso esos pasages de los Profetas, á quienes calumnia con tanta impudencia? Mas puesto que se limita, como acostumbra, á vanas declamaciones, y calumnias vagas (a), no merece respuesta.

(a) Es muy justo que admitamos como de paso, que

N. 13. Tambien es falso lo que afirma Celso al ayre, conviene á saber, que en los Profetas se halla, que Dios hace ó sufre algunas cosas vergonzosas, y que favorece á los malos. Los Profetas predixeron lo que Jesus habia de sufrir, y explicaron la causa de sus trabajos: pero pregunto, ¿ha probado Celso, que hubo algo vergonzoso en ellos? *¿Hay, dice, cosa mas vergonzosa para un Dios, que el comer y beber?* Jesus no bebía y comía como Dios, sino como hombre, y porque habia tomado un cuerpo semejante al nuestro....

N. 14. Queriendo Celso destruir por los cí-
mientos la fe de los que creen en Jesus, á causa de las profecías que tienen relacion á él: «Si los Profetas, dice, hubieran predicho, que el gran Dios sería esclavo, estaria enfermo, ó moriría, era por consiguiente necesario, para el

este ha sido en todos tiempos el método y género de ataque de los enemigos de la Religion: vanas declamaciones, calumnias vagas, sembradas de chocarrerías y de pretendidos chistes. No hay que admirar; porque este es el único recurso del error y de la mala fe, el único
todavía mas á los viciosos y corrompidos, que se han dexado seducir ya de las pasiones, y han dicho en su corazon: no hay Dios, no hay Juez testigo y vengador del crimen. Siempre que los in-crédulos se han atrevido á apartarse de este plan de ataque, y han querido particularizarse mas, se han visto inmediatamente confundidos.

«cumplimiento de esta prediccion, que Dios fue-
 «se efectivamente esclavo, estuviese enfermo, y
 «muriese. Pero los Profetas no han podido jamás
 «hacer una prediccion que sería una impiedad.
 «No se trata, pues, de si predixéron ó no pre-
 «dixéron, sino de si la cosa predicha es conve-
 «niente y digna de Dios. Y aún quando se su-
 «pusiese que todos los hombres, deslumbrados por
 «el fanatismo, hubieran predicho de Dios algu-
 «na cosa vergonzosa y criminal, no debia dar-
 «seles crédito ninguno. ¿Cómo, pues, es posible
 «que la piedad crea lo que los Christianos pre-
 «tenden que le ha sucedido á Dios.»

Bien se ve, que Celso conocia la fuerza de las profecías para persuadir la fe en Jesus: por eso procura descartarse de este invencible argumento, diciendo: *no hay para qué examinar si los Profetas predixéron ó no predixéron*. Si Celso procediera con buena fe, y segun las reglas del buen discurso, debia decir de esta manera: *Yo voy á demostrar que tales cosas no han sido predichas de Jesus, ó que estas predicciones no se han cumplido en la persona de Jesus*; y luego exponer su demostracion. En tal caso se podria ya juzgar, así de las profecías que nosotros referimos á Jesus, como de las pruebas que Celso hubiese empleado para destruir nuestra explicacion; y se veria si Celso hacia efectivamente cenizas el argumento que nosotros sacamos de las profecías en favor de Jesus; ó quedaria convencido de la im-

pudencia mas digna de castigo, por haber negado é impugnado la verdad mas luminosa (a).

(a) Los incrédulos, fieles debil y engañosa razon som-
 imitadores de Celso, han se- dear los abismos del Sér in-
 guido constantemente el ca- finito? Ella misma, quando
 mino que él les habia abier- está sana y en estado de im-
 to, y jamás han querido to- parcialidad, nos dicta, que
 mar el verdadero que Orige- en lugar de decir de esta ma-
 nes les mostraba, hace ya nera: *estos hechos y estos mis-*
 tantos siglos. Ellos huyen terios son absurdos é indignos de
 siempre de analizar los he- Dios, no hay pues, que creer en
 chos incontestables, segun ellos; se ha de discurrir por
 todas las reglas de la cer- el contrario de este modo:
 tidumbre histórica, con los *estos hechos, estas profecias, es-*
 que se demuestra evidente- tos milagros son indubitables,
 mente la Divinidad de Jesu- luego son dignos de Dios, lue-
 Christo y de su Religion, go Dios ha hablado. Dios no pue-
 porque no pueden impugnar- de dexar de darse á conocer por
 los; ni pueden tampoco de- aquel language divino que el hom-
 bilitar las concluyentes in- bre no puede imitar: luego aque-
 ducciones que nosotros saca- llos hechos deben poner término
 mos, y por lo tanto se separan á todos los discursos humanos:
 enteramente de ellos. No se luego la Religion á que sirven
 frata, dicen, de examinar, si de fundamento, es la verdade-
 esos hechos han acontecido ra Religion: luego esta debe cau-
 ó no han acontecido; sino tivar todos los entendimientos
 de si la doctrina y misterios baxo la obediencia racional de
 que establecen, son dignos la fe. En una palabra, por
 de Dios y conformes á la un extraño capricho que el
 razon. ¿Y por ventura le in- interés de una causa deses-
 corresponde al hombre juzgar- perada puede solamente su-
 de lo que es digno ó indig- gerirles, se obstinan los in-
 no de Dios? ¿Puede nuestra crédulos en hacer á la razon

N. 15. 16. y 17. Celso asegura que los Profetas del gran Dios predixéron de él cosas impías é imposibles. Su asercion es un sofisma; porque toda proposicion de que se siguen dos consequencias contradictorias, es un Sofisma que los Estóycos proscriben con mucha razon. La asercion de Celso es de esta especie. Por una parte se sigue, que es preciso que estas cosas sucedan, porque es de absoluta necesidad que haya de suceder todo lo que los Profetas del gran Dios han predicho; y sin embargo no pueden suceder, puesto que son impías é imposibles. Pero es una calumnia de Celso el pretender que los Profetas han predicho de Dios cosas impías é imposibles. Porque nuestros Profetas no predixéron, como él supone, que Jesus padeceria y moriria como Dios, sino solamente como hombre. «Nosotros lo hemos visto, dice Isaías, y nos ha parecido despreciable y como el último de los hombres, un hombre de dolores, que sabe lo que es padecer.» (Is. 35.) Y el mismo Jesus les dice á los Judíos: «Vosotros tratais de darme la muerte, y de dar la muerte á un hombre que os ha dicho la verdad que ha aprendido de Dios.»

No se han de confundir las calidades divinas de una cosa que es manifestamente superior á la razon, y no quieren servirse de ella para verificar unos hechos constantes y decisivos, que es lo único que la razon puede comprender.

de Jesus, con la naturaleza humana que tomó. Jesus dice de sí mismo: *yo soy la verdad, la resurreccion y la vida.* (Joan. 11. y 14.) ¿A que no se encuentra ningun Christiano, aun entre los simples y menos instruidos, que diga que la verdad, la resurreccion y la vida han muerto? Pues todo esto era necesario para que tuviera lugar la suposicion de Celso.

Es indubitable, que los Profetas no pudieron hacer semejantes predicciones (á esto se reduce toda la verdad de Celso); y eso sería indigno de Dios. Mas lo que los Profetas predixéron, es digno de Dios; porque predixéron, que el esplendor y la imagen de la Divinidad se unirían con el alma y cuerpo de Jesus, para esparcir su doctrina, reconciliar con Dios y conducir á la suma felicidad, á qualquiera que recibiese y sintiese la virtud del Verbo-Dios encarnado. Por lo demás, ni se debe creer que los rayos de la Divinidad estén encerrados en la humanidad de Jesu-Christo, ni que el Verbo no esté en otra parte.

En una palabra, si se considera á Jesus como Dios, nada ha hecho que no sea santo y conforme á la idea de Dios: si se le considera como hombre, el Verbo le ha comunicado su sabiduría mas que á ningun mortal. Jesus padeció, como un sábio, como un hombre perfecto, todo lo que era preciso que padeciese por el linage humano. Ni tiene nada de absurdo, que un hombre muera, y que su muerte no solamente

te sea 'un exemplo para todos los demás, sino tambien el principio de la destruccion del imperio del Demonio, que tenia esclavizado al mundo entero: la prueba tenemos en los siervos de Jesus, que libres ya del yugo del Demonio, se consagran á Dios, y procuran esforzadamente adelantar mas y mas de cada día en la verdadera piedad.

N. 18. »Pero yo, dice Celso, encuentro una »notable contradicción. Porque si los Profetas del »Dios de los Judíos predixéron la venida de Je- »sus, su Hijo, ¿cómo es que ese Dios manda por »el órgano de Moysés, amontonar riquezas, do- »minar, llenar la tierra, matar á todos los ene- »migos sin distincion de edad ni sexó? ¿Cómo »es, digo, que amenaza á los Judíos, que los »tratará como á enemigos, si no le obedecen en »todo esto; al paso que su Hijo, el Nazareno, »da leyes enteramente opuestas; declara, que »ningun rico, ningun ambicioso, ningun hom- »bre afecto á la gloria ó á la sabiduría será ad- »mitido de su Padre; que ni los hombres de- »ben tener mayor cuidado de su alimento que »los cuervos, ni de su vestido que los lirios; fi- »nalmente, que al que nos azota, lo hemos de »instar á que nos azote de nuevo? ¿Quién, pues, »miente, Moysés ó Jesus? ¿O todo esto lo di- »cê Jesus solamente, porque su Padre, quando »lo envió, habia perdido de la memoria lo que »le habia recomendado á Moysés? Sino es que »quisiese condenar sus propias leyes, y encar-

»gar á su Enviado, que las diese contrarias á los »hombres.“

Celso, que presume que nada ignora, se en- gaña torpemente, supuesto que nada ve mas allá de la corteza de la letra en la ley y en los Profetas. A lo menos debia haber notado, que es absolutamente inverisimil, que nuestras Escri- turas prometiesen riquezas temporales á los Ju- díos, siendo como es constante, que los mas vir- tuosos de ellos vivieron en una extrema pobre- za. Y así es, que esos mismos Profetas, que en recompensa de la santidad de su vida, se vie- ron poseidos del Espiritu Divino, *cubiertos de pieles de cabras y de ovejas, perseguidos, faltos de todo, anduvieron errantes por los desiertos, por los montes y en las cavernas.* (Hebr. 11.) Porque como dice el Salmista: *los justos son probados por medio de infinitas tribulaciones.* (Sal. 33.) (a).

(a) El principio de Ori- genes es cierto, reconocido tiempo, y para preparar á una Ley espiritual y mucho por los Padres, y estableci- mas perfecta, *no llevaba na- do tambien por los Autores da á la perfeccion, aunque fue- Sagrados; conviene á saber, se justa y santa, y tan per- que es preciso elevarse so- fecta, como los designios de Dios requerian, y el es- tado del Pueblo Judío per- todo era figura, como dice el mitia. (Rom. 7.) En quanto Apóstol, en la ley é histo- á las promesas de las pros- ria de los Judíos. Sin em- peridades y riquezas tempo- bargo es constante, que la rales, se sabe que solamente Ley dada solamente para un se hacian al cuerpo de la*

Si Celso hubiera leído en la Ley de Moysés aquella promesa hecha al Judío fiel observante de la ley, *prestarás á muchas naciones, y de ninguna recibirás prestado* (Deut. 28.), la hubiera también tomado á la letra; pero ¿qué Judío podía haber tan rico, que pudiese prestar, no solamente á sus compatriotas, sino á muchas naciones? Unas promesas tan ilusorias hubieran enteramente desacreditado á la ley en el espíritu de los Judíos. Si hay quien diga, que por esa misma razon la han violado frecuentemente los Judíos, bastará que lea su historia, para convenirse de que el pueblo se arrepintió de sus infidelidades, y volvió á la Religion que su ley le enseñaba. Muchos puntos de la ley de los Judíos que Celso nos opone, no deben tomarse á la letra.

N. 19. y 20. Yo distingo la ley antigua, como nacion, en recompensa de su fidelidad á la ley, más de ningún modo á los particulares. Estos, justos ó injustos, religiosos Israelitas ó prevaricadores, participaban necesariamente del destino de la República. Verdad es también, que en el reynado de la idolatría y baxo los Príncipes impíos, la adhesión á la Religion era de ordinario para los justos y los Pro-

fetas un manantial de persecuciones y malos tratamientos. Sobre todo importaba no tratar con los Padres, que así baxo la ley grosera y carnal de los Judíos, como antes de la ley, la gracia de Jesu-Christo formaba ya hombres espirituales, desprendidos de la tierra y de todas sus ventajas, formaba verdaderos Christianos. A todas estas observaciones debe añá-

algunos lo han hecho antes de mí, en ley literal y en espiritual. Dios llama á la primera, por uno de sus Profetas, *juicios y preceptos que no son buenos*, y á la espiritual por el contrario, *juicios y preceptos que son buenos*. (Ezeq. 20.)

El Profeta ciertamente no se contradice en el mismo lugar. Pablo está de acuerdo con el Profeta, quando dice que *la ley* ó el sentido literal *mata*, y que *el espíritu* ó el sentido espiritual *vivifica*. Así como Ezequiel hace hablar á Dios de esta manera: *yo les he dado juicios y preceptos que*

dirse, que Orígenes, como ya muchas veces se le ha notado, se dexa llevar demasiado de su gusto por la alegoría, y consiguientemente da interpretaciones forzadas á algunos pasages de la Escritura. Y esto sirve á un tiempo de solucion á las principales dificultades de Celso, y de correctivo y como suplemento á las respuestas de Orígenes.

De este modo se desvanece la pretendida contradicción, que Celso y sus sequaces nos oponen entre la Ley antigua y la nueva, de cuya conformidad quedará por el contrario convencido el que las profunde. La pri-

mera, aunque buena, justa y santa, insuficiente sin embargo, y proporcionada á la flaqueza de un pueblo carnal y grosero, anunciaba expresamente, figuraba y conducía manifestamente á una Ley del todo espiritual, sublime, perfecta, y única plenamente digna de Dios. La Ley y los Profetas en la persona de Moysés y de Elías, estaban reunidos con Jesu-Christo sobre el Tabor: así Jesu-Christo nos asegura, que *no ha venido á destruir la Ley, sino á cumplirla*. En efecto, la Ley Judáica halla su cumplimiento en la Ley del Evangelio; solo en ella se aclaran sus sombras, se realizan

no son buenos, y en los cuales no hallarán la vida; y un poco más arriba: *yo les he dado juicios y preceptos que son buenos, y en los cuales hallarán la vida*; del mismo modo, queriendo Pablo rebaxar el sentido literal, dice: «si un misterio de muerte grabado sobre la piedra, fue tan colmado de gloria, que los hijos de Israel no podían sostener el resplandor, aunque pasajero, del rostro de Moysés; ¿con cuánta mas razon será glorioso el ministerio del espíritu?» (II. Cor. 3.) Pero quando Pablo alaba y admira

sus figuras, todo quanto carnal é imperfecto tenía se purifica y espiritualiza; finalmente *la letra que mata es reemplazada por el espíritu que vivifica*. Dios, por acomodarse á la flaqueza humana, comenzó hablando á nuestros sentidos; se manifestó al principio Dios del tiempo, dispensador de los bienes terrestres y temporales: últimamente rasgó el velo que cubría á Moysés y su Ley, y se mostró Dios de la eternidad, señor de los bienes celestiales y eternos. Por otra parte, convenia tambien que el ministerio del siervo fuese distinto de el del Hijo de

Dios: Moysés habia publicado una Ley de terror, la Ley de los esclavos; el Hijo dictó la Ley del amor, la Ley de los hijos. «Jesu-Christo, dice el gran Bossuet, coronó la obra de Dios comenzada baxo los Patriarcas y en la Ley de Moysés. Una misma luz nos alumbra por todas partes: aparece baxo los Patriarcas; se aumenta baxo Moysés y los Profetas; finalmente Jesu-Christo, mayor que los Patriarcas, mas autorizado que Moysés, y mas iluminado que todos los Profetas, nos la muestra en toda su plenitud.»

la ley, la llama espiritual. Nosotros, dice, *sabemos que la ley es espiritual... la ley es santa, el precepto es santo, justo y bueno.* (Rom. 7.)

N. 21. Si Celso, según la letra que mata, entiende de las riquezas perecederas de la tierra, las palabras de la ley que prometen riquezas al justo; nosotros por el contrario entendemos aquellas riquezas, que abren los ojos del espíritu, las riquezas en palabras, en ciencia, en sabiduría, en buenas obras de que habla Pablo. «Encarga, dice, á los ricos de este siglo que no se ensobervezcan, ni pongan su confianza en riquezas inciertas, sino en el Dios vivo, que socorre abundantemente todas nuestras necesidades; que obren bien, se hagan ricos en buenas obras, y den voluntariamente.» (I. Tim. 6.)

La pobreza que se opone á estas riquezas, es verdaderamente funesta: pero qualquiera que fuere rico en este género de riquezas, como Pablo, puede prestar á todas las naciones, como Pablo, que por todas partes iba esparciendo el Evangelio de Jesu-Christo; é instruido en los misterios por medio de la revelacion del Verbo, no necesitaba tomar, ni recibir instruccion de nadie. La promesa, *dominarás sobre muchas naciones, y nadie te dominará* (Deut. 15.), se verificó en él, que sometió á los Gentiles á la fe de Jesus, mediante la fuerza de su palabra; no cedió á nadie, fue superior á ellos; y en este mismo sentido llenaba la tierra.

No es difícil tampoco la explicación de los pasajes en que se dice, que el justo da la muerte á sus enemigos. *Yo daba la muerte por la mañana*, dice el Salmista, *á todos los pecadores de la tierra, para exterminar de la ciudad del Señor á todos los que obran la iniquidad.* (Sal. 100.) El Salmista toma en este lugar figuradamente la tierra por la carne cuya sabiduría es enemiga de Dios, (Rom. 8.) y la ciudad del Señor, por su alma, que es templo de Dios. Apenas los rayos del sol de justicia comienzan á iluminar su espíritu, destruye la sabiduría de la carne, y purga su alma de todos los pensamientos injustos y engañosos.

Del mismo modo entendemos la imprecación siguiente: *miserable hija de Babilonia, bienaventurado el que estrellará tus hijos contra la piedra.* (Sal. 136.) Los hijos de Babilonia ó de la confusión son los pensamientos, que dimanar de los vicios, y siembran en el alma las tinieblas y el desorden. La fuerza de la razón debe sofocarlos inmediatamente, si se quiere ser feliz. (a) En todo esto nada hay que sea contrario á los preceptos de Jesús.

N. 23. La máxima del Evangelio, de que es

(a) En los números 21. y la alegoría, y de aquellas 22. así como en otros muchos interpretaciones violentas, de lugares, se ven exemplos de que hablábamos poco ha aquel gusto de Orígenes por

difícil que un rico entre en el reyno de los cielos, no se opone tampoco á la ley; pues por rico debe aquí entenderse aquel, á quien las espinas de las riquezas no le permiten producir los frutos de la palabra.

Celso dice, que segun la doctrina de Jesús, todos los sábios son excluidos del Padre. Pero ¿de qué sábios habla? ¿Habla de los sábios de la sabiduría de este mundo, que es una necedad delante de Dios? Porque si habla de estos, tiene mucha razón en lo que dice. Pero si habla de la sabiduría de Jesu-Christo, que es la virtud y la sabiduría de Dios, sepa por el contrario, que un sabio de esta especie es muy superior á todos aquellos, que se hallan desproveídos de esta divina sabiduría.

N. 24. En quanto á la pasión de la gloria humana, nosotros creemos firmemente, que así la ley antigua como la nueva la prohíben del mismo modo.

Aquellos lugares del Evangelio, en donde se nos advierte que no nos fatiguemos por el alimento ni por el vestido, sino que tengamos confianza en el Padre celestial, que cuida de alimentar á los pájaros y de vestir á los lirios, en nada tampoco son contrarios á las bendiciones de la ley.

N. 25. Celso pretende tambien hallar contradicción entre la ley y aquella máxima del Evangelio: *el que fuere herido en una maxilla, debe pre-*

sentar la otra. Pero él no sabe, que en las Lamentaciones de Jeremías se lee: *él presentará la mejilla al que le hiriere, y se batará de oprobios.*

De la misma manera podría refutar todo quanto Celso dice al ayre, y probar que el Dios del Evangelio jamás está en oposicion con el Dios de la ley; que ni Moysés ni Jesus han mentido; que quando el Padre envió á Jesus, tenia muy presente lo que le habia mandado á Moysés, y que jamás se arrepintió ni condenó las leyes que habia establecido primero.

N. 26. Por lo que respeta á la diferencia de las dos leyes, notaremos solamente, que la ley Mosáyca, tomada literalmente, no hubiera podido convenir á los Gentiles llamados á la fe, y sometidos á los Romanos, puesto que ni aún los Judíos pudieron observarla baxo su imperio; así como tampoco la ley Christiana hubiera podido ser observada mucho tiempo por los Judíos; cuya República, colocada en medio de enemigos conjurados contra ella, hubiera perecido sin remedio, á no haber tenido una plena libertad para acometerles y exterminarlos.

La misma Providencia que dió la ley, y despues de la ley el Evangelio, no queriendo que la República de los Judíos subsistiese mas tiempo, destruyó de una vez su ciudad, su templo y su culto: fortificó por el contrario, y engrandeció de dia en dia la Religion Christiana, por mas que una infinidad de obstáculos se reunié-

ron con el fin de sofocarla. Pero como Dios habia resuelto salvar á los Gentiles por medio de la ley de su Hijo, hizo que se desvanecieran todas las conjuraciones de los hombres. Y así, quanto mas se encarnizaban contra ella los Reyes, los Magistrados y los pueblos, tanto mas se aumentaba el número de los Christianos, y tanto mayores eran los progresos de su Religion.

N. 27. Celso nos acusa de que hacemos corporal á Dios, y le atribuimos una figura humana. Esta es una calumnia sin fundamento alguno; porque ni nuestros libros, ni ningun Christiano ha enseñado jamás tales errores: por lo que perderíamos el tiempo inútilmente, si nos detuviéramos á refutarla. Nuestras Escrituras afirman, que Dios es un sér puramente espiritual: por eso *nadie ha visto jamás á Dios*; y por eso *el primogénito de todas las criaturas es llamado imagen del Dios invisible*, consiguientemente de un Dios incorporeal. *Dios es espíritu*, dice Jesus, *y es preciso que los que lo adoran, lo adoren en espíritu y en verdad* (Joan. 4.).

N. 28. 29. 30. y 31. Celso pretende, que lo que nosotros decimos acerca de una vida futura, de una tierra incomparablemente mejor que esta, lo hemos tomado de los Antiguos, á quienes llama divinos, y sobre todo de Platón.

Sin duda Celso ignoraba, que en Moysés, mucho mas antiguo que los Escritores Griegos, promete Dios á los fieles observantes de su ley

una tierra buena y espaciosa, por donde corren manantiales de leche y miel. (Exod. 3.) Y no hay que decir, que esta tierra es la Judéa, la qual está tambien comprehendida en la maldicion general de la tierra, que el Señor pronunció, en castigo del pecado de Adán. *La tierra es maldecida por tu causa, y no sacarás tu alimento de su seno, en todos los dias de tu vida, sino á fuerza de trabajos. Ella te producirá abrojos y espinas, y comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á la tierra de donde has salido.* (Gen. 3.) Esta maldicion se cumple todos los días respecto de todos los hombres, que murieron en Adán.

La Judéa y la Jerusalén no son sino una sombra y figura de aquella tierra feliz, donde se halla la celestial Jerusalén. Pablo, que tenía bien penetrado el verdadero sentido de las Escrituras, nos habla de ella en estos términos: «Vosotros os habeis acercado á Sión, monte y ciudad del Dios vivo, Jerusalén celestial, habitada por muchos millares de Angeles.» (Hebr. 12.) Este es el language uniforme de los Profetas. De esta tierra feliz habla tambien el Salmista, quando dice: «El Señor es grande en su ciudad, sobre su santo monte.... Los hombres apacibles, los justos, los que esperan al Señor, poseerán la tierra por herencia, la habitarán por los siglos de los siglos, y se regocijarán en el seno de la paz.» (Sal. 36. y 47)

En otra parte daremos una explicacion cir-

cunstanciada de esta tierra. Ello es constante, que nuestros Escritores nada han podido tomar de los Autores profanos, mucho mas modernos, no solamente que Moysés, sino tambien que la mayor parte de los Profetas: antes bien es muy verisimil que estos Autores imitaron y alteraron lo que habian leído en las Escrituras, que llegaron á sus manos (a).

N. 32. Celso se burla del dogma de la Resurreccion, porque no lo entiende, ni sabe de él sino lo que ha oido decir á algunos ignorantes: mas no por eso dexa de ser un dogma muy sublime, y solo un hombre muy instruido puede explicarlo, y demostrar, quán digno es de Dios. Nosotros sabemos muy bien, que esta tienda donde nuestra alma habita, como dice la Escritura, tiene en sí la virtud de reproducirse. *Los justos gimen en ella, y temen ser despojados, pero quisieran ser revestidos. Lo que en nosotros es corruptible, será revestido de incorruptibilidad, lo que es mortal será revestido de inmortalidad.* (II. Cor. 5.)

(a) Es inútil, para nuestro objeto, referir los pasajes de los Autores profanos, que Celso y Orígenes citan. Nuestra costumbre ha sido siempre suprimirlos ó compendiarlos, quando hemos visto que eran extraños á la causa que defendemos, esto es, quando de ellos no se puede sacar induccion alguna, ni en favor ni en contra de la Religion Christiana: porque entonces no son sino unas digresiones que deben suprimirse, ó una ostentacion de erudicion que no viene al caso.

«Nosotros sabemos, que quando esta habitacion terrestre sea destruida, se nos dará otra en el cielo que será eterna, y no construida por la mano del hombre.» (1. Cor. 15.)

Es tambien absolutamente falso lo que Celso dice, esto es, que nosotros debemos este dogma á la metempsicosis mal entendida. Nosotros hemos aprendido, que nuestra alma, incorporeal é invisible por su naturaleza, habita un cuerpo mortal del que debe desprenderse, para revestirse de otro mas perfecto, y remontarse á las mansiones celestiales.

Celso piensa, que nosotros hemos recurrido á la resurreccion para ver á Dios; y en esto se engaña torpemente: porque para conocer á Dios, ¿qué necesidad tenemos de cuerpo? Los ojos del cuerpo no ven á Dios; sino el alma criada á imagen de Dios, de quien ha recibido la facultad de conocerle: en una palabra, lo que ve á Dios, es un corazon puro, y libre de todo des-arreglo, y de todo vicio. Por eso dixo Jesus: *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.* (Mat. 5.) Pero como no depende de nosotros el tener un corazon puro, sino que es necesario que Dios lo crie tal; por eso el que sabe orar, dice: *O Dios, criad en mí un corazon puro.* (Sal. 50.)

N. 34. Tambien Celso nos atribuye sin fundamento que decimos, ¿cómo iremos á ver á Dios? ¿Como si Dios estuviera en algun lugar determi-

nado! Dios lo encierra todo en su inmensidad, sin poder estar encerrado en ninguna parte. Y así Celso nos calumnia diciendo, que nosotros esperamos ver á Dios con los ojos del cuerpo, y oirlo y tocarlo con los oidos y manos del cuerpo. Nuestras Escrituras hacen mencion de ojos, de oidos y de manos, pero sabemos muy bien, que estos ojos, estos oidos y estas manos de que habla la Escritura, no tienen de comun sino el nombre con las partes del cuerpo: como que de nada menos se trata que de un sentido divino, enteramente distinto de los sentidos ordinarios.

El Profeta dice: *Señor, abrid mis ojos, y contemplaré las maravillas de vuestra ley.... El precepto del Señor es luminoso.... Iluminad mis ojos, para que jamás me duerma en la muerte* (Sal. 12. y 118.): pero ¿lo hemos de suponer tan estúpido, que hablase en este lugar de los ojos del cuerpo? No es posible. Asimismo, quando el Salvador dice: *el que tiene oidos para oir, oiga*; no hay hombre del pueblo que no comprehenda, que allí se trata de otros oidos muy diferentes de los del cuerpo: á la manera que quando se dice que hemos buscado á Dios con nuestras manos, que nuestras manos han tocado al Verbo de vida, no se pueden entender estos pasages sino figuradamente. Por lo que Salomón, en los Proverbios, nos habla de un sentido divino, que nada absolutamente tiene de material.

N. 35. Celso insinúa ; que Jesus, despues de su Resurreccion, no era sino una fantasma, que pudo facilmente engañar á sus Discípulos, y desaparecer inmediatamente.

¡ Jesus, fantasma engañosa y pasagera! ¡ Jesus, que ha hecho y hace todos los días tantos prodigios reales y permanentes ; que ahuyenta á los Demonios, y á los Dioses de nuestros Contrarios ; que en todos los países del universo, convierte á los hombres, los arrastra á la virtud, mediante la fuerza de la Divinidad, y hace que practiquen todo quanto su ley ordena!

N. 36. 37. y 38. Tambien nos representa Celso, como hombres enteramente carnales, y que no conocen otro modo de instruirse y de juzgar, sino por los sentidos. El no hace mas que ridiculizarse á sí mismo, atribuyendonos unos sentimientos, que son enteramente contrarios á los nuestros. Se dice en nuestras Escrituras, que las perfecciones invisibles de Dios, desde la creacion del mundo, resplandecen y se hacen sensibles en sus obras. (Rom. 1.)

Aunque las luces del hombre, en esta vida, comiencen por los sentidos y por los objetos sensibles ; con todo es preciso que no nos paremos en ellos, sino que deben servirnos como de grados, para elevarnos hasta los objetos espirituales é invisibles. Nosotros creémos, que Dios es un Sér infinitamente simple, invisible, inmaterial, un espíritu puro, ú otra cosa todavía mas

excelente que el espíritu y la substancia : creémos, que solamente el alma, hecha á su imagen, puede conocerlo, en esta vida, como por entre un espejo y en enigma, y en la vida futura, facha á facha. (I. Cor. 13.) Pero no hay que tomar á la letra estas últimas palabras, sino en un sentido figurado y espiritual, como hemos dicho acerca de los ojos, de los oídos y de las manos.

Este nombre, carnal, á nadie conviene menos que á un Christiano, enseñado á mortificar las acciones de la carne y los miembros terrenos, y á llevar sobre su cuerpo la mortificacion de Jesus; que sabe, que el espíritu de Dios no permanecerá jamás en el hombre, porque es carne; y que los hombres carnales no podrian agradar á Dios. (Rom. 8. Colos. 3. Gen. 6.) Por eso el Christiano procura por todos medios no ser carnal, y hacerse puramente espiritual.

N. 39. Celso nos exhorta á que nos elevemos sobre la tierra y sobre los sentidos. Mal principio es el suyo para persuadirnos ; porque empieza diciendonos injurias, y tratandonos de tímidos y cobardes, siendo así que por no consentir que se diga una palabra en desprecio de nuestra Religion, peleamos constantemente hasta morir; y no solo provocamos la muerte, sino todos los suplicios. Nos trata igualmente de esclavos de nuestro propio cuerpo, aunque ni aun á Jesu-Christo conocemos, segun la carne; y por la Religion nos despojamos de nuestro cuerpo, con mayor

facilidad que un Filósofo se desprende de su capa.

Nos dice tambien , que cerremos los ojos de la carne , y abramos solamente los del espíritu : á él se le figura , que nosotros no conocemos esta distincion ; pero nuestros Libros Sagrados manifiestan todo lo contrario. De Adán y Eva se dice , que *apenas comieron del fruto prohibido , se abrieron sus ojos* (Gen. 3.); esto es, los ojos del cuerpo , que hasta aquel punto habian estado por fortuna cerrados , para que no los distraxesen y les quitáran el ver con los ojos del alma. Estos , por el contrario , que habian estado siempre abiertos para contemplar á Dios y el Paraíso , en donde habian sido colocados , se cerráron entonces en castigo de su pecado. El Salvadór nos dice : «Yo he venido al mundo , para que los que no ven , vean , y los que ven , se vuelvan ciegos.» (Joan. 9.) Entiende por los primeros , los ciegos de espíritu , á quienes ilumina ; y por los segundos , los que ven con los ojos del cuerpo , á quienes ciega , para que puedan ver sin distraccion con los ojos del alma.

El que es verdaderamente Cristiano , tiene abiertos los ojos del alma , y cerrados los del cuerpo ; y solo entonces es quando ve y conoce al Dios supremo y á su Hijo , que es su Verbo y su sabiduría.

N. 40. Es ciertamente una injusticia , que Celso dirija su discurso á todos los Christianos , y les impute los extravagantes errores de algunos

sectarios , que nada comun tienen con nosotros. ¿Qué razon puede tener para confundirnos con unos impostores , que reniegan de Christo , y se enardecen contra los verdaderos Christianos , tan violentamente como el mismo Celso? ¿Y cómo es posible no distinguir á los Christianos por aquel ardor , quizá muy ferviente , con que se arrojan á la muerte y á los tormentos ; al paso que los sectarios se ve que repugnan constantemente sellar con su propia sangre la verdad , que se glorian haber hallado? La doctrina de Jesus nos ha enseñado á detestar sus impías fábulas , y todos aquellos monstruos que ellos colocan en el cielo.

N. 41. Pero ¿quáles son las guías , quiénes son los maestros que Celso nos propone? *Los sábios , dice él , los Filósofos , y los Poetas divinamente inspirados.*

Facilmente podriamos hacer ver , que esas guías son por lo comun de ciegos , y esos maestros , maestros del error. Sino , que nos muestre Celso , que los discípulos de todos esos son mas ilustrados y mas virtuosos , que aquellos que apartados , así de las impiedades de los Gentiles y hereges , como de las supersticiones Judáicas , adhieren únicamente por el Verbo á Dios , Padre del Verbo. ¿Cómo es posible que nos persuada á que demos á esos Sábios la preferencia sobre Moysés , aquel siervo fiel de Dios ; sobre los Profetas del Criador del mundo , que les inspiró para que hicié-

ran tantas predicciones; sobre el que iluminó al linage humano, y reveló á las almas que son capaces de comprehenderla, una teología, que los eleva sobre todos los objetos terrenos? ¿Nos persuadirá á que los prefiramos á aquel que se acomodó á la capacidad de los sencillos, de las mugeres, de los esclavos, de todos los hombres, en una palabra, que no pueden esperar de ningun otro las instrucciones y auxilios necesarios, para vivir en la piedad y en la virtud?

N. 42. Celso cita un pasage de Platón que dice, *que es cosa muy difícil hallar al padre y arquitecto del universo; y que es imposible, una vez hallado, hablar de él, de suerte que todo el mundo llegue á conocerlo.*

De aquí se infiere, que el hombre puede absolutamente hallar á Dios con solas sus fuerzas. Pero si esto fuera así, si Platón y los demás Griegos hubieran encontrado al Criador del universo, lo hubiesen adorado, y no hubiesen adorado á otro ninguno; porque este gran Dios no sufre que se le asocie ningun otro sér. Así, pues, nosotros afirmamos, que no es posible hallar, ni aun buscar á Dios sin el auxilio de aquel á quien se busca, y que se dexa encontrar de aquellos, que habiendolo buscado, en quanto está de su parte, reconocen que no pueden hallarlo sin él; en cuyo caso se les manifiesta, en quanto el hombre, en quanto el alma abrumada por el cuerpo, es capaz de conocerlo.

N. 43. Platón da á entender en este pasage, que solamente un corto número de personas puede hablar de Dios, y darlo á conocer: pero nosotros pensamos que el discurso humano, no solo no podria explicar la naturaleza de Dios, sino que ni aún tampoco la de muchos seres inferiores á Dios. Con todo, es cierto que se ve á Dios, puesto que leemos: *Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios (Matt. 5).* Y la imagen del Dios invisible dixo: *el que me ve á mí, ve tambien á mi Padre que me ha enviado (Joan. 14).* Pero no se han de entender estas palabras, en un sentido grosero, del cuerpo mismo de Jesus; porque si así fuera, aquellos que clamaban, *crucifícadlo, crucifícadlo*, se seguiria, que habian visto tambien al Padre, lo qual sería un absurdo. Ni Jesus responderia tampoco á los Discípulos que le pedian, que les mostrase á su Padre: *Ya hace tanto tiempo que estoy con vosotros, y todavía no me habeis conocido.*

N. 44. Celso se imagina, que se puede adquirir el conocimiento de Dios y del sumo bien, por medio del método usado en las ciencias humanas, por la reunion, por la separacion de muchas ideas, por analogia. Pero quando el Verbo de Dios nos dice, que *nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se lo ha hecho conocer (Matt. 11).*, nos enseña, que no se puede conocer á Dios sin una gracia especial, sin inspiracion divina. Paréceme en efecto, que es-

te conocimiento excede á las facultades de la naturaleza humana (esto es lo que ha ocasionado tantos errores acerca de la Divinidad), y que Dios, por amor á los hombres, concede gustosamente esta gracia verdaderamente divina, á los que prevee que vivirán de un modo digno de tan sublime conocimiento, y que perseverarán en la piedad, á pesar de las amenazas mas horribles, y á pesar de las risadas de los profanos, que se forman ideas de la piedad, enteramente opuestas á la verdad.

Viendo Dios el soberbio desprecio con que los Filósofos miraban al resto de los hombres, solo porque mediante la fuerza de su razon, habian llegado á conocer á Dios y las cosas divinas, al paso que corrian como el pueblo á los templos, á postrarse delante de vanos simulacros; viendo esto Dios, repito, quiso escoger los necios segun el mundo, los hombres sencillos y sin letras, mas modestos, mas hombres de bien que los Filósofos, para que confundieran á los pretendidos Sábios, que no se avergonzaban de dirigir sus votos á unos ídolos sin vida, como si fueran verdaderamente Dioses. ¡Hay cosa mas digna de compasion que una ceguedad semejante! ¡Véase á dónde vienen á parar todas esas sublimes especulaciones acerca de la Divinidad!

Pero el mas infimo Christiano, que sabe que el mundo entero es el templo de Dios, invoca á Dios en todas partes; cierra los ojos del cuer-

po y levanta los del alma, guiado por el Espíritu Divino, se eleva con el pensamiento mas allá de los cielos, y en algun modo mas allá del mundo; dirige á Dios sus ruegos, pero nada le pide que sea baxo, comun, ó carnal; no le pide sino cosas importantes y verdaderamente divinas, que puedan conducirlo á la bienaventuranza, que reside en él, por medio del Verbo su Hijo, que es Dios.

N. 45. El número 45. no contiene sino repeticiones y sutilezas filosóficas, acompañadas de injurias, que es el language ordinario de Celso.

N. 46. 47. y 48. Celso continúa impugnandonos con injurias. Nosotros, muy lejos de hablar este language, aprobamos con gusto todo lo bueno que nuestros adversarios dicen, sin andar con tranquilas, ni impugnar lo que es verdad: y así le responderemos solamente, que quando se ponga á infamar y calumniar á los adoradores del único verdadero Dios, para quien es igualmente acepta la fe ciega de los sencillos, que la ilustrada de los Sábios, se guarde mucho de perder la equidad y moderacion, cuya semilla ha sido sembrada por el Criador del universo en todos los corazones.

Por lo demás, no somos nosotros los únicos, á quienes el Sér supremo se ha manifestado; pues tambien se ha dado á conocer á muchos Filósofos, que han conservado la verdad de Dios en la injusticia, y que por consiguiente son inex-

«cusables; pues á pesar de sus luces, no lo han «glorificado como á Dios, ni le han tributado «gracias, sino que se han desvanecido en sus «pensamientos, convirtiendo la gloria del Dios «incorruptible en simulacros de hombres y de «animales corruptibles. Por eso se ve, que abandonados de Dios á su profunda depravacion, se «han contaminado y deshonrado por toda especie de excesos y de disoluciones.” (Rom. I.)

Al contrario, aquellos á quienes nuestros Adversarios tratan con tanto desprecio, llamandolos ignorantes, insensatos y esclavos; esos mismos, desde el punto en que abrazaron la fe en Jesus, renunciaron á todos sus hábitos viciosos, y llevan una vida casta é irreprehensible; y muchos de ellos, consagrados únicamente á la oracion y al ministerio de los altares, guardan perpetua continencia; sin que con ellos puedan ser comparados algunos Sacerdotes idólatras, como por exemplo, el único Hierofante de Atenas, que necesita de remedios para preservar su debil y equívoca virtud (a). El Verbo de Dios los conserva puros y perfectos. Ni puede tampoco compararse con las Vírgenes Christianas, ese corto número de Vírgenes verdaderas ó pretendidas, consagradas al culto de los Dioses; porque las primeras no tienen que esperar honores, gloria,

(a) Se suprimen en este lugar algunas particularidades, que nuestras costumbres no permiten que se refieran.

ni riquezas; ni tienen tampoco necesidad de ser por este medio recompensadas del sacrificio que hacen á Dios, cuya gracia por sí sola las mantiene, y cuya fe, la sabiduría y la decencia, son la única regla de su conducta. En una palabra, todas las virtudes son compañeras inseparables de su virginidad.

N. 49. Nosotros no queremos negar ni censurar las verdades y bellezas que los Griegos y Filósofos han dicho; pero confesemos de buena fe, que son muy inferiores á los Profetas de Dios, y á los Apóstoles de Jesus. Nuestros Sábios han profundizado la sublime doctrina que Jesus nos ha revelado. *Ella reside en su corazon*, dice el Salmista, *y su boca anunciará la justicia y la sabiduría* (Sal. 36.). Pero ¿qué estamos? Aún aquellos, que por falta de instruccion, ó por cortedad de talentos, son incapaces de penetrarla, no por eso tienen una fe menos viva en el Dios supremo y en el Verbo su único Hijo; y hacen ver constantemente en su vida una gravedad, una inocencia, un candor, una humildad, que dexarán siempre confundidos á todos esos falsos sábios, tan licenciosos en sus costumbres, como vanos en sus discursos.

N. 50. Nuestras Escrituras nos enseñan que todos los hombres son ya pecadores al tiempo de nacer, y que fuéron concebidos en la iniquidad; y nos inculcan la vanidad de esta vida y de todas las cosas terrenas. *Vanidad de vanidades*, dice

el Ecclesiastes, y toda vanidad. (Eccles. I.) ¿Quién sabe, dice Eurípides, si el vivir es morir, y el morir es vivir? Luego Eurípides nada sabe, puesto que no sabe sino dudar. Nuestras Escrituras hablan clara y afirmativamente acerca de todas las verdades que nos interesan. ¿Quién me libertará, dice Pablo, de este cuerpo de muerte? «Mientras permanecemos en este cuerpo, estamos separados del Señor: por eso deseamos separarnos de este cuerpo, para reunirnos al Señor.» (Rom. 8. II. Cor. 5.)

N. 51. y 52. Quanto es grande el agravio que Celso nos hace, tratandonos de ignorantes, tanto es poderoso el fundamento que nosotros tenemos, para tratar de ciegos á los que se imaginan honrar á la Divinidad, adorando vanos simulacros. Qualquiera que tenga abiertos los ojos del alma, no puede menos de estar convencido de que no hay otro medio de honrar á la Divinidad, que el de dirigir todos los votos y todos los homenajes al Criador del mundo, y hacerlo todo en su presencia, puesto que conoce nuestros mas secretos pensamientos. Nosotros deseamos ser guías de esos ciegos, y conducirlos al Verbo de Dios, que aclarará los ojos de sus almas, y disipará sus tinieblas; y aún nosotros mismos si hacemos obras dignas del que dixo á sus Discípulos, *vosotros sois la luz del mundo*, seremos la luz de los que están en las tinieblas, comunicaremos la sabiduría á los insensatos, é

instruiremos á los ignorantes. Los que siguen la doctrina de Jesus, adelantan con paso firme en la carrera de la vida, hasta que habiendo llegado al término, dicen con Pablo: «yo he peleado con valor, he acabado mi carrera: ya no me queda, sino recibir la corona de justicia.» (II. Tim. 4.)

N. 53. 54. y 55. «Si os habeis propuesto innovarlo todo, nos dice Celso, ¿por qué no habeis escogido alguno de aquellos personajes, que han muerto gloriosamente, y á quienes hubierais podido, con alguna verisimilitud, hacer pasar por Dioses, como por exemplo, Hércules, Esculapio, Orfeo? ¿No podiais haber puesto los ojos en Anaxarco, que murió con tanto valor, que habiendo sido machacado en un mortero, hacia burla del suplicio, y le decia al Tirano: *¿hiere la bayna de Anaxarco, porque Anaxarco nada siente?* ¿No teniais tambien á Epicteto? De quien se cuenta, que habiendole dado de golpes su maestro en una pierna, le decia sonriendo, *tú me la romperás*; y quando se la rompió en efecto, *bien decia yo*, añadió con la misma serenidad. ¿Qué ha hecho jamás vuestro Dios, que pueda compararse con lo que acabo de decir? Finalmente, solo por no reconocer por Dios á un hombre, que puso término á una vida despreciable con una muerte miserable, debiais primero creer en la Sibila, en Jonás, en Daniel, ó en qualquiera otro, cuya vida pre-

«sentase á lo menos algunos prodigios.»

Celso nos cita á Hércules: pero ¿por qué no hace la apologia de sus flaquezas, y de su esclavitud baxo el poder de Onfale? ¿Por qué no nos prueba, que sus latrocinios merecieron los honores del apotéosis? De Esculapio he hablado ya en otra parte: por lo que respeta á Orfeo, bien sabidos son sus versos acerca de los Dioses; los quales son todavía mas reprehensibles que los de Homero.

El rasgo de valor de Anaxárco y de Epicteto, es admirable sin duda alguna; pero no basta eso para que los hagamos Dioses. ¿Qué comparacion tiene todo eso con la infinidad de acciones y discursos de Jesus, en que la sabiduría y el poder divino se manifiestan con tanto resplandor? Como que sus discursos tienen todavía la virtud de convertir á los que los leen. La dulzura, la paciencia inalterable, el silencio de Jesus en medio de las injurias, de los escarnios, de los trabajos y de los tormentos; sí por cierto, su silencio es mas admirable y mas divino, que todo quanto puedan haber dicho los Sábios que nos oponen.

N. 56. y 57. Celso nos acusa de que hemos insertado impiedades en los escritos de la Sibila, de la qual quisiera él, no sé por qué, que nosotros hubiésemos hecho una Divinidad. A cada instante repite también, pero sin alegar jamás prueba alguna, que hay cosas vergonzosas en la

vida de Jesus: mas si las hubiera efectivamente, ¿cómo era posible que hubiese dexado de referirlas? Dice que Jesus padeció una muerte miserable; pero pregunto, ¿la de esos Filósofos, de quienes habla con tanto elogio, lo es menos? En todo se ve manifestamente, que Celso no tira sino á obscurecer y calumniar la memoria de Jesus, siguiendo para esto las sugestiones de aquel espíritu engañoso, de quien Jesus triunfó, robándole sus adoradores, los quales en desprecio del verdadero Dios, no cesaban de ofrecerle víctimas y sacrificios.

Quisiera además, que nosotros adorásemos como á Dios á Jonás, que solamente predicó la penitencia á la ciudad de Nínive; ó á Daniel, preservado milagrosamente del furor de los leones; con preferencia á Jesus, que hizo anunciar la penitencia á toda la tierra, murió por la salvacion de los hombres, de quien los Profetas de Dios diéron testimonio, y el qual venció á todas las Potestades enemigas de la salvacion de los hombres, obró tantos prodigios, y comunicó á sus Discípulos la virtud de obrarlos por sí mismos, y de hollar á sus pies las serpientes, los escorpiones, y todo el poder del enemigo. (Luc. 10.)

N. 58. «Esta es, dice Celso, una de sus máximas: jamás será permitida la venganza; y quando uno sea herido en una mexilla, deberá presentarle la otra. Lástima es, que esta máxima sea tan antigua, y que la hallemos mas elegante-

mente explicada en Platón, el qual concluye en su Critón, diciendo, que nunca es permitiendo volver el mal en cambio del mal, por grande que sea el agravio recibido."

N. 59. Sean los que fueren los autores de esta máxima, ó los Griegos, ó los Profetas, ó los Apóstoles de Jesus, no por eso es menos sabia, ó menos perfecta: quanto mas que se sabe ciertamente, que los libros de los Judíos son mucho mas antiguos que todos los demás. No es del caso que los Griegos sean superiores á los Judíos en quanto á la elegancia y eleccion de las expresiones: además de que los libros de los Judíos, independentemente de una composicion llena de sabiduría, no están tampoco desnudos de aquellos adornos, que permite el genio de su lengua.

Tambien podria decir, que el estilo de los Hebréos y de los Christianos conviene mucho mejor á la instruccion, que no el de los Filósofos; lo que probaré con una comparacion familiar. Supongamos dos cocineros, de los quales el uno prepare la comida solamente para un corto número de personas ricas y de un gusto exquisito, y el otro disponga alimentos sanos y nutritivos para el pueblo. ¿Cuál, pregunto, de los dos deberá ser preferido? A mí me parece, que quanto el bien público es superior al de los particulares, tanto el segundo talento es superior al primero.

N. 60. No hay cosa mas natural, que aplicar á los alimentos del alma, lo que acabamos de decir de los del cuerpo. Platón y los demás Sabios se parecen á aquellos Médicos, que únicamente miran por la salud de las personas calificadas, y descuidan de la muchedumbre; pero los Profetas de los Judíos, deseosos de ser útiles al pueblo, procuraron acomodarse á su capacidad, y con este fin desterraron de sus discursos todas las expresiones exquisitas, y aquella sabiduría carnal que afecta la obscuridad. Finalmente, unos discursos que tienen la fuerza de persuadir y convertir á un número prodigioso de hombres, ¿no deben ser preferidos á los que no son inteligibles, sino para un cortísimo número de personas?

Un Griego, que se propusiera enseñar la sabiduría á los Egipcios y á los Sirios, no les hablaría en Griego, porque no lo entenderian, sino en Egipcio ó Siriaco, por bárbaros que sean estos idiomas para los Griegos. Pues del mismo modo, el Verbo Divino, que no se propuso únicamente la salvacion de los Filósofos Griegos, sino la de todos los hombres, descendió hasta ellos, y tomó su language mas familiar, para atraer al pueblo, y empeñarlo despues, á que procurara penetrar los sentidos profundos y misteriosos de su Escritura: porque no hay quien haya estudiado nuestros libros, y no haya descubierto en ellos ciertas verdades, que no se pre-

sentan á primera vista. ¿Qué digo? Quanto mas ardor y aplicacion se pone en ellos, tanto mas verdades se descubren.

N. 61. No hay cosa mas sencilla verdaderamente, ni mas popular, que aquellas palabras de Jesu Christo: «Si alguién te hiriere en una mejilla, preséntale la otra; y si quisiere robarte la túnica, alargale también la capa.» (*Matt. 5.*) Estas expresiones han producido seguramente mas fruto que los Diálogos de Platón; los cuales, lejos de poder ser leídos de la muchedumbre, apenas son entendidos de los jóvenes, que acabados sus estudios, frecuentan las escuelas de los Filósofos. Estas sublimes máximas de moral, estos divinos preceptos de paciencia y de caridad, no merecen por cierto la rigorosa censura de Celso, ni pierden tampoco nada de su precio, porque sean enunciados en términos sencillos y vulgares.

N. 62. Queriendo Celso probar, que nada tenemos nosotros, que nos haga superiores á ninguna secta, continúa de este modo: «Los Christianos no pueden sufrir templos, altares, ni simulacros; en lo que se parecen á los Escítas, á los Nómados, á los Seres y á los Persas; ni creen tampoco, que el oro, la plata, ó el cobre pulimentado por mano del hombre, puedan hacerse un Dios. Pero ¿quién lo cree, sino es que sea algun insensato? Todos esos son dones consagrados á los Dioses, é imágenes de los

«Dioses. Y si es que los Christianos piensan, que las estatuas no es posible que sean imágenes de los Dioses, porque los Dioses son hechos muy diferentemente, se contradicen torpemente, puesto que enseñan que Dios formó al hombre á su imagen. Ni aquí paran; sino que niegan, que aquellos á quienes se erigen esas estatuas, sean Dioses; y pretenden que no son sino Demonios, y que un adorador del verdadero Dios, no puede sin hacerse criminal, tributar culto alguno á los Demonios.»

N. 63. y 64. Responderé á Celso, que para compararnos con los Escítas, con los Nómados, con los Seres y con los Persas, no basta que todos estos rehusen los templos, los altares y las estatuas de los Dioses: era menester además, que lo hiciesen por las mismas razones que nosotros. Los discípulos de Zenón y de Epicuro se abstienen del adulterio; pero por motivos muy diferentes: los primeros, por amor al orden y á la justicia; los segundos, por el temor de las consecuencias, por su principio mismo, que es el amor al deleyte al que perjudican los placeres indiscretos. Porque un Epicuréo se permitiría sin escrúpulo el adulterio, si estuviera seguro de que podría ocultarlo á todos aquellos, de cuyo resentimiento ó desprecio debía estar rezeloso.

Así que, todos esos pueblos rehusan los ídolos, por adhesion á sus falsos dogmas, mas no por respeto á la Divinidad, y por no degra-

darla y prostituir su culto á los Demonios. Pero los Judíos y Christianos miran con horror los templos y los ídolos, porque está escrito en su ley: »No adorarás ni temerás sino al Señor tu Dios, ni servirás sino á él. No tendrás otros Dioses que á mí. No te formarás ningun ídolo ó imágen, ya de lo que está en el cielo, ó sobre la tierra, ó en las aguas, con el fin de adorarla.“ (*Deut. 6. Mat. 4. Exod. 20.*) Y así, primero sufriran mil muertes, que manchar con la impiedad el culto puro que tributan al único verdadero Dios.

N. 65. y 66. Es verdad que los Persas no tienen templos, pero adoran al sol y á las criaturas; lo que nos está expresamente prohibido á nosotros. Por lo demás, no solamente es un crimen el adorar á los ídolos, y dirigirles votos; sino que tambien lo es el aparentarlo fingidamente, y dexarse arrastrar á los templos, por el exemplo y autoridad de la muchedumbre, como hacen los Filósofos, los Discípulos de Aristóteles, de Epicuro y de Demócrito. Su exemplo contribuye á arrastrar y seducir tambien á otros, que creen sincéras las demostraciones de esos falsos Sábios.

Nosotros decimos tambien, que los simulacros no pueden ser imágen de Dios, y nó por eso tememos incurrir en contradiccion alguna, como Celso nos acusa. Porque jamás hemos dicho, que la imágen y semejanza de Dios se ha-

llase en el hombre entero, sino solamente en el alma, que está dotada de razon, y formada por la virtud.

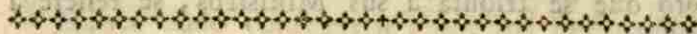
N. 67. 68. 69. y 70. Celso nos acusa vigorosamente, porque no tributamos culto alguno á los Demonios. »¿Por ventura, dice, no acontece todo segun la voluntad de Dios? ¿No lo arregla todo su providencia? Lo que hacen los Angeles, los Demonios, ó los Héroes, ¿no es conforme á la ley establecida por ese gran Dios? ¿No reciben de él su poder y su ministerio los Demonios? Luego el que tributa un culto á Dios, debe tambien tributarlo á los Demonios.“

Muchas cosas habia que exáminar y refutar en esta objecion: pero nos contentaremos con decir, que Celso no conoce absolutamente la naturaleza de los Demonios, los quales es cierto, que fueron criados en la inocencia y la santidad, pero se pervirtiéron ellos mismos, revelandose contra su Criador. Por eso vemos que no se emplean sino en hacer mal. ¿Por qué, sino, los invocan los Mágicos, y los que usan de sortilegios? Y nosotros ¿no los arrojamos tambien todos los dias de los cuerpos de los hombres, y aún de los animales?

Es falso que todo suceda por orden de Dios, y conforme á su ley: de lo contrario, todos los pecados y todos los crímenes dimanarian de Dios, y serian conformes al orden eterno. Quando los hombres pecan, así como los Demonios, desobe-

decen á Dios, y siguen, no su ley, sino la ley del pecado, que es la frase de nuestras Escrituras. Es cierto que la divina Providencia se extiende á todo, y nada sucede sin su permiso; pero no se sigue de aquí, que todo suceda por orden de Dios y conforme á su ley. Mas ya es tiempo de finalizar este séptimo libro.

Fin del libro séptimo de Orígenes contra Celso.



LIBRO OCTAVO

DE ORÍGENES CONTRA CELSO.

N. 1. 2. 3. 4. y 5. Comenzamos nuestro octavo libro, implorando el auxilio de Dios y de su Verbo, para refutar con solidez los sofismas de Celso, y demostrar claramente la verdad de la Religión Christiana. ¡Ojalá que como Pablo, podamos mostrarnos dignos Embaxadores de Christo cerca de los hombres; de Christo, digo, que los convida al amor de Dios y de todas las virtudes, despues de haberlos sacado del seno de las tinieblas y de la ignorancia! Solo este Dios fuerte y poderoso puede inspirarnos discursos verdaderos y llenos de energía.

Celso insiste siempre en favor del culto de los Dioses. „Los Christianos, dice, nos responden, que no se puede servir á dos amos.“ (Mat. „10.) Esta es una máxima sediciosa, y propia de una secta enemiga de la sociedad. Y si bien eso puede ser cierto respecto del servicio de los hombres, puesto que no es posible consagrarse al servicio de uno sin abandonar el de los otros; con todo es falso respecto del servicio de Dios, á quien no se le podría causar pesadumbre ó agravio con todo lo que dimana de los hombres: quanto mas que el cul-

decen á Dios, y siguen, no su ley, sino la ley del pecado, que es la frase de nuestras Escrituras. Es cierto que la divina Providencia se extiende á todo, y nada sucede sin su permiso; pero no se sigue de aquí, que todo suceda por orden de Dios y conforme á su ley. Mas ya es tiempo de finalizar este séptimo libro.

Fin del libro séptimo de Orígenes contra Celso.

[illegible]

LIBRO OCTAVO

DE ORÍGENES CONTRA CELSO.

N. 1. 2. 3. 4. y 5. Comenzamos nuestro octavo libro, implorando el auxilio de Dios y de su Verbo, para refutar con solidez los sofismas de Celso, y demostrar claramente la verdad de la Religión Christiana. ¡Ojalá que como Pablo, podamos mostrarnos dignos Embaxadores de Christo cerca de los hombres; de Christo, digo, que los convida al amor de Dios y de todas las virtudes, despues de haberlos sacado del seno de las tinieblas y de la ignorancia! Solo este Dios fuerte y poderoso puede inspirarnos discursos verdaderos y llenos de energía.

Celso insiste siempre en favor del culto de los Dioses. „Los Christianos, dice, nos responden, que no se puede servir á dos amos.“ (Mat. „10.) Esta es una máxima sediciosa, y propia de una secta enemiga de la sociedad. Y si bien eso puede ser cierto respecto del servicio de los hombres, puesto que no es posible consagrarse al servicio de uno sin abandonar el de los otros; con todo es falso respecto del servicio de Dios, á quien no se le podría causar pesadumbre ó agravio con todo lo que dimanara de los hombres: quanto mas que el cul-

«to que se tributa á sus Ministros, se refiere á «él.»

Celso ignora, que *todos los Dioses de los Gentiles no son sino Demonios* (Ps. 95.), espíritus pervertidos y degradados. Aunque se dé á muchos el nombre de Dios y de Señor, solo hay un Dios, Rey de Reyes, y Señor de Señores. Nosotros, dice Pablo, *no tenemos sino un Dios, Padre, de quien todo procede, y un solo Señor, Jesu-Christo, por quien todo es.* (I. Cor. 8.) Mas no porque no se nos pueda seducir á adorar á otro Dios, ó á servir á otro Señor, somos ya sediciosos. Huimos de la sociedad, es cierto, pero ¿de qué sociedad? De la sociedad de los que no tienen relacion alguna con la alianza de Dios, y están desterrados de la Ciudad santa. Huimos, vuelvo á decir, de ellos, á fin de vivir como ciudadanos del cielo, acercarnos al Dios vivo, y *arriivar á la Jerusalén celestial, á la sociedad de los Angeles, y á la Iglesia de los primogénitos, que están inscritos en el Cielo.* (Hebr. 12.)

N. 6. 7. y 8. Jamás hemos creído, que Dios tuviera necesidad de nuestro culto: sabemos, que aunque se lo neguemos, ni podemos afligirle, ni hacerle agravio alguno. A nosotros, sí, que nos hacemos el mayor agravio, separandonos de Dios, centro y origen de nuestra felicidad, que nos anima con su espíritu de adopción, el qual exclama en el fondo del corazon de todos los hijos del Padre celestial: *Padre mio, Padre mio.* (Rom. 8.)

Nunca pudo conseguirse, que los Embaxadores de Esparta consintiesen en postrarse ante el Rey de Persia. Las Guardias de este Rey usaron para ello de violencia, pero en vano, porque los Espartanos no reconocian otro Señor, que la ley de Licurgo. Pues si á nosotros nos honra una embaxada mucho mas augusta por Jesu Christo; ¿cómo es posible, que ni los Principes, ni los Demonios, ni sus satélites nos obliguen jamás á adorar á los Dioses, ó á los Monarcas de ninguna nacion?

N. 9. Celso se refuta á sí mismo diciendo, que no se ha de adorar sino á aquellos, que Dios quiere que sean adorados. Muestrenos pues, que Dios quiere, que sus Dioses ó sus Demonios sean adorados; que es lo que nosotros le demostramos por lo que respeta á Jesus. Porque Dios quiere, que *todos honren al Hijo, como honran al Padre.* (Joan. 5.) Las Profecías que anunciaron á Jesus, son un testimonio auténtico de su Divinidad, así como tambien los milagros que él hizo, no por medio de los secretos de la magia, como Celso pretende, sino mediante la virtud de su Divinidad, atestiguada por los Profetas. Y así, no se puede decir que obra contra la razon, el que tributa un culto al Hijo y al Verbo de Dios. Por otra parte, este culto es tan ventajoso al hombre, como legítimo; porque es una cosa indubitable, que se hace mejor el que adora al que es la verdad misma, la sabiduría, la justi-

cia, en una palabra, todas las virtudes, como las divinas Escrituras nos lo enseñan.

N. 10. Por lo demás, el culto del Hijo de Dios, así como el de Dios Padre, consiste principalmente en la santidad de vida: y así como se deshonorra á Dios traspasando su ley, se le honra por el contrario observandola. *Vosotros, dice Pablo, que os gloriáis de la ley, deshonrais á Dios traspasando la ley. (Rom. 2.)*

N. 11. Celso nos acusa, como si fuera una impiedad, de que no llamamos Señor, sino á un Dios solamente, introduciendo por este medio la discordia en el Reyno de Dios, é indisponiendo á los Dioses unos con otros. Mas para eso debia haber probado primero, que esos infames Demonios que los Gentiles adoran, eran otros tantos Dioses.

Apenas nos quitamos de la boca el Reyno de Dios: el término de todos nuestros votos es, que Dios solamente sea nuestro Rey, y que su Reyno sea el nuestro. Dios no tiene que temer á otro Dios por enemigo; por mas que algunos hombres perversos, á imitacion de los Gigantes y Titanes, se atrevan con Celso á enarbolar el estandarte, ya contra Dios que ha dado tantos testimonios de la divinidad de Jesus, ya contra el mismo Jesus, que por la salvacion de los hombres se ha manifestado al mundo entero, en quanto cada uno pudo conocerlo.

N. 12. «Los Christianos, continúa Celso, ten-

«drian alguna razon para no adorar á los Dioses, si no adorasen mas que á un Dios; pero es el caso, que adoran tambien á un hombre, que nació poco hace.»

Celso ignora, que *el Padre y el Hijo no son sino uno, y que el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre. (Joan. 10.)* Jesus no nació poco hace: *Yo soy*, nos dice él mismo, *antes que Abrahám: Yo soy la verdad. (Joan. 8. 14.)* Es indubitable, que la verdad era anterior al tiempo en que Jesu-Christo pareció sobre la tierra. En una palabra, nosotros adoramos al Padre y al Hijo, que son dos en quanto á la hipóstasis ó la persona, pero no son mas que uno por el concierto é identidad de la voluntad: de manera que el que haya visto al Hijo, perfecta imágen del Padre, ha visto en él al Padre. Luego tenemos sobrado fundamento, aún en sentir de Celso, para detestar el culto de los Dioses.

N. 13. «Si adorais al Hijo de Dios juntamente con su Padre, nos dice Celso, se sigue que «debeis tambien adorar á sus Ministros.»

Si los Demonios fueran verdaderamente Ministros de Dios, podriamos exáminar, qué especie de culto convendria tributarles; pero ya hemos dicho lo bastante acerca de la naturaleza de los Demonios. Nosotros no adoramos sino á un solo Dios, y á su Hijo, su Verbo, su imágen, por medio del qual ofrecemos nuestras oraciones al Dios supremo; suplicandole, que en calidad

de Pontífice por excelencia, y de víctima por nuestros pecados, se digne presentar á Dios nuestros votos, nuestros sacrificios, y nuestras oraciones. Adoramos al Padre, adorando á su Hijo, que es su Verbo, su sabiduría, su verdad, su justicia, y todo lo que debe ser el Hijo de un Padre semejante.

N. 14. 15. y 16. «Aún quando se les demuestre, continúa Celso hablando de nosotros, que Jesus no es el Hijo de Dios, sino que el Dios que merece ser adorado, es Padre de todos igualmente; se obstinan en querer adorar al que ellos llaman Hijo de Dios, al que es cabeza de su sediciosa secta, y á quien encarecen lo mas que pueden.»

Nosotros hemos aprendido, que Jesus es el Hijo único del Padre, *el esplendor de su gloria, la figura de su substancia, la emanacion pura de la virtud del Todopoderoso y de la luz eterna, el espejo sin mancha de la magestad de Dios, y la imagen de su bondad.* (Hebr. 1. Sap. 7.)

Jesus, lejos de ser autor de turbulencias y sediciones, es autor de la paz. *Yo os dexo la paz, dice él mismo; yo os doy mi paz; os doy una paz muy diferente de la del mundo.* (Joan. 14.) Quando en este mundo nos vemos expuestos á la persecucion, ponemos en él toda nuestra confianza, porque nos tiene dicho: *el mundo os perseguirá, pero confiad en mí, que he vencido al mundo.* (Joan. 16.)

Celso nos imputa opiniones que jamás hemos sostenido, y particularmente que decimos, que *Jesus es superior al Dios que rige el universo.* Nosotros sabemos por el contrario, que Jesus dixo: *mi Padre, que me ha enviado, es mayor que yo.* (Joan. 14.) No hay entre nosotros ninguno tan estúpido que diga, que el Hijo del hombre es Señor de Dios: solamente creemos, que el Hijo domina sobre todas las criaturas que su Padre le ha sometido.

N. 17. Nos acusa Celso de que no erigimos templos ni altares. Contentemonos con responderle, que el alma de cada justo es el altar, de donde se elevan perfumes hácia el cielo; quales son las oraciones formadas por una conciencia pura: por lo que dixo Juan: *los perfumes son las oraciones de los Santos.* (Apoc. 5.) Las obras de los artesanos no son las estatuas y dones, que agradan á Dios, sino las virtudes que el Verbo Divino forma en nuestro interior, y por medio de las quales imitamos al primogénito de todas las criaturas, al modelo de la justicia, de la templanza, de la fortaleza, de la sabiduría y de todas las virtudes. Los que se despojan del hombre viejo y se revisten del nuevo, se hacen imagen del Criador, y le erigen dentro de sí mismos las estatuas que él apetece. Y así como entre los escultores y pintores hay talentos sublimes y consumados, hay Fidias y Policletes, Zeuxis y Apeles: del mismo modo hay entre los

Christianos algunos hombres, que representan con tanta perfeccion la imágen de Dios, que ni el Júpiter de Fideas podria compararse con ella. Pero la imágen mas parecida, la mas acabada se halla en nuestro Salvador mismo, que dice: *mi Padre está en mí.*

N. 18. Todos los justos procuran acercarse quanto pueden, á aquella perfecta é incomparable semejanza, contemplando á Dios con un corazon puro, y haciendose imitadores suyos. Estas son las estatuas, estos son los altares, que los Christianos zelosos erigen al único verdadero Dios; no simulacros inanimados y perecederos, muy dignos de los espíritus impuros á quienes están consagrados; sino altares y estatuas tan inmortales, como el alma misma en que están colocadas, y destinadas á recibir el espíritu de Dios, que reside en ellos, como en su propia mansion. *Yo, dice Jesus, habitaré en medio de ellos, seré su Dios, y ellos serán mi Pueblo.... Si alguno escucha mis palabras, y observa mis preceptos, mi Padre y yo vendremos sobre él, y estableceremos en él nuestra morada. (II. Cor. 6. Joan. 14.)*

N. 19. y 20. Nuestros templos son correspondientes á nuestros altares y á nuestras estatuas: porque no construimos templos muertos é inanimados para el autor de la vida; sino que nuestros cuerpos son sus templos: y si alguno mancha por medio del crimen este divino templo, Dios lo exterminará como á un impío y profanador.

El mas augusto, el mas sagrado templo de Dios, es el cuerpo de nuestro Señor Jesu-Christo. *Destruid este templo, les decia Jesus á los Judíos, que yo lo reedificaré en tres dias: él hablaba del templo de su cuerpo. (Joan. 12.)*

La Sagrada Escritura, revelandonos el misterio de la resurreccion, nos da á entender, que estos templos destruidos por la muerte, serán reedificados en el cielo, de piedras vivas, y de las piedras mas preciosas. *Vosotros estais edificandos, dice Pablo, sobre el cimiento de los Apóstoles y de los Profetas, y sobre la piedra angular, que es Jesu-Christo. (Ephes. 2.)* Isaías refiere por menor las piedras de que será compuesto el edificio de la celestial Sión: estas piedras son los justos. Y esto basta, á lo que yo pienso, para justificarnos acerca de la acusacion de Celso, que nos hacía cargo de que no teniamos estatuas, altares ni templos (a). Ello es constante, que los

(a) De este cargo de Celso, rencia las mismas que las que so, y de otros cargos semejantes, que los enemigos del Christianismo acostumbraban hacer á los Christianos, así como tambien de las respuestas de nuestros Apologistas, por exemplo, de Minucio Felix, Arnobio, Lactancio, y San Clemente de Alexandria, que son con corta diferencia las mismas que las que da Orígenes; se sigue claramente, que los Christianos, durante los tres primeros siglos de la Iglesia, y en lo fuerte de las persecuciones, no tenian templos contruidos y adornados, que llamasen la atencion de los Paganos; esto es, no tenian estatuas ni altares destinados

templos, las estatuas, los altares y los perfumes de los Gentiles; consagrados al culto impío y absurdo de los espíritus impuros y perversos, no pueden entrar en comparacion con los nuestros.

N. 21. 22. y 23. »Dios, dice Celso, es el Dios »de todos los hombres. Es bueno, no necesita »de nada, ni es susceptible de envidia: ¿por qué »pues, aquellos que le están especialmente con-

para quemar y degollar víctimas. Pero no se puede decir, que careciesen absolutamente de Iglesias, y de lugares particularmente consagrados para sus juntas, y para la celebracion de los misterios, sin desmentir á los Autores Eclesiásticos de aquel tiempo, y aún á los Historiadores Paganos. Se puede consultar entre otros á Eusebio, Lactancio, á Orígenes mismo en muchos lugares, á Lampridio, &c. En muchos edictos de persecucion vemos también, que se mandaba destruir las Iglesias de los Christianos, ó arrancarlas de su poder: y así es que Constantino, quando dió la paz á la Iglesia, mandó que se les restituyeran.

Los Escritores Eclesiás-

ticos enseñan constantemente, que no se puede representar á la Divinidad baxo ninguna figura, ni adorar sin impiedad imagen alguna: mas no por eso el uso de las imágenes dexaba de ser conocido y aprobado en la Iglesia desde los primeros siglos, como lo afirman Eusebio, Sozomén, Nicéforo, San Agustín, Tertuliano, y aun Focio. Nótese en las respuestas de Orígenes y de Minucio Felix, que nuestros antiguos Apologistas, por ciertas razones de prudencia, dictadas por las circunstancias de los tiempos, se abstengan de revelar á los profanos los misterios de la Religion, y de indicar á los perseguidores del nombre *Christiano*, los lugares de las asambleas de los fieles.

»sagrados, no han de tomar parte en las fiestas »públicas?«

Yo no percibo absolutamente la fuerza del argumento de Celso. Nosotros no tendríamos dificultad en tomar parte en las fiestas públicas, si no estuvieran fundadas sobre el error, ó pudieran ser miradas como una consecuencia del culto religioso que se le debe á Dios. Pero siendo como son unas fiestas puramente humanas y contrarias al culto divino, en las cuales todo se refiere únicamente á las propiedades naturales de algunos seres criados; ¿cómo es posible, que los fieles y religiosos adoradores de Dios carezcan de razones poderosas, para negarse á celebrarlas? *Celebrar las Fiestas*, dice un Sábio Griego, *es cumplir con su obligacion* (*Thucid. l. 1.*): y así el que cumple con todas sus obligaciones, el que ora á Dios sin cesar, y le ofrece víctimas espirituales, celebra verdaderamente las fiestas.

Pablo nos dice con una profunda sabiduría: *Vosotros observais los dias, los meses, los tiempos y los años: yo temo que he trabajado en vano entre vosotros.* (*Gal. 4.*)

Si alguno hay que nos oponga las Fiestas del Domingo, de la preparacion para la Pascua, de la Pascua, y de Pentecostes, que los Christianos acostumbra celebrar; le responderemos, que el Christiano perfecto, cuyas palabras, acciones y pensamientos tienen siempre por objeto al Verbo de Dios, su Señor, celebra todos los dias el

Domingo, esto es, el día del Señor. Asimismo, el que se prepara continuamente para la vida eterna, se abstiene de todo deleyte, castiga su cuerpo y lo hace esclavo; celebra todos los días la fiesta de la preparacion. El que piensa que Christo, Pascua de los Christianos, fue inmolido, y que se celebra su fiesta comiendo su carne; el que con sus pensamientos, con sus discursos, con toda su conducta, pasa de esta vida á la vida celestial, celebra todos los días la Pascua ó la fiesta del tránsito. Finalmente, el que habiendo resucitado con Christo, está sin cesar en oracion con los Apóstoles, hasta hacerse merecedor de recibir al Espíritu Divino, que arranca del corazon de los hombres todas las semillas de iniquidad y corrupcion; este tal celebra sin duda tambien todos los días la fiesta de Pentecostes.

Pero el comun de los fieles no es capaz de una perfeccion tan acrisolada; por eso necesita de un culto extérior y sensible, que le renueve la memoria de todos esos misterios, los quales, sin este auxilio, se borrarían quizá de su corazon. Mas ¿qué diferencia tan enorme entre la inocencia y la santidad de nuestras fiestas, y la disolucion y excesos de las fiestas paganas!

Sería muy largo, que explicásemos ahora, por qué la Ley manda comer pan de afliccion en los días de fiesta, y alimentarse de lechugas silvestres. (*Deut. 16. Exod. 12.*)

El hombre compuesto de *un cuerpo que se rebela contra el espíritu, y de un espíritu que se rebela contra el cuerpo* (*Galat. 5.*), no podría celebrar estas Fiestas con el cuerpo y con el espíritu á un mismo tiempo. Si las celebra con el espíritu, afligirá á la carne, que se opone al espíritu; si las celebra con el cuerpo, no lo puede hacer con el espíritu.

N. 24. 25. 26. y 27. Celso insiste todavía en que comamos de lo que se ofrece á los ídolos, y asistamos á los sacrificios públicos. «Porque si los ídolos son nada, añade, no hay ningun inconveniente; y si es que son Demonios, son por consiguiente ministros de Dios.»

Yo creo que debo referirme á la primera Epístola á los Corintios, en donde Pablo se pone de intento á demostrar, quán peligroso es, por causa del escándalo, y quán criminal al mismo tiempo, el comer de los manjares que se ofrecen á los ídolos, ó comer en la mesa de los Demonios, que nos excluye necesariamente de la del Señor. Ya hemos probado, que los Demonios no son ministros de Dios. Los Angeles bienaventurados son Angeles de Dios; pero los Demonios son Angeles del Diab'lo: y no es Dios su Príncipe, sino Belzebút, como nuestras Escrituras lo enseñan. En vano nos cita Celso las leyes, que nos mandan sacrificar á los Demonios y propiciarlos. ¿De qué leyes habla? Muestrenos que no se oponen á las leyes divinas: porque de otro

modo son leyes impías, no son leyes, para nosotros que sabemos, que *se ha de obedecer á Dios primero que á los hombres*. Tampoco procuramos orar á los Demonios, como Celso nos exhorta; sino que dirigimos únicamente nuestras preces al Dios supremo y á su único Hijo, primogénito de todas las criaturas. Y así como no solicitaríamos el favor de los perversos, que quisieran que los imitásemos, porque su amistad nos acarrearía la enemistad de Dios; no queremos tampoco solicitar el favor de los Demonios, porque conocemos su extraordinaria inclinacion al alma y á la impiedad.

Por lo demás, los Christianos, confiados en el auxilio del Cielo, no temen á vuestros Dioses ni á vuestros Demonios: porque saben que el Todopoderoso los defiende contra sus enemigos, y ha ordenado á sus Angeles que los guarden. El fiel adorador del verdadero Dios y de Jesus, Angel del gran Consejo, se rie del vano furor de los Demonios. *El Señor, dice él, es mi Salvador, ¿á quién temeré? El Señor es mi protector, ¿quién me hará temblar? (Sal. 26.)*

N. 28. *Co.* «Si los Christianos, dice Celso, se abstienen de las viandas que se ofrecen á los ídolos, debian abstenerse tambien de toda especie de viandas, como los Pitagóricos.»

No hay duda, que así debia ser, si creyéramos en su disparatada metempsicosis. La ley Judayca mandaba á los Judíos, que se abstuvie-

sen de un número considerable de animales, que eran mirados como inmundos: pero Jesus, queriendo que su doctrina procurase la salvacion de todos los pueblos, nos ha libertado de estas leyes incómodas, diciendonos, que *lo que entra por la boca no mancha al hombre, sino lo que sale de ella y procede del corazon; por exemplo, los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los testimonios falsos, las blasfemias. (Matt. 15.)* Y para que se supiera sin equivocacion lo que habia de observarse, *pareció del caso á los Apóstoles, congregados en Antioquía, ó como ellos hablan, al Espíritu Santo, no prohibir á los Gentiles sino el uso de las cosas que se ofrecian á los ídolos, las viandas sofocadas y la sangre. (Act. Apost. 15.)* Celso dice, que si nos abstenemos de las cosas que se ofrecen á los Demonios, debíamos por consiguiente no comer ni beber, ni aun respirar el ayre, porque los Demonios presiden á toda la naturaleza; pero esto lo dice sin alegar prueba alguna y contra toda razon. Nosotros reconocemos, que Dios ha establecido á los Angeles buenos sus Ministros sobre la tierra, y que ha puesto á cargo de ellos principalmente el cuidado de la salvacion de los hombres. *Hasta los mas desconocidos que hay en la Iglesia, tienen Angeles, que ven la cara del Padre celestial. (Matt. 18.)* Pero los Demonios no son de ninguna suerte Ministros suyos; y si es que Dios los emplea, ó los dexa obrar algunas veces, lo

hace esto para castigar y exterminar á los malos é impíos; porque nada pueden contra los que están revestidos de armas divinas (*Ephes. 6.*). *Toda criatura de Dios es buena*, dice Pablo, y *nada se ha de reusar de lo que se toma con acciones de gracias, porque está santificado por medio de la palabra de Dios, y de la oracion* (*I. Tim. 4.*).... *Ora comais, ora bebais, ora bagais qualquiera otra cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios* (*I. Cor. 10.*). Luego no hay que temer que eso nos contamine, ó nos comunique con los Demonios, esos enemigos de Dios y de la virtud.

N. 36 Celso nos amenaza con la cólera de los Demonios, á quienes no tememos. Un verdadero Christiano sometido á Dios solo y á su Verbo, es superior á los Demonios. *El Angel del Señor acampará en torno de los que temen á Dios, y los pondrá á cubierto: Su Angel, que ve siempre la cara del Padre celestial* (*Sal. 33.*), ofrece sus oraciones al Dios del universo, y ora juntamente con aquel, cuya guarda le está encomendada.

N. 37. Celso nos hace un cargo tan falso como absurdo; conviene á saber, que fixamos la eficacia de nuestras oraciones en la lengua bárbara, de que nos servimos, supuesto que confesamos, que ni en latin ni en griego podemos obtener cosa alguna. Cada uno ora á Dios en su lengua propia; y nuestro Dios, que es el Dios de todas las lenguas y de todos los países, nos entiende y nos exáucia á todos igualmente.

N. 38. y 39. Tambien hace decir Celso á los Christianos lo que ningun Christiano instruido y religioso ha dicho jamás. »Yo he llenado de »propios al idolo de Júpiter y de Apolo, los »he azotado; pero ellos no se vengan.“

La ley divina nos prohíbe maldecir á los Dioses, porque nuestra lengua no se acostumbre á maldecir; y ninguno de nosotros es tan sencillo que ignore, que con eso nada concluiríamos contra los Dioses. ¿No vemos á cada paso Ateístas, colmados de bienes de este mundo, y que no experimentan desgracia alguna en castigo de su impiedad, sino es que sea su deplorable ceguedad, que es la mayor desgracia de todas?

Celso convierte luego contra nosotros el argumento que acaba de atribuirnos. »Tampoco nosotros, dice, nos detenemos en injuriar á vuestro Demonio, á ese que llamais Hijo de Dios »y á sus adoradores: los cargamos de cadenas, »les damos muerte á fuerza de tormentos, y no »vemos que se venguen.“

¿Cómo es que Celso se atreve á dar á Jesus el nombre de Demonio? El que ha convertido tantos hombres á Dios, no es posible que sea un Demonio, sino el Verbo Dios, ó el Hijo de Dios. Es constante, que hay penas reservadas para los impíos; pero estos no las padecerán, hasta después que se hubieren obstinado en perseverar en su impiedad, despreciando los auxilios que se les ofrecen para salir de ella.

N. 40. Nuestra doctrina acerca de las penas ha apartado á muchas personas de sus desórdenes. Pero en esta materia, pregunto, ¿qué es lo que enseña el Sacerdote de Júpiter ó de Apolo? «Los Dioses son tardos en castigar, pero su castigo se extiende á los hijos y á todos los descendientes para siempre.» Nuestro Dios es mucho mas justo que esos falsos Dioses. «El hijo, dice, no pagará la iniquidad de su padre, ni el padre pagará la iniquidad de su hijo. La justicia del justo cargará sobre él, y la impiedad del impío cargará sobre él. El alma que hubiere pecado, morirá.»

N. 41. Prosigue Celso con sus injurias. «Vosotros, dice, maldecís las imágenes de los Dioses, y os burláis de ellas. Si hubierais hecho lo mismo con Baco ó con Hércules, os hubiera pesado indubitavelmente; pero los que pusieron en la cruz á vuestro Dios, los que le diéron muerte en los suplicios, ¿qué castigo han experimentado? ¿Ha sucedido alguna cosa que pueda probar, que Jesus no era un impostor, sino el Hijo de Dios? Nada: antes ese mismo Padre, que lo habia enviado á publicar su ley, sufrió que esta ley pereciese con él, y todavía no se ha dado por entendido. ¡O Padre desnaturalizado! Pero á todo esto decís, que Jesus se vió abrumado de injurias, porque quiso. Lo mismo podemos responder nosotros acerca de los Dioses que vosotros insultais. Con todo muchas ve-

ces sucede, que el blasfemo padece un severo castigo, si no huye inmediatamente.»

Debemos responder á Celso, que nosotros jamás maldecimos, ni prorrumpimos en imprecaciones contra los hombres, ni contra los Demonios. El alma del Christiano es siempre apacible, pacífica y honesta: porque el Verbo Divino nos ha enseñado á no vengarnos jamás, ni siquiera con palabras, y á bendecir aun quando nos maldecen. Por otra parte, ¿hay cosa mas vana é insensata, que maldecir el oro, la plata y la piedra, la qual haceis que tome la forma de vuestros pretendidos Dioses? Nosotros, pues, no nos burlamos de vuestros simulacros, pero pudiéramos con razon burlarnos de sus imbéciles adoradores.

N. 42. Respecto á Jerusalén, donde el Hijo de Dios fue puesto en la cruz, y respecto tambien á ese pueblo deicida, que clamaba con el mayor furor, *crucifícadlo, crucifícadlo*, y entregó á Jesus por envidia, pidiendo que un ladrón y homicida le fuese preferido; respecto á Jerusalén y al pueblo Judío, vuelvo á decir, ¿quién hay sobre la tierra que ignore su deplorable suerte? De Jerusalén se sabe, que poco tiempo despues fue sitiada, y tomada y destruida enteramente, á pesar de la mas obstinada defensa: y el pueblo Judío criminal é impenitente, cuyas iniquidades subian de punto cada día, fue entregado á sus propios enemigos, y exterminado. La causa de tan horrible catástrofe no es otra que la

sangre de Jesus derramada sobre aquella tierra, la qual no pudo soportar mas tiempo á su pueblo deicida.

N. 43. y 44. *¿Qué ha ocurrido de nuevo*, dice Celso, *despues de la muerte de Jesus?* No hay cosa mas nueva, ni mas extraordinaria, que la exterminacion y dispersion del pueblo Judio sobre la superficie de la tierra, y el nacimiento del pueblo Christiano, en medio de las mayores contradicciones y persecuciones. Los Gentiles, extraños á la alianza de Dios, y excluidos de sus promesas hasta aquel tiempo, corrieron de tropel á abrazar la verdad y el culto de Dios. Todo esto es obra de un Dios, y no de un impostor. Jesus sufrió los mas crueles suplicios: y *¿qué prueba eso?* Su heróyca paciencia y la crueldad de sus enemigos. Pero es absolutamente falso que su ley haya perecido con él. *Si el grano de trigo*, dice Jesus, *no muere en la tierra, permanece solo; pero una vez muerto, produce mucho fruto.* (Joan. 12.) Jesus es este grano, que despues de su muerte, ha producido y produce todos los dias infinitud de frutos; y el Padre celestial vela sobre todos estos frutos y los conserva. Ni se puede decir, que es un Padre desnaturalizado. Es verdad, que *no perdonó á su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros; de suerte que el Cordero de Dios ha borrado los pecados del mundo;* (Rom. 8. Joan. 12.) mas esto no fue á su pesar, sino que sufrió porque quiso. Sus Discipulos, á imitacion

suya, sufren tambien de parte de los Demonios y de sus adoradores; pero los Mártires, testigos de la verdad, quedan vencedores en esta guerra en que perecen: pues por medio de su paciencia y su constancia en confesar la fe en Dios y en su Hijo Jesus, triunfan de sus perseguidores. Y si es que hay Christianos que huyen y ponen su vida en salvo, no lo hacen esto por cobardía, sino por obedecer al precepto de su Maestro, y para procurar la salvacion de los infieles.

N. 45. Celso encarece extraordinariamente los oráculos de sus Dioses, y los prodigios que han obrado; pero yo no sé, cómo puede hablar de ellos con seriedad, y darles crédito mayor que á los nuestros. Lo cierto es, que los mismos Filósofos Griegos se burlan de ellos; y quizá hubieran creído en Moysés, en los Profetas y en Jesus, si hubiesen llegado á verlos y escucharlos.

N. 46. y 47. La Pitia, se dice, que pronunciaba los oráculos que se queria por dinero: mas los Profetas siempre se han hecho admirar por medio de la verdad de sus predicciones. La edificacion de las Ciudades, el recobro de la salud de los hombres, la cesacion del hambre, todo en una palabra, se ha verificado al tenor de sus oráculos. Toda la nacion Judia, á manera de una colonia ordinaria, se estableció en la Palestina; se mantuvo floreciente, mientras observó la ley de Dios; pero siempre que la violó, fue castigada. Del mismo modo, los Príncipes y los par-

ticulares han sido tambien felices ó desgraciados, á proporcion que han sido dóciles ó rebeldes á las amonestaciones de los Profetas. Los Profetas predixéron nacimientos y curaciones milagrosas: Jesus, y sus Apóstoles, en virtud del poder que su Maestro les comunicó, obráron una infinidad de prodigios. Finalmente, los libros de los Macabeos nos ponen de manifesto la venganza que Dios tomó de los que se atrevieron á profanar su Templo en Jerusalén.

Pero acaso nos dirán los Griegos, que todos esos hechos, no obstante que están confirmados por dos Naciones enteras, no son sino fábulas. Exáminense pues, analicense con todo cuidado, y entonces será mayor el convencimiento de su realidad. El pueblo Judío, antes que se hiciese merecedor del desprecio de Dios, á causa de su rebellion y endurecimiento, parecia un pueblo de Filósofos. En quanto á los Christianos, cuya sociedad se ha formado de un modo inaudito, se hace muy creíble, que fue preciso que intervinieran prodigios mas bien que discursos, para determinarlos á abjurar la Religion de su país, y abrazar una que les era extraña. Ni es verisimil tampoco, que unos hombres de las heces del pueblo, y sin letras, como los Apóstoles, hubieran tomado á su cargo la predicacion del Evangelio, á no confiar en el poder divino, de que eran depositarios. Además de esto, los pueblos que los escucháron, ¿se hubieran resuelto,

como se resolvieron inmediatamente, á abandonar los usos, los dogmas, el culto que sus padres les habian transmitido por el transcurso de tantos siglos, y á adoptar otros enteramente contrarios; si no hubiesen sido arrebatados y convertidos en virtud de los admirables prodigios que veían con sus propios ojos?

N. 48. „Vosotros, dice Celso, enseñais la eternidad de las penas; tambien se enseña en nuestros misterios; y lo que es mas todavía, damos pruebas sólidas y en gran número, sacadas del poder de los Demonios, de las respuestas de los oráculos y de toda especie de divinaciones.“

Pero en esta parte hay una notable diferencia entre los Paganos y Christianos; porque estos últimos son los únicos, en quienes esta doctrina influye sobre la conducta, y produce impresiones saludables. Sin duda el que reveló este dogma, no se propuso causar á los hombres vanas inquietudes, ó darles motivos de disputa; sino que quiso apartarlos de los desórdenes, que les hubieran acarreado esos temibles suplicios. Por lo demás, solamente las Profecías, leídas con atencion, son suficientes para persuadir á todo hombre sábio y de buena fe, que los Profetas fueron verdaderamente inspirados por el espíritu de Dios; y que no pueden en manera alguna compararse con ellos los prestigios de los Demonios, ni las respuestas de los oráculos.

N. 49. y 50. "¿Hay cosa mas absurda, nos dice
 "Celso, ni mas contradictoria al mismo tiempo,
 "que rogar por vuestros cuerpos, tener esperanza
 "de que resucitarán, y con todo eso entregarlos
 "todos los días á los suplicios, como la cosa mas
 "despreciable? Pero yo hago muy mal de hablar
 "con hombres capaces de semejantes delirios; con
 "hombres sujetos á sus cuerpos, groseros, impu-
 "ros y facciosos sin objeto: mas valia que ha-
 "blase por el contrario con los que esperan, que
 "el alma será eternamente feliz. Estos, sí, que
 "tienen derecho de enseñar, que los justos serán
 "recompensados eternamente, y que los malos
 "padecerán por toda una eternidad; que es un
 "dogma capital, del que ninguno debe apartarse."

No hay necesidad de repetir aquí lo que ya
 hemos dicho acerca de la resurreccion, y de la
 superioridad del alma, en la qual, y no en el
 cuerpo, reside la imágen de Dios. Nosotros de-
 seamos y esperamos la resurreccion de los cuer-
 pos, porque deseamos y esperamos todo lo que
 Dios ha prometido á los justos.

A Celso le parece que nos contradecimos,
 porque exponemos estos mismos cuerpos á los tor-
 mentos, como la cosa mas despreciable: pero ha
 de saber, que lo que sufre por la Religion y lo
 que está expuesto por la virtud, no es despre-
 ciable: lo despreciable y vergonzoso es lo que
 se prostituye á los vicios y al deleyte.

Celso debia tener mas humanidad, y no des-

preciar ni aun á los hombres groseros, carnales,
 impuros é irracionales. La caridad christiana, con-
 forme en todo á las miras del Criador, abraza
 á todos los hombres sin excepcion: procura pu-
 lir é ilustrar á los hombres groseros y carnales,
 purificar á los impuros, y restituir la razon y la
 salud á las almas enfermas é irracionales.

Celso no quiere que nadie abjure el dogma
 de la eternidad de las penas. Pero pregunto, ¿qué
 es lo que hace quando declama tan vigorosamente
 para que se abjure el Christianismo, cuyos prin-
 cipales dogmas son la unidad de Dios, las pro-
 mesas hechas por Christo á los justos, y las ame-
 nazas de una eternidad de suplicios para los ma-
 los? Crisipo le suministraba un buen exemplo;
 porque para libertar al hombre de sus pasiones,
 emplea primeramente los argumentos de su sec-
 ta, pareciendole que son los mas convincentes;
 pero despues saca tambien otros de los principios
 de las sectas contrarias, no sea, dice, que im-
 pugnando inoportunamente estos principios, se
 pierda la ocasion de curar las pasiones.

N. 52. Como nosotros estamos adictos á la Re-
 ligion Christiana por un sin número de motivos,
 hacemos quanto está de nuestra parte, para que
 todos los hombres adopten todos los dogmas de
 ella. Pero si hallamos algunos, que se hacen sor-
 dos á nuestros discursos, á causa de las calum-
 nias que se han esparcido tanto contra el nom-
 bre *Christiano*, procuramos en tal caso servirnos

de los principios que nos son comunes con ellos, para radicarlos en la creencia de las penas y recompensas despues de esta vida. Porque no hay hombre alguno, en cuya alma se encuentren borradas enteramente las nociones comunes de lo justo é injusto, y de lo honesto y vergonzoso. Todos los hombres, espectadores del orden admirable que reyna en los cielos, y de los cuidados de la Providencia, que ha provisto abundantemente á sus necesidades y á sus placeres, deben procurar no hacer cosa alguna que pueda ser desagradable al divino Autor de tantos bienes. Persuadanse para esto, que su suerte eterna depende de la vida que hubieren llevado sobre la tierra; que los que hubiesen cumplido con sus obligaciones, y practicado la virtud, serán felices; y que los malos por el contrario serán castigados por sus desórdenes, por su intemperancia, por su molicie y por sus excesos.

N. 53. «Puesto que los hombres, continúa Celso, han sido unidos á los cuerpos, ya porque el orden general lo exigia así, ya para que expiáran sus crímenes, ó para que purificáran sus almas manchadas por las pasiones; es de creer, que hay seres, á quienes ha sido confiado el cuidado de sus prisiones.»

Celso habla en duda acerca de los objetos mas interesantes al hombre: ni quiere adoptar ligeramente las opiniones de los Antiguos, ni tomarse el trabajo de impugnarlas. ¿Por qué no

ha observado la misma circunspeccion respecto de la Ley de los Judíos y de Jesus? ¿Por qué no ha tomado á lo menos el partido de dudar y exáminar? Él debía considerar, que no es verisimil en manera alguna, que Dios hubiera abandonado á unos hombres, que hacian profesion de no adorar mas que á él, y que por amor á él y por respeto á su ley, no temian los peligros ni la muerte; y que había mas motivo para creer al contrario, que este Sér supremo, Padre comun de todos, que todo lo ve, todo lo oye, y conoce el secreto de los corazones, había iluminado con los rayos de su luz á aquellos siervos que lo buscaban únicamente, que despreciaban los simulacros de mano de los hombres, y procuraban elevarse hasta él, mediante la fuerza del discurso.

Si Celso y todos los enemigos de Moysés, de los Profetas, de Jesus y de sus Discípulos, hubieran pesado lo que acabamos de decir, no se hubieran propasado en invectivas contra ellos; ni hubieran puesto á los Judíos en grado inferior á todos los pueblos, aún á los Egipcios, los quales de tal manera se dexaron arrastrar de la ceguedad de la supersticion, que prostituyéron á viles animales los homenages debidos á la Divinidad. Mas no se crea, que nosotros aconsejamos á nadie, que dude de la verdad de la Religion Christiana; porque únicamente queremos decir, que sus enemigos serian menos injustos y

menos irracionales dudando, que intentando contra Jesus y contra sus Discípulos un género de acusaciones, de que no pueden alegar prueba ninguna.

N. 54. En quanto á lo que Celso dice, que los hombres están en prisiones, y baxo el poder de los Demonios, respondo, que los hombres virtuosos y los Christianos han roto sus cadenas. *Jesus puso en libertad á los que estaban cautivos, é hizo que se apareciera una gran luz sobre los que estaban sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte. (Is. 9. y 49.)* Jesus nos libertó de la servidumbre de Satanás, que nos tenía encorvados hácia tierra, y nos impedía levantar los ojos al cielo.

Ni nos falta razon, como Celso nos lo imputa, para que abandonemos nuestro cuerpo á los tormentos, antes que adoremos á los Dioses ó los Demonios. Padecer tormentos por la virtud, sufrir por la Religion, morir por Dios, este es nuestro crimen á juicio de Celso. Pero ¿hay cosa mas racional ni mas agradable á Dios? Nosotros sabemos, que *la muerte de los Santos del Señor es preciosa á sus ojos (Sal. 115.)*; y por eso hemos aprendido á despreciar la vida. Si Celso no se avergüenza de compararnos con los ladrones, que sufren el suplicio correspondiente á sus crímenes, se hace imitador de los Judíos, que pusieron á Jesus en el número de los malvados.

N. 55. 56. y 57. »Ello es preciso escoger, dice

»Celso: si los Christianos quieren que se les tolere en la sociedad, si quieren que se les permita casarse, tener hijos, y finalmente tomar parte en los bienes y males, mayorazgo necesario de esta vida; es preciso que sacrifiquen en honor de los Dioses; que les tributen los homenajes que les son debidos, y de que ellos no pueden excusarse sin injusticia y sin ingratitud: si no se acomodan á esto, no tienen ya que esperar, sino que se les excluya y extermine de la sociedad....“

Nosotros no conocemos mas que una razon legítima para salir de esta vida; conviene á saber, quando los que han recibido autoridad sobre nosotros, nos proponen que vivamos dando por el pie á la ley de Jesus, ó que moramos si hemos de serle siempre fieles. Exceptuada esta circunstancia, nosotros continuaremos, por mas que diga Celso, en vivir segun la ley divina, y jamás nos someteremos á la ley del pecado. Nos aprovecharemos, si nos parece, de la libertad que todos los hombres tienen, para casarse y tener hijos; pero nos guardaremos muy bien de deshacernos de los hijos que la Providencia nos hubiere dado. Usaremos tambien con reconocimiento de los bienes de esta vida; sufriremos con paciencia los males, como ensayos en que la virtud se purifica, y brilla á la manera que el oro en el crisól: porque ninguno es premiado, sino el atleta de la piedad, que hubiere

combatido valerosamente hasta el fin de esta vida. (2. Tim. 2. Philip. 3.)

Nosotros, es verdad, no tributamos honor alguno á los Demonios; pero en esta parte, ni somos injustos, ni tampoco ingratos, porque nada les debemos. Dios no les ha confiado la administracion de ninguna obra suya; y así es que no se emplean, sino en dañar y hacer mal á los hombres. Alabamos á los Angeles buenos, á quienes Dios ha concedido alguna parte en el gobierno de las cosas humanas; mas no por eso les tributamos el culto que se debe solo á Dios, y de que no son ellos ambiciosos. En una palabra, no adoramos sino á Dios, y respondemos á los Demonios con las palabras de Jesus: *Adoradéis al Señor vuestro Dios, y no serviréis sino á él. Nadie puede servir á dos amos. (Mat. 6.)* Y así no estaremos dudosos entre Dios y los Demonios, entre Dios y Mamona. Solamente tememos ser ingratos é injustos respecto de Dios, que nos ha colmado de bienes, y de quien todo lo hemos recibido en esta vida, y esperamos todavía mas en la otra. El pan llamado *Eucaristía* es el símbolo de nuestro reconocimiento para con Dios.

N. 58. y 59. Celso nos estrecha á que tribute-
mos culto á los Demonios, porque nuestro cuerpo está dividido en un considerable número de partes (en treinta y seis, según los Egipcios), y á cada una de ellas preside un Demonio; y también porque importa honrarlos, para preservarnos por este medio

de toda enfermedad, de todo accidente.

Y así Celso, sin sombra de prueba, pretende que nosotros debemos creer antes en la magia que en la Religion Christiana; en sus Demonios, mas bien que en el Dios supremo, que se ha manifestado suficientemente por sí mismo, y nos ha sido revelado por su Hijo, el qual ha enseñado á todos los hombres, á todos los seres dotados de razon, la verdadera doctrina de la piedad. El culto de Dios no puede dividirse, ni menos comunicarse á los Demonios.

Celso no debe ignorar, que estas solas palabras, en el nombre de Jesus, pronunciadas por los fieles, preservan y curan de las enfermedades, de las obsesiones del Demonio, de todo accidente. A pesar, pues, de las risadas de los partidarios de Celso, continuaremos diciendo, que al pronunciar el nombre de Jesus, toda rodilla se dobla en el cielo, sobre la tierra, y en los infiernos: y que toda lengua confiesa que nuestro Señor Jesu-Christo está en la gloria de Dios Padre. (Philip. 2.) A pesar, digo, de sus risadas, daremos pruebas claras y sólidas, quales no podrá jamás producir Celso, para establecer sus absurdos dogmas.

N. 60. 61. y 62. Conviene Celso en que el culto de los Demonios tiene algunos inconvenientes; porque es de temer que haga á los hombres demasiado carnales, puesto que los mismos Demonios son sensuales y voluptuosos, y no tienen poder sino sobre los cuerpos.

No le concedemos á Celso, que los Demonios curen las enfermedades; y así los hombres en general deben recurrir á la Medicina: pero los que caminan por el sendero de la Religion, pueden poner su confianza en la Religion misma y en el fervor de sus oraciones.

Y aun prescindiendo de lo que Celso dice; ¿qué hay que dudar entre el Sér supremo, benéfico y todopoderoso sobre los cuerpos, sobre las almas, sobre toda la naturaleza; y los Espíritus impuros, maléficos, que no pueden sino lo que Dios les permite? ¿Hay cosa mas miserable, que todas las observaciones de la mágia, sus evocaciones, sus encantamientos, sus caracteres, sus figuras, de las cuales se dice que corresponden á las figuras de los Demonios? Finalmente, aun quando fuese cierto, que el culto de los Demonios nos aseguraria la salud y la felicidad de esta vida; primero querriamos vivir en la inocencia y la piedad, aunque las enfermedades y los males temporales nos atormentasen, que gozar de la salud y de todos los placeres de la tierra, pero viendonos separados y abandonados de Dios.

N. 63. Celso se contradice consigo mismo, acerca de los Demonios: porque en este lugar encarece y recomienda el culto de Dios. «No hay, dice, que abandonar jamás á Dios, ni por el día ni por la noche, ni en público, ni en particular, ni en los discursos, ni en las accio-

nes. Hágase lo que se haga, la intencion se debe siempre dirigir á Dios.» Luego vuelve á encargarnos que se haga de modo, que se concilien los Demonios y los Príncipes de la tierra, que les deben su poder.

N. 64. Nosotros no pensamos sino en conservarnos la benevolencia y proteccion del Dios supremo: se la pedimos en nuestras oraciones, y la obtenemos infaliblemente por medio de la piedad y de la virtud. Una vez que nos hayamos conciliado la benevolencia del Sér supremo, ya estamos seguros de la amistad de los Angeles buenos, cuyo número es innumerable. Ellos conocen á los amigos de Dios; unen sus plegarias á las nuestras, y nos ayudan á pelear contra los Espíritus malignos, contra esos enemigos declarados de nuestra salvacion, á quienes Jesus venció y ahuyentó tantas veces.

N. 65. Por lo que respeta á los Príncipes de la tierra, nosotros estamos muy lejos de ansiar su favor, si es preciso adquirirlo por medio del crimen, de la impiedad y de la desobediencia á Dios, Señor de los Reyes y de sus vasallos: ni queremos tampoco grangearnoslo por medio de la adulacion ó de baxas condescendencias, indignas de una alma noble y sublime. Mas quando los Príncipes no exigen cosa alguna, que sea contraria á nuestra obligacion y á la ley de Dios, ¿habiamos de ser tan insensatos, que quisiésemos irritarlos contra nosotros mismos, y ha-

cernos merecedores de sus castigos? Nuestras Escrituras nos dicen »que toda alma esté sometida á las Potestades superiores, porque no hay Potestad que no dimanе de Dios: y así los que »resisten á las Potestades, resisten al orden de »Dios.“ Ya hemos explicado este pasage en nuestros Comentarios.

Nosotros no juramos por la fortuna del Emperador. Porque si se entiende por *la fortuna* un sér vano y quimérico, ¿cómo es posible que juremos por lo que no es, al modo que juramos por Dios? Y si por *la fortuna* se entiende el Demonio del Imperio Romano, mas quisiéramos morir mil veces, que jurar por este Espíritu perverso.

N. 66. y 67. Celso habla algunas veces, como el hombre mas racional, pero luego vuelve á incurrir en sus extravagancias ordinarias. »Si á un siervo de Dios, dice, se le manda que cometa un crimen ó una impiedad, debe morir »primero que obedecer. Pero si os mandan que »celebreis las alabanzas del Sol ó de Minerva, »no es posible que dexéis de honrar á Dios, »honrando estos objetos: quanto es mas universal la piedad, tanto es mas perfecta.“

No necesitamos que nos manden alabar al Sol; sin eso nos complacemos en alabar una obra tan preciosa del Criador; quanto mas que ella misma, fiel á la ley que le ha sido impuesta, alaba y bendice en su language á su divino Au-

tor. En quanto á las ficciones griegas, acerca de Minerva, no hay ningún amante de la verdad y la decencia que pueda admitirlas. Por lo que estamos muy distantes de tributarles culto, como tambien de adorar al Sol; porque no adoramos sino al Dios supremo y á su único Hijo, y nos unimos á todos los demás seres para bendecirlos y alabarlos. No juramos por el Principe ni por su fortuna; ni creemos tampoco, como Celso, que recibimos del Principe todos los bienes de que gozamos sobre la tierra. Solamente reconocemos á Dios y su Providencia por Autores de todo bien, como *del pan que mantiene al hombre, y del vino que regocija su corazon.* (Saf. 103.)

N. 68. Celso quiere que los Principes hayan recibido su poder del hijo de Saturno, y pretende que no es posible destruir este sistema, sin que vacile el trono de los Soberanos, dando lugar á que los feroces é impíos Bárbaros lo invadan todo.

Es innegable, que los Soberanos han recibido su poder, no del hijo de Saturno, sino del Dios omnipotente, de quien dependen elevarlos sobre el trono y hacerlos descender de él; y así nada tienen que temer de la Religion Christiana, que manda que sean honrados y obedecidos. Y si los Bárbaros se hicieran Christianos, se harian al mismo tiempo pacíficos y justos, y dexarian de ser enemigos temibles para el Imperio.

N. 69. «¿Qué sucedería, nos pregunta Celso, si los Romanos, despreciando todas las obligaciones divinas y humanas, se resolviesen á adorar á vuestro Dios? ¿Descendería este de los Cielos, para pelear solo con ellos, sin algun auxilio extraño? Mirad lo que su proteccion os ha servido á vosotros y á los Judíos, á ese pueblo que le estaba particularmente consagrado, y al qual había hecho tan grandiosas promesas. Pues por lo que toca á los Judíos, lejos de ser señores del mundo, ni siquiera poseen una pulgada de tierra, ni tienen una casa propia: y si de vosotros queda todavía alguno oculto, vemos que es arrastrado al suplicio apenas se le descubre.»

Responderé á Celso, que *quando dos de nosotros se reunen para pedir al Padre celestial alguna cosa, les es concedida inmediatamente (Mat. 18.)*: no hay cosa mas agradable á Dios, que la union de los seres racionales. Pues ¿qué no podian esperar los Romanos, reunidos todos baxo la fe en Jesu-Christo? ¿Qué prodigios no obró la oracion de Moysés y de los Israelitas? El mismo Dios peleaba en favor de ellos, y pelearia igualmente en favor de los Romanos. ¿Y por qué Dios no ha concedido á los Judíos lo que les habia prometido? Porque sus promesas tenian por condicion, que ellos se habian de mantener fieles observadores de su ley: y así el estado deplorable, á que han sido reducidos, es un justo cas-

tigo de sus crímenes, y principalmente de su atentado contra Jesús.

N. 70. Si todos los Romanos, como supone Celso, abrazasen la fe, ó vencerian á sus enemigos, ó por mejor decir no tendrian mas enemigos. El mismo Dios los defenderia, puesto que quiso salvar á cinco ciudades enteras, por solo un corto número de justos que habia en ellas. Efectivamente, los justos son la sal que conserva la tierra.

Nosotros sufrimos con paciencia la persecucion, quando Dios le permite al tentador que nos persiga; pero quando Dios quiere libertarnos de la persecucion, gozamos de una paz profunda en medio del mundo que nos aborrece. Descansamos con una completa seguridad sobre la palabra del que dixo: *tened confianza en mí, que he vencido al mundo. (Joan. 16.)* En efecto, venció al mundo, y el mundo no tiene mas poder que el que le permite su vencedor. Si él quiere, pues, que nosotros peleemos por la piedad, acerquense nuestros enemigos, y nos oirán decir: *Yo todo lo puedo en Jesu-Christo nuestro Señor, que me fortifica. De dos páxaros que se venden por un óbolo, no cae uno en las redes, sin nuestro Padre que está en los cielos. (Philip. 4. Matt. 10.)* La divina Providencia ha abrazado todo este universo de tal manera, que *ha contado todos los cabellos de nuestra cabeza.*

N. 71. y 72. Celso nos atribuye discursos, que
Tom. II. Rr

jamás hemos proferido, y luego forma una especie de voto, para que *todas las naciones de Europa, Asia, y Africa se reúnan á seguir la misma ley: pero esto, añade, es imposible.*

Nosotros no lo creemos así (a). Los males del

(a) El acontecimiento ha probado que Orígenes había formado un buen juicio: ya en su tiempo estaba bastante adelantada la revolución obrada en el mundo por el Cristianismo; y casi consumada desde el siglo quarto. La Religion Christiana había hecho ya entonces los mayores progresos en todas las partes del mundo conocido. No es posible que una Religion, á no ser divina, persuada igualmente á todos los corazones, se establezca indistintamente en todas las comarcas y por medios sobrenaturales, á pesar de todos los obstáculos y de todas las contradicciones humanas. Esta es pues, la historia del origen de la Religion Christiana, pero de la Religion Christiana solamente. Como los incrédulos modernos no pueden negar ni tratar de

imposible el hecho incontestable del establecimiento y progresos del Christianismo; se han visto precisados á mudar de batería, y reducidos á desmentir á los antiguos Filósofos, y á sostener, que lo que estos habían tenido por imposible, era un acontecimiento el mas sencillo y natural. Así se confunden el error y la iniquidad, *mentita est iniquitas sibi*. Este es particularmente el sistema de M. Gibbon, el qual en su *Suplemento á la Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, ha tenido valor de decir, que la Religion Christiana no debía su establecimiento y su propagacion, sino á causas puramente naturales. Ya lo hemos refutado en una Carta que se insertó en el *Año Literario de 1778. cart. 2. y 5.*

cuerpo se diferencian de los del alma, en que la ciencia de la Medicina no alcanza á curar todos los males del cuerpo; pero el alma no tiene vicios, de que Dios y su Verbo no puedan purificarla. Al fin de los tiempos, serán abolidos todos los vicios. El Profeta Sofonías predixo particularmente muy por extenso la conversion de todos los pueblos, que á competencia *invocarán el nombre del Señor, y llevarán su yugo: no habrá entonces iniquidad, no habrá mentira, engaño, ni temores.* (*Soph. 3.*) Y si todo esto no puede cumplirse perfectamente en esta vida, á lo menos se cumplirá en la otra.

N. 73. y 74. Celso nos exhorta á que sirvamos al Principe en todo aquello que dependa de nosotros, peleemos si es necesario, y acaudillemos los ejércitos.

Podemos responderle, que tambien nosotros ofrecemos servicios al Principe, pero servicios divinos, y que tomamos las armas, pero las armas del mismo Dios; conformándonos en esto al pre-

Allí nos propusimos demostrar en el establecimiento y propagacion del Christianismo, que en las Profecías que lo habían anunciado, en los milagros que lo acompañaron, en los dogmas y los misterios que le son esenciales.

cepto del Apóstol, que nos recomiendan principalmente, que *oremos, pidamos y demos gracias por todos los hombres; por los Reyes, y por los que están constituidos en dignidad.* (I. Tim. 2.) Y así, quanto mas eminente en piedad es un Christiano, tanto es mas útil al Príncipe; y le sirve mucho mas ventajosamente, que los que llevan las armas y hacen una horrible carnicería de sus enemigos.

Decimos en particular á los Gentiles: vosotros eximis del servicio militar á los ministros de vuestros Dioses; porque no quereis que ofrezcan víctimas á vuestros ídolos con las manos teñidas en sangre. Con mayor razon, pues, debeis dispensar á los Ministros de Dios, de que manchen sus manos con la sangre de los hombres; para que puedan levantar sus manos puras, y dirigir á Dios sus oraciones, por el que reyna con justicia, por los que hacen una guerra justa, á fin de que los saque victoriosos de todos sus culpables enemigos. Y quando, mediante nuestras oraciones, triunfamos de los Demonios, que son los perturbadores de la paz, y los autores de todas las guerras, somos todavía mas útiles que los soldados cubiertos de armas: porque hacemos un servicio esencial á la sociedad, siempre que á la oracion unimos las meditaciones y exhortaciones, con el fin de apartar á los hombres de todos los desórdenes. Es verdad, que nosotros no

peleamos baxo las órdenes del Emperador, aunque nos quiera precisar á ello (a); pero peleamos ventajosamente en favor suyo, quando en el campo de la piedad, atraemos sobre su persona la proteccion de Dios. Ello es constante, que los Christianos son unos ciudadanos mucho mas útiles á la patria que todos los demás: pues no contentos con rogar á Dios por la salvacion de nuestros conciudadanos, los instruimos, y formamos á la piedad para con el Dios del universo; y les enseñamos á elevarse hacia la ciudad celestial y

(a) Orígenes, en lo que dice aquí y en el número siguiente, para eximir á los Christianos del servicio militar y de las funciones de las magistraturas, es puntualmente el intérprete de los sentimientos de la Iglesia; pero sigue, como le sucede algunas veces, ciertas opiniones que le son particulares. El Christiano, aunque ciudadano del cielo, debe ser tambien el ciudadano mas sometido, mas zeloso y mas útil sobre la tierra. La Religion le enseña á no ansiar los empleos ni las dignidades; pero tambien le obliga á aceptar y cumplir perfectamente aquellas, á que el Estado, su condicion y sus talentos lo llaman. En una palabra, la Religion no nos dispensa de ninguna obligacion hacia los hombres; pero purifica nuestras intenciones, eleva nuestras miras, al mismo tiempo que sostiene, dirige, inflama y santifica nuestro zelo. Los socorros espirituales, sobre que Orígenes insiste, y cuya obligacion comprehende á todos los fieles, segun el Apóstol, no excluyen de ningun modo los demás. El Christiano que vive conforme al Evangelio, es infinitamente útil á sus semejantes, por sus oraciones, sus exemplos y sus discursos; y lo es además por todos los

divina, haciendo que vivan santamente en las reducidas ciudades de este mundo.

N. 75. Celso nos exhorta á que cumplamos por la patria las diferentes Magistraturas.

Nosotros sabemos muy bien, que en todas las ciudades hay otra patria instituida por el Verbo de Dios, y así, á los que tienen el dón de la palabra, y cuyas costumbres son irreprehensibles, les encargamos que gobiernen las Iglesias de esta patria: desechamos á todos los ambiciosos, pero precisamos á aquellos, cuya modestia

servicios de que es capaz, *trou templos.* Verdad es, que atendida su condicion y sus facultades. Jamás ha prohibido la Iglesia á sus hijos, que llevasen armas en defensa de las Repúblicas, ya paganas, ya christianas. Juan Bautista les mandaba á los soldados, que se contentasen con su pré y no robasen, pero que no abandonasen sus vanderas; y así vemos, que desde los primeros siglos de la Iglesia, los exércitos Romanos estaban llenos de soldados christianos. *Ayer se puede decir que nacimos,* decía Tertuliano, *y ya hemos llenado todo vuestro Imperio, y aun vuestros campos: solamente os dexamos vuestros templos.* Verdad es, que los actos de supersticion y de idolatria, tan comunes en los exércitos, como que sus insignias consagradas á los Dioses, llevaban las imágenes de los ídolos, suministraron muchas veces á los primeros Christianos, razones muy legítimas para huir de la profesion militar.

En quanto á las Magistraturas, no se trataba entonces de confiarlas á los Christianos; antes bien la funcion mas recomendada á los Magistrados, era la de buscar á los Christianos, precisiarlos á que abjuráran su Religion, ó darles muerte en medio de los tormentos.

les impide tomar á su cargo estos empleos. No hay que poner duda; los que nos gobiernan con tanta sabiduría, son precisados á ello por aquel gran Rey, á quien creemos Hijo de Dios y el Verbo Dios. Pero nuestros Prelados, que gobiernan la Iglesia segun las leyes divinas, no se dexan contaminar por las leyes humanas. Si los Christianos huyen las Magistraturas, no lo hacen esto por negarse á los diferentes empleos de la sociedad; sino que así se reservan para el importante y divino ministerio de la Iglesia, y para la salvacion de los hombres; el qual no solamente es un ministerio legitimo, sino tambien necesario. Los cuidados de nuestros Pastores se extienden á todos, así á los fieles que están en la Iglesia, para que de dia en dia se hagan mas perfectos, como á los que todavía están fuera, á fin de que sus discursos y acciones respiren la piedad. De este modo instruyen al mayor número posible de hombres, á fin de que merezcan ser unidos al Dios supremo, por medio de su Hijo Dios el Verbo, su sabiduría, su verdad y su justicia: porque el Verbo une con Dios á todos los que se proponen conformar en un todo su vida á las leyes divinas.

N. 76. Ya he llegado, ó piadoso Ambrosio, al fin del Tratado que emprendí por solo obedecerle. He recogido en ocho libros aquellas razones que me han parecido mas poderosas para destruir el Discurso verdadero de Celso. Juzgue ahora el Lec-

tor entre ambos, y decida, en cuál de estas dos obras hay mas piedad, verdad y moral santa y propia, para encaminar á los hombres á la virtud.

Orígenes habla de otra obra que Celso habia prometido acerca del mejor modo de vivir, y promete responder á ella, si la halla efectivamente, ó su amigo se la envia. Pero no se tiene noticia de esta última obra.

Fin del Tratado de Orígenes contra Celso.



QUADRO DEL CHRISTIANISMO,
SACADO DE LA OBRA INTITULADA:
*Espíritu de los Apologistas de la Religion
Christiana.*

I. **T**res grandes Religiones dividen hoy día la Tierra; el Christianismo, el Mahometismo, y el Paganismo. El Paganismo, esto es, todas aquellas Sectas, que se comprehenden ordinariamente baxo el nombre de Idólatras, tiene un carácter tan evidente de extravagancia y falsedad, que sería inútil que nos detuviéramos á impugnarlo. El Mahometismo es propiamente la Religion de los sentidos, de la ignorancia y de la ferocidad. Un hombre atrevido, hábil, eloquente en su lengua, aunque por otra parte muy limitado, seduxo á un Pueblo salvaje y grosero, só pretextó de arruinar la Idolatría, y le propuso una doctrina sin misterios, y prácticas conformes á sus costumbres. Él era el hombre mas impuro que se puede imaginar, y el mas insaciable en los placeres de la carne: es increíble el número de mugeres que arrebató de sus esposos, y con las que se casó. ¿Cómo era posible pues, que respetase los vínculos sagrados del Matrimonio y el pudor de las Vírgenes un hombre, que ni siquiera respetó á la Naturaleza? El espíritu

tor entre ambos, y decida, en cuál de estas dos obras hay mas piedad, verdad y moral santa y propia, para encaminar á los hombres á la virtud.

Orígenes habla de otra obra que Celso habia prometido acerca del mejor modo de vivir, y promete responder á ella, si la halla efectivamente, ó su amigo se la envia. Pero no se tiene noticia de esta última obra.

Fin del Tratado de Orígenes contra Celso.



QUADRO DEL CHRISTIANISMO,
SACADO DE LA OBRA INTITULADA:
*Espíritu de los Apologistas de la Religion
Christiana.*

I. **T**res grandes Religiones dividen hoy día la Tierra; el Christianismo, el Mahometismo, y el Paganismo. El Paganismo, esto es, todas aquellas Sectas, que se comprehenden ordinariamente baxo el nombre de Idólatras, tiene un carácter tan evidente de extravagancia y falsedad, que sería inútil que nos detuviéramos á impugnarlo. El Mahometismo es propiamente la Religion de los sentidos, de la ignorancia y de la ferocidad. Un hombre atrevido, hábil, eloquente en su lengua, aunque por otra parte muy limitado, seduxo á un Pueblo salvaje y grosero, só pretextó de arruinar la Idolatría, y le propuso una doctrina sin misterios, y prácticas conformes á sus costumbres. Él era el hombre mas impuro que se puede imaginar, y el mas insaciable en los placeres de la carne: es increíble el número de mugeres que arrebató de sus esposos, y con las que se casó. ¿Cómo era posible pues, que respetase los vínculos sagrados del Matrimonio y el pudor de las Vírgenes un hombre, que ni siquiera respetó á la Naturaleza? El espíritu

de su Ley fue someter á los débiles, degollar á los obstinados, destruir los tronos, y conquistar el Universo. Los que han escrito la historia de este Impostor, le han atribuido milagros; pero ¿qué crédito merecen unas relaciones que se hicieron tanto tiempo despues de la muerte de Mahoma; el qual tambien, quando se le pedian pruebas de su mision, solia responder, que Dios no lo habia enviado á hacer milagros, y que Moysés y Jesus habian hecho bastantes? Lo que él únicamente se propuso, fue acreditar su Alcorán, escrito, segun decia, de mano de Dios; obra llena de confusion, de absurdos, de infamias y anacronismos; en la qual se dice, que Dios mandó á los Angeles, que adoráran á Adán, y que solamente Belzebúth se negó á ello; que Abrahám fue idólatra; que Jesu-Christo negó que fuese Hijo de Dios, y que su madre era María hermana de Moysés; que Dios y los Angeles ruegan por Mahoma; que Dios tiene la mano fria, y que Mahoma la tiene caliente; que él vió en el Cielo un Angel, que tenia la una mano distante de la otra setenta mil jornadas de camino; otro, que era setenta mil veces mas resplandeciente que el Sol, y que tenia setenta mil cabezas, en cada cabeza otros tantos rostros, en cada rostro otras tantas bocas, en cada boca otras tantas lenguas, y que cada lengua cantaba en otras tantas voces diferentes, otras tantas diversas alabanzas á Dios: que en cada uno de

estos rostros habia setenta mil pares de ojos, y en cada uno de ellos igual número de pupilas, cuyos párpados se cerraban y abrian setenta mil veces por hora, en el temor del Altísimo. En el mismo libro se dice tambien, que en el Cielo hay Espíritus con cabezas de vaca y con cuernos; que Mahoma fue arrebatado de su lecho para contemplar todo lo que habia en los siete Cielos, el Paraíso y el Infierno; que despues de haber tenido con Dios noventa mil conferencias, fue restituido por Gabriel á su mismo lecho, y que todo esto pasó en tan poco tiempo, que quando volvió el Profeta, todavía no habia perdido el calor su cama, y el agua de una vasija de barro que se habia caído al tiempo de su partida, no habia acabado todavía de derramarse. Finalmente, en este libro se enseña, que la vida futura consiste en placeres absolutamente sensuales, y que en ella se verán los hombres saciados de regalos, y unidos á mugeres lúbricas, de que Mahoma ha poblado su Paraíso, el mas sucio y el mas material que puede imaginarse.

II. Entre estas Religiones llenas de suciedad, de mentira y de inhumanidad, se reconoce siempre el Christianismo por los caracteres de evidencia y de santidad, que son privativos suyos. A pesar del combate de las pasiones, y la huida de los placeres que prescribia á sus hijos; á pesar de la incomprehensibilidad de sus dogmas; á pesar de la oposicion de sus máximas á las de

todos los Pueblos, hemos visto que el Christismo nació baxo una dominacion extraña, se estableció en medio de las mas crueles persecuciones, y fue predicado con fruto por doce pobres pescadores, á los sábios y á los poderosos de la tierra. Su doctrina condenaba los sacrificios y el culto de los ídolos, y los Griegos, los Egipcios, los Romanos y los Indios lo abrazaron: su doctrina exáltaba la humildad y la renunciacion de sí mismo, y los sábios se sometieron á él: su doctrina reprobaba el fausto, la vanidad y la gloria del mundo, y los Príncipes y Reyes se declararon protectores de ella: ningun esfuerzo humano ha obrado jamás tan grandes prodigios.

III. Lo cierto es, que esta Religion hizo ver al mundo lo que el mundo no habia visto todavía, conviene á saber, una abstinencia que reduce al hombre á que viva con un poco de pan y agua; una caridad que le hace abrazar hasta su enemigo; una paciencia que llega al extremo de apetecer las afrentas, las injurias, los tormentos y las cruces. Esta es la Religion que inspira al hombre un desprendimiento tal, que le hace sacrificar padres, amigos, fortuna y dignidades; una castidad, que le prohíbe todo comercio con los sentidos, toda relacion con hombres carnales, y hasta la libertad de la vista y el pensamiento; una abnegacion, que precisa al hombre á que se oculte, se olvide á sí mismo, se aborrezca y dé su sangre, primero que cometa la

culpa mas leve. Finalmente, esta Religion hace que el hombre prefiera la pobreza á las riquezas, el abatimiento á la elevacion, la soledad al resplandor, la muerte á la vida, y algunas veces los sufrimientos mas duraderos á la muerte mas dulce.

IV. ¿En qué otra Religion, sino en el Christismo, se ha visto jamás, que los hombres se despojassen de sus dignidades, renunciassen á las esperanzas de una fortuna ventajosa, dexasen los empleos mas condecorados, por consagrarse al servicio de los pobres, de los ancianos, de los enfermos, de los niños abandonados, á la instruccion de los ignorantes, y á la educacion de la juventud? ¿Quándo ha inspirado la Filosofia este valor y este amor hacia los hombres? ¿Por ventura Atenas ni Roma miraron como un punto esencial del Gobierno y de la Religion, el preparar asilos para los desgraciados, á quienes la indigencia y la enfermedad arrastran al sepulcro, para aquellos Ciudadanos, á quienes la edad y la decrepitud hace inútiles á la sociedad, para aquellos niños, que el crimen da á luz y la sangre desconoce; todos los quales sin un socorro semejante, hubieran quizá sido víctimas del horror y crueldad, del hambre, y de la intemperie de las estaciones?

V. La Historia de los primeros siglos de la Iglesia nos pone frecuentemente delante de los ojos, exemplos de todas estas heroicas virtudes. En ella se vé, que la vida de los primeros Dis-

cipulos era el mayor argumento contra las costumbres de sus enemigos, como lo es todavía en nuestro tiempo contra la incredulidad. Era ciertamente un gusto ver los hombres señores de todas sus pasiones, y de todos los movimientos de su corazón, ejerciendo un imperio glorioso sobre sí mismos, poseyendo su alma en la paciencia y en la equidad, y gobernando todos sus apetitos con el freno de la templanza; humildes en la prosperidad, constantes en las desgracias, gozosos en las tribulaciones, apacibles con los que aborrecían la paz, insensibles á las injurias, penetrados de las aflicciones aun de aquellos que los ultrajaban, fieles en sus promesas, religiosos en su amistad, inalterables en sus obligaciones, poco lisonjeados de las riquezas que miraban con desprecio, embarazados con los honores que temían, mayores finalmente que el mundo entero, al qual consideraban como un monton de tierra. Jamás inspiró la Filosofía unas virtudes mas sublimes ni mas perfectas.

VI. ¿Y puede haber un espectáculo mas edificante que aquella Iglesia de Jerusalén, que Jesu-Christo comenzó á edificar con sus propias manos, y fue despues, no solamente el modelo, sino tambien el tronco y manantial de todas las demás? *Todos los que componian aquella santa asamblea, perseveraban, segun San Lucas, en la doctrina de los Apóstoles, en la Comunión de la fraccion del pan, y en la oracion: estaban unidos en la mis-*

ma fe, y todo lo que poseian era comun. Vendian sus posesiones, y distribuian el precio de ellas segun las necesidades de cada uno: tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando á Dios, y viendose adorados de todo el Pueblo: no formaban sino un corazón y una alma, y no habia pobre alguno entre ellos: el Pueblo los colmaba de alabanzas, y su número se aumentaba cada día. Aquí tenemos un exemplo muy sensible y bien real de aquella igualdad de bienes y de aquella vida comun, que los Legisladores y Filósofos de la antigüedad consideraban como el medio mas adecuado para hacer felices á los hombres; pero que no les fue posible establecerla.

VII. Si de los Apóstoles pasamos á todas las demás Iglesias, que sus sucesores fundaron, hallaremos, casi por espacio de tres siglos, el mismo fondo de caridad, los mismos usos y la misma perfeccion. Vemos, que los Christianos se reunian baxo sus Pastores, oraban por la mañana, por la tarde, y á diferentes horas de la noche, se alimentaban de la lectura de los Libros Sagrados, y escuchaban con sencillez de corazón la explicacion que cada Obispo les hacía infaliblemente. Todos ejercian oficios para ganar la vida, pagar sus deudas y hacer limosnas; sus ayunos eran muy rigurosos, muy frecuentes, y sin embargo no impedían que cada uno trabajase en su profesion y se hiciese util á la sociedad. Sus comidas eran modestas y frugales, porque

no comían sino lo necesario para conservar la salud y la fuerza que habían ménester para el trabajo. Sus muebles no aparentaban el fausto de los Gentiles: una Cruz, la Sagrada Escritura, algunas esteras, y una arquita de madera para guardar el pan de la Eucaristía; estas eran las riquezas que los perseguidores hallaban por lo comun en las casas de los Cristianos mas condecorados. Todos huían de las concurrencias de los placeres, llevaban unos vestidos muy pobres, se abstenián del juego y de los demás exercicios, que no podían dexar de distraerlos, y de exponerlos á tentaciones peligrosas. Respetaban el matrimonio, como que tiene por objeto la producción de las criaturas racionales que deben durar eternamente; pero miraban como una flaqueza las segundas nupcias, sin que por eso estuviesen prohibidas, y la continencia como una virtud, cuya excelencia se apoyaba en la autoridad divina.

VIII. El Evangelio mismo era la fuente de tantas virtudes, por lo que todos los fieles se creían estrechamente obligados á meditarlo continuamente. Todos sabían que un verdadero Cristiano debe ser un hombre humilde, porque el Evangelio le enseña que no es mas que un debil gusano, que anda á rastra sobre la tierra, y que todos los hombres son hermanos é iguales suyos; porque le enseña, digo, que la gloria del mundo pasa, y que su destino es á una

felicidad muy superior á la que los hombres nos prometen. Tan gloriosas prerogativas les hacían conocer la dignidad de su sér, y hacían de su humildad un estado medio entre el orgullo y la baxeza, un estado que no excita el aborrecimiento ni el desprecio; y solamente el Evangelio enseña á ser humilde de este modo. Todos sabían que un verdadero Christiano debe ser casto, que no seduzca ni corrompa jamás á la hija ó á la muger de su próximo; todos sabían que la fidelidad y la amistad son los lazos mas estrechos de la paz del matrimonio; que los esposos que viven en discordia y en el desorden, no son del caso para dar vasallos virtuosos al estado; que una muchacha seducida queda deshonorada, y se hace indigna de ser muger de un hombre de bien; que no estando dispuesta á ser fiel, no es posible que crie á sus hijos en la virtud; que de la seducción al libertinage no hay sino un paso; y que el libertinage arruina las familias, impide la propagación de la especie, debilita la sociedad, inficiona la naturaleza, y destruye los temperamentos mas robustos. Unas máximas tan sábias eran tomadas de la doctrina de Jesu-Christo, de los escritos de los Apóstoles, y particularmente de las Epístolas de San Pablo.

IX. En las mismas fuentes hallaban los Christianos reglas seguras de templanza y de sobriedad, y consultándolas todos los días, aprendían que la gula abrevia la vida, la qual es única-

mente de Dios y de la patria, irrita los deseos, multiplica las necesidades, arruina las familias, y un hombre arruinado se hace algunas veces un pícaro: aprendian que la intemperancia deteriora el sentimiento, enciende pasiones violentas, abisma en las mayores desgracias, y nos hace incapaces de cumplir con las obligaciones de la sociedad. Verdad es que la gloria de Dios debía preceder á qualquiera otro interés, y la esperanza de una eternidad bienaventurada parecerle preferible á la fortuna y á los elogios de los hombres; pero tambien él tenia su patria sobre la tierra, á la que amaba y servia por agradar á Dios que así se lo mandaba. El valor de los ambiciosos Romanos y el de los Christianos era el mismo en lo exterior; pero estos buscaban el bien sin desear la recompensa, y servian á sus Príncipes, porque Dios quería que les fuesen fieles y les estuviesen sometidos. Ellos solamente ignoraban el mérito y la gloria de sus acciones: lejos de llenarse de complacencia, se avergonzaban de sus virtudes, mas que el pecador de sus vicios: lejos de solicitar los aplausos, ocultaban sus obras de luz, como si fueran obras de tinieblas; no tenia parte en sus virtudes sino el amor de la obligacion; obraban finalmente en la presencia de Dios, y como si no hubiera mas hombres sobre la tierra.

X. «Comparemos, decía Tertuliano en su admirable Apología en favor de los Christianos,

«comparemos las Leyes de los hombres con las que Dios nos ha dictado: ¿qué Ley es mas perfecta, la que dice; *no matarás*; ó la que dice; *no montarás en cólera*? ¿La que prohíbe el adulterio, ó la que proscribe las miradas peligrosas? ¿La que prohíbe toda accion dañosa, ó la que castiga hasta la maledicencia? ¿La que no quiere que se haga ningun agravio al prójimo, ó la que ni siquiera permite que se le vuelva el mal en cambio del mal? La Ley humana no impide sino el crimen; la Religion destruye el vicio, que no es menos peligroso. La primera prohíbe las acciones criminales; la segunda proscribe las acciones virtuosas: la una detiene el brazo; la otra habla al corazon, y reprime sus movimientos. La Ley no manda sino lo que es indispensable; la Religion conduce á la perfeccion, y el camino por donde nos dirige, asegura la execucion de sus mandamientos. Quando nosotros hacemos el bien, prosigues el mismo Padre, tememos á Dios, y no al Proconsul. La Religion asocia, digamoslo así, las Leyes de la tierra á las del Cielo; si se quita su influencia, ¿qué motivo podrá substituirse? ¿La vigilancia de una policia atenta? ¿Quántos crímenes se le pasan por alto! Pero el Christiano está siempre en la presencia de Dios, á quien nada se le puede ocultar. ¿La severidad de los suplicios? Los suplicios tienen un término; y los que Dios prepara al hom-

»bré culpable, serán eternos. ¿El temor del Gobierno? El temor no hace sino esclavos, y la »Religion conduce por amor á la justicia. ¿El »honor? Produce falsas virtudes. ¿El interés? ¡Há! »El interés es antes por el contrario causa de »que haya infractores y criminales. Solamente la »Religion puede inspirar aquel amor del orden, »aquel gusto del bien, aquella fidelidad de cada »uno á sus respectivas obligaciones, y aquel respeto á la Ley, que hace que no nos desviemos »de ella, aun quando tenemos seguridad de que »la infraccion no será conocida. La Religion »persigue el crimen hasta en el interior de la »conciencia; manda á la accion y al pensamiento; y para observar las Leyes humanas, no hay »sino ser fiel á las del Evangelio."

XI. Si se exáminan todas las Religiones, aun las de los Pueblos mas cultos, no se hallará ninguna que no se haya formado poco á poco de las imaginaciones de los hombres. Los Griegos añadieron al culto que habian recibido de los Egipcios; los Romanos al de los Griegos; los Chinos al de los Indios. La Religion de Jesu-Christo es la única que no ha recibido del tiempo mutacion ni alteracion alguna. Las demás Religiones eran por la mayor parte obra de los Poetas y de los Sacerdotes; los Filósofos Gentiles se burlaban del Paganismo; los Literatos de la China se reían de los adoradores del Idolo Fós; pero la Religion Christiana ha sido aprobada,

así de los Sábios como del Pueblo. La época cierta de su establecimiento, la certidumbre de su origen, las pruebas palpables de su divinidad; han sido motivo de que fuese admirada y abrazada en todas las condiciones de la vida humana. Las demás Religiones conducen al hombre del espíritu á los sentidos; el Christianismo lo lleva de los sentidos al espíritu: las demás Religiones nos dan ideas baxas y ridículas de la Divinidad, y todas se proponen abatir al Sér Supremo, para elevar al hombre; al paso que el Christianismo se propone abatir al hombre, para elevar á Dios. Las demás Religiones han querido que la Divinidad tuviese la imágen del hombre, y que estuviese sujeta á las mismas flaquezas; el Christianismo enseña que el hombre debe llevar la imágen de Dios, y hacerse perfecto y santo, porque sirve á un Señor perfecto y santo. En las demás Religiones hallamos usos abominables, misterios crueles y odiosos, sacrificios de sangre humana; la Ley de Jesu-Christo corrió el velo que cubria tan grandes crímenes, y puso al descubierto la impostura de los Sacerdotes idólatras; alargó el brazo hasta el altar de las Naciones, para derribar los simulacros ridículos, ante quienes el vulgo se postraba; detuvo la cuchilla de los bárbaros sacrificadores, y arrancó de las manos de la muerte muchas víctimas desgraciadas, que la credulidad hacía inmolar al marmol, á la madera y á los metales. Es-

ta, pues, era la única Religion que producía verdaderas virtudes, podia disipar nuestra ceguera, curar nuestra miseria, hacer cesar nuestra baxeza, producir nuestra verdadera grandeza, elevarnos y santificarnos.

XII. *Al paso que los Príncipes Mahometanos, dice el Autor del Espíritu de las Leyes, dan sin cesar la muerte y la reciben, vemos que la Religion entre los Christianos hace á los Príncipes menos tímidos, y por consiguiente menos crueles. El Príncipe cuenta con sus vasallos, y los vasallos con el Príncipe. ¡Cosa admirable! La Religion Christiana, que al parecer no tenía otro objeto que la felicidad de la otra vida, causa tambien nuestra felicidad en esta. El Christianismo, no obstante la extension del imperio y el vicio del clima, impidió que el despotismo se estableciera en Etiópia, y llevó hasta el centro del Africa las costumbres de la Europa y sus Leyes... Pongamonos á la vista, de un lado las matanzas de los Reyes y de los Generales Griegos y Romanos, y de otro la destruccion de los Pueblos y de las Ciudades por aquellos mismos Generales, Timur y Gingiskam, que devastaron el Asia, y veremos, que nosotros debemos al Christianismo, así en el Gobierno un cierto derecho político, como en la guerra un cierto derecho de gentes, que la naturaleza no podría reconocer bastante por sí sola.*

XIII. Finalmente, lo que debe hacernos formar la idea mas sublime del Christianismo, lo que debe convencernos de que su espíritu y sus

máximas han sido siempre infinitamente superiores á lo mas sábio y mas sublime que admiramos en las Leyes, en la Moral, en el Culto y en las Constituciones de los Pueblos mas socializados, son los elogios que han hecho de él aquellos mismos, que por su clase, por su Religion, por la fuerza de sus preocupaciones, se creian mas interesados en impugnarlo y proscribirlo. Plinio el joven en su carta á Trajano, habla de los Christianos en unos términos que los favorecen mucho. *Yo no sé, dice, ni el castigo que los Christianos merecen, ni en qué son culpables. Se asegura que todo su crimen está reducido á que se congregan á ciertas horas de la noche, y cantan alternativamente Himnos en honra y gloria de Christo, á quien miran como á un Dios. Dicese tambien, que hacen juramento de no cometer robos, latrocinios ni adulterios, de no carecer de fe, y de no negar jamás ningun depósito.* Igualmente Antonino Pio, en la carta que escribió á los Príncipes del Asia, admirando la constancia y fidelidad de los Christianos, dice de ellos, que preferian el confesar á su Dios en medio de los mas crueles tormentos, á la tranquilidad que podia resultarles de negarlo; por lo que, parece, que ponian en él su mayor confianza. Bien sabido es, que Orígenes era consultado por los Sábios de su siglo; los Emperadores leían las Apologías de Quadrato, de Melitón, de Atenágoras, y de Tertuliano; Libanio de Antioquía amaba tiernamente á San Ba-

silio y á San Chrisóstomo, y los mas engreídos Gramáticos escribian á San Agustín, como á un prodigio de eloquencia y de erudicion.

XIV. Tenemos además un elogio completo de los Christianos, de sus costumbres, de su paciencia y de su piedad, en aquella famosa carta, que Marco Aurelio escribió á la Ciudad de Éfeso, y que Eusebio refiere en *el lib. 4. Hist. Eccles.* y San Melitón en su Apologia al Emperador Vero.

XV. Lo que principalmente contribuyó á inspirar á aquel gran Principe sentimientos de moderacion hácia los Christianos, fue el éxito de una famosa batalla, que referiremos en compendio.

Como todas las Naciones, desde la Iliria hasta los Gaulas y el Oceano Germánico, estuviesen resueltas á sacudir el yugo de los Romanos, fue preciso que el Emperador Marco Aurelio marchase contra aquellos bárbaros. Dexóse por desgracia cercar de los Quados en un país fragoso (hoy la Bohemia), y habiendoles faltado el agua á sus soldados por espacio de cinco dias, comenzó el calor á engendrar enfermedades, y el enemigo tenia cercado al ejército Romano por todas partes. En este conflicto, los Romanos recurrieron á sus Dioses, pero en vano. La Legion de Mitilene, que casi toda era Christiana, se hincó de rodillas á vista de los dos ejércitos, y empezó á invocar al Dios del cielo y de la tierra. Inmediatamente se cubrió de nubes el hori-

zonte, y cayó en el campo del Emperador una cantidad tan prodigiosa de agua, que los soldados la recibian abundantemente en sus bocas, llenaban los cascós, y daban de beber á sus caballos. Los Germanos intentaron entonces acometer á los Romanos, pero una piedra espantosa, acompañada de rayos, los puso en desorden inmediatamente. Esta historia está sacada de Dion, Historiador célebre, que escribió la vida de Marco Aurelio; de Orosio, de Xifilino, de Julio Capitolino, la mayor parte Escritores Profanos; del Poeta Claudiano, que se explica en estos términos: *El honor de esta victoria no debe atribuirse á los Generales: una lluvia de fuego cayó sobre el enemigo; el alazán rodeado de llamas, agita y sacude al tímido Caballero; el Soldado siente que se funde su casco; ve que el hierro de la lanza y de la espada se convierte en riachuelos de metal fluido y corriente. En este combate el Cielo obró solamente, y las armas de los mortales fueron inútiles.* El ejército con este motivo proclamó Emperador por séptima vez á Marco Aurelio; y el Senado le erigió en Roma una famosa columna, en que estaba representada en baxo relieve esta derrota. Suidas, Lampridio, y principalmente Teomisteo en su discurso á Teodosio, encarecieron sobre manera este acontecimiento: si bien es cierto que lo atribuyéron á una turba de encantadores, que tenian el poder de conjurar á los demonios; porque con aquel nombre se signifi-

caba ya hacia mucho tiempo á los Christíanos: pero los Apologistas y los Padres de la Iglesia se sirviéron de este hecho con la mayor ventaja, para probar el poder y la verdad de la fe en Jesu-Christo. Desde entonces se dió á la Legion de Mitilene el nombre de *fulminante*, y quando el Emperador participó aquel suceso al Senado, exclamó el Pueblo públicamente: *gracias al Dios de los Dioses, que es el único Todopoderoso.*

De aquí resultó la carta á la Ciudad de Éfeso; y aunque no conservamos su original, con todo Eusebio, Orosio, Paulo Diácono, Nicéforo y San Gerónimo hablan de ella en términos de haberla leído; y el Obispo Apolinario, en la Apologia al mismo Príncipe, se la cita para moverlo, y Tertuliano, veinte y cinco años después, hace mencion de ella en su Apologético al Senado. *No teneis, dice, si no buscar y leer la Carta del sábio Emperador Marco Aurelio, en la qual afirma, que los soldados Christianos de su ejército obtuvieron del Cielo, mediante sus ruegos, una lluvia copiosa que salvó á los Romanos en la guerra de Germánia.* Tambien habla del edicto en favor de la Religion, añadiendo que los delatores de los Christianos fueron por su orden castigados con pena de muerte: luego reprehende á los Paganos, porque atribuían á su Júpiter el honor de esta victoria, siendo así que el Príncipe, y aun el Pueblo, la habian atribuido á los Christianos.

XVI. Finalmente tenemos la Carta que en favor del Christianismo dirigió el Emperador Adriano á Múncio Fundano, Proconsul de Africa; de la qual hace particular mencion Eusebio en el lib. 2. Hist. y que se halla copiada al fin de la primera Apologia de San Justino, juntamente con la de Antonino Pio, que algunos han atribuido á Marco Aurelio.

XVII. Estas confesiones que la verdad arrancaba de la boca de los Gentiles, son una demostracion de que las costumbres de los primeros Christianos debian de ser muy irreprehensibles; y de que no habia medio ninguno para obscurecer la reputacion de aquellos, cuya Religion se oponia á las Leyes, turbaba las costumbres, mudaba los usos, destruía el culto recibido, reducía á cenizas los Dioses del Imperio; Religion por otra parte austera, incómoda y enemiga de los deleytes y placeres. Esta Religion sin embargo venció todos los obstáculos que las preocupaciones y las costumbres le oponian; echó raíces, no solamente en medio del Pueblo, sino entre los Grandes y Sábios; y fue abrazada por los hombres que menos se sospechaba que fuesen crédulos, por los soldados, los Cortesanos, los Príncipes, los libertinos, á quienes sujetaba al yugo de una vida dura y religiosa; por los voluptuosos, á quienes condenaba á la penitencia; por los avaros, á quienes despojaba de sus bienes; finalmente por todos los hombres, á los

quales no ofrecia sino oprobios y suplicios.

XVIII. Por último, hace ya cerca de mil ochocientos años, que aquella Ciudad famosa por el trono de los Césares, por la pompa de sus vencedores, y por los monumentos que erigia á Divinidades imaginárias, é Idolos infames; hace, digo, cerca de diez y ocho siglos, que aquella soberbia Roma consintió en quemar sobre sus propios altares, los simulacros que había adorado: de suerte que las mismas manos que sacrificaban al Demonio, ofrecieron incienso á Jesu-Christo. Ya no se ve hoy Júpiter Capitolino, ya no hay Panteón, oráculos ni augurios: la Silla de San Pedro descansa sobre los sepulcros de los antiguos Señores del mundo, y los despojos de sus primeros Apóstoles son tenidos en mayor veneracion, que los arcos triunfales y los obeliscos erigidos antiguamente en honor de sus Cónsules y Dictadores. Una mutacion tan absoluta, tan admirable y tan universal, no es obra de la fuerza, de la violencia ó de la tiranía, sino de la suavidad, de la paciencia, de la pureza de costumbres, de la luz, y de las señales resplandecientes que acompañaron siempre á la predicacion del Evangelio.

Fin del tomo segundo.

FE DE ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE	LEE
109.	20.	acomadadas	acomodadas
115.	25.	patticular	particular
142.	30.	acciones	oraciones
216.	5.	entre las tinieblas	entre tinieblas
290.	12.	alma	mal
295.	4.	prorumpimos	prorumpimos
328.	8.	Cristianos.	Chrisrianos

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

en este tomo.

<i>Tratado de Origenes contra Celso, libro ter-</i>	
<i>cero.....</i>	<i>pag. 5.</i>
<i>Libro quarto.....</i>	<i>68.</i>
<i>Libro quinto.....</i>	<i>140.</i>
<i>Libro sexto.....</i>	<i>180.</i>
<i>Libro septimo.....</i>	<i>229.</i>
<i>Libro octavo.....</i>	<i>277.</i>
<i>Quadro del Christianismo, sacado de la obra in-</i>	
<i>titulada: Espiritu de los Apologistas de la</i>	
<i>Religion Christiana.....</i>	<i>321.</i>

LISTA

DE LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES

á esta obra.

- Don Juan Martinez Mas, Presbítero.
D. Joaquin Maria de Errazquin.
D. Domingo de Marcoleta.
El Excmo. Señor Marques de Loreto.
D. Pedro del Campo y Salamanca.
D. Pedro Alcántara de la Rua, del Habito de Santiago.
P. Fr. Manuel de San Pedro Armengol, Superior General del Orden de Mercenarios Descalzos.
D. Angel de Santivañez y Barros.
R. P. Fr. Francisco Gallego y Torres, Secretario General del Orden de San Francisco.
D. Josef Garcia Leon y Pizarro, del Consejo de Indias.
P. Fr. Fernando Pouplona, Benedictino.
P. Fr. Isidoro Carreras, del Orden de San Juan de Dios.
D. Antonio Palao Espejo, Cura de Navalcarnero.
D. Domingo Antonio Valiente, Presbítero.
P. Fr. Eugenio Romeral.
D. Ramon Josef de Arce, Canónigo Lectoral de Cordoba.
D. Roberto Alvarez.
P. M. Fr. Gaspar Gomez, Dominico.
D. Pedro Cabezon, Cura de Leganes.

- D. Josef Pasqual Cabañas.
 R. P. Fr. Juan de Aguirre.
 D. Claudio Navarro Olea.
 D. Juan Claudio de las Heras, Presbítero.
 D. Agustín Galindo, Canónigo de Málaga.
 D. Juan García Campos, Canónigo y Dignidad de Sigüenza; por ocho ejemplares.
 D. Isidoro de Guevara, Canónigo de Segovia.
 D. Pasqual Quílez y Talon, Oidor de la Real Audiencia de Sevilla.
 D. Pedro Josef Exea y Roldán.
 Los Señores Berard y Compañía; por ocho ejemplares.
 D. Dámaso Duque de Estrada.
 D. Francisco García de Angulo.
 D. Miguel Josef de Ardanae.
 D. Miguel Sánchez Toscano.
 R. P. Fr. Francisco Galisteo, Misionero en el Convento de la Pasión.
 D. Bernardo Marton.
 El Señor Marques de San Miguel.
 D. Fernando Sorriba, Oficial de la Secretaría de la Dirección General de Correos.
 D. Antonio González Serrano.
 D. Josef Roquerola, Colegial de San Fulgencio de Murcia.
 D. Juan Antonio Salinas, Capitan de Navío.
 D. Juan Josef Fernández Vallejo, Presbítero; por dos ejemplares.
 El Señor Conde de Cervera.

- Lic. D. Clemente Josef Fernández Miñana, Abogado de los Reales Consejos.
 M. R. P. M. Fr. Francisco Tello, del Orden de San Agustín.
 D. Josef Quesada, Presbítero.
 D. Nicolás de Achútegui, Provisor del Real Sitio de San Ildefonso.
 D. Josef Ortega y Monróy.
 D. Miguel Ignacio de Leorta.
 D. Fernando Saenz Rubio.
 P. Fr. Isidoro de Araujo, Benedictino.
 D. Ignacio de Ibergarans.
 D. Vicente Chosnet.
 D. Carlos Herrero.
 D. Salvador Garzon de Salazar, Escribano de Rentas en Cádiz.
 D. D. Domingo Martínez Illescas, Canonigo de Lorca.
 El P. Rector Fr. Pedro Payo Rambla, del Colegio de Guadalupe de Salamanca.
 D. Bernardo Velez de las Cuevas, Cura de Cabezon.
 P. Fr. Juan de Montoya.
 P. Fr. Plácido Murillo, Benedictino.
 P. Fr. Primitivo Moreno, Benedictino.
 D. Santiago de Aranguren y Oro.
 D. Gabriel Arteaga, Beneficiado de Lerín.
 D. Manuel Ibirun, Beneficiado de Lerín.
 D. Francisco Ximenez.
 D. Marcos García, del Orden de Montesa.

D. Claudio Barrientos.
 P. Fr. Juan Bautista Llorca.
 D. D. Gaspar Perez Gomez.
 D. Xavier Alegre.
 D. Pedro Capdepont, y Compañía.
 D. Vicente Berdun.
 D. D. Vicente Bercha.
 D. Francisco Xavier Bastida.
 R. P. M. Fr. Anselmo Petite, Visitador General
 de la Religion de San Benito.
 R. P. Fr. Juan Gonzalez, Benedictino.
 D. Patricio Mateo.
 D. Santiago Rincon.
 D. Josef Gregorio de Oruña y Pumarejo.
 D. D. Baltasar de Lezaeta, Prebendado de Avila.
 D. Agustin Librero, Colegial de Salamanca.
 D. Juan de Silva y Pantoja, Intendente de la Pro-
 vincia de Segovia.
 D. Francisco Josef Cabrera y Rivas.
 D. Pedro Andres Carbajo.
 D. Antonio Alcalde.
 El Ilmo. Señor Obispo de Teruel; por tres exem-
 plares.
 D. Josef de Bustillo.
 D. Esteban Diraichin.
 D. D. Josef Cayetano Diaz de Beyral y Ber-
 mudez.
 D. Manuel Avalos.
 D. Manuel Benito Villena.
 D. Roque Lillo.

D. Pedro Francisco María de Vellogín.
 D. Pedro Juan de Armendariz, Rector de Ibarra.
 D. Manuel Brihuela.
 D. Miguel de Errazquin, Presbítero.
 D. Mateo de Larracoechea, Presbítero.
 D. Manuel Diaz de la Peña.
 P. Fr. Esteban de la Asuncion, Mercenario Des-
 calzo.
 P. Fr. Vicente Julian de Moya, Dominico.
 P. D. Francisco Antonio Muralla, Premonstratense.
 D. Pedro Estebez, Canónigo de Zamora.
 D. Josef Montesino, Abad de Bences en Orense.
 D. Manuel Francisco de Soto; por tres exemplares.
 D. Pedro Garcia y Chinchilla, Presbítero.
 D. Marcelo Cañabate, Presbítero.
 D. Francisco Xavier Monton, Cura de Sisante.
 D. Pedro de Sierra y Pambley, Cura de Cas-
 tropol.
 D. Francisco Antonio de Palacio, Canónigo Ma-
 gistral de Santo Domingo de la Calzada.
 D. Juan Matias Lascarro, Presbítero.
 D. Domingo Pablos de Porras, Cura de Poyales
 del Oyo.
 D. Felix Costea, Canónigo de Daroca.
 D. Francisco Xavier Puig.
 D. Juan Mariano Lorenzo Mozo.
 D. Blas de Tapia y Cueto.
 D. D. Domingo Doray, Dignidad de Maestre-
 escuela de Santo Domingo de la Calzada.
 D. Antonio Calderon, Beneficiado Magistral de

- San Juan de Velez Malaga.
- P. Fr. Benito Reguerra; por dos exemplares.
- D. Clemente Cavia Diez.
- D. Pedro de la Riva Torres, Cura de Villanueva.
- R. P. Fr. Nicasio Perez Lujan, Lector de Filosofía del Orden de San Francisco.
- El P. Comendador Argaz.
- D. Carlos Mergelina.
- P. Fr. Juan Romero, del Orden de San Francisco; por dos exemplares.
- D. D. Nicolas Sala y Roca.
- D. Francisco Camblor.
- D. Ramon Pasqual, Beneficiado de Lerin.
- D. Benito Samaniego.
- D. Pedro de Izes, Abogado en Cadiz.
- D. Lorenzo Prestamero, Secretario de la Sociedad Vascongada.
- D. Josef Subiran, Cura Parroco de la Almunia.
- P. M. Fr. Victores Rodriguez, Benedictino; por dos exemplares.
- D. Nicolas de Murga y Aranda, Presbítero.
- D. Ventura de Herrera.
- D. D. Josef Peral, Cura de Cox.
- D. Pedro Manuel Nuñez de Velasco, Dignidad de Chantre de Villafranca del Bierzo.
- R. P. M. Fr. Antonio Corroero, del Orden de la Santísima Trinidad, Calificador de la Suprema.
- El Bachiller D. Pedro Josef Ximenez, Prior de San Pablo de Ubeda.
- D. D. Manuel Josef de Salazar, Catedrático de

- la Universidad de Granada.
- R. P. Fr. Manuel Lopez, Prior en el Convento de Predicadores de Alcaraz.
- D. Juan Manuel Perez de Requeno, Vicario del partido de Fuente Pelayo, Obispado de Segovia.
- D. Bonifacio Lopez y Blanco, Capellan Real de Santa Cruz en la Ciudad de Naxera.
- P. Fr. Dámaso Bernalda y Tobia, del Orden de San Francisco.
- P. Fr. Agrícola Araujo, del Orden de San Bernardo.
- D. Manuel Garcia Sevillano, Doctoral y Vicario Eclesiástico de Toro.
- D. Miguel Vazquez Benavides, Maestrescuela de Ronda.
- P. Fr. Angel Montes, Preceptor de Gramática en Torrijos.
- D. Juan Francisco Diaz del Monte, Cura de las Parroquias de Santiago y San Estevan de Perlio.
- P. Fr. Antonio Ruiz Puerta, Benedictino.
- P. Fr. Josef de Villegas, Lector jubilado de Mínimos.
- P. Fr. Bonifacio Gonzalez; por dos exemplares.
- D. Santiago del Valle.
- D. Francisco Antonio Espinosa.
- El Illmo. Señor D. Gerónimo Maria de Torres, Obispo de Lérida.
- D. Gerónimo Castillon, Provisor de Monzon.
- R. P. Fr. Agustin de Dosbarrios, Lector de Ar-

tes en el Convento de San Francisco de Consuegra.

- R. P. Fr. Edurundo Díaz, Cisterciense.
 D. Francisco Lorenzo, Cura de la Cabezuela.
 D. Josef Fernandez de Huerta, Cura de Rebollo.
 D. Agustin Bravo Gomez.
 R. P. Fr. Cosme Rubio, Benedictino.
 D. Martin de Maguna, Teniente de Caballería.
 D. Manuel Mariano Gomez, Cura de Alcabon.
 D. Mateo Alvarez Tercero.
 P. M. Fr. Benito Montigo, Benedictino.
 D. Mariano Iniguez Ornat, Canónigo de Toro.
 D. Josef Garcia, Cura de Villasabariego.
 D. Antonio Santos Perez, Beneficiado de San Mams.
 D. Luis Marqueli, Ingeniero de los Reales Ejércitos.
 D. Josef Mesa, Tesorero de S. M.
 D. Diego Mallén; por veinte y cinco exemplares.
 El Exmo. Señor Conde de Castillejo.
 D. Onofre Francisco Molina.
 D. Vicente Vazquez del Viso.
 P. Fr. Tomas Fernandez.
 D. Juan Bautista Alzamora.
 P. Fr. Rafael Royo, del Orden de San Juan de Dios.
 D. Manuel Trigo.
 D. Juan de Montes, Prebendado de Calahorra.
 D. Pedro de Zabala.
 D. Juan de Mata Ribera.

- El Excmo. Señor Marques de Villadarias.
 D. Antonio Maria Garcia.
 D. Bartolomé de Palacio.
 P. Fr. Marcos Herrero, Benedictino.
 D. D. Juan Bernardino Feyjoo y Sotomayor.
 R. P. Fr. Manuel Maria Truxillo, Comisario General de Indias.
 D. Gregorio Alonso, Presbítero.
 D. D. Miguel Ferris, Abogado de los Reales Consejos.
 D. Juan de Parada.
 D. Francisco Romero, Comisario del Santo Oficio.
 D. Estevan Lopez Garcia.
 El P. Fr. Andres Moreno de la Piedad, Agustino Descalzo.
 D. Antonio Valladares de Sotomayor.
 D. Baltasar Alagon.
 P. Fr. Manuel Abad, Comendador del Convento de la Merced Calzada en Baeza.
 R. P. M. Fr. Joaquin de Isla y Losada.
 D. Primo Feliciano Marin, Capellan de Honor de S. M.
 El P. Guardian de Capuchinos de la Ciudad de Tortosa.
 D. Vicente Medina; por dos exemplares.
 D. Josef Segura.
 D. Diego del Castillo.
 D. Antonio Francisco de Tudó, Ministro de la Real Audiencia de Barcelona.
 D. Felipe Tomas y Pi.

- R. P. Fr. Severo de Barcelona, Ex-Provincial de Capuchinos, y Calificador del Santo Oficio.
 D. Gabriel de la Peña.
 P. M. Fr. Domingo Boria, Dominico.
 D. Luis de Garma, Canónigo de Vique.
 D. Juan Josef Deslobbes y Vedia, Administrador de Correos en Cataluña.
 D. Pablo Verdaguer, Presbítero.
 D. Miguel Vila, Rector de Pineda.
 El Excmo. Señor Marques de Castellidosrius.
 D. Miguel Arnús, Escribano de Número en Barcelona.
 D. Bernabé Gonzalez, Contador principal del Ejército y Principado de Cataluña.
 P. Presentado D. Pedro Freixes, del Monasterio de Santas Cruces.
 D. Josef Luciano Fontcuberta, Regidor perpetuo de la Ciudad de Vique.
 D. Francisco Abadal, Regidor perpetuo de la Ciudad de Vique.
 P. Ignacio Obregon, de los Clerigos Menores.
 D. D. Josef Quatrocasas, Cura de Santa Maria de Talamanca.
 D. Juan Josef de Exea.
 D. Josef de Berenguer y Amigant.
 D. Francisco Gelats, Presbítero.
 D. Ramon Regas, Monge Claustral.
 D. Francisco Oriola, Paborde de Palau.
 D. D. Josef Ferriols, Presbítero.
 D. Mariano Olivera de Plana, Fiscal Eclesiástico

- del Obispado de Barcelona.
 P. Fr. Francisco Daniel, Doctor y Catedratico de Teología en la Universidad de Cervera.
 D. Carlos Ramon de Asprer.
 D. Josef Melchor y Gordell.
 D. D. Pedro Devesa y de Desprat, Médico de Vique.
 D. Josef Puig de Sorribas.
 P. Presentado Fr. Francisco Florenza, Dominico.
 D. D. Felix Abeyá, Ex-Catedratico del Real Estudio de Tarragona.
 D. Sebastian Masramon, Cura de San Pedro.
 D. Manuel Llor, Cura de San Fructuoso de Bages.
 D. Jacinto Casanovas y Brunet.
 P. Fr. Pedro Trillas, Franciscano.
 D. Carlos Moya, Cura de Piera.
 D. Juan Barceló, Canónigo de Palma en Mallorca.
 D. Antonio Mas.
 D. Agapito Domenec.
 D. Juan Antonio Galvien.
 D. Jayme Martí, Canónigo de Gandía.
 D. Agustin Arbulo.
 D. Manuel Fuster.
 D. Francisco Cayetano Nogues.
 D. Francisco Cerdá.
 D. Tomas Carreres.
 D. Miguel de Lobera, Canónigo de San Felipe.
 D. Pedro Aparici.
 P. Fr. Felix Blat.
 D. Josef Joaquín de Soria, Administrador de Rentas Reales en San Felipe.

P. Fr. Vicente Corts.
 D. Francisco Moles.
 D. Francisco Mezquita.
 D. Tomas Blat.
 D. Vicente Bel.
 D. Alfonso Zeferino Borbón.
 D. Antonio Martinez Feijoo.
 D. Miguel Mendinueta.
 D. Tomas Berganza.
 P. M. D. Miguel de Peña, del Orden de San Basilio.
 D. Miguel Olivan, Capellan de Honor de S. M.
 D. Rafael Antunez, del Consejo de Indias.
 D. Sebastian Paez de la Cadena.
 D. D. Pedro Clabert, Medico del Real Hospital de Cartagena.
 D. Ramon Langa, Canónigo de San Isidro el Real.
 P. Fr. Andres Arroyo.
 D. Vicente Ortiz de Urbina.
 D. Francisco Antonio de Irigoyen, Cura de Aranda.
 La Señora Marquesa de Aranda.
 P. M. Fr. Manuel de Iglesias, Benedictino.
 D. Josef Ormigo y Saa, Oficial Mayor de Correos en Jaen.
 D. Francisco Rabela.
 D. Gonzalo de Llano, Canónigo jubilado de Oviedo, y Arcediano de Rivadeo.
 D. D. Bernardino Sierra, Caballero de la Orden de Carlos III., Canónigo de Oviedo y Arcediano de Tineo.

D. Josef Garcia Pelontre, Cura de Ferreros.
 D. D. Antonio de Lara, Inquisidor de Sevilla.
 D. Antonio Pablo y Mora, Cura de Monobar.
 D. Josef de Aso, Canónigo de Jaca; por dos exemplares.
 D. Tomas Joaquín de Larreategui, Presbítero.
 R. P. Fr. Antonio de San Gabriel, Carmelita Descalzo.
 R. P. Fr. Manuel de la Madre de Dios, Carmelita Descalzo.
 P. Braganza, Benedictino.
 D. Josef Quintano Ruiz, Canónigo de Palencia.
 D. Josef Leandro Bonillo, Canónigo de San Isidro el Real.
 D. Antonio Iglesias; por dos exemplares.
 D. D. Diego Antonio Navarro y Villodres.
 D. Nicolas Antonio Herrero y Saravia.
 Los Señores Vazquez é Hidalgo; por ocho exemplares.
 D. Bartolomé Manuel Caro, por cinco exemplares.
 D. Manuel Carasa, Presbítero.
 P. Bartolomé de Soria.
 D. D. Juan Bautista Marco, por dos exemplares.
 D. Teodomiro Diaz de la Vega.
 D. Francisco Lobo, Presbítero.
 D. Ignacio Cerero.
 D. Pedro Antonio Gayangos.
 D. Victoriano Pajares.
 D. Josef Prades.
 D. Domingo Cano de la Vega.
 D. Luis Felipe Arrastia, Presbítero.

D. Isidoro Lopez y Gonzalvo.
 P. M. Fr. Simon Mazorca.
 D. Cayetano Ortubia, Doctor en ambos Derechos.
 D. Lorenzo Maria Suinaga.
 D. Juan Josef Pedrosa.
 D. Josef Nicolas Olmedo y Roxas.
 D. Esteban Villarroja, Presbítero.
 D. Francisco Paula Pastor, Presbítero.
 D. Gerónimo Ruiz del Campo.
 D. D. Manuel Serrano, y Llopis.
 P. D. Francisco Romeral, Monge Cisterciense.
 El Hermano Juan del Niño Jesus.
 D. Aquilino de Lanuza; por seis exemplares.
 D. Pedro Alvarez Villanueva.
 D. Manuel Costea y Ruiz.
 P. Presentado Fr. Domingo Gurrea.
 D. Nicolas Arroyo.
 D. D. Manuel Abad.
 D. Matias de Adurriaga.
 D. Vicente Romero.
 P. Fr. Pedro Alcántara de los Dolores, Mercenario.
 D. Josef Zuazo.
 D. Francisco Josef Fernandez Veteta.
 D. Diego Carlos Garcia.
 D. Josef Ignacio Nagore, Presbítero.
 D. Manuel Pardo.
 R. P. Fr. Josef Seguin, Benedictino.
 P. Fr. Pedro de la Rambla, Rector del Colegio de Guadalupe de Salamanca.
 D. Antonio de Barcia.

D. Andres de Garayca, Secretario del Santo Oficio.
 R. P. Fr. Josef Neguerela, Benedictino.
 D. Luis Carlos y Zuñiga, Cura de Escalonilla.
 D. Josef Calderon.
 D. Josef Savid, por quatro exemplares.
 D. Fernando Polo y Monge, por veinte exemplares.
 D. Ignacio Robira, Presbítero.
 D. Jayme Rubio.
 D. D. Peregrino Guarch, Rector de Villanueva.
 D. Francisco Papiol.
 D. D. Mariano Torner, Beneficiado de San Justo.
 D. Lorenzo Ortiz de Zarate, Abad de Cardona.
 D. D. Pablo Boada, Beneficiado de Santa Maria del Pino.
 D. D. Miguel Riera, Beneficiado de Santa Maria del Mar.
 D. Blas de Oriola, Presbítero.
 P. Fr. Gerónimo del Rosario.
 D. D. Luis Maria Burbano y Soler.
 D. Jacinto Barberán.
 D. Josef Villarroel y Espada.
 D. D. Pedro Alcántara Llorente.
 P. Fr. Juan Bustos, Benedictino.
 D. Juan Antonio de Ontiveros, Presbítero.
 D. Sebastian Arrastia, Abogado.
 D. Domingo Salazar y Apodaca.
 D. Santiago Domenech y Puig.
 P. D. Mariano Ormedillo, Cisterciense.
 D. Josef Mata Linares, Inquisidor de Valladolid.

D. Juan Gonzalez Villamil.
 D. Domingo Gonzalez Villamil.
 D. Manuel Bernardino Aranguren y Oro.
 D. D. Jayme Ferrer y Rivas.
 D. Eugenio Ximenez de Cisneros.
 D. D. Juan Pastor Galan, Presbítero.
 P. Miguel de Ibarrola.
 El Señor Conde de Casas Valencia.
 D. D. Juan Antonio Rodrigalvarez, Capellan de honor en la Real Iglesia de San Isidro.
 D. Vicente de Lisa y las Balsas.
 D. Antonio Romero.
 D. Francisco Cuebas, Conventual de San Juan.
 D. Juan Guerra.
 D. Xavier Joaquin de Ocínaga, Presbítero.
 D. Andres Pasqual Leza.
 D. Felipe de Eguiluz, Beneficiado de Albaladexo del Cuende.
 D. Josef de Salas, Canónigo de la Catedral de Lérida.
 D. Manuel Beltran.
 D. Ignacio de Meras Queypo.
 D. Rafael Garcés de Marcilla.
 El P. Rector de la Escuela Pia de Barbastro.
 P. Valero de la Virgen del Carmen, de la Escuela Pia.
 D. Juan Manuel Benavente.
 D. Antonio María Iluminati.
 D. Alexandro Armero, Cura de Rascafría.
 P. Fr. Miguel del Rincon, Carmelita Calzado.
 D. Luis Laine.

P. Fr. Josef Antonio Goycochea.
 D. Josef Alted.
 D. Gabriel de Sancha; por quatro exemplares.
 D. Mariano Ontiveros, y D. Josef Valdés; por quatro exemplares.
 D. Manuel Patricio Gomez, Presbítero.
 D. Gerónimo Ruiz Herrera.
 D. D. Baltasar Ontiguera, Presbítero.
 P. Fr. Agustín de la Concepción.
 D. Simon de Oribe y Medinagarrea.
 D. Luis Joaquin Gayoso.
 D. Vicente Maria de Argumosa.
 D. D. Antonio Santistillanz.
 Doña Benita Guerrero.
 Sor Ana del Calvario.
 D. Felipe Antonio Lacambra.
 D. Juan Duero y Salazar.
 P. D. Sebastian Ricalvaro, Cisterciense.
 D. Justo de Somoza y Estrada.
 P. Fr. Lorenzo Rubira.
 P. Fr. Juan de S. Pedro Nolasco, Carmelita.
 D. Anastasio Reynoso, Presbítero.
 D. Luis Arrieta, Doctor en Sagrada Teología.
 D. Evaristo Pouchels y Castro.
 D. Francisco Paula Subiron.
 D. D. Jorge Perea y Contreras.
 D. Miguel Gayoso.
 P. D. Timoteo Cortés, Cisterciense.
 D. Estanislao Cárdenas, Presbítero; por tres exemplares.
 D. Miguel de Brea; por quatro exemplares.

- D. Antonio de la Comba.
 P. Fr. Esteban Bardaxí; por dos exemplares.
 D. Gregorio Esteban Zuillera.
 D. Rudesindo Gorbea y Sojo.
 D. D. Antonio de las Torres, Presbítero.
 D. D. Francisco Santos y Riaño.
 D. Juan Josef Romerales.
 P. D. Victor Parras, Benedictino.
 D. Miguel Quintano, Presbítero; por seis exemplares.
 P. Fr. Manuel de los Angeles.
 D. Joaquín Arribas y Ezquerria.
 D. Cándido Solanas.
 D. Joaquín Ormendua y Loza.
 D. Gregorio Astigarrea, Presbítero.
 D. D. Xavier del Castro Uceda.
 D. Andres Hinojedo, Presbítero.
 P. Fr. Saturnino Picado.
 D. Antonio del Vero; por tres exemplares.
 D. Ramon Amundínaga.
 D. Manuel Severino, Presbítero.
 D. Máximo Lanas y Cabrera.
 D. D. Joaquín Vidoso, Presbítero.
 D. Luis Maria Gonzalvo.
 D. Santiago Lomas del Pando.
 D. Eugenio Cortilla, Doctor en ambos Derechos.
 D. Bernardino Urrea, por dos exemplares.
 D. Miguel Francisco Cambronera.

SEVU
OTEC